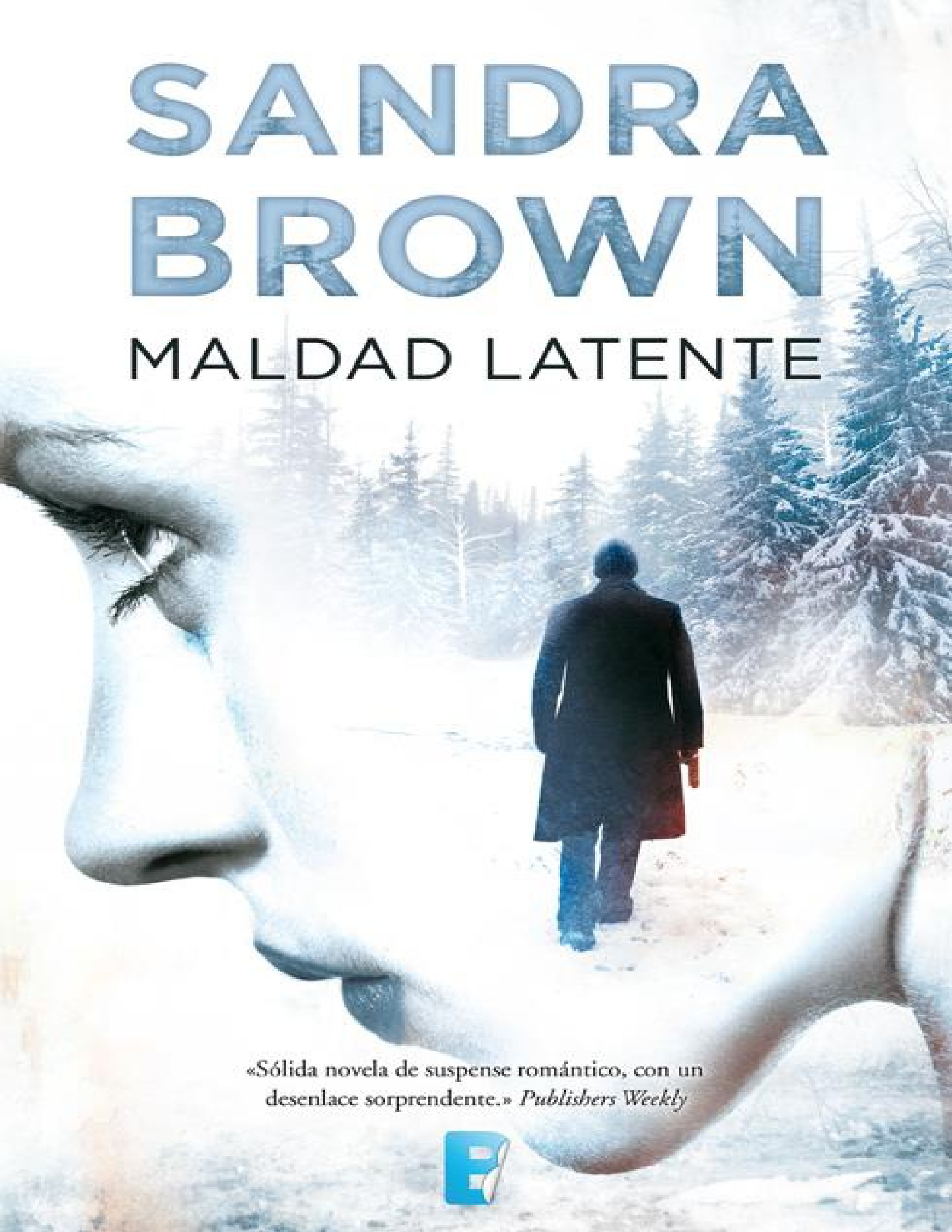
SANDRA BROWN

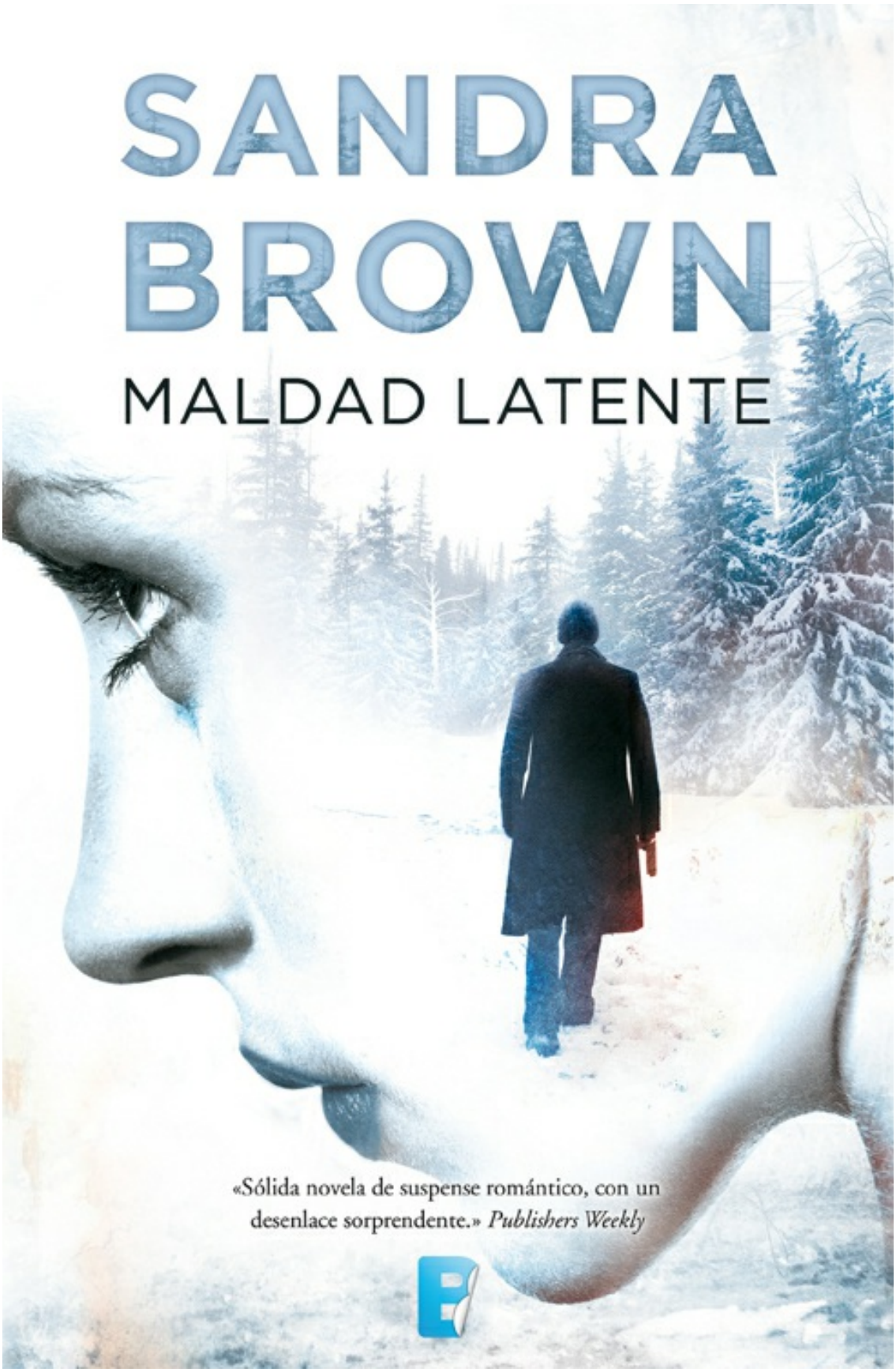
MALDAD LATENTE



«Sólida novela de suspense romántico, con un desenlace sorprendente.» *Publishers Weekly*

SANDRA BROWN

MALDAD LATENTE



«Sólida novela de suspense romántico, con un desenlace sorprendente.» *Publishers Weekly*

MALDAD LATENTE

Sandra Brown

Traducción de Gema Moral Bartolomé



Título original: *Mean Streak*
Traducción: Gema Moral Bartolomé
1.ª edición: junio de 2016

© 2014 by Sandra Brown Management, Ltd.
© Ediciones B, S. A., 2016
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-467-1

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34

35
36
37
38
39
40
41
Línea de meta

Prólogo

A Emory le dolía todo. Hasta respirar.

En el aire brumoso parecía flotar algo invisible pero penetrante, como fragmentos de hielo o cristal. No llevaba suficiente ropa. El frío glacial le quemaba la cara allí donde la piel quedaba al descubierto. También hacía que le lloraran los ojos, y tenía que parpadear continuamente para evitar que las lágrimas le nublaran la vista y le impidieran ver por dónde andaba.

Sentía una punzada en el costado que la atenazaba con saña. Se había fracturado el pie derecho por sobrecarga y el dolor le subía hasta la espinilla.

Pero dominar el dolor, correr con dolor, superarlo, era una mera cuestión de voluntad y disciplina. Siempre le habían dicho que poseía ambas cosas en abundancia, en exceso incluso. Para eso precisamente se entrenaba con tanto empeño. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

«Sigue adelante, Emory. Pon un pie delante del otro. Sigue caminando, primero un metro y luego el siguiente...»

¿Cuánto tiempo tendría que continuar así?

«Dios mío, que no falte mucho.»

Acicateada por la determinación y el miedo al fracaso, avivó el paso.

Entonces, desde las profundas sombras del bosque que se extendía detrás de ella, le llegó un crujido, seguido de una ráfaga de aire. Un mal presentimiento le encogió el corazón, pero antes de que pudiera reaccionar, sintió un estallido de dolor en el cráneo.

1

—¿Te duele tanto como aquí? —La doctora Emory Charbonneau señalaba el dibujo de una cara infantil crispada por el dolor y con lágrimas en los ojos—. ¿O como aquí? —Señaló otra caricatura, en la que una cara ceñuda ilustraba una molestia moderada.

La niña de tres años indicó el peor de los dos casos.

—Lo siento, cariño. —Emory insertó el otoscopio en el oído derecho de la niña, que empezó a chillar. Le examinó los oídos con la mayor delicadeza posible y dirigiéndole palabras tranquilizadoras—. Los dos están infectados —comunicó a la agotada madre de la niña.

—No ha dejado de llorar desde que despertó esta mañana. Esta es la segunda otitis de la temporada. No conseguí hora para traérsela a usted la última vez, así que la llevé a Urgencias. El médico le recetó unos medicamentos y se curó, pero ahora volvemos a estar en las mismas.

—Las infecciones crónicas pueden provocar pérdidas de audición. Es mejor prevenirlas que limitarse a tratarlas cuando se producen. Tal vez debería llevarla a un otorrino pediátrico.

—Lo he intentado. No hay ninguno que acepte pacientes nuevos.

—Puedo conseguirle hora para que la examine uno de los mejores. —No presumía en balde. Emory estaba segura de que cualquiera de sus colegas aceptaría a una paciente recomendada por ella—. Esperaremos seis semanas para que esta infección se cure por completo, y luego pediré cita para ella. Por el momento, le recetaré un antibiótico, además de un antihistamínico para limpiar el fluido del tímpano. Puede darle un analgésico infantil para el dolor, pero en cuanto hagan efecto los medicamentos, el dolor disminuirá.

»No la obligue a comer, pero que esté bien hidratada. Si no mejora en unos días, o si le sube la fiebre, llame al teléfono de esta tarjeta. Yo estaré fuera el fin de semana, pero me sustituirá otro médico. No creo que vaya a necesitarlo, pero si se produjera una urgencia, estará en muy buenas manos hasta que yo vuelva.

—Gracias, doctora Charbonneau.

Emory sonrió a la madre con expresión compasiva.

—Cuando enferma un niño, nadie lo pasa bien. Procure descansar usted también.

—Espero que disfrute de su fin de semana.

—Me voy a correr treinta kilómetros.

—Eso suena a tortura.

Emory sonrió.

—De eso se trata —dijo.

Una vez fuera de la consulta, Emory extendió la receta y terminó de redactar las notas en el historial de la niña.

—Esta era su última visita —le dijo la joven auxiliar que se ocupaba de despedir a los pacientes, cuando le entregó los papeles.

—Sí, y yo me voy.

—¿Lo ha notificado al hospital?

Emory asintió.

—Y al servicio de buzón de voz. Tengo libre el fin de semana. ¿Los doctores Butler y James todavía están atendiendo?

—Sí. Y ambos tienen varios pacientes en la sala de espera.

—Quería despedirme de ellos antes de marcharme, pero prefiero no molestarlos.

—La doctora Butler le ha dejado una nota.

La recepcionista le entregó una hoja de bloc con el monograma de la clínica. «Mucha mierda. ¿O no se le puede decir eso a una corredora de maratón?» Emory sonrió mientras doblaba la nota y se la metía en el bolsillo de la bata.

—El doctor James me ha pedido que le diga que tenga cuidado con los osos —añadió la recepcionista.

Emory rio.

—¿Saben sus pacientes que son un par de payasos? Dígales adiós de mi parte.

—Lo haré. Que haga una buena carrera.

—Gracias. Nos vemos el lunes.

—Oh, casi me olvidaba. La ha llamado su marido para decir que salía del trabajo y que iba a casa para despedirse.

—¿Emory?

—Estoy aquí. —Cuando Jeff entró en el dormitorio, ella cerró la cremallera de su bolsa y, con un movimiento decidido, la levantó de la cama y se la colgó del hombro.

—¿Has recibido mi mensaje? No quería que te fueras sin que pudiera despedirte.

—Quiero salir pronto para no pillar el tráfico de la tarde del viernes.

—Buena idea. —Jeff la observó un instante antes de añadir—: Sigues enfadada.

—¿Tú no?

—Te mentiría si dijera que no.

La pelea de la noche anterior todavía coleaba. Los gritos de ira y resentimiento parecían resonar aún en el dormitorio, muchas horas después de que se hubieran acostado por fin, dándose la espalda, mientras en el interior de ambos bullía una hostilidad que habían contenido durante meses y que finalmente no habían podido reprimir más.

—¿No me gano al menos unos puntos por querer despedirme de ti? —preguntó él.

—Depende.

—¿De qué?

—De si pretendes convencerme de que no me vaya.

Él suspiró y apartó la mirada.

—Ya lo sabía yo —dijo ella.

—Emory...

—Deberías haberte quedado a terminar tu jornada en la oficina. Porque me voy, Jeff. De hecho, aunque no hubiera planeado la carrera de mañana, querría hacer una pausa para estar sola. Una noche separados nos ayudará a calmarnos. Si me canso demasiado con la carrera, puede que también me quede a dormir allí mañana por la noche.

—Una noche o dos no harán que cambie de opinión. Esta obsesión tuya...

—Así empezamos anoche. No quiero volver a discutirlo.

El programa de entrenamiento de Emory para el próximo maratón había sido la chispa que inflamó la discusión, pero Emory temía que su verdadero origen estuviera en asuntos de mayor calado. El problema no era el maratón sino su matrimonio.

Y por eso estaba impaciente por marcharse un tiempo para reflexionar.

—Te he anotado el nombre del motel donde dormiré esta noche. —Al pasar junto a la barra de la cocina, Emory señaló con la cabeza el papel que había encima.

—Llámame cuando llegues —pidió él—. Quiero estar seguro de que has llegado bien.

—De acuerdo. —Se puso las gafas de sol y abrió la puerta de atrás—. Adiós.

—¿Emory?

Ella se detuvo en el umbral y se dio la vuelta. Él se inclinó y la besó con un leve roce en los labios.

—Ten cuidado.

—¿Jeff? Ya he llegado.

Estaba cansada después de dos horas en coche desde Atlanta hacia el norte, pero su fatiga se debía sobre todo al estrés, no al viaje en sí. El tráfico en la Interestatal 85 había disminuido considerablemente a una hora de distancia de la ciudad, momento en el que había tomado la salida para enfilar la autopista que llevaba al noroeste. Había llegado a su destino antes del anochecer, lo que le permitió orientarse mejor en una población que no conocía. Se encontraba ya acostada en su cama del motel, pero aún notaba la tensión en la espalda, entre los omóplatos.

No deseaba agravar la tensión, por lo que había sopesado la idea de no llamar a Jeff. La pelea de la noche anterior no había sido más que una escaramuza. Intuía que en el futuro iba a producirse una discusión mucho peor y no quería enfadarse. Su deseo era mantenerse siempre equitativa.

Además, de haber sido al revés, si hubiera sido él quien se hubiese marchado de viaje y no hubiera llamado después de prometer hacerlo, ella también se habría preocupado.

—¿Ya estás en la cama? —preguntó él.

—A punto de apagar la luz. Quiero empezar temprano mañana.

—¿Qué tal el motel?

—Modesto pero limpio.

—Me preocupa que la limpieza esté en la lista de comodidades. —Jeff hizo una pausa como si esperara que Emory riera. No lo hizo, de modo que le preguntó qué tal el trayecto.

—Bien.

—¿El tiempo?

¿Ahora tenían que hablar del tiempo?

—Frío, pero ya lo tenía previsto. En cuanto comience a correr, empezaré a notar calor.

—Sigo pensando que es una locura.

—Tengo la ruta bien estudiada, Jeff. Todo irá bien. Es más, estoy deseando recorrerla.

Hacía más frío de lo que había previsto.

Se dio cuenta en cuanto bajó del coche. Por supuesto, el mirador se encontraba en un terreno mucho más elevado que la ciudad de Drakeland, donde había pasado la noche. Había salido el sol, pero lo tapaban las nubes que enlutaban las cumbres montañosas.

Una carrera de treinta kilómetros allí arriba constituiría todo un desafío.

Evaluó las condiciones meteorológicas mientras realizaba los estiramientos de rigor. El día era perfecto para correr, a pesar de la temperatura. Apenas soplaba viento. En el bosque circundante, la brisa apenas si agitaba las ramas más altas de los árboles.

Al respirar lanzaba una nube de vaho que le empañaba las gafas de sol, de modo que se subió el cuello de la sudadera para taparse la boca y la nariz mientras consultaba su mapa una última vez.

El aparcamiento se destinaba a los turistas que acudían al mirador cercano. También servía como punto de partida de numerosos senderos de montaña que partían de allí como los radios de una rueda, para luego bifurcarse en sinuosas sendas que se entrecruzaban en la cima de la montaña. Los nombres de los distintos senderos se indicaban mediante letreros con forma de flecha.

Localizó el que había elegido tras estudiar concienzudamente el mapa del parque nacional y realizar una búsqueda más exhaustiva por Internet. Le gustaban los retos, pero no era imprudente. Si no estuviera segura de que podía llegar hasta el punto de destino y después volver, ni siquiera lo intentaría. En lugar de dejarse acobardar por aquel inhóspito terreno, estaba impaciente por enfrentarse a él.

Guardó la bolsa en el maletero del coche y se ciñó la riñonera. Luego se ajustó la cinta de la cabeza, puso a cero el cronómetro de su reloj de pulsera, se enfundó los guantes y emprendió la marcha.

2

Emory despertó poco a poco pero permaneció con los ojos cerrados, temerosa de que la luz empeorara su atroz dolor de cabeza. Un dolor que la había sacado a la fuerza de un profundo sueño, tan penetrante que parecía como si estuvieran utilizando una pistola de clavos dentro de su cráneo. Le llegaba un ruido que no se oía normalmente en su dormitorio, pero ni siquiera la curiosidad bastó para animarla a abrir los párpados.

Además del dolor de cabeza, notaba una intensa punzada en el pie derecho. Lo había sobrecargado corriendo por la mañana.

El aroma a comida le estaba provocando náuseas.

¿Por qué olía a comida en el dormitorio, cuando la cocina se encontraba en el extremo opuesto de su casa? ¿Qué estaba cocinando Jeff...?

Jeff no cocinaba.

Abrió los ojos de golpe y, al no reconocer nada de lo que veía, se incorporó bruscamente.

El desconocido lugar que vio ante ella se volvió borroso y empezó a dar vueltas. Una bilis ardiente le subió por la garganta. A duras penas logró contenerla antes de escupirla. Mareada, dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada y se dio cuenta de que no era la suya.

Y el hombre que permanecía amenazadoramente a un lado de la cama no era Jeff.

—¿Quién es usted? —le espetó Emory.

El hombre dio un paso más hacia ella.

—¡Aléjese de mí! —Emory levantó una mano para detenerlo, aunque no tenía la menor posibilidad de defenderse. Estaba tan débil como un recién nacido. Y él era un gigante.

Pero obedeció y se detuvo.

—No tenga miedo. No voy a hacerle daño.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy?

—Se encuentra a salvo.

Eso estaba por verse. Emory respiraba entrecortadamente y le latía el corazón con fuerza. Hizo un esfuerzo por tranquilizarse, consciente de que dejarse llevar por el pánico no la beneficiaba.

—¿Qué tal se encuentra? —La voz del hombre era grave y ronca, como si hubiera permanecido mucho tiempo callado.

Ella se lo quedó mirando, tratando de hallar sentido a los estímulos inconexos que recibía y llegar a una conclusión sobre aquel lugar y por qué se encontraba allí.

—¿Cómo tiene la cabeza? —insistió él, levantando el mentón para señalarla.

Ella se palpó la zona con cautela y gimió cuando se tocó con los dedos el bulto que tenía detrás de la oreja izquierda. Se sintió como si hubiera golpeado un gong con un mazo, provocando reverberaciones de dolor en la cabeza. Tenía el cabello pegajoso por la sangre, que le manchó los dedos de rojo. Advirtió que también había sangre en la almohada.

—¿Qué me ha pasado?

—¿No lo recuerda?

Emory volvió atrás mentalmente.

—Recuerdo que corría. ¿Me he caído?

—Pensaba que a lo mejor usted podría decírmelo.

Ella fue a negar con la cabeza, pero el movimiento le provocó náuseas y un nuevo estallido de dolor.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—La estaba observando con mis prismáticos.

¿La estaba observando con prismáticos? A Emory no le gustó nada.

—¿Desde dónde?

—Desde la cresta de otro pico. Pero la perdí de vista y pensé que sería mejor comprobar dónde estaba. La encontré inconsciente en el suelo, la recogí y la traje hasta aquí.

—¿Dónde es aquí?

Con un ademán, él la invitó a verlo por sí misma.

Cada movimiento de la cabeza suponía una punzada, pero Emory se incorporó apoyándose en los codos. Tras esperar unos instantes para que disminuyera el mareo, miró en derredor, buscando especialmente un posible modo de escape por si fuera necesario.

Había cuatro ventanas y una puerta. Era una habitación.

La cama en que yacía ocupaba un rincón. Había un biombo con paneles de listones, seguramente para separar la cama del resto de la habitación, plegado y apoyado contra la pared de troncos.

El resto del mobiliario consistía en un sillón abatible de piel marrón y un sofá a juego. Ambos exhibían arrugas y arañazos que hablaban de décadas de uso. En medio había una mesita, y sobre ella, una lámpara con pantalla de arpillera. Estos muebles se agrupaban sobre una alfombra rectangular.

La cocina estaba abierta al resto de la habitación. Había un fregadero, una cocina de leña, una antigualla de nevera, una mesa de madera de arce y dos sillas pintadas de verde oliva. Una gran chimenea de piedra ocupaba la mayor parte de una pared. El fuego que ardía en ella crepitaba. Era el sonido que Emory no había podido identificar al despertar.

El hombre le dio tiempo para escudriñar la habitación antes de hablar.

—Solo una de sus botellas de agua está vacía. Debe de estar sedienta.

Emory tenía la boca seca, pero le preocupaban más otras cuestiones.

—¿Estaba inconsciente cuando me encontró?

—Sí. He intentado despertarla varias veces.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—La encontré a eso de las siete y media de la mañana.

Emory miró su reloj de pulsera y vio que eran las seis y veinte de la tarde. Agitó las piernas para librarse de la ropa de cama. Sacó luego las piernas por un lado y se puso en pie. Al instante notó que se tambaleaba.

—¡Ah!

Él la sujetó por los brazos. A ella no le gustó que la tocara, pero sin su ayuda se habría caído de bruces. Él la ayudó a sentarse de nuevo en el borde de la cama. A Emory le parecía que le iba

a explotar la cabeza. Tenía arcadas. Se cubrió los ojos con la mano porque todo lo que veía parecía acercarse y alejarse alternativamente, como las imágenes vacilantes en la casa de los espejos de una feria.

—¿Quiere tumbarse o puede mantenerse sentada?

—Me quedaré sentada.

Lentamente, él retiró las manos de sus brazos y luego se apartó para ir a la cocina y sacar una jarra de agua de la nevera. Llevó un vaso y volvió junto a ella.

Emory miró el vaso con suspicacia, preguntándose si la habría drogado. La droga de la violación era insípida, inodora y eficaz. No solo debilitaba a la víctima, sino que le borraba la memoria. Pero si aquel hombre albergaba algún vil propósito, ¿qué sentido tendría haberla drogado si ya estaba inconsciente?

—Antes he intentado que bebiera un poco de agua, pero no hacía más que atragantarse y escupirla.

Eso explicaba por qué Emory tenía mojada la pechera de la camiseta. Llevaba puesta toda la ropa menos la chaqueta, los guantes y la cinta del pelo. También le faltaban las zapatillas de correr, que estaban en el suelo junto a la cama, perfectamente alineadas. Alzó la vista hacia el hombre que le tendía el vaso de agua.

—Estoy segura de que tengo una conmoción.

—Eso he pensado también al ver que no podía despertarla.

—Me sangra el cuero cabelludo.

—Ya no. Se ha coagulado muy rápido. Le he aplicado agua oxigenada. Por eso la sangre que se ha visto en los dedos parece fresca.

—Seguramente necesito puntos.

—Ha sangrado mucho, pero el corte no es profundo.

¿Lo había valorado él mismo? ¿Por qué?

—¿Por qué no ha llamado a emergencias?

—Esto está lejos de los caminos transitados, y no puedo responder por la calidad de los servicios de emergencia. He pensado que sería mejor traerla aquí y dejar que durmiera.

Emory no estaba de acuerdo. A cualquiera que se dé un golpe en la cabeza tiene que examinarlo un médico para determinar su gravedad, pero aún no tenía fuerzas para discutir. Primero necesitaba orientarse y despejarse un poco.

Aceptó el vaso de agua.

—Gracias.

Aunque estaba terriblemente sedienta, bebió el agua a sorbos, temerosa de vomitarla si la bebía demasiado deprisa. Se sentía menos nerviosa. Al menos ya no le palpitaba el corazón y su respiración era casi normal. Pronto se tomaría la tensión (podía hacerlo con el reloj de pulsera), pero aún no se sentía con ánimos. Tenía que apretar el vaso con fuerza para que no le vacilara la mano. Él debió de darse cuenta.

—¿Mareada?

—Mucho.

—¿Le duele la cabeza?

—Ni se imagina lo que me duele.

—Tuve conmoción una vez. Al final no supuso más que un terrible dolor de cabeza, pero fue

más que suficiente.

—No creo que yo tenga nada serio. Tengo la visión un poco borrosa, pero recuerdo en qué año estamos y el nombre del presidente.

—Entonces ya sabe más que yo.

Seguramente pretendía bromear, pero no había humor ni en la inflexión de su voz ni en la expresión de su cara. No parecía un hombre que riera a menudo, más bien lo contrario.

Emory bebió otro sorbo y luego depositó el vaso sobre la mesita junto a la cama.

—Agradezco su hospitalidad, señor...

—Usted es Emory Charbonneau.

Ella lo miró con sorpresa.

Él señaló el pie de la cama. Hasta entonces Emory no se había fijado en que su riñonera estaba allí, junto con el resto de sus cosas. Una de las patillas de las gafas de sol estaba rota y manchada de sangre.

—He visto su nombre en el carnet de conducir —dijo él—. Está expedido en Georgia, pero el nombre parece de Luisiana.

—Soy de Baton Rouge.

—¿Cuánto tiempo hace que vive en Atlanta?

Al parecer aquel hombre también se había interesado por su dirección.

—El tiempo suficiente para considerarlo mi hogar. Por cierto... —Recelaba de volver a ponerse en pie, de modo que se desplazó por el borde de la cama sin levantarse hasta que alcanzó la riñonera. En el interior, además de dos botellas de agua, una de ellas vacía, había dos billetes de veinte dólares, una tarjeta de crédito, su carnet de conducir, el mapa en el que había trazado su ruta, y lo que más necesitaba en aquel momento: su móvil.

—¿Qué estaba haciendo aquí arriba? —preguntó él—. Además de correr, quiero decir.

—Eso era lo que hacía aquí arriba, correr. —Al fracasar por tercera vez en su empeño de encender el móvil, Emory soltó una palabrota por lo bajo—. Creo que me he quedado sin batería. ¿Me presta su cargador?

—No tengo móvil.

«¿Quién no tiene móvil?», pensó ella.

—Entonces, si me permite usar el teléfono fijo, le pagaré por...

—No tengo teléfono de ningún tipo. Lo siento.

—¿No tiene teléfono? —exclamó ella, boquiabierta.

Él se encogió de hombros.

—No tengo a quién llamar, ni nadie que me llame.

El pánico que antes había logrado contener se adueñó de Emory. Al comprender que se encontraba a merced de aquel desconocido, lo que antes era una situación desconcertante se convirtió en aterradora. De pronto su dolorida cabeza se llenó de historias sobre mujeres desaparecidas. Desaparecían y con frecuencia sus familias jamás descubrían cuál había sido su destino. Fanáticos religiosos las tomaban como esposas. Pervertidos las encadenaban en sótanos, las dejaban morir de hambre, les aplicaban torturas indescriptibles.

Tragó para reprimir nuevas náuseas.

—Pero tendrá coche —dijo, procurando conservar la calma.

—Una camioneta.

—Entonces, ¿podría por favor llevarme hasta donde he dejado mi coche esta mañana?

—Podría, pero...

—No me lo diga. Se ha quedado sin gasolina.

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué?

—No puedo llevarla hasta abajo.

—¿Abajo?

—El pie de la montaña.

—¿Por qué no?

Él intentó tomarla de la mano, pero ella la retiró de inmediato. Con el ceño fruncido por el fastidio, el hombre se dirigió a la puerta de la habitación y la abrió.

La angustia de Emory dio paso a la consternación. Apoyándose en los muebles para caminar lentamente por la habitación, llegó junto a la puerta abierta. Era como si una cortina gris colgara desde el quicio.

La niebla era impenetrable, tan espesa que no veía más que unos centímetros más allá de la puerta.

—La niebla ha empezado a espesarse a primera hora de la tarde —explicó él—. Por suerte estaba yo ahí esta mañana, de lo contrario podría haber despertado y encontrarse perdida en medio de todo esto.

—Estoy perdida en medio de todo esto.

—Eso parece.

—No tiene por qué ser así. —Una vez más, Emory notó que se le aceleraba la respiración y empezaba a sonar jadeante—. Le pagaré por llevarme.

Él miró por encima del hombro hacia la riñonera sobre la cama.

—¿Por cuarenta dólares? Ni hablar.

—Cóbreme lo que le parezca. Le pagaré el resto en cuanto llegue a casa.

Él negó con la cabeza.

—No es que dude de que vaya a pagarme. Simplemente no hay dinero suficiente para tentarme. Aquí arriba las carreteras son angostas y sinuosas y bordean escarpados desniveles. La mayor parte no tiene guardarraíles. No arriesgaré su vida ni la mía, por no hablar de la camioneta.

—¿Y los vecinos?

Él la miró sin comprender.

—¡Vecinos! —repitió ella—. Seguro que alguien que viva por aquí cerca tendrá teléfono. Podría ir usted caminando...

—No vive nadie por aquí cerca.

Era como hablar con la pared. O con un poste de teléfono.

—Tengo que hacer saber a mi marido que estoy bien.

—Mañana quizá —dijo él, alzando la vista hacia el cielo, aunque no se veía nada—. Dependiendo de cuánto tarde en levantarse esta niebla. —Cerró la puerta—. Está temblando. Póngase delante de la chimenea. O si necesita ir al baño... —Señaló una puerta en el otro extremo de la habitación, junto a la cama—. Ahí dentro suele hacer frío, pero he encendido el calefactor. —Se acercó a la cocina de leña, donde había una cazuela al fuego—. ¿Tiene hambre?

—Levantó la tapa de la cazuela y removió el contenido.

A Emory la asombraba la despreocupada actitud del hombre. Mejor dicho, la asustaba. Y la enfurecía.

—No puedo quedarme aquí toda la noche.

A pesar de que su voz delató nerviosismo, él siguió imperturbable mientras daba unos golpecitos con la cuchara en el borde de la cazuela, la depositaba en un platillo y volvía a colocar la tapa. Solo entonces se volvió hacia ella y señaló la puerta.

—Usted misma lo ha visto. No tiene elección.

—Siempre hay elección.

Él apartó la vista un instante.

—No siempre —replicó cuando sus miradas volvieron a cruzarse.

No sabiendo qué hacer, Emory se quedó observándolo mientras él se disponía a poner un servicio en la mesa. Volvió a preguntarle si tenía hambre.

—No; tengo el estómago revuelto.

—He estado esperando a que se despertara para comer, pero ya que usted no quiere, ¿le importa si como yo?

Aunque no creía que su respuesta le importara, Emory le dijo que adelante.

—Tengo algo para el dolor de cabeza. Y a lo mejor una Coca-Cola le asentaría el estómago. O quizá debería volver a la cama.

Emory se dijo que tumbada se sentiría mucho más vulnerable.

—Me sentaré un rato. —Con paso vacilante, se acercó a la mesa. Al recordar los dedos manchados de sangre, añadió—: Necesito lavarme las manos.

—Siéntese antes de que se caiga.

Emory se dejó caer en una silla. Él le llevó una botella de plástico con jabón desinfectante, que ella utilizó generosamente. Luego se secó las manos con papel de cocina que arrancó del rollo que había en el centro de la mesa.

Sin la menor vacilación, él recogió el papel manchado de sangre y lo tiró al cubo de basura. Luego se lavó las manos en el fregadero con agua caliente y jabón líquido. Abrió una lata de Coca-Cola y la llevó a la mesa junto con un frasco de analgésico corriente, además de una caja de galletas saladas y una barra de mantequilla todavía con el envoltorio. Se acercó a la cocina de leña y se sirvió estofado en un plato.

Se sentó frente a ella, arrancó un trozo de papel del rollo y se lo colocó sobre el regazo. Luego cogió la cuchara.

—Me sabe mal ponerme a comer solo.

—No se preocupe.

Él llenó una cucharada y se fijó en que Emory miraba el contenido del plato.

—Seguramente no es a lo que está usted acostumbrada.

—En cualquier otro momento me parecería estupendo. El estofado de buey es uno de mis platos predilectos.

—Es venado.

Ella alzó la vista hacia la cabeza de ciervo que colgaba de la pared sobre la chimenea.

Al parecer el hombre también sabía sonreír, y eso hizo.

—No es ese venado. Ya estaba aquí cuando me instalé.

—¿Se instaló? ¿Es su residencia habitual? Pensaba... —Emory paseó la mirada por la rústica estancia con sus escasas comodidades. Esperaba que no se sintiera insultado con lo que iba a decirle—. Pensaba que esto era un refugio, como una cabaña de caza. Un lugar para acudir en temporada.

—No exactamente.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

Él se inclinó sobre el plato con los codos apoyados en la mesa.

—Seis meses más o menos —susurró dirigiéndose más al plato que a ella.

—Seis meses. ¿Sin teléfono siquiera? ¿Y qué haría si se le presentara una urgencia?

—No lo sé. Aún no se ha presentado ninguna.

El hombre abrió el paquete de galletas, sacó dos y les untó mantequilla. Se comió una tal cual y echó la otra en el estofado. La troceó con la cuchara antes de comérsela.

Ella lo observó sin disimular su curiosidad ni su recelo. El hombre se había colocado papel de cocina sobre el regazo como si fuera una servilleta, pero comía con los codos sobre la mesa. Se servía la mantequilla directamente del envoltorio y había desmenuzado una galleta en su estofado, pero se limpiaba la boca después de cada bocado.

Vivía en una cabaña de troncos de otra época, pero no parecía un hombre de la montaña. Al menos en apariencia. Llevaba barba de apenas un par de días. Vestía una camisa de franela a cuadros negros y rojos, y tejanos descoloridos, pero todo limpio. Tenía el pelo castaño oscuro con mechones grises en las sienes y largo hasta el cuello, más de lo habitual en los hombres de su edad.

Esas sienes plateadas le habrían dado distinción a otro hombre, pero a él solo le hacían parecer mayor de lo que seguramente era. Probablemente se acercaba a los cuarenta. Pero tenía un rostro baqueteado, con arrugas en torno a los ojos, surcos en la comisura de los labios, y una expresión de cautela vigilante en sus llamativos ojos de color aguamarina. Ese frío tono contrastaba con su cara atezada y curtida.

Ofrecía una extraña mezcla. Llevaba una vida ruda, sin siquiera teléfono o televisión, pero no era zafio y hablaba bien. En los anaqueles sujetos a las paredes de troncos había docenas de libros, algunos de tapas duras, otros de tapas blandas, todos pulcramente ordenados.

Todo estaba limpio, pero no había una sola fotografía en la habitación, ni adornos o recuerdos, nada que diera alguna pista sobre su pasado o su presente.

Emory recelaba de su actitud indiferente y de su explicación sobre por qué no la había llevado a un centro médico tras encontrarla. Llamar a Emergencias habría sido aún más práctico. Si hubiera querido hacerlo.

Un hombre no recogía a una mujer inconsciente y herida y se la llevaba a su aislada cabaña montañesa sin un motivo, y a Emory no se le ocurría ninguno que no implicara algún delito o depravación, o ambas cosas.

No la había tocado de manera inapropiada, pero quizá se trataba de un psicópata que no agredía a sus víctimas mientras estaban inconscientes. Tal vez las prefería despiertas y conscientes para que reaccionaran a sus tormentos.

—¿Estamos en Carolina del Norte? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí.

—Lo pregunto porque algunos senderos del parque se adentran en Tennessee.

Emory recordaba haber dejado el coche en la zona destinada a aparcamiento, haber hecho estiramientos y haberse abrochado la riñonera. También haber alcanzado el ritmo ideal corriendo, y el silencio reinante en el bosque a ambos lados del sendero y cómo el aire frío se enrarecía a medida que aumentaba la altitud. Pero no recordaba haberse caído ni haberse golpeado la cabeza con fuerza suficiente para sufrir una conmoción.

Lo que la llevaba a preguntarse si era eso lo que había ocurrido en realidad.

Emory cogió una galleta y bebió un sorbo de Coca-Cola, esperando que la mezcla de ambas cosas aliviara su revuelto estómago.

—¿Qué altitud hay aquí?

—Unos mil quinientos metros —respondió él—. Es un terreno difícil para correr.

—Me entreno para un maratón.

Interesado, él dejó de comer.

—¿El primero?

—Pues no, el quinto.

—Ah. ¿Espera mejorar su tiempo?

—Siempre.

—Así que se fuerza al máximo.

—Yo no lo veo así. Me gusta.

—Es todo un reto correr largas distancias a esta altitud.

—Sí, pero luego es más fácil correr a menor altitud.

—¿Y no teme excederse?

—Tengo precaución. Sobre todo con el pie derecho. El año pasado sufrí una fractura por sobrecarga.

—No es de extrañar que se apoye más en el otro.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó ella, lanzándole una mirada penetrante.

—Lo he visto cuando ha ido cojeando desde la cama hasta la puerta.

«Tal vez», pensó ella. ¿O lo había visto antes, cuando la observaba con los prismáticos? ¿Desde qué distancia? ¿Desde una cresta lejana como aseguraba él, o desde una distancia mucho más próxima?

En lugar de encararse con él haciéndole esas preguntas, Emory siguió conversando con la esperanza de obtener información.

—El pie me causó molestias el año pasado después del maratón de Boston. El podólogo me aconsejó que descansara tres meses. Me disgustaba no poder correr, pero le hice caso. En cuanto me dio permiso, volví a entrenarme.

—¿Cuándo es el siguiente maratón?

—Dentro de nueve días.

—Nueve días.

—Sí, lo sé. —Emory suspiró—. Esta conmoción es de lo más inoportuna.

—Quizá tenga que abstenerse.

—No puedo. Tengo que participar.

Él no preguntó nada, simplemente se quedó mirándola.

—Es un evento para recaudar fondos. He ayudado a organizarlo. Cuentan conmigo.

Él volvió a comer estofado, masticó y tragó antes de hablar.

—En su carnet de conducir pone que es la doctora Emory Charbonneau. ¿Doctora en Medicina?

—Pediatra. Comparto consulta con dos ginecólogos.

—¿Usted se ocupa de los bebés una vez que han nacido?

—Ese era el plan cuando abrimos la consulta.

—¿Tiene hijos?

Ella vaciló antes de negar con la cabeza.

—Espero tenerlos algún día.

—¿Y qué hay del señor Charbonneau? ¿También es médico?

—El señor Surrey.

—Perdón.

—Mi marido se llama Jeff Surrey. Cuando me casé ya era la doctora Charbonneau. Por motivos profesionales, me pareció mejor no cambiarme el apellido.

Él no hizo ningún comentario, pero frunció el ceño levemente.

—¿Cómo se gana la vida él?

—Es gestor financiero. Se ocupa de inversiones, futuros sobre acciones.

—¿Para ricos?

—Supongo que algunos de sus clientes son adinerados.

—¿No lo sabe?

—No habla de los asuntos financieros de sus clientes conmigo.

—Claro. Es normal.

Ella mordió otra esquina de su galleta.

—¿Y qué me dice de usted?

—¿Qué quiere saber?

—¿A qué se dedica?

Él la miró y contestó con seriedad:

—A vivir.

3

Vivir.

El hombre no se mostraba demasiado elocuente y Emory tuvo la sensación de que no pensaba explicarse. Él le sostuvo la mirada unos instantes, luego dejó la cuchara en el cuenco vacío y empujó su silla hacia atrás. Llevó los utensilios que había utilizado al fregadero. Regresó a la mesa y le preguntó cortésmente si quería más galletas.

—No, pero me quedaré la Coca-Cola.

Mientras él se disponía a fregar, ella se excusó y, caminando despacio para evitar que las paredes se movieran y el suelo se ondulara, se dirigió al cuarto de baño. Había un calefactor tan antiguo como el que tenía su bisabuela. Unas vivaces llamas azules ardían tras la ennegrecida rejilla de cerámica.

Se lavó la cara y las manos, y se enjuagó la boca con un poco de pasta de dientes que logró extraer de un tubo que encontró en el botiquín encima del lavabo. En el armarito había también un bote de agua oxigenada, una maquinilla y un bote de espuma de afeitar, una caja de tiritas, un frasco de vitaminas y un cepillo para el pelo.

El compartimento de la ducha era de estaño. De la alcachofa colgaba una bandeja que solo contenía una pastilla de jabón y un bote de champú. Se moría de ganas de limpiarse la sangre del pelo, pero se abstuvo por miedo a que se volviera a abrir el corte de la cabeza. El chichón no había aumentado de tamaño, pero si le aplicaba presión, por ligera que fuera, sentía intensas punzadas de dolor.

No pudo resistirse a echar un vistazo al interior del pequeño armario. En los estantes encontró las cosas normales: toallas grandes y pequeñas pulcramente apiladas, rollos de papel higiénico, pastillas de jabón y productos de limpieza.

Las cajas de munición ya no eran tan normales.

Se hallaban en la balda superior, etiquetadas según el calibre de las balas. Tuvo que ponerse de puntillas para sacar una caja. Levantó la tapa. A la luz del aplique que había sobre el lavabo, los proyectiles se veían grandes y de aspecto mortífero.

Rápidamente cerró la caja y volvió a dejarla tal como la había encontrado, preguntándose dónde estarían guardadas las armas que se correspondían con semejante munición.

Salió del cuarto de baño y se encontró a oscuras, salvo por la luz vacilante del fuego de la chimenea y la del aplique que había sobre el fregadero de la cocina, justo donde estaba él, doblando un trapo. Al oírla, el hombre volvió la cabeza y le habló por encima del hombro.

—He supuesto que querría acostarse pronto.

Emory miró la cama y vio que había estirado las sábanas y mantas que ella había dejado arrugadas y, en un lado, había retirado el embozo en un preciso ángulo de noventa grados. La almohada ensangrentada se había sustituido por una limpia.

—Yo dormiré en el sillón reclinable.

—Dormirá en la cama —replicó él, y tiró de un cordón para apagar la luz del fregadero.

La acción resultó de una rotundidad que desechaba cualquier discusión al respecto. Emory se sentó en el borde de la cama. Había llevado las mallas de correr todo el día. El sujetador de deporte era muy ceñido y la incomodaba. Pero no tenía la mínima intención de quitarse una sola prenda, y al tipo le esperaba una buena pelea si intentaba desnudarla.

Contuvo la respiración cuando él se dirigió hacia ella, pero después de dejar el frasco de analgésicos y la lata de Coca-Cola sobre la mesilla de noche, él se dirigió al cuarto de baño, del que regresó a los pocos segundos con el bote de agua oxigenada y unos trozos de papel higiénico doblados para aplicarla.

—No tengo algodón ni gasas —dijo, vertiendo el líquido en el papel. Dejó el bote y se inclinó hacia ella.

—Yo lo haré.

—No lo ve. Si empieza a palpar para encontrarlo, podría reabrir el corte.

Ella sabía que estaba en lo cierto, de modo que bajó las manos.

—Vuelva la cabeza... —Le movió el mentón con el dorso de la mano. Ella obedeció y se quedó sentada, tensa y nerviosa, mientras él le limpiaba la herida.

—¿Duele?

—Un poco. —Le dolía mucho, pero Emory no supo quejarse sin que pareciera que criticaba su técnica. De hecho, le resultaba difícil pensar en cualquier cosa con él tan cerca, inclinándose sobre ella. La proximidad de su cara a la cintura de él resultaba inquietante. Contuvo la respiración hasta que él dijo:

—Ya está. —Y se apartó.

—No me hace gracia manchar otra almohada.

—La sangre se puede lavar. Casi siempre. —Agarró el frasco de pastillas, se echó dos en la palma de la mano y la tendió hacia Emory—. Le aliviarán el dolor de cabeza.

—Esperaré antes de tomarlas, a ver qué tal voy.

Él pareció dispuesto a discutir, pero devolvió las pastillas al frasco y volvió a dejarlo sobre la mesita de noche.

—Aquí las tiene si cambia de opinión. Si necesita algo más ya me lo dirá.

—Gracias, lo haré. Pero seguro que estaré bien.

—A lo mejor debería despertarla a intervalos. Solo para asegurarnos de que está bien, de que puedo despertarla.

—Buena idea. Pero no hace falta que se moleste. Me pondré la alarma del reloj.

—Como quiera —dijo él con expresión reprobadora, y se dio media vuelta.

Ella se tumbó y se arropó hasta la barbilla. Cerró los ojos, pero aguzó el oído para escuchar cómo se movía el hombre por la habitación para añadir leños a la chimenea y volver a colocar la pantalla en su sitio.

«La sangre se puede lavar. Casi siempre.» Lo había dicho como si antes hubiera experimentado ese dilema.

Emory se estremeció al pensar en lo vulnerable que era. Ni siquiera podía mantenerse en pie más de un par de minutos. ¿Qué haría si tuviera que defenderse?

En la universidad había recibido clases de autodefensa, pero de eso hacía mucho tiempo. Solo se acordaba de que no debía pensar en el agresor como en un todo, sino centrarse en

aquellas partes vulnerables a un contraataque. Ojos, nariz, orejas, testículos. Emory temía que aquella regla no pudiera aplicarse a un hombre que parecía tan robusto como una secuoya.

Deseó haber cogido una de aquellas balas de aspecto mortífero. Con la punta de una bala se puede hacer mucho daño en un ojo, incluso a un hombretón, el tiempo suficiente para escabullirse de él.

Emory oyó lo que le parecieron los pasos de unas botas por el entarimado, amortiguados por la alfombra, y luego el crujido del asiento. Entreabrió los ojos y vio que había preferido el sillón reclinable al sofá. Estaba recostado en él con una colcha que le cubría hasta la mitad del torso.

Le sorprendió comprobar que la estaba mirando directamente. La luz del fuego se reflejaba en sus ojos como un depredador al acecho.

—Relájese, doctora —dijo él con voz ronca—. Si quisiera hacerle daño, ya se lo habría hecho.

Pensándolo racionalmente, eso era cierto. Se había pasado toda la tarde durmiendo indefensa, y él no le había hecho nada. Aun así...

—¿Por qué me ha traído aquí?

—Ya se lo he dicho.

—Pero no creo que sea la verdad. No del todo.

—No puedo controlar lo que cree. Pero no tiene por qué temerme.

—¿Drakeland es la población más cercana? —preguntó ella al cabo de un rato.

—No.

—¿Cuál es?

—No le sonará de nada.

—¿A qué distancia está?

—¿A vuelo de pájaro? Veinte kilómetros.

—¿Y por carretera?

—Veinticinco.

—Podría ir corriendo fácilmente. Siendo cuesta abajo no me sería un problema recorrer esa distancia.

Él no replicó: «Por amor de Dios, señora, tiene una conmoción y no puede siquiera caminar en línea recta, así que mucho menos correr.»

No dijo nada en absoluto, lo que resultó más inquietante que si hubiera señalado lo ilógico de semejante idea. Y también más amenazador que si le hubiera dicho directamente que no iba a dejarla marchar, que la había llevado allí para que fuera su esclava sexual, y que sería mejor que no intentara escapar si no quería morir.

Sin embargo, consiguió escapar a su mirada iridiscente cerrando los ojos. Durante cinco minutos, no compartieron nada más que una densa tensión y el crepitar de los leños en la chimenea.

A pesar de su miedo, Emory estaba agotada. Los músculos se relajaron por su cuenta. Se arrellanó más en el colchón y su cerebro conmocionado la arrastró hacia la inconsciencia. Estaba a punto de caer en ella, cuando se espabiló de nuevo bruscamente.

—No me ha dicho su nombre.

—En efecto —dijo él—. Y no se lo voy a decir.

Antes de dormirse, Emory puso la alarma para que la despertara dos horas más tarde, pero fue una precaución innecesaria. Unos minutos antes de que sonara la alarma en su muñeca, él se encontraba junto a la cama y le sacudía el hombro con su manaza.

—¿Doc?

—Estoy despierta.

—¿Ha dormido?

—A cabezadas.

—¿Le duele la cabeza?

—Sí.

—¿Quiere tomarse un par de pastillas?

—Ahora mismo no.

Él se quedó un momento en silencio y luego añadió:

—¿Necesita ir al cuarto de baño?

—Quizá.

En su caso, «quizá» significaba «sí», porque las náuseas la habían despertado media hora antes. Se había quedado en la cama tratando de contenerlas. No quería levantarse e ir tambaleándose hasta el cuarto de baño, por el riesgo de despertarlo a él. Tampoco quería pedirle ayuda, pero menos aún quería vomitar en su cama.

De modo que, al preguntarle él, aunque no se había arriesgado más que a un «quizás», agradeció que él se lo tomara como un sí urgente y definitivo y que apartara la ropa de cama. Ella deslizó las piernas por el borde y puso los pies en el suelo. Él la sujetó por las axilas y la ayudó a levantarse.

Emory dio un primer paso vacilante con piernas temblorosas.

—Poco a poco.

Él le pasó un brazo alrededor de la cintura y la apretó contra su costado.

—Lamento las molestias.

—No se preocupe.

No había más que unos pasos hasta el cuarto de baño, pero a ella le pareció un recorrido más largo que la Gran Muralla china. Cuando llegaron a la puerta, él tendió la mano por delante de ella y accionó el interruptor. Luego cerró la puerta, diciendo:

—Tómese su tiempo.

Pero ella apenas si tuvo tiempo para dejarse caer de rodillas delante de la taza del váter. No tenía mucho que vomitar, pero los espasmos eran intensos y sacudían todo su cuerpo, y siguió con las arcadas incluso después de tener el estómago vacío. Cuando por fin pararon, tiró de la cadena y, apoyándose en el lavabo, débilmente se puso en pie.

—¿Está bien? —preguntó él desde el otro lado de la puerta.

—Mejor.

Emory no había tocado jamás un agua tan fría como la que salía de aquel grifo, pero resultó agradable cuando se mojó la cara. Se enjuagó la boca varias veces. Todavía tenía la visión un poco borrosa, pero mejor. Se alegraba de no poder verse en el espejo con claridad. Aun borrosa se veía horrible.

Tenía el rostro amarillento, los labios prácticamente descoloridos y el cabello desgreñado de mala manera, con sangre seca que formaba una fea costra negra. Pero estaba demasiado

derrengada para preocuparse por su aspecto.

Le preocupaba más el dolor de cabeza. El dolor ya no era como una pistola de clavos. Era más sordo. Como si le golpearan el cráneo por dentro con una porra. La luz lo empeoraba. La apagó y luego se dirigió a la puerta arrastrando los pies y la abrió.

Él estaba allí mismo. Los ojos de Emory le llegaban al esternón.

—Ahora creo que me encontraré mejor.

—Bien. —Él adelantó una mano para ayudarla, pero tras tocarle el hombro desplazó la mano hacia la nuca, debajo del pelo.

—Está empapada.

Mientras vomitaba, a Emory le habían entrado sudores fríos que le habían humedecido la ropa.

—Estoy bien —logró decir a duras penas. Los dientes le empezaban a castañetear.

Él la condujo de vuelta a la cama y la ayudó a sentarse.

—Le traeré algo de ropa para que se cambie.

—No, en serio, yo...

—No puede pasar el resto de la noche con esa ropa húmeda.

Él fue hasta una cómoda que se encontraba bajo el techo inclinado y de un cajón sacó una camisa de franela muy parecida a la que llevaba puesta. Cuando se la tendió a Emory, ella lo miró a los ojos.

—No pienso desnudarme —dijo muy en serio.

Él la observó unos instantes, luego entró en el cuarto de baño y volvió con una toalla limpia, aún doblada. A pesar de aquel gesto de amabilidad, su expresión era adusta. Sus labios apretados formaban una línea llena de cinismo.

—Su virtud está a salvo, doctora. Pensaba colocar el biombo para proporcionarle intimidad.

Y a continuación lo desplegó. Cuando quedó equilibrado, lo rodeó y la dejó sola, sintiéndose una idiota desagradecida.

Todo el pudor que habría podido sentir lo había dejado atrás en la Facultad de Medicina. Siendo residentes, ella y sus compañeros practicaban los distintos procedimientos unos con otros, por lo general entre bromas procaces, pero en cualquier caso había sido imposible seguir mostrándose como una doncella recatada con respecto a la desnudez y las funciones corporales.

Al bajarse la cremallera de la camiseta, se dijo que no se había mostrado reacia a desnudarse por pudor, sino más bien por instinto de autoprotección. Él se había mostrado solícito y considerado, todo un caballero, sí, pero ¿podía confiar en un hombre que ni siquiera quería decirle su nombre?

Se desvistió con toda la rapidez que le permitían sus incontenibles temblores. Tras despojarse de toda la ropa superior, se secó el torso apresuradamente con la toalla y se puso la camisa que él le había dado. La franela era vieja y suave, y fue un alivio sentirse libre del ceñido sujetador deportivo empapado de sudor.

Al final se quitó también las mallas para correr. Se las había puesto por la mañana y ahora le resultó agradable deslizar las piernas desnudas entre las sábanas.

Él no podía verla, pero debía de estar atento al frufrú de las prendas y la ropa de cama, porque, una vez instalada entre las sábanas, dijo:

—¿Está ya visible?

—Puede dejar puesto el biombo.

Él empezó a plegarlo.

—Prefiero que lo deje como está —insistió ella.

Al parecer lo que ella prefería carecía de importancia. Él volvió a apoyar el biombo plegado en la pared.

—Necesito verla.

—Ya se lo diré yo si necesito algo.

—No me había dicho que necesitaba vomitar y casi nos encontramos con un desastre entre manos. —Él se inclinó para sacar una pequeña papelera metálica de debajo de la mesita de noche —. Por si no llego a tiempo. —Colocó la papelera junto a la cama para que ella pudiera sacar la cabeza y usarla.

—Creo que ya se me han pasado del todo las náuseas.

—Pero si vuelven, no sea tan remilgada, ¿de acuerdo?

Ella asintió inclinando la cabeza con gesto tenso.

—¿Necesita algo más ahora?

—No.

—¿Segura?

—Sí.

Él la miró de arriba abajo con expresión de duda, haciendo que Emory se sintiera cohibida. Cerró los ojos para evitar mirarlo. Al final, él aceptó su palabra y se alejó.

Solo con los calcetines, sus pisadas eran meros susurros sobre el suelo de madera, pero una forma tan corpulenta como la suya no podía desplazar el aire sin crear turbulencias. Mentalmente ella siguió sus movimientos, oyó los golpes sordos cuando él echó dos leños al tenue fuego de la chimenea, y luego el crujido del cuero cuando volvió a acomodarse en el sillón reclinable.

Transcurrieron unos minutos. Los nuevos leños restallaron al empezar a arder. Emory observó las sombras y luces vacilantes que se reflejaban en el techo. Se dio cuenta de algo que no había notado antes. Había una barra metálica de unos cinco centímetros de diámetro tendida horizontalmente entre dos vigas. Los extremos se introducían en las vigas perforadas. Emory no imaginaba para qué era aquella barra. En cuanto a las vigas, tenían un aspecto tan tosco como su anfitrión.

Tosco quizá, pero muy considerado.

Se aclaró la garganta.

—Antes no le he dado las gracias.

—No hace falta.

—Se las doy ahora.

—De acuerdo.

Pasó otro rato, pero ella sabía que él no dormía.

—Me gustaría saber cómo se llama.

El fuego crepitó. Una de las vigas gimió bajo el peso del tejado.

Él no emitió el menor sonido.

4

—¿No estás preocupado?

Jeff Surrey se desperezó y bostezó. Luego se volvió de costado y se apoyó en un codo.

—Ni lo más mínimo. No es más que un ardid para llamar la atención. Emory quiere que me preocupe por ella.

—No es propio de ella no llamar.

—Y si lo hace, es en los momentos más inoportunos —repuso él, frunciendo el ceño—. Como ayer por la noche.

El móvil de Jeff había vibrado sobre el lavabo justo cuando Alice y él se metían en la ducha tras una ronda de extenuante actividad sexual. En realidad hablar con su mujer le había añadido morbo a los posteriores juegos jabonosos. Aun así, le había molestado la interrupción de Emory, que casi parecía deliberada.

Últimamente lo llamaba a menudo durante el día, casi siempre por cosas prosaicas. Que si quería comer fuera o en casa. Que si tenía que recoger ella la ropa de la tintorería o iba a ir él. Que si había llamado a la empresa de los canalones para limpiarlos o tenía que hacerlo ella.

Eran ardides ridículamente transparentes. Emory se creía muy sutil, cuando estaba claro que pretendía vigilar todos sus movimientos. Durante los últimos meses, Jeff había tenido que dar cuenta constantemente de adónde iba y por cuánto tiempo. Ese control riguroso se había vuelto cada vez más tedioso, y a Jeff se le estaban acabando las coartadas creíbles para el tiempo que pasaba con Alice.

—¿A que ha sido estupendo? Dos días prácticamente sin que nos moleste.

—Me mimas demasiado. Desayuno en la cama...

—Más bien almuerzo —dijo él, acariciándole el cuello con los labios.

Ella gimió.

—Es increíble que hayamos dormido hasta tan tarde. ¿Cuánto bebimos anoche?

—No creo que haya sido el vino. Fue la hierba. Era muy potente.

Alice se cubrió la cara con las manos y se echó a reír.

—Hacía años que no la probaba. Ya no la tolero tan bien.

—Fue perversamente divertido. —Jeff le acarició los pechos con un dedo—. Te pusiste muy *sexy*. Y no es que te hiciera falta.

Alice no era de las que hacía volver la cabeza. Sus cabellos y sus ojos oscuros complementaban su tez aceitunada. Podía decirse que era una mujer atractiva, pero ni siquiera los críticos más indulgentes le concederían más de un cinco.

Sin embargo, tener una relación con una mujer corriente tenía sus ventajas. El miedo al rechazo hacía que se sintiera agradecida y por esa gratitud era fácil de complacer y muy maleable.

Entre las cejas de Alice apareció una arruga de preocupación.

—¿Crees que Emory está enterada de lo nuestro?

—Qué va.

—¿De verdad?

—De verdad. No lo sabe.

Su firme aseveración era cierta en lo básico: podía decir con sinceridad que Emory no le había acusado de tener una aventura, lo que no significaba que no lo sospechara. Para aliviar la inquietud de su amante, le frotó el entrecejo con el dedo índice para borrar la arruga.

—Está de morros, eso es todo.

—¿Te dijo algo antes de irse?

Levemente irritado por su insistencia, Jeff suspiró.

—Sí. Dijo adiós.

—Ya sabes a lo que me refiero. ¿Dijo algo que indicara que te había descubierto?

—Volví a casa para despedirme, y fingí oponerme a que se fuera. Pero, francamente, a caballo regalado no le mires el diente. Cuanto antes se fuera ella, antes podía meterme en la cama contigo. —Apoyó una mano en los senos de Alice y empezó a oprimirlos suavemente.

—¿No hablasteis nada más?

—Le pedí que me llamara cuando llegara al motel y lo hizo. —Cerca del oído de Alice, susurró—: Y retrasó mi fantasía en la ducha, por lo que nunca la perdonaré. —Se inclinó y le mordisqueó un pezón.

Pero no era tan fácil distraerla.

—De eso hace más de veinticuatro horas, Jeff, y eso es mucho tiempo sin saber de ella.

—Me dijo que quizá pasaría otra noche allí, dependiendo de lo cansada que estuviera después de correr. Al parecer eso es lo que ha decidido hacer.

—¿Cómo sabes que no ha vuelto a casa mientras tú estás aquí?

—Porque si salta la alarma de casa, me suena un pitido en el móvil. Demos gracias a las aplicaciones.

—¿No te llamaría para decírtelo si se quedara allí otra noche?

Él exhaló un suspiro de resignación.

—No es que disfrute discutiendo esto, especialmente durante los preliminares, pero si quieres saberlo, estábamos enfadados cuando se fue. Está mosqueada y me castiga no llamándome hoy.

—¿Por qué os enfadasteis?

—Por ese maldito maratón que quiere correr.

—¿Y qué más te da que corra un maratón?

—¡Exactamente! —replicó él, acalorado—. Eso es lo que le dije. No es cosa mía, así que, ¿por qué tengo que irle detrás?

—¿Para animarla?

—Ya lo he hecho. En cada uno de sus puñeteros maratones. He pasado horas dando empujones para hacerme sitio en la línea de meta, esperando los diez segundos que tardaba ella en cruzar la meta para recibir mi aplauso por su extraordinario logro. Me negué a volver a hacerlo una vez más. Pero se trata de una carrera especial para ella, así que herí sus sentimientos y... ¿Para qué demonios te cuento mis problemas conyugales, cuando lo que quiero es hacer esto? —Deslizó la mano entre sus muslos—. ¿No te parece un plan mejor?

Ella suspiró y se apretó contra su mano.

—Mucho mejor.

Jeff se puso un condón y se acomodó entre los muslos de Alice, que notaba completamente distintos a los de Emory. Es decir, a cómo recordaba los muslos abiertos de Emory. Hacía tanto tiempo que no mantenían relaciones sexuales que su recuerdo se había vuelto borroso.

No estaba seguro de quién había sido el primero en perder el interés, si ella o él. ¿La engañaba porque el sexo conyugal se había vuelto escaso y rutinario, o el sexo se había vuelto escaso y rutinario porque Emory intuía que él se divertía en la cama de otra mujer?

Jeff no aceptaba toda la culpa por su infidelidad. Claro que no. Buena parte de la responsabilidad era de Emory. Ella se levantaba cada día antes del amanecer y nunca volvía a casa antes de la noche. Trabajaba horas interminables en la clínica, y luego respondía a llamadas nocturnas de padres frenéticos que le preguntaban qué hacer con la nariz congestionada de sus niños, o la fiebre, o la diarrea.

El tiempo libre lo dedicaba a entrenar para sus condenados maratones. Se pasaba todo el tiempo corriendo.

Ya corría cuando se conocieron. Al principio él admiraba su físico atlético, su energía y su autodisciplina. Además de su figura y sus piernas torneadas, por supuesto. Durante un par de años habían corrido juntos. Pero luego ella se había convertido en una fanática.

Pues vale. Él había dejado que ella se divirtiera con su pasatiempo, mientras él se divertía con el suyo, que en ese mismo momento apretaba los suaves muslos contra sus caderas. Dio un último empujón y se corrió. No estaba seguro de que Alice también se hubiera corrido, pero fingía mejor que Emory.

5

Casi inmediatamente después de despertar, Emory se dio cuenta de que estaba sola.

Se incorporó. La cabaña estaba vacía.

Él había pasado toda la noche en vela. Cada vez que ella se movía, él abandonaba el sillón reclinable y se acercaba a la cama para preguntarle si estaba bien, si necesitaba algo, si seguía con ganas de vomitar.

Emory ya no tenía náuseas, así que alrededor de las dos de la madrugada había tomado unos sorbos de Coca-Cola. No le sentaron mal. Dos horas más tarde se pasó al agua. Él la instaba a beber, diciéndole lo que ella ya sabía, que debía evitar la deshidratación. Emory había estado corriendo, se había pasado el día durmiendo y luego había vomitado lo poco que había bebido.

Su reloj indicaba que eran poco más de las nueve de la mañana del domingo. Había dormido cinco horas sin despertarse o sin que él la despertara, y ahora él se había ido.

Aún sentía un leve mareo, de modo que se levantó con cautela para ir al cuarto de baño, llevándose las mallas de correr para ponérselas después de usar el váter.

Cuando regresó a la cama, palpó el resto de su ropa. La camiseta, la sudadera y el sujetador aún estaban fríos y húmedos. Arrastró una silla hasta la chimenea y colgó las prendas del respaldo para que acabaran de secarse.

Y entonces, ¿qué?

Sacó otra lata de Coca-Cola de la nevera. Bebió y le supo bien. Luego tomó dos analgésicos porque el dolor de cabeza persistía, igual que el mareo. No era tan intenso como antes, pero seguía ahí y era imposible de ignorar.

Apartó una cortina de muselina y se descorazonó al no ver más que una niebla algodonosa al otro lado de la ventana. Abrió la puerta y gritó un «hola», pero la niebla apagó su voz. Dio unos pasos fuera de la cabaña y, después de caminar un par de metros, las tablas del porche dieron paso a dos escalones altos y una gran roca plana incrustada en la tierra.

Era imposible recorrer veinticinco kilómetros caminando a tientas sin caerse por un barranco o perderse en la montaña. Volvió sobre sus pasos, entró en la cabaña y miró en derredor.

Junto a la puerta había un gancho en la pared. Las llaves de contacto que había visto allí colgadas la noche anterior ya no estaban. Aunque encontrara la camioneta en medio de la niebla, no podría ponerla en marcha. Y si de milagro lograba descubrir cómo hacerle un puente, no sabría en qué dirección conducir. Seguramente acabaría despeñando la camioneta montaña abajo.

Lo que significaba que tendría que hallar dentro de la cabaña algo que le sirviera para volver a la civilización.

Inició el registro en el lugar más lógico, la cómoda de la que él había sacado la camisa que Emory llevaba puesta. Encontró calcetines, ropa interior, camisetas, camisas de franela. En un cajón solo había vaqueros doblados.

El armario, hecho con tablones de un rojo descolorido, tenía una puerta destartalada. No era

más grande que una cabina de teléfonos, con una sola barra de la que colgaban chaquetas, chaquetones y un par de monos como los que llevaría un cazador.

Alineadas en el suelo había botas de distintas clases, unas de montaña, llenas de arañazos y similares a las que él llevaba puestas el día anterior, y otras de goma con cordones y forradas de borreguillo. Emory las apartó para buscar un posible escondite bajo las tablas, pero no encontró nada.

En la balda de encima de la barra había mantas dobladas, gruesos jerséis y una caja de zapatos que contenía varios pares de guantes. Colocó la mano sobre uno de los guantes, que tenía un tamaño intimidatorio.

Volvió a dejarlo todo en su sitio y cerró la puerta del armario con nerviosismo. Maldita sea, tenía que guardar las armas en alguna parte.

Encontró el baúl militar bajo la cama.

Jeff no había estado en el ejército, pero Emory había visto suficientes películas para reconocer lo que era. Se trataba de un baúl metálico con esquinas reforzadas y robustos cierres de latón. Por suerte, parecían abiertos. Si lograba sacar el baúl de debajo de la cama, podría abrirlo.

No resultaría fácil. Emory estaba débil después de pasar más de veinticuatro horas sin comer y casi todo el tiempo en la cama. El simple acto de agacharse para mirar bajo la cama le provocó mareos y punzadas de dolor. Respiró varias veces profundamente para recuperarse, y cuando disminuyeron hasta un nivel tolerable aferró un asa del baúl y tiró de él con todas sus fuerzas.

No consiguió moverlo más de unos centímetros cada vez antes de pararse a descansar. Cuando finalmente logró sacarlo, estaba empapada en sudor y le dolían los brazos y las piernas por el esfuerzo.

Echó los cierres hacia atrás y levantó la tapa.

En cuanto él entró por la puerta, Emory saltó sobre su espalda y le rodeó la cabeza con las manos para hincarle los dedos en la cara.

Emory se envalentonó cuando oyó su gruñido de sorpresa y dolor al arrancarle un buen trozo de piel de la mejilla con la uña. Pero su triunfo fue efímero, solo duró diez o quince segundos.

Hasta que él le sujetó las muñecas con sus manos enguantadas y las apartó de su rostro. Ella lo había aferrado con feroz determinación, pero ahora se debatía para liberar las muñecas de su férrea sujeción. Emory le dio patadas en las piernas, pero no hizo más que malgastar una valiosa energía.

Finalmente se rindió al quedarse sin fuerzas y se desplomó contra él, echada sobre su hombro.

—¿Ha terminado? —preguntó él.

—Y un cuerno —jadeó Emory.

—Ahora voy a dejarla en el suelo. Ya basta de tonterías, ¿de acuerdo?

—Váyase al infierno.

—A su debido tiempo, doctora. Como todo el mundo.

El hombre echó los brazos hacia atrás, bajó a Emory hasta que tocó el suelo con los pies y luego la soltó. Pero antes de que él se hubiera dado del todo la vuelta para encararse con ella, Emory arrancó el cuchillo de carne que había clavado en uno de los troncos de la pared y le

lanzó un mandoble a la cintura. Él arqueó la espalda y encogió el estómago justo a tiempo para evitar que el cuchillo le diera. La segunda acometida logró alcanzar el chaquetón, pero apenas dañó la resistente tela.

—¡Maldita sea!

Alzó el cuchillo y trató de clavárselo en el cuello. La punta de la hoja se enganchó en la lana de su bufanda, pero él le torció la mano y la desarmó con humillante facilidad. Luego arrojó el cuchillo al otro lado de la habitación. El cuchillo se deslizó por el suelo hasta chocar contra el zócalo.

—¿Ahora ha terminado?

Ella reculó hacia la pared a trompicones, temiendo las represalias de un hombre que parecía un gigante invencible. Del arañazo en el rostro le brotaba un hilo de sangre. Se lo limpió con el dorso de la mano y dejó una mancha roja en el guante de piel beige.

Miró la mancha de sangre y luego la miró a ella.

—Deduzco que se encuentra mejor.

Emory se irguió y le lanzó una mirada asesina. Despreciaba su propia debilidad y le enfurecía que él guardara una absoluta compostura.

—¿Me va a explicar de qué demonios iba todo esto? —preguntó él.

Siguió la dirección del airado gesto de Emory y por encima del hombro vio la mesa donde ella había colocado un incriminador portátil junto con su cargador, que había encontrado en el baúl metálico.

—Me ha mentido.

—No es cierto.

—Me dijo que no tenía cargador.

—Le dije que no tenía móvil. Y no lo tengo.

—Bueno, pues he encontrado el cargador y lleva dos horas conectado a mi móvil, pero este sigue sin encenderse. ¿Qué le ha hecho?

—Le he quitado la batería.

Su tranquila admisión la dejó sin palabras. Mientras ella permanecía boquiabierta, él mordió la punta del dedo corazón y tiró del guante derecho para sacárselo. Luego empezó a desabrocharse el chaquetón.

—¿Por qué? —preguntó ella, jadeante.

—Para que no emitiera la señal de su móvil.

Emory albergaba una leve esperanza de haberse dejado llevar por la imaginación, de haber visto demasiadas series de televisión y haber leído demasiada ficción y relatos reales sobre mujeres secuestradas, torturadas, maltratadas y asesinadas. Quería creer que él no la retenía en aquel aislado lugar contra su voluntad y con un malvado propósito.

Sin embargo, él acababa de frustrar esa débil convicción. Había inutilizado su móvil a propósito. Ya no podrían localizarla mediante GPS, una de las primeras cosas que las autoridades intentarían cuando Jeff denunciara su desaparición.

—¿Por qué me ha traído aquí?

—¿No lo habíamos dejado claro ya?

—No hemos dejado claro nada, salvo que es usted un secuestrador y un... —Se interrumpió, pensando en que era mejor no darle ideas.

Sin embargo, él pareció leerle el pensamiento, porque arqueó una de sus oscuras cejas inquisitivamente.

—¿Y un qué?

Las posibilidades de que Emory lograra incapacitarlo, arrancándole los ojos o clavándole el cuchillo eran prácticamente nulas. Dado que ambos intentos habían fracasado, la única arma que le quedaba era el raciocinio.

—Escuche, no me importa lo que haya hecho en el pasado. A mí aún no me ha hecho nada. Al contrario, ha sido muy amable. Y se lo agradezco. Las cosas podrían haber sido peor para mí si usted no hubiera estado allí para... para encontrarme y traerme aquí.

Él aguardó unos instantes antes de hablar.

—¿Pero?

—Pero ahora tengo que volver a casa. Tiene que dejar que me vaya.

Él se encogió levemente de hombros y señaló la puerta.

—No está cerrada. Pero se lo advierto: no creo que llegue muy lejos. He bajado unos tres kilómetros por la carretera pensando que la niebla quizá no sería tan espesa a menor altitud, pero no he conseguido dejarla atrás.

—Ha ido a pie.

—Sí.

—¿Por qué no en la camioneta?

—Por la misma razón que no quise usarla anoche. Hay docenas de curvas. Podría salirme del camino y caer cien metros.

—Pero se ha llevado las llaves de la camioneta.

—Porque no quería que usted la usara.

—Lo he pensado.

—Eso imaginaba. No quería que la estrellara y que seguramente se matara también. Por eso me he llevado las llaves.

Se metió los guantes, manchados de sangre como estaban, en el bolsillo del chaquetón, que dejó en un colgador de la pared. Se desenrolló la bufanda del cuello. La estática le erizó el pelo cuando se quitó el gorro de lana, que fue a parar también al colgador junto con la bufanda.

Luego se dirigió a la chimenea y, acuclillado, removió las ascuas con un atizador y añadió varios leños. Se levantó, se sacudió el polvo de las manos en el trasero y preguntó a Emory si había comido algo.

—No.

Él fue a la nevera y la abrió. Emory se acercó a grandes zancadas y cerró la puerta con fuerza suficiente para sacudir el electrodoméstico y hacer que tintinearan las botellas de su interior. Él la miró como dispuesto a matarla allí mismo, pero Emory no se amilanó.

—Mi marido estará frenético por saber dónde estoy y qué me ha pasado. Llamará a la policía para que me busquen.

—Bueno, pues hoy no la van a encontrar con esta niebla.

—Puedo mandarle un e-mail. Pero necesito la contraseña de su portátil.

Él lanzó una mirada al portátil. Se volvió hacia la nevera, empujó a Emory con la cadera para que se apartara y abrió la puerta.

—No tengo e-mail.

—Es igual. Puedo ponerme en contacto con él por Facebook. Aunque Jeff no vea mi mensaje, algún amigo...

—Lo siento, doc, pero no.

—Pero...

—He dicho que no.

—A usted no lo mencionaré. ¿Cómo iba a hacerlo si ni siquiera sé su nombre? Solo le diría a Jeff que estoy bien.

Él negó con la cabeza.

—Sin detalles, se lo prometo. Puede revisar el mensaje antes de que lo envíe.

—No.

Era como estrellarse contra el temido kilómetro treinta y dos de un maratón. Para no desfallecer, había que seguir adelante a toda costa.

—Está cometiendo un delito, ¿sabe?

—No le he puesto la mano encima.

—Pero me retiene aquí contra mi voluntad.

—La retienen aquí las circunstancias.

—Usted podría cambiar las circunstancias si quisiera.

—No puedo cambiar el tiempo.

—No me refería al tiempo. Se niega a dejarme usar su portátil para...

—El portátil está vedado.

—¿Por qué?

—Eso es asunto mío.

—Sea lo que sea, no puede ser bueno.

—Yo no he dicho que sea bueno. Simplemente es así.

—Dígame por qué me retiene aquí.

Él avanzó hacia Emory y se inclinó para que su cara quedara al mismo nivel que la suya.

—Yo no la retengo aquí, doctora —dijo con un tono áspero más siniestro que un grito. Luego señaló la puerta con el mentón—. Los mantengo a ellos fuera.

6

Jeff entró por la puerta del garaje y desconectó la alarma de la casa. Las luces estaban apagadas. La casa estaba fría y vacía.

Antes de dejar a Alice, esta había expresado de nuevo el temor de que Emory estuviera al tanto de su aventura.

—¿Estás seguro de que no lo sabe?

—Cree que la he descuidado y se está haciendo la ofendida —le aseguró él—. Está enfurruñada, eso es todo.

Pero el hecho era que no se sabía nada de Emory desde el viernes por la noche, cuando había llamado desde aquel motel. Ya era domingo por la tarde. Demasiado tiempo para que una esposa no se pusiera en contacto, aunque estuviera mosqueada.

Cualquier hombre casado entendería que Jeff se limitara a esperar que a Emory se le pasara su pequeño arrebato de rebeldía. Pero no hacer nada le hacía parecer el malo de la película, incluso a ojos de su amante.

«No es propio de ella no llamar —había comentado Alice en más de una ocasión durante su fin de semana—. ¿No estás preocupado?»

No lo estaba, pero se suponía que debía estarlo. Llamó al móvil de Emory, y antes incluso de sonar, le saltó el contestador con su voz pidiendo al que llamaba que dejara un mensaje.

—Pensaba que habrías vuelto ya a casa. Llámame.

Emory trabajaba a menudo en la clínica fuera de horas y los fines de semana, aprovechando el tiempo para ponerse al día con el papeleo. Llamó al fijo de la clínica y luego al número privado de su mujer. En ambos casos le respondió una grabación. Jeff dejó mensajes pidiendo a Emory que le llamara. Luego telefoneó al hospital en el que también ejercía y pidió que le pasaran con la planta de pediatría.

La enfermera que contestó lo reconoció por el nombre.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Surrey?

—¿Está ahí mi esposa?

—Pensaba que tenía permiso hasta mañana.

—Así es. Pero ya debería haber vuelto a casa, y no consigo contactar con ella por el móvil. He pensado que tal vez habría pasado por el hospital para ver a algún paciente y que se habría entretenido.

—No lo sé, yo acabo de empezar mi turno, pero preguntaré.

—Gracias. Si alguien la ve, que le pida por favor que me llame. Y si aparece por ahí, dígale que en su móvil salta el contestador. Tiene que comprobar la batería.

Jeff colgó, dejó el móvil sobre su escritorio y empezó a pasearse de un lado a otro, tratando de decidir qué hacer. Lo sopesó unos minutos, pero solo encontró una opción lógica.

Diez minutos más tarde, se dirigía velozmente hacia el norte por la Interestatal 85.

Emory probó el sándwich tostado de queso, dando pequeños bocados para ver si su estómago no lo rechazaba. Ya no tenía náuseas, solo la angustiosa sensación en la boca del estómago de que quizá no saldría viva de aquella cabaña.

Después de que él se negara a dejarle usar su portátil, ella se había acostado, pero no antes de desplegar el biombo en un gesto desafiante. Se tumbó sin apartar la ropa de cama, tan solo se echó una esquina de la colcha por encima de las piernas.

Había permanecido tumbada, tensa y recelosa, pero él se había limitado a ignorarla y ocuparse de sus cosas. Emory había olido el café y los huevos fritos que preparaba. También lavó los platos y luego salió al exterior durante un par de minutos. Finalmente, Emory se había dormido mientras lo escuchaba moverse por la estancia.

Al despertar, habían transcurrido varias horas y ya era de noche. A través de los listones del biombo, vio que la lámpara con pantalla de arpillera estaba encendida.

La preocupaba que quizá su patético e infructuoso ataque hubiera supuesto un esfuerzo excesivo para su cerebro y la hubiera debilitado aún más. Pero al incorporarse para ir al cuarto de baño, comprobó que estaba mejor de los mareos. Sin embargo, el dolor de cabeza persistía.

Luego, a pesar de que había jurado que el infierno se helaría antes de que ella abandonara su endeble santuario, que él tendría que sacarla a rastras de detrás de aquel biombo, ella misma lo rodeó.

Justo en ese momento, él entraba en la cabaña tan abrigado como antes y trayendo leña sobre los brazos. Al verla, se detuvo en el umbral y luego cerró la puerta con el tacón. Después se limpió las suelas de las botas en la esterilla de yute y llevó los leños a la chimenea. Era muy concienzudo manteniendo lleno el cajón de la leña.

Después de echar los leños en el cajón, se quitó las prendas de abrigo y sacudió el chaquetón antes de dejarlo en el colgador de la pared.

—Está cayendo aguanieve.

—Qué suerte para usted. Cuanto peor sea el tiempo, más fácil le resultará mantenerme aquí cautiva.

—Mírelo por el lado bueno —replicó él con ironía similar—. No se morirá de hambre. Tengo comida suficiente para varios días.

Después de esta conversación, él se ocupó en preparar una sopa de fideos con pollo enlatada y los sándwiches de queso que ella se había limitado a mordisquear. Pero en realidad aquella sencilla cena tenía un sabor delicioso y, cuanto más comía, más hambre le daba. Tras haber estado corriendo durante la mañana del día anterior había agotado las reservas de carbohidratos. La sopa le hizo recuperar sodio y al final se lo comió todo.

Él reparó en ello, pero no hizo ningún comentario cuando se llevó los platos vacíos al fregadero.

—¿Café?

—No, gracias. ¿Tiene té?

—Té —repitió él como si nunca hubiera oído hablar de semejante cosa.

—Da igual.

—Lo siento —dijo él. Volvió a la mesa con su taza de café y se sentó de nuevo frente a ella —. No bebo té.

—Debería tenerlo de reserva. Nunca se sabe cuándo puede pedírselo una de sus prisioneras.

—Es usted la primera.

—¿La primera prisionera o la primera bebedora de té?

—Ambas cosas.

—No le creo.

Él alzó un hombro con indiferencia y sopló el café antes de tomar un sorbo. Cuando volvió a poner la taza sobre la mesa, pilló a Emory mirando la barra metálica suspendida entre las vigas. Cuando ella bajó la vista y sus miradas se cruzaron, sintió una sacudida en el estómago, como si le hubieran dado un puñetazo. No pensaba preguntarle por la barra, ya que temía su respuesta.

No obstante, al notar el peso de su mirada, Emory siguió la veta de la madera de la mesa con la uña del pulgar.

—¿Qué hizo?

—¿Cuándo?

—Su delito. ¿Cuál fue su delito? —Emory evitó mirarlo a la cara todo el tiempo que pudo soportarlo. Cuando por fin se atrevió a mirarlo, los ojos de él brillaban como piedras preciosas. Le habrían parecido bellos de no ser por el miedo que le causaban—. «Los mantengo a ellos fuera.» Eso ha dicho.

—Ajá.

—¿Ellos son la policía? ¿Se esconde de las autoridades?

—Se está superando, doc.

—Deje de llamarme así. Parece el nombre de una mascota. Y no voy a ser su mascota.

—Desde luego dócil no va a ser. Araña.

Emory trató de no mirar la larga y roja marca que le había dejado en la mejilla. La sangre se había coagulado, pero era una fea herida y parecía dolorosa.

—Debería ponerse agua oxigenada ahí para que no se le infecte.

—Sí, debería. Pero no quería derribar la muralla de Jericó que ha levantado para ir al cuarto de baño. —Ladeó la cabeza en dirección al biombo—. Temía que volviera a abalanzarse sobre mí.

—Tampoco le he hecho tanto daño.

—No temía que me hiciera daño. Temía hacerle daño yo a usted. —Al ver la expresión escandalizada de Emory, añadió—: Sin querer. Pero si tengo que defenderme de usted, soy más corpulento y podría acabar herida.

Su envergadura habría resultado intimidatoria si Emory se lo hubiera encontrado delante de ella en la cola del supermercado o en un ascensor, o en el asiento contiguo en un avión. No tenía que esforzarse para resultar imponente, le bastaba con su estatura. El jersey de punto de trenza y color crema que llevaba en ese momento se ceñía a su cuerpo, realzando la amplitud de pecho y hombros.

Sus manos, que rodeaban la taza de café, hacían que esta pareciera tan delicada como la taza de té de porcelana con que ella jugaba de niña. Incluso en reposo, sus manos la atemorizaban. Desde el hueso de la muñeca hasta la yema de los largos dedos parecían capaces de hacer...

Muchas cosas.

Emory recordó la suavidad con que aquellos dedos le habían palpado la nuca. «Está empapada», había dicho. Los pensamientos que cruzaron fugazmente por su cabeza la hicieron sonrojar. Bebió agua del vaso y luego retomó su interrogatorio.

—¿Ha estado en el ejército?

—¿Qué le hace pensar eso?

—Su pulcritud. Todo lo tiene doblado uniformemente y bien guardado. Y las botas alineadas por pares.

—Ha debido de registrarlo todo a fondo.

—¿Acaso no era lo que esperaba?

—Ya. —El hombre estiró sus largas piernas a un lado de la mesa—. Sabía que se pondría a husmear.

—¿Y qué escondió entonces anticipándose a mi registro? ¿Esposas? ¿Correas?

—Solo el portátil. Y no demasiado bien, al parecer. Pero no creía que tuviera fuerzas para sacar el baúl de debajo de la cama.

—He agotado todas mis energías.

—Le ha quedado suficiente para abalanzarse sobre mí.

—Pero no lo bastante para resistir.

—Debería haberlo pensado antes.

—Lo pensé.

—Ah, sí. El cuchillo.

—¡Para lo que me ha servido!

—Me ha hecho un desgarrón en mi mejor bufanda.

A Emory le irritó ver el descaro con que él se mostraba burlón. Intentó pillarlo desprevenido.

—Háble me de la guerra.

Su pregunta tocó una fibra sensible. Él recogió las piernas, se irguió y bebió un sorbo de café. Actos normales, intrascendentes, pero en aquel caso, reveladores.

—¿Y bien? —insistió ella.

—¿Qué quiere saber?

—¿En qué cuerpo sirvió?

Nada.

—¿Cuándo?

Nada.

—¿Dónde? —Al ver que él no respondía, añadió—: ¿Nada que decir sobre el tema guerra?

—Solo que no la recomiendo.

Se miraron el uno al otro. En los ojos firmes de él, Emory leyó la advertencia de que sería mejor dejar el asunto ahí, y no quiso correr riesgos.

—Las cajas de balas del estante del baño...

—Creí que estarían fuera de su alcance.

—He tenido que ponerme de puntillas. Si tiene balas, debe de tener armas.

—¿No ha aparecido mi arsenal durante el registro?

Ella negó con la cabeza.

—Qué pena. Podría haberme pegado un tiro en lugar de atacarme con las uñas y con un cuchillo de cocina. Habría gastado menos energías.

De nuevo se burlaba de ella. Emory le dio la réplica.

—¿Fue violento su delito?

La sonrisa del hombre se esfumó. No, no se esfumó, porque eso habría sido gradual. Su

ironía se desvaneció en el acto y la boca recuperó la firme línea que solía mostrar.

—Extremadamente violento.

Su franca respuesta llenó a Emory de una dolorosa desesperación. Deseó que lo hubiera negado o mitigado.

—Si fue algo que hizo estando en el ejército... —empezó, aferrándose a una leve esperanza.

—No.

—Entiendo.

—No entiende nada —replicó él, tras una áspera risita.

Entonces se puso de pie tan repentinamente que Emory se sobresaltó. Reaccionó levantándose bruscamente e hizo caer su silla hacia atrás. Cuando la silla golpeó el suelo, Emory dio un respingo.

Él rodeó la mesa, levantó la silla y la dejó en su sitio con un enfático gesto de enojo, haciendo que las patas resonaran contra el suelo.

—Deje de saltar cada vez que me muevo.

—Entonces deje de asustarme.

—No lo hago.

—¡Ya lo creo que sí!

—No es mi intención.

—Pero aun así me asusta.

—¿Por qué? No voy a hacerle daño.

—Si eso es cierto, deje que llame a mi marido...

—No.

—... y le diga que estoy bien.

—No.

—¿Por qué?

—Ya lo hemos discutido. Estoy harto de hablar de eso. También estoy harto de salir fuera a mear contra un maldito árbol, cosa que he hecho toda la tarde para no molestarla mientras descansaba. Pero ahora voy a ir al cuarto de baño para usar el váter y darme una ducha. Póngase cómoda. Husmee todo lo que quiera —dijo, abriendo los brazos—. La cabaña es toda suya.

Acto seguido plegó el biombo con unos cuantos golpetazos de la madera y lo devolvió a su posición original contra la pared.

—Esto se queda aquí.

Al llegar a la puerta del cuarto de baño, encendió la luz, pero antes de entrar se dio la vuelta.

—No recorrería más de diez metros sin perderse ahí fuera, y esta noche no tengo ganas de ir a buscarla. Así que olvídese de cualquier plan de fuga que tenga en mente.

Y tras esto, se metió en el cuarto de baño.

En cuanto cerró la puerta, ella fue por el portátil, que él había dejado en el sofá al poner la mesa para cenar. Se instaló en la mesa, levantó la tapa y situó el cursor en la casilla para la contraseña.

Sus dedos se posaron en las teclas. Y allí se quedaron. ¿Cómo iba a adivinar la contraseña si no sabía nada de aquel hombre? Ni nombre, ni fecha y lugar de nacimiento, ni ocupación o *hobby*. Nada.

No obstante, probó con docenas de combinaciones, algunas con temas militares, la mayoría

de ellas ridículas, pero no logró desbloquear el portátil, tal como se temía.

—¡Mierda!

—¿No ha habido suerte?

Emory se dio la vuelta en la silla, sobresaltada porque no le había oído salir del cuarto de baño. Solo se había puesto los tejanos. Llevaba las botas, los calcetines y el jersey en las manos. Si antes la intimidaba, así lo hizo todavía más. Cabello húmedo. Descalzo. Torso desnudo.

Aturullada, volvió su atención al portátil, bajó la tapa, no sin brusquedad, y se puso en pie.

—Váyase al infierno.

—Eso ya me lo ha dicho.

—Y muy en serio.

Emory pasó por su lado de camino al cuarto de baño.

—Le he dejado agua caliente.

Ella cerró la puerta con un fuerte golpe y se dispuso a echarle el pestillo, pero descubrió que no tenía.

Deseosa de darse una ducha, atraída por el agradable olor del jabón y el champú, pero temiendo quedarse desnuda, decidió asearse en el lavabo con una de las toallas de tocador pulcramente dobladas. Se limpió los cabellos manchados de sangre, pero no consiguió romper la costra y, además, dolía.

En el colgador de la puerta estaba la camisa de franela con que había dormido la noche anterior. Emory se había vuelto a poner las prendas de corredora mientras él estaba ausente, pero ahora no pudo resistir la tentación de volver a cambiarse.

También cedió a la tentación de usar el cepillo para el pelo en las zonas de la cabeza alejadas del doloroso chichón y la costra. Sin embargo, aquello implicaba una intimidad que le resultó perturbadora. Se limpió los dientes con el dedo índice.

Apagó la luz antes de abrir la puerta. Él estaba sentado en el sillón reclinable, leyendo un libro de bolsillo a la luz de la lámpara. Se había puesto una sencilla camiseta blanca y calcetines blancos. No levantó la cabeza ni dio muestras de haberse fijado en ella.

Emory se metió entre las sábanas y se quitó las mallas de correr, luego se volvió de costado hacia la pared.

Media hora más tarde, él apagó la lámpara. Ella aún estaba despierta y alerta cuando él se acercó a la cama. Emory cerró con fuerza los ojos y contuvo la respiración. Presa del pánico, entonó mentalmente una súplica: «No, por favor. No, por favor. No, por favor.»

Pero además de aquella silenciosa súplica para que no la agrediera sexualmente ni la matara, entonó otra para que no la decepcionara. Era estúpido e inexplicable, pero el caso es que ahí estaba. Por razones que no tenían nada que ver con el miedo, Emory no quería que fuera un degenerado, un violador, un asesino o un hombre demente o malvado.

—Sé que está despierta. Míreme.

Ella permaneció inmóvil, salvo por su corazón, que latía desbocado.

El colchón se hundió cuando él colocó una rodilla cerca de su cadera. Alarmada, Emory se dio la vuelta y ahogó una exclamación cuando él apoyó las manos a ambos lados de sus hombros, reteniéndola, impidiéndole ver las vigas, la preocupante barra de metal, todo lo que no fuera su cara.

—Cuando el tiempo mejore, le prometo que la llevaré montaña abajo. Me aseguraré de que

llegue sana y salva. Hasta entonces, no le haré ningún daño. ¿Entiende?

Incapaz de hablar, ella inclinó la cabeza una vez.

—¿Me cree?

—Quiero creerle —susurró ella con sinceridad.

—Créame.

—¿Cómo voy a creerle, cuando no quiere responder a las preguntas más elementales?

—Hágame una.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué importa eso?

—Si no importa, ¿por qué no quiere decírmelo?

—Créame, doc, si insiste en hurgar en mi vida, no le va a gustar lo que encuentre.

—Si no quería que hurgara, no debería haberme traído aquí.

—Ahí me ha pillado —admitió él, esbozando la mueca que exhibía siempre como sonrisa.

Ella analizó sus rasgos, buscando una pista sobre qué podía haber hecho que fuera tan terrible. Era un rostro fuerte, muy varonil, pero resultaba más misterioso que amenazador.

—¿Por qué se oculta de las autoridades?

—¿Por qué se ocultaría cualquiera?

—Para que no le atrapen.

—Ahí lo tiene.

—Como ciudadana que cumple la ley, no puedo simplemente...

—Sí, sí que puede —insistió él—. Simplemente déjelo correr.

De repente ella se cansó de sus amenazas veladas y decidió plantarle cara.

—¿O qué? ¿Qué hará? Ha prometido no hacerme daño.

Aunque no hubiera podido verle los ojos en la oscuridad, Emory habría notado aquella mirada posándose en su boca, su cuello, el escote abierto de la camisa. La mirada bajó hasta el inicio de los muslos antes de volver a sus ojos.

Emory contuvo de nuevo la respiración.

—No le dolería —susurró él.

7

Emory dejó caer la cortina.

—Está imposible ahí fuera.

El tiempo había empeorado durante la noche. Había empezado a caer nieve, que se acumulaba sobre una gruesa capa de aguanieve. Lo que, por supuesto, lo beneficiaba a él.

Estaba sentado a la mesa tratando de arreglar la tostadora, que no había hecho saltar las tostadas para el desayuno.

—¿De cuándo es esa tostadora?

El tono malhumorado de Emory le hizo levantar la cabeza.

—No lo sé. Venía con la cabaña.

—¿Por qué no se compra una nueva?

—Porque puede arreglarse. Además, me gusta trabajar con las manos. —Había pegado ya la patilla de las gafas de sol de Emory, y las había depositado sobre la mesa para que se secara la cola.

—¿Es un manitas?

—Me las arreglo.

Sin duda se mostraba modesto. Tenía que ser un manitas para poder vivir de aquella manera, solo en un lugar aislado, sin contar con nadie más que consigo mismo.

Jeff no sabría usar una tostadora, mucho menos repararla. Pero no era justo mostrarse tan poco caritativa con su marido. Jamás le había pedido que arreglara nada en casa, y desde luego a ella no le habría parecido adorable que lo intentara, aunque resultara un fracaso. En realidad, no recordaba haberle pedido nunca nada relacionado con la casa. Tal vez debería haberlo hecho. Si no se hubiera mostrado siempre tan autosuficiente y le hubiera pedido que le echara una mano, tal vez serían más felices.

El distanciamiento entre ellos se había iniciado un año atrás, cuando él no había logrado que lo promovieran a socio en la compañía de inversiones para la que trabajaba. Jeff había adoptado un aire de indiferencia, pero ella sabía que había supuesto una enorme decepción y un duro golpe para su ego.

Para hacerle saber que contaba con todo su apoyo, Emory lo llamaba varias veces al día, a veces por alguna tontería, simplemente para que se diera cuenta de que pensaba en él. Sin embargo, en lugar de levantarle el ánimo, aquella atención extra parecía irritarlo. Incluso había llegado a pedirle, con fría cortesía, que dejara de actuar con condescendencia.

En un esfuerzo por reconducir su relación, Emory había cambiado de táctica y había empezado a sugerir escapadas de fin de semana para hacer cosas que creía que a él podían gustarle. Una cata de vinos en Napa. Un festival de cine independiente en Los Ángeles. Un hotelito en el barrio francés de Nueva Orleans.

Sus sugerencias habían topado con respuestas tibias o burlas directas. Su vida sexual fue

disminuyendo hasta que él se quejó de su baja frecuencia, al tiempo que perdía toda iniciativa. El orgullo impidió que Emory tratara de tentarlo. Y así alcanzaron un punto muerto. La brecha continuó ensanchándose. Meses de tensión creciente desembocaron en una discusión sobre la indiferencia de Jeff con respecto al maratón. Se trataba de un evento benéfico para recaudar fondos en cuya promoción y organización había colaborado la propia Emory. Además de mostrar una absoluta falta de interés, Jeff había mostrado una hostilidad cada vez mayor hacia el maratón y la, según él, «obsesión» de Emory.

El hecho de que Jeff rechazara algo tan importante para ella no era más que el síntoma de un distanciamiento emocional más amplio, y al señalárselo ella en la forzada conversación durante la cena del jueves, la situación se había inflamado rápidamente.

Lo que Emory no había dicho, lo que se había guardado, era que sospechaba que él tenía una amante. ¿Acaso no era habitual que un hombre buscara recomponer su ego con una aventura sexual?

Sin embargo, a falta de pruebas que sustentaran sus sospechas, Emory había guardado silencio. Se había ido el viernes por la tarde, furiosa, pero con la esperanza de que una noche lejos de casa le daría una mejor perspectiva. También esperaba que contribuyera a despertarle el espíritu de lucha necesario para luchar por su matrimonio.

No contaba entonces con caerse, sufrir una conmoción y ser «rescatada» por un hombre sin nombre que, sin siquiera tocarla, la noche anterior le había despertado un deseo sexual más intenso que Jeff en todo un año.

—¿Tiene frío?

La pregunta la sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué?

—Se frota los brazos. ¿Tiene frío?

—No.

El hombre dejó la tostadora desmontada sobre la mesa para ir hasta la chimenea. Cuando los leños que echó al fuego prendieron, devolvió la pantalla a su sitio e hizo una seña a Emory para que se acercara.

—Venga aquí. Caliéntese.

—¿Quién le proporciona la leña?

—Nadie. La corto yo mismo.

—¿Se mete en el bosque a talar árboles?

—Es lo que hace la gente, ¿sabe?

Ella no conocía a nadie que lo hiciera. Todo el mundo compraba leña a alguien que se la llevaba a casa, o compraban un paquete en el supermercado junto con el pan y la leche.

Satisfecho al ver que los leños añadidos ardían, él volvió a la mesa, agarró las gafas de sol de Emory y se las tendió.

—La cola se ha secado. Creo que aguantará.

Emory comprobó la solidez de la reparación.

—Gracias.

—De nada.

—Sus manos parecen demasiado grandes para trabajar en cosas tan pequeñas y delicadas. No imaginaba que fuera tan hábil.

—Puedo ser hábil cuando es necesario.

Emory percibió que a él le divertía la involuntaria oportunidad que le había proporcionado para darle una sugestiva réplica, que eso le complacía. Le dio la espalda y se metió las gafas de sol en el bolsillo de la camiseta. Él, con aire satisfecho, se sentó a la mesa y volvió a ocuparse de la tostadora.

—¿No le pone de los nervios? —preguntó ella.

—¿El qué?

—El silencio. La soledad.

—Tengo música en el portátil.

—¿Podemos poner algo?

—Buen intento, doc, pero no.

Emory cruzó la habitación hasta el otro extremo y volvió.

—¿No se muere de aburrimiento?

—Yo nunca me aburro.

—¿Cómo es posible? ¿Qué hace durante todo el día? Es decir, cuando no está reparando pequeños electrodomésticos.

El comentario pretendía ser insultante, pero él no se dio por aludido.

—Proyectos.

—¿Como qué?

—Estoy construyendo un cobertizo para la camioneta.

—¿Usted solo?

—No es difícil, pero soy exigente, así que me está llevando mucho tiempo. Esperaba terminarlo antes del invierno. —Miró en dirección a la ventana—. No lo he conseguido.

—¿Qué más?

—Hice los estantes para los libros.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que hace? ¿Matar el tiempo haciendo reformas caseras?

—También cazo. Aunque no mucho. A veces pesco.

—Cuando se cansa del venado.

—No, no me gusta el pescado, así que siempre devuelvo los peces al agua. Hago senderismo. Aquí arriba hay paisajes incomparables. A veces voy de acampada, pero normalmente prefiero mi cama a un saco de dormir en el suelo.

—Así que no se opone completamente a las comodidades.

Él esbozó una sonrisa.

—No. Me gusta ducharme y el café recién hecho —dijo.

Emory miró en derredor, evaluando el reducido y espartano espacio en que vivía.

—Yo no podría vivir aquí recluida sin nada que hacer.

—Tengo cosas que hacer. Las estoy haciendo.

—¿Reparar una tostadora vieja?

Esta vez él no respondió a la pulla. Se reclinó en la silla y la miró pensativamente mientras se daba golpecitos en la palma de la mano con un pequeño destornillador.

—Hay otras cosas que necesitan repararse.

—¿Y qué ocurre cuando quedan inservibles?

—No creo que eso ocurra.

Acobardada por su tono de advertencia, Emory recorrió la habitación, fue hasta una ventana y apartó la cortina para mirar fuera nuevamente. La nevada era más densa que antes.

—¿A qué distancia estamos de Drakeland?

—Más lejos que un maratón, si está pensando en ir hasta allí corriendo.

—Pasé allí la noche del viernes. Pero no vi gran cosa de la ciudad. ¿Es bonita?

—Es casi civilizada. Tiene un Wendy's, un Walmart y unos multicines.

Ella pasó por alto el sarcasmo.

—¿Cada cuánto va por allí?

—¿Al cine?

—A la ciudad.

—Cuando necesito algo. Cuando me apetece.

—¿Tiene amigos?

—La mujer del Dunkin's Donuts suele hablarme. Me conoce de vista.

—Pero no sabe cómo se llama.

Él no respondió.

—No tiene amigos. No... —No sabiendo qué más añadir, Emory se acercó a la chimenea y se sentó—. ¿De qué vive? ¿Cómo se gana el dinero?

—Me las arreglo.

—Eso no es una respuesta.

—Me las arreglo para vestirme y comer, pero no tengo montones de dinero. —Hizo una pausa y añadió—: Como tiene usted.

—Yo no tengo montones de dinero.

Él enarcó una ceja.

—La riqueza es relativa —prosiguió ella con irritación—. Además, ¿cómo sabe...? —Se interrumpió y miró el portátil en un extremo de la mesa, bajo la lámpara—. ¿Me ha buscado en Internet?

—La tarde que la traje aquí.

—Sacó mi nombre del carnet de conducir.

—El resto fue fácil. Bastó con teclear su nombre y apareció Charbonneau Oil & Gas. Es una rica heredera.

Emory no estaba dispuesta a hablar de su vida privada con él. Sin embargo, se oyó decir:

—Detesto esa palabra.

—¿Y eso por qué?

—Porque significa que mis padres han muerto. Supongo que también lo habrá leído.

Él dejó el destornillador en la mesa y le dedicó toda su atención.

—El avión lo pilotaba un amigo de su padre.

—Era un piloto experimentado con miles de horas de vuelo. Las dos parejas, amigos íntimos de toda la vida, se dirigían a Oklahoma para ver un partido de fútbol americano en la Universidad de Luisiana. Los Tigers contra los Sooners. —Emory tironeó del botón del puño de la camisa de franela, que se había puesto sobre las prendas de correr—. No llegaron al saque inicial.

Detrás de ella, el fuego ardía con fuerza, calentándole la espalda, pero sin alcanzar el frío vacío causado por el recuerdo de la pérdida repentina de sus padres.

—Estuve mal mucho tiempo. Rezaba a Dios y lo maldecía, a veces al mismo tiempo. Lloraba hasta el agotamiento. En un ataque de ira me corté el pelo muy corto. El dolor es una enfermedad. Por desgracia es incurable. Simplemente he aprendido a vivir con ella. —Al darse cuenta de lo silenciosa que se había quedado la habitación, Emory volvió la cabeza y miró al hombre.

Él seguía sentado, inmóvil, observándola.

—¿No tiene más parientes cercanos?

—No. Solo quedo yo. Éramos una familia muy conocida en Baton Rouge. No podía ir a ninguna parte sin tropezar con alguien que quisiera hablar de mis padres y darme el pésame. Se hizo difícil tener que recordarlo continuamente. Me pareció que mi supervivencia dependía de marcharme de allí, de empezar de cero en otra parte. Así que, después de terminar las prácticas como residente, vendí la casa familiar y mis acciones en la empresa y me trasladé a una nueva ciudad, un nuevo estado. —Emory se dio una palmada en los muslos y luego se los frotó—. Eso es todo. ¿Me he dejado algo?

—Cómo conoció a su marido.

—Nos presentó un amigo común.

—¿Amor a primera vista?

Emory se puso en pie.

—Todo lo que necesita saber sobre Jeff es que ahora mismo estará muerto de preocupación.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Tres años y unos meses.

—¿Han sido años felices?

—Sí.

—¿Le duele la herida?

—¿Cómo? —Entonces, dándose cuenta de que se estaba frotando la cabeza, Emory bajó la mano—. No. El chichón ha bajado. El corte me pica.

—Eso es que se está curando.

—Eso es que necesito lavarme el pelo.

—¿Por qué no se da una ducha?

—¿Usted qué cree?

—Porque no quiere desnudarse.

Su rotunda respuesta no necesitaba de más explicaciones.

Él dio una última vuelta al destornillador, luego colocó la tostadora en el centro de la mesa y probó varias veces la palanca de expulsión. Ya no se quedaba encallada. Se levantó y colocó la tostadora en su sitio sobre la encimera. Luego volvió a meter el destornillador en un cajón.

—¿Qué me dice de usted?

—A mí no me importa desnudarme.

—No me refería a eso.

Él apoyó las manos en la encimera a su espalda y cruzó los pies con más languidez de la que Emory hubiera atribuido a un hombre de su corpulencia. Parecía absolutamente cómodo consigo mismo y con su entorno, con la extraña situación, con todo lo que a ella le sacaba de quicio, sobre todo el misterio que lo rodeaba a él.

—Entonces, ¿a qué se refería, doc?

—A su familia. ¿Tiene una esposa metida en alguna parte?

La noche anterior, él prácticamente la había retado a atreverse a fisgonear, advirtiéndole con su dura mirada del riesgo que corría. En ese momento la miró de la misma manera.

—No.

—¿Nunca se ha casado?

—No hay ninguna esposa. Nunca la ha habido. —Dejó que transcurrieran unos segundos y añadió—: ¿Algo más?

«Sí. Un centenar de cosas», pensó ella, pero negó con la cabeza.

—Entonces, discúlpeme. —Y pasó por su lado hacia el cuarto de baño.

Aquella conversación dejó a Emory más turbada aún. Había desnudado su alma sobre la trágica muerte de sus padres y sus consecuencias, un tema sobre el que solía mostrarse reticente, porque era demasiado doloroso.

Pero él había seguido esquivando preguntas que podían responderse fácilmente. Insistía en mantenerla en la ignorancia, y era un vacío sombrío que la inquietaba.

Sintiendo frío de nuevo, Emory volvió junto a la chimenea. Los leños añadidos habían ardido deprisa. Apartó la pantalla, agarró uno de los leños más pequeños del cajón, lo colocó sobre los demás con cuidado y tendió la mano para agarrar otro. Los demás se desplazaron entonces, dejando al descubierto el fondo del cajón.

Había una bolsa de papel marrón de tamaño mediano. Sintiendo curiosidad, Emory la sacó de debajo de los leños, no sin esfuerzo, porque pesaba bastante.

La parte superior estaba doblada en varios pliegues para evitar que se abriera. Emory los desplegó y la abrió.

Dentro había una piedra de veinte centímetros de diámetro en su parte más ancha, con una superficie desigual que formaba una cordillera en miniatura en el borde superior. Aquellos picos estaban manchados de un oscuro color sangre, que se había introducido en la red de minúsculas grietas como un macabro río de lava. En la sangre seca había pegados varios mechones de pelo, de la misma longitud y el mismo color que el cabello de ella.

Emory soltó un chillido al tiempo que aquellas manos en que ella se había fijado por su tamaño y su fuerza la sujetaban por los brazos desde atrás. La obligaron a darse la vuelta y le arrebataron la bolsa.

—No tenía que ver esto.

8

El agente especial del FBI Jack Connell subió los escalones de la casa de piedra rojiza, comprobó los nombres que había en los timbres, y apretó el que correspondía a Gaskin. Ella lo estaba esperando y respondió casi de inmediato.

—¿Señor Connell?

—Sí.

Ella abrió la puerta desde arriba. Él entró en un pequeño zaguán, luego traspuso otra puerta de madera tallada con cristales esmerilados. Ella le había advertido que el edificio no se había modernizado con la instalación de un ascensor, pero por suerte su apartamento se encontraba en el segundo piso.

Al llegar al rellano, el agente rodeó el poste de la barandilla prolijamente tallado. Eleanor Gaskin se encontraba en el umbral de la puerta abierta.

—No ha cambiado usted nada —dijo, tendiéndole la mano derecha.

—No puedo decir lo mismo de usted.

Ella rio y se dio unas palmaditas en el abultado vientre.

—Bueno, eso es cierto.

Con treinta y pocos años, Eleanor era una mujer muy atractiva de grandes ojos castaños y pelo negro liso cortado casi al estilo de los felices años veinte. Vestía mallas negras, bailarinas y una camisa grande que se adaptaba a su embarazo. No había artificio alguno en su sonrisa. Tras estrecharse la mano, ella se apartó para que entrara.

—Gracias por llamarme —dijo él—. Dejamos nuestra tarjeta a la gente, pero no suelen llamarnos. Y menos después de tanto tiempo.

—Cuatro años, si no me equivoco.

La masacre de Westboro, Virginia, se había producido hacía cuatro años. Él había interrogado a la joven dos meses después de aquel terrible día, pero no había vuelto a hablar con ella hasta su inesperada llamada de la noche anterior.

—Siéntese —dijo ella—. ¿Le apetece tomar algo?

—No, gracias.

Jack Connell se sentó en el sofá indicado. El sol penetraba por la ventana mirador que daba a la calle e inundaba la habitación. Se encontraba en una manzana de casas residencial y arbolada, situada entre dos de los bulevares más bulliciosos del Upper West Side neoyorquino.

—Bonito edificio —comentó él. Apartamentos como aquel, que parecía ocupar todo el segundo piso del edificio, estaban por las nubes.

—Mi marido lo heredó de su abuela —dijo ella, como si le adivinara el pensamiento—. Ella vivió aquí más de cuarenta años. Tuvimos que modernizarlo, claro está. La cocina y los baños. Lo mejor es que tenía una habitación libre para el bebé.

—¿Su primer hijo?

—Sí. Niña.

—Felicidades.

—Gracias. Estamos muy ilusionados.

Intercambiaron la sonrisa de dos educados desconocidos que tuvieran algo importante pero incómodo que discutir. Fue ella quien inició la conversación.

—¿Ha visto el vídeo que le mandé por e-mail?

—Una docena de veces por lo menos. Pero me gustaría volver a verlo con usted para asegurarme de que me he fijado en la mujer correcta.

Ella se acercó al mueble del equipo audiovisual. Encendió los aparatos necesarios, y la pantalla plana que había en la pared sobre la chimenea empezó a reproducir una grabación. Ella se colocó a un lado con el mando a distancia en la mano. En la parte inferior de la imagen aparecían superpuestas las siglas de una cadena televisiva.

—Lo tengo preparado en el momento justo. Aparecerá... ahora. —Eleanor pausó el vídeo y señaló a una mujer en la pantalla, una cara entre la multitud. La grabación procedía de un noticiario de alcance nacional emitido el día anterior. En Olympia, Washington, se había producido una manifestación frente a la sede del gobierno del estado motivada por la derogación de una ley sobre armas. La mujer en cuestión llevaba una pancarta.

—Sí, es la que yo pensaba —dijo él—. Se parece un poco a Rebecca Watson, pero... no estoy seguro al cien por cien. —Jack se acercó al televisor para mirar la imagen más de cerca. Estudió el rostro, que se encontraba en medio de docenas de otros rostros—. ¿Y la reconoció entre tanta gente?

—En cuanto la vi.

Él la miró sin convencerse.

—Conocía muy bien a Rebecca. Me vine a la ciudad recién salida de la universidad, sin experiencia ninguna. Ella se arriesgó dándome una oportunidad. La gente no suele olvidar a quien le da su primer trabajo. Llevábamos casi cinco años trabajando juntas en Macy’s antes del suceso de Westboro, y no éramos meras conocidas. Yo era su mano derecha.

»Pasábamos muchas horas juntas en el trabajo. Yo entonces era soltera. Ella acababa de divorciarse. A veces íbamos a su casa después de la jornada laboral y seguíamos trabajando, luego compartíamos una botella de vino. Éramos amigas.

Eleanor repetía lo mismo que había declarado cuatro años antes a raíz de la súbita desaparición de Rebecca Watson. Connell la había interrogado y ella se había mostrado muy preocupada por su amiga. También había sido sincera. Sobre eso Connell habría apostado toda su carrera. Por otra parte, Eleanor no había aportado ninguna información útil, de modo que él le había entregado su tarjeta y le había pedido que se pusiera en contacto con él en caso de que tuviera alguna noticia sobre Rebecca.

Así lo había hecho ella. Pero Connell no quería dejarse llevar por la emoción todavía. Durante cuatro años había estado siguiendo pistas que parecían prometedoras, y todas habían resultado infructuosas al final.

—Ha cambiado —comentó. Cuatro años antes, también él había pasado bastante tiempo con Rebecca Watson, pero jamás habían compartido una botella de vino. Sus conversaciones habían sido más bien hostiles. Connell la había interrogado a fondo durante horas, días. Desde el principio, ella le había asegurado que jamás delataría el paradero de su hermano, y no lo había

hecho.

—Lleva el pelo distinto —observó Eleanor Gaskin—. Pero eso se cambia con facilidad.

—Entonces llevaba gafas.

—Unas gafas grandes con montura de carey. —Eleanor sonrió—. Pensaba que le daban un aire más profesional, que le otorgarían ventaja en una negociación difícil. Y créame cuando le digo que sabía llevar una negociación.

—La creo —dijo él, recordando el obstinado silencio de Rebecca con respecto a su hermano. Jack no había logrado quebrantar su tozudez y ese fracaso seguía exasperándolo—. Sé que ya hablamos de todo esto entonces, pero quizá pasé algo por alto. ¿Le importaría refrescarme la memoria?

Regresaron a sus asientos y, con un gesto, Eleanor lo invitó a formular sus preguntas.

—¿Le habló Rebecca de él, señora Gaskin?

—¿Se refiere a su hermano?

Jack asintió con la cabeza.

—Hablaba mucho de él. Sus padres habían muerto, así que estaban ellos dos solos. A mí me preocupaba casi tanto como a ella que lo mataran o hirieran en Afganistán. No creo que ella hubiera soportado perderlo. Estaban muy unidos.

»Cuando él regresó a casa, Rebecca sintió un gran alivio. Estaba feliz. Disfrutaban mucho juntos. Él quería muchísimo a Sarah, de hecho se convirtió en una figura paterna para ella. Y la niña adoraba a su tío. Después... —Eleanor lo miró con aire pesaroso y se encogió de hombros.

—Westboro.

—Sí.

Jack recordaba la fecha de aquel trágico suceso. Estaba grabada en su memoria, tan indeleble como el nombre del hombre al que seguía buscando. Y luego, cincuenta y cinco días después de la matanza, también había desaparecido su hermana.

Durante los últimos cuatro años, Jack había explorado todas las posibilidades tratando de localizar a Rebecca. Porque, como Eleanor acababa de decir, los hermanos estaban muy unidos. Encontrando a Rebecca se encontraría un paso más cerca de encontrar a su hermano. Por desgracia, ambos parecían poseer un asombroso talento para esfumarse.

Antes de desaparecer, Rebecca trabajaba como encargada de compras de artículos para el hogar en Macy’s, un empleo bien pagado con primas por resultados. Sin notificación previa, sin dejar siquiera un mensaje de voz, había abandonado su trabajo, vaciado su apartamento de un día para otro y dejado un cheque en el buzón del administrador de la finca para cancelar el alquiler. Ese había sido el último cheque que había extendido contra su cuenta bancaria, en la que seguía habiendo más de dos mil dólares. Acompañada por su hija, Rebecca había realizado un número de desaparición al estilo de David Copperfield, y desde entonces se había mostrado tan escurridiza como su hermano.

—Un día no vino al trabajo —siguió explicando Eleanor con tono triste—. Estuve llamándola todo el día, le dejé mensajes que no respondió. Pensé que quizá Sarah se habría puesto enferma.

Tras el divorcio, Rebecca había obtenido la custodia total de su hija. Tras la desaparición, el ex marido había provocado algún revuelo y hecho indagaciones por su cuenta, pero había abandonado la búsqueda tras unos meses. En opinión de Jack, tampoco se había esforzado

demasiado. Claro que entonces ya se había vuelto a casar y su esposa estaba embarazada, por lo que tenía otras prioridades.

—Con el ex de Rebecca no llegué a ninguna parte —dijo a Eleanor—. Y seguí sus pasos durante años. Sabía que no le importaba demasiado que Rebecca hubiera desaparecido de su vida, pero me costaba creer que se olvidara tan fácilmente de su hija.

—Es un cabrón egocéntrico y un idiota.

Jack sonrió ante tanta franqueza.

—No podría estar más de acuerdo. Su hija había desaparecido, pero él parecía más preocupado por lo que le costaría contratar un detective privado para que la buscara.

—Contaba con que usted las encontraría.

—Mmm, no exactamente. Me dijo que yo no encontraría ni un cagarro apestoso en una rosa blanca.

—Encantador —dijo ella, y añadió—: Su cuñado y él se detestaban. ¿Lo sabía?

—Me lo dijo Rebecca.

—Era una antipatía mutua e intensa.

Jack había eliminado rápidamente al ex cuñado como persona a la que un veterano de guerra, tirador de primera, hubiera pedido ayuda. La hostilidad había sido manifiesta entre ambos desde un principio, al casarse Rebecca.

—Eleanor, dígame la verdad. Después de que desapareciera su hermano, mientras yo perdía el tiempo buscándolo, ¿sabía Rebecca dónde estaba?

—Ella me juró que no. Ya se lo dije hace cuatro años. También le dije que la creí.

—Todo el mundo miente —replicó él con el tono amable de quien desmonta un mito a un niño—. Todos mienten a sus amigos. Y sobre todo mienten a las autoridades, en especial cuando intentan proteger a un ser querido. Y al abandonar repentinamente toda su vida, Rebecca no se ganó precisamente mi confianza.

—Desde luego, lo comprendo. —La madre primeriza le dedicó una breve sonrisa—. Pero en todo lo que afectara a su hermano, era digna de la mayor confianza, ¿no cree?

Cuando Jack Connell llegó a las oficinas del FBI en Manhattan tras su visita a Eleanor Gaskin, esquivó a cuantos trataron de entablar conversación, se dirigió directamente a su cubículo y cerró la puerta. Una vez en su mesa, respondió únicamente a los e-mails y las llamadas de carácter urgente, pero no fue más allá de aquella obligación en una mañana de lunes.

Dejando a un lado todo lo demás, abrió el cajón de su mesa reservado para un expediente con la tapa desgastada, en la que había un nombre estampado en tinta roja. Al dejar el expediente sobre su mesa, maldijo el nombre y al hombre a quien pertenecía, luego abrió la carpeta y, tras revolver entre los papeles, encontró una foto de Rebecca Watson que había tomado el propio Jack hacía cuatro años, mientras vigilaba su apartamento con la esperanza de que apareciera por allí su hermano.

El parecido con la mujer de la noticia era notable, pero no estaba seguro de que fueran la misma persona, y tampoco creía que Eleanor Gaskin pudiera estarlo, a pesar de que no dudaba de su íntima convicción.

Jack seguía comparando las dos caras cinco minutos más tarde, cuando alguien llamó a su

puerta y luego asomó la cabeza su compañero Wes Greer, analista de datos.

—¿Es buen momento?

—Claro, pasa.

Durante el trayecto desde el edificio donde vivían los Gaskin hasta la estación de metro más cercana, Jack había llamado a Greer para pedirle un favor. Greer era un tipo blando y pálido, con aspecto anodino, pero tenía una mente brillante. Y sabía mantener la boca cerrada, lo que, para Jack, aumentaba grandemente su valía.

Greer se sentó frente a él.

—He llamado a la cadena de televisión de Olympia y he hablado con el periodista que cubrió la noticia. Había varios centenares de manifestantes. Pero aquel grupo en particular llegó en autocar desde Seattle. ¿Por qué acabaron apareciendo en las noticias? Dicen que eran los que más gritaban.

—¿Has investigado en Seattle?

—He encontrado una Rebecca Watson que vive en una residencia de ancianos. Nacida en 1941. Así que tiene...

—Demasiado vieja. ¡Mierda!

—Lo seguiré intentando. Ampliaré la zona de búsqueda.

—Gracias, Wes.

Greer se levantó y llegó hasta la puerta.

—Ah, casi se me olvida. El viernes por la tarde, tú ya te habías ido a casa, obtuve más información sobre el entrenador de fútbol de Salt Lake City. Caminará, pero no volverá a chutar un balón. Sus días de entrenador han acabado.

—¿Te lo dijo él mismo?

Greer negó con la cabeza.

—Encontré al traumatólogo que le arregló el fémur. Necesitó un montón de Super Glue, según me dijo.

—¿Era un eufemismo?

—No estoy seguro. Me dijo que el hueso estaba hecho astillas.

—¿Y qué te dijo el entrenador?

—Nada. Colgó en cuanto me identifiqué. Igual que los demás.

Jack posó la mirada en el expediente.

—Es comprensible. Tienen miedo de hablar.

—También yo lo tendría.

—¿Alguna idea sobre quién puede ser el siguiente?

—Estoy en ello —respondió Greer—. Pero ya sabes, los asuntos se amontonan.

—Por ahora, sigue con lo de Seattle.

Greer se fue. Jack miró distraídamente la puerta cerrada y luego sus ojos se desviaron hacia el expediente. Dejó a un lado la foto de Rebecca Watson y miró la que había debajo, la de su hermano.

La imagen se había tomado antes de que se hubiera convertido en un hombre furioso y amargado que había perdido las ganas de reír. En la fotografía se adivinaba una sonrisa en la comisura de la boca. Pero si se estudiaba tan a menudo y tan detenidamente como lo hacía Jack, se detectaban las finas arrugas a ambos lados de la boca que presagiaban el infortunio que iba a

hacer recaer sobre sí mismo en Westboro.

Jack musitó la pregunta que se había hecho miles de veces.

—¿Dónde estás, cabrón?

9

Jeff, que repasaba una cadena televisiva tras otra, dejó a un lado el mando a distancia para responder al móvil.

—¿Sí?

—¿Jeff? Soy la doctora Butler, de la clínica.

«¡Maldita sea!», pensó él.

—Ajá —dijo.

—Estoy en manos libres con el doctor James. Llamamos para preguntar por Emory. No ha venido esta mañana, y no hemos podido localizarla ni en casa ni en el móvil. ¿Va todo bien?

Jeff se incorporó y se sentó en el borde de la cama.

—Se fue a pasar fuera el fin de semana.

—Lo sabemos. Pero teníamos entendido que volvería a la clínica hoy por la mañana. Tenía varias citas programadas. Al principio pensamos que se retrasaba, aunque no es propio de ella, y la recepcionista ha hecho malabarismos con las citas, tratando de arreglarlo. Ha funcionado momentáneamente, pero la sala de espera ya está desbordada. La recepcionista tendrá que empezar a reprogramar las citas si Emory no aparece pronto.

—Será lo mejor. Que reprograme las citas, quiero decir.

—¿Para mañana?

—Pensándolo mejor, que las posterguen hasta que... hasta que sepamos con seguridad cuándo volverá.

Jeff oyó a los dos colegas de su mujer cuchicheando, pero no captó sus palabras. Finalmente habló el doctor James.

—No sabemos cómo preguntarte esto, Jeff, si no es haciéndolo directamente. ¿Qué está ocurriendo? La vida privada de Emory no es asunto nuestro, pero no es propio de ella faltar al trabajo y dejar colgados a los pacientes. Hemos llamado al hospital para comprobar si había hecho su ronda esta mañana. Nos han dicho que llamaste ayer preguntando por ella y expresando cierta preocupación. ¿Has hablado ya con ella?

—No. —Viendo que no podía aplazarlo más, Jeff les comunicó la inquietante noticia—. Lo cierto es que no sé nada de ella desde el viernes por la noche. Pero —se apresuró a añadir— habíamos discutido el jueves por la tarde. Bueno, fue una discusión bastante agria. Al no llamar ella durante el fin de semana, supuse que no quería hablar conmigo. Estúpido de mí, decidí esperar a que se le pasara.

—Ah.

Una sola sílaba, pero Neal James la había aplicado igual que un bisturí. Siempre había sido un capullo integral con Jeff, adoptando un aire de superioridad tan evidente como su narizota.

Jeff siguió explicándose, procurando no parecer a la defensiva.

—No me alarmé porque Emory no me dijo cuándo pensaba volver concretamente. Así que

no me preocupé hasta ayer por la tarde, al ver que seguía sin dar señales de vida.

—¿No habéis hablado desde el viernes por la noche?

—En efecto.

Asombrada, la doctora Butler preguntó a Jeff si había dado parte a la policía.

—Sí. Vine ayer a Drakeland, la ciudad adonde ella venía, y empecé preguntando en el motel donde pasó el viernes por la noche. Cenó temprano en la cafetería de al lado. Me llamó desde su habitación para decirme que se acostaba ya. La pista se pierde ahí.

—Iba a correr el sábado por la mañana, ¿verdad? —preguntó la doctora Butler—. ¿No la vio nadie abandonando el motel?

—No, pero ya la conoces. Le gusta empezar bien temprano, así que seguramente salió antes del amanecer. El conserje le había pedido ya la tarjeta de crédito cuando se registró, así que Emory no tuvo que pasar por recepción antes de irse a correr.

—¿Y no regresó al motel el sábado por la noche?

—No. No pensaba hacerlo. Se llevó todas sus cosas cuando se fue por la mañana.

—Eso es aún más preocupante —dijo el doctor James.

—Ya —convino Jeff—. En cuanto me enteré, fui a la oficina del sheriff.

—¿Y? ¿Qué han dicho? ¿Qué están haciendo al respecto?

—Todavía nada. Me dijeron que era demasiado pronto para asustarse, pero esto no es propio de Emory, como decíais. Se lo dejé muy claro al ayudante con el que hablé. Aunque esté enfadada conmigo, jamás dejaría colgados a sus pacientes.

—¿Cómo podemos ayudar?

Jeff adivinó por la voz de la doctora que estaba muy preocupada, pero trataba de no pensar en lo peor.

—Por el momento, haceos cargo de todo en la clínica. A Emory no le gustaría que sus pacientes sufrieran molestias por su culpa. Os llamaré en cuanto sepa algo más. Dentro de una hora tengo que volver a la oficina del sheriff.

—Quizá deberías volver ya mismo. Una hora más es una hora perdida.

Jeff no le había pedido consejo al doctor James y no le hizo ninguna gracia su tono de resabido, pero respondió con voz neutra:

—Estaba a punto de salir cuando habéis llamado.

Tras prometerles que los mantendría informados y despedirse de los dos, Jeff se miró en el espejo del tocador. Sus pantalones de franela y su jersey de seda llamarían la atención en aquella zona rural, pero no tenía la menor intención de mimetizarse con el entorno.

Le amedrentaba la tarea que tenía ante sí, pero agradecía tener un motivo para abandonar la habitación del motel, que dejaba mucho que desear.

Drakeland era la cabeza de un condado amplio y mayoritariamente rural. La oficina del sheriff tenía bastante trabajo, a pesar del mal tiempo, o precisamente por su culpa. Mientras Jeff aguardaba su turno en el vestíbulo, tratando de evitar que el borde de su largo abrigo tocara el sucio suelo de gres, había un flujo continuo de agentes y ciudadanos ocupados en problemas relacionados con las inclemencias del tiempo, como el camión articulado de dieciocho ruedas que había provocado la interrupción del tráfico en ambos sentidos de la carretera a causa de un desplazamiento lateral del remolque.

Una mujer armaba escándalo porque se había hundido el tejado de su establo y había caballos

atrapados en su interior. El encargado de una ferretería rellenaba un impreso de denuncia por el robo de una linterna de queroseno.

Era un auténtico zoológico.

Finalmente, el ayudante con quien había hablado la noche anterior salió por una puerta e indicó a Jeff que se acercara.

—Lamento verlo de nuevo aquí, señor Surrey.

—Ya le dije que tenía que haberle ocurrido algo.

—Pase por aquí.

El ayudante Sam Knight caminaba precedido de su prominente vientre mientras conducía a Jeff a través de la oficina del sheriff, donde el desbordado personal atendía a los numerosos lugareños que aguardaban en el vestíbulo. Knight señaló a Jeff la silla que había frente a su atestada mesa, y él ocupó la silla giratoria que había tras ella. En la placa que había sobre la mesa se leía SUBINSPECTOR. A Jeff le pareció que a Knight aquel grado le venía grande.

—Mi mujer es una persona muy responsable. Ella no... —empezó.

Knight alzó una mano tan grande y sonrosada como un jamón.

—Un poco de paciencia, señor Surrey. Hemos de empezar por lo básico. —Knight se puso unas gafas de lectura y picó en el teclado del ordenador hasta que apareció un formulario en blanco en la pantalla—. ¿Nombre completo de la señora Surrey?

Jeff explicó por qué su mujer seguía utilizando el apellido de soltera.

—Y es doctora Charbonneau.

—¿Cómo se deletrea Charbonó?

Utilizando solo dos dedos para teclear, Knight introdujo los datos de Emory: número de la Seguridad Social, edad, estatura, peso.

—Uno setenta. Cincuenta y cinco kilos. Entonces es... ¿delgada? —preguntó Knight, mirando a Jeff por encima de sus sucias gafas.

—Sí. Su forma física es excelente. Es corredora de fondo. De maratones.

—Sí, eso ya lo mencionó anoche —dijo Knight, y luego preguntó el color del pelo.

—Rubio. Bueno, castaño muy claro con reflejos. Le llega por aquí más o menos. —Se tocó la clavícula.

—¿Ojos?

—Avellana.

—¿Qué llevaba puesto cuando fue vista por última vez?

—No lo sé. —Las manos de Knight se detuvieron sobre el teclado. Volvió la cabeza para mirar a Jeff, que se explicó con cierta impaciencia.

—Cuando yo la vi por última vez llevaba tejanos, botas marrones y jersey beige. Y un chaquetón. Pero como le dije anoche, pensaba correr una larga distancia el sábado por la mañana. Supongo que abandonó el motel vestida con ropa deportiva.

—¿Qué suele llevar para correr?

Jeff describió las prendas por su marca.

—Son de alta calidad, diseñadas para corredores profesionales. Ella contaba con que hiciera frío, así que debía de llevar la sudadera de cremallera. También ropa interior térmica. Guantes. Suele llevar una cinta en la cabeza para sujetarse el pelo hacia atrás y mantener las orejas calientes. Tal vez también llevaba gafas de sol.

—¿Tiene alguna foto de ella?

—En casa. Pero en Internet hay muchas.

Knight utilizó el buscador y halló un par de docenas de páginas.

—¿Es esta?

Jeff asintió con la cabeza cuando el ayudante le señaló una imagen de Emory. Era una fotografía del día que ella y los doctores Butler y James habían cortado la cinta de inauguración de la clínica.

—Una mujer muy guapa.

—Gracias.

—¿Qué especialidad tiene? —preguntó Knight.

—Es pediatra.

—¿Esos dos siguen siendo sus socios?

—Sí. He hablado con ellos hace media hora. Ellos tampoco han sabido nada de ella.

—¿Se llevan bien?

—Por supuesto.

—¿No hay celos profesionales?

Jeff exhaló un suspiro de exasperación.

—Se equivoca de medio a medio. Sus colegas están muy preocupados por ella.

—De acuerdo. Solo preguntaba. Voy a preguntar muchas cosas que quizá le parezcan irrelevantes, o indiscretas. Pero, por desgracia, a veces las preguntas embarazosas son necesarias. Es la parte más fea de mi trabajo.

Jeff dudaba de que aquella afirmación fuera cierta, pero no lo discutió.

Knight probó con algunos de los demás enlaces.

—Es una mujer muy activa.

—Mucho.

—¿Está seguro de que no se ha ido a uno de esos actos benéficos?

Jeff respiró hondo y dejó escapar el aire despacio.

—Vino aquí el viernes por la noche para correr por un sendero de montaña el sábado. Para entrenar.

—¿Sabe qué montaña, qué sendero?

—Así de improviso no. Me enseñó un mapa. Si lo viera quizá lo recordaría.

—¿Sabe en qué parque estaba?

—¿Hay más de uno?

Knight se limitó a mirarlo un instante antes de responder.

—Solo en esta zona de Carolina del Norte tenemos cuatro parques nacionales, que confluyen con el de las Great Smoky Mountains en Tennessee. Después, yendo hacia el sur hasta Georgia...

—Ya me hago una idea —dijo Jeff, interrumpiendo la lección de geografía—. No sé qué parque ni qué montaña. Pero pasó la noche aquí, en Drakeland, así que el lugar más lógico para empezar a buscarla sería la zona de excursionismo más cercana.

Knight se mostró pesimista al respecto.

—Siguen siendo muchas opciones, muchos kilómetros cuadrados por cubrir.

—Lamento no saber nada más. Pero sé que no se iría a «uno de esos actos benéficos» sin decírmelo.

—No, seguramente no —repuso Knight, sin inmutarse ante su impaciencia—. ¿Tiene parientes cercanos?

—No. Yo soy su única familia.

—¿No hay nadie a quien pudiera haber ido a visitar y decidir luego quedarse?

—No.

—¿Amigos?

—He llamado a todos los que se me han ocurrido, pero nadie la ha visto ni ha sabido nada de ella. Por eso me temo que... que le haya pasado algo malo.

El ayudante se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en el borde de la mesa.

—Teme usted lo peor, señor Surrey. Lo comprendo. Seguramente a mí me pasaría lo mismo. Pero puedo decirle que, en los veintitantos años que llevo en la oficina del sheriff, he arrojado a la papelera todos y cada uno de los informes de personas desaparecidas que he rellenado. La gente aparece en el noventa y nueve coma nueve por ciento de los casos. Es el cero coma uno por ciento restante el que acaba en las noticias y nos provoca pesadillas a todos. De modo que mantenga una actitud positiva, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —dijo Jeff, asintiendo con la cabeza.

—En primer lugar, empezaremos buscando su coche. —Knight llamó a una ayudante llamada Maryjo y le pasó la marca, el modelo y la matrícula del coche de Emory proporcionados por Jeff—. De inmediato —dijo.

Maryjo prometió ponerse a ello enseguida, pero le advirtió que el tiempo iba a constituir un grave obstáculo.

—Tenemos coches que se salen de las carreteras heladas por todas partes. Ayer estaban cerradas la mayoría de las carreteras de montaña menos transitadas, pero pediré ayuda a la policía estatal. Estamos hablando de tres estados, a menos que incluyamos también Carolina del Sur, en cuyo caso serán cuatro.

Jeff quedó impresionado. La ayudante sabía sumar tres más uno.

Cuando Maryjo se alejó, Knight llamó a otro ayudante y lo presentó como Buddy Grange. Este estrechó la mano de Jeff y acercó una silla para sentarse con ellos.

—Sam me ha enviado un e-mail del informe de personas desaparecidas sobre su esposa. Estoy al tanto de todo.

—Estupendo —dijo Jeff, procurando no parecer burlón—. ¿Cuándo iniciaremos la búsqueda?

—Primero unas preguntas más —dijo Knight—. ¿Llevaría Emory un arma?

—¿Arma?

—La gente que hace senderismo en la montaña suele llevar algún tipo de protección. Aerosol de pimienta. Repelente para osos, que en mi opinión es una estafa pero hace que la gente se sienta más segura...

—Estamos en invierno. ¿No hibernan los osos en esta época?

—En teoría —replicó Knight esbozando una sonrisa. Y agregó—: ¿Su mujer lleva pistola?

—Dios, no. Ni nada de todo eso que ha nombrado. Al menos que yo sepa.

—¿Y usted?

—Yo sí. Tengo licencia de armas. —Jeff sacó la cartera del bolsillo interior del abrigo y les mostró el permiso expedido por el estado de Georgia—. Les mostraré la pistola con mucho

gusto. Está en la guantera de mi coche.

—De acuerdo. Más tarde. —Knight miró de reojo a Grange antes de volver a centrarse en Jeff—. Dice usted que ella se fue el viernes, pero no vino a vernos hasta anoche. Eso son unas... ¿cuarenta y ocho horas?

—Lo que fue un error de juicio por mi parte. Un terrible error. Ahora me doy cuenta.

—¿Por qué esperó tanto? —preguntó Grange. El nombre de Buddy no le pegaba. Era más joven, más esbelto y de aspecto más cuidado que Knight. No era tan rústico.

—Emory me había comentado que iba a seguir una senda que podía resultar extenuante. Mencionó la altitud como un factor más a tener en cuenta. Además, el año pasado sufrió una fractura por sobrecarga en el pie derecho. Eso le preocupaba.

»Por todas esas razones, sabía que iba a ser una carrera agotadora, y me dijo que quizá no le apetecería volver a casa conduciendo el sábado, que quizá se quedaría aquí una noche más para descansar. Al no saber nada de ella, supuse que finalmente era eso lo que había decidido.

—¿Diría usted que su mujer es una persona concienzuda? —preguntó Grange.

—Ha dicho que es muy responsable —apuntó Knight.

—Lo es —corroboró Jeff—. Muy concienzuda y responsable.

Grange frunció el entrecejo.

—Entonces yo diría que usted debería haberse preocupado cuando ella no llamó para decirle que no volvería a casa el sábado por la noche.

—Me preocupé.

—Pero esperó otras veinticuatro horas antes de venir aquí para buscarla.

—Ya he reconocido que fue un error de juicio por mi parte. Pero anoche le dije a él —añadió Jeff, señalando a Knight—, que temía que le hubiera ocurrido algo a Emory. Pero él desestimó mi preocupación. Si usted y este... —Paseó la mirada por la oficina y se detuvo en la señora del establo derruido, que lloraba entonces por un caballo muerto—. Si este departamento ha dejado pasar otras doce horas sin hacer nada respecto a esta inexplicable desaparición, la culpa es suya, no mía.

—Nadie le culpa de nada, señor Surrey —dijo Knight con irritante compostura.

—No es eso lo que me ha parecido. Me ha sonado a insinuación.

—¿Qué he insinuado? —preguntó Grange, imperturbable.

—Que he sido negligente, indiferente. Y no he sido ninguna de las dos cosas.

Knight se inclinó de nuevo hacia delante y le dedicó aquella simplona sonrisa suya.

—El subinspector Grange no insinuaba nada, señor Surrey.

Jeff los miró a los dos con frialdad, pero no dijo nada.

—Es solo que... —Knight se removió en la silla e hizo una mueca de dolor como si tuviera hemorroides—. En ese cero como uno por ciento de personas desaparecidas que he mencionado antes, por lo general la persona que denuncia la desaparición es la misma que sabe dónde está.

10

La poca confianza que hubiera logrado inspirarle el hombre se esfumó cuando ella vio la maldita piedra y extrajo la conclusión lógica.

Emory se puso como loca. El arrebato le duró varios minutos, durante los que se revolvió como una gata salvaje. Él intentó sujetarla sin hacerle daño, pero ella siguió arañándolo, pateándolo y golpeándolo. Uno de sus puñetazos le dio en el arañazo que le había infligido el día anterior. La herida se reabrió y empezó a sangrar. Emory no dejó de revolverse hasta que la venció el agotamiento. De lo contrario, no se habría mostrado tan dócil después.

Dócil, quizá, pero también tan tensa como una cuerda de guitarra. Él la depositó en el borde del sofá y ella se quedó sentada, abrazándose los codos, sujetándose literalmente para no desmoronarse. Él se agachó para tenderle un vaso de whisky.

—Tome. Beba esto.

Emory apartó el vaso haciendo que el líquido se derramara sobre él.

—Un buen licor desperdiciado. —El hombre se chupó el dorso de la mano.

—Le gustaría que me emborrachara, ¿verdad? ¿Para poder manejarme mejor?

—No le había puesto suficiente para emborracharla, solo lo justo para que se relaje.

—No quiero relajarme, gracias. —Emory echó la cabeza atrás y lo fulminó con la mirada—. ¿Por qué no funcionó la piedra?

—Sí que funcionó. La dejó inconsciente.

—Y luego me arrastró hasta aquí.

—En realidad la traje en la camioneta. Vino hasta aquí en el asiento del acompañante. El cinturón de seguridad impidió que se cayera al suelo.

—¿Por qué me trajo aquí? —Emory lo observó con miedo y desconcierto a partes iguales—. Si quería matarme, ¿por qué no me asfixió mientras dormía?

—Demasiado fácil.

Ella señaló al techo.

—¿Debo esperar que me cuelgue de esa barra para destriparme como a un ciervo?

Él alzó la vista hacia la barra y frunció el ceño.

—Demasiado difícil. Mucho esfuerzo para levantarla hasta ahí. Mucha sangre para limpiar luego. En lugar de eso, ¿por qué no se toma este whisky con veneno? —Volvió a tenderle el vaso, y al ver que ella no se movía, añadió—: ¿No? De acuerdo.

El hombre apuró la bebida. Ella no quería relajarse pero, por todos los demonios, él sí.

—Todo eso eran sandeces —dijo, dejando el vaso sobre la mesita junto al sofá—. Solo bromeaba.

Ella no tenía ganas de bromas. Siguió abrazándose y meciéndose adelante y atrás, claramente turbada.

—Empezaba a creer...

—¿Qué?

—Que no quería hacerme daño.

—Y no quiero.

Ella soltó una seca carcajada y desvió la mirada hacia la bolsa incriminatoria que había sobre la mesa del comedor.

—A pesar de que las pruebas dicen lo contrario.

Acurrucada en el sofá, Emory parecía pequeña, asustada y desvalida. Él admiró el coraje con que ella se contenía para no llorar, a pesar de que tenía los ojos brillantes. Su miedo era evidente, y a él le afectaba mucho más que sus patadas y golpes.

Se sentó a su lado, sin hacer caso de que ella se apartaba para que sus hombros no se tocaran.

—No quería que viera la piedra.

—Entonces debería haber buscado un escondite mejor.

—Era temporal. No pensaba que iría a hurgar en el cajón de la leña.

—No es que uno espere encontrarse con algo tan horripilante en el fondo del cajón.

—Horripilante, sí. Con su sangre y sus cabellos en la piedra. Sabía que se alteraría al verlo.

—Puede apostar a que sí —replicó ella con vehemencia—. Le creí cuando me dijo que me había caído.

—Yo no dije eso, lo supuso usted. Dije que la había encontrado en el suelo inconsciente.

—¡Porque me golpeó en la cabeza con esa piedra!

—No, doc. No lo hice.

—¿La guardó como trofeo?

Él no se dignó contestar.

—Ojalá lo hiciera de una vez —se lamentó ella.

—¿Qué?

—Lo que sea que piensa hacerme. No tendría que seguir así, aterrorizada. El suspense me está matando. ¿Es parte de la tortura?

Emory tenía las manos en las rodillas y se las apretaba con tanta fuerza que le blanqueaban. Estaban frías al tacto cuando él puso una mano encima.

Al intentar ella apartar las rodillas, él las sujetó.

—Míreme.

Emory volvió la cabeza para mirarlo a los ojos. Los de ella eran de color avellana, tirando más a verdes que a marrones. Las motas anaranjadas, que a él le habían parecido al principio un reflejo de la luz, eran reales. A tan corta distancia, podría haberlas contado.

—No le he hecho daño. No voy a hacerle daño. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo para que me crea?

—Lo creeré cuando deje que me ponga en contacto...

—Todavía no.

—¿Cuándo?

—Cuando pueda llevarla de vuelta sana y salva.

—Pero hay personas preocupadas por mí.

—Estoy seguro. Pero no tienen por qué. Y usted no tiene por qué temerme. ¿Por qué habría de temerme?

—¿Y me lo pregunta, cuando ni siquiera quiere decirme cómo se llama ni contarme nada

sobre usted?

—De acuerdo. Si le digo una cosa, ¿dejará de luchar conmigo y de intentar huir?

Ella inclinó la cabeza.

Él sabía que su promesa era falsa, pero tal vez se calmaría si le contaba algo que en realidad no revelara nada.

—Yo también perdí a mis padres.

—¿Les quería?

—Sí.

—¿Murieron antes o después de... lo que sea que hizo?

—Antes. Y me alegro.

—¿Qué hizo?

—No vuelva a preguntármelo, doc. —Bajó la vista hacia la mano que seguía cubriendo la de Emory y se dio cuenta de que le estaba acariciando el dorso lentamente con el pulgar. A su mente acudieron imágenes eróticas de otras partes del cuerpo de ella que le gustaría acariciar—. Si se lo dijera, entonces sí que tendría miedo de mí.

Rápidamente, antes de incumplir todas las promesas que le había hecho, retiró la mano y se puso en pie. De espaldas a Emory, recogió la bolsa de la mesa y se la metió bajo el brazo. Luego se dirigió a la puerta y descolgó el chaquetón, la bufanda y el gorro.

—Se le ha vuelto a abrir la herida en la cabeza al revolverse contra mí. Tiene sangre en el pelo. Quizá sería mejor que volviera a pensarse lo de la ducha.

Salió y cerró la puerta con un fuerte golpe. Se quedó en el porche hasta haberse puesto todas las prendas de abrigo. El viento, que soplaba con fuerza suficiente para inclinar las copas de los árboles, le lanzó nieve y partículas de hielo contra los ojos cuando se encaminó al cobertizo de almacenaje.

Colocó la bolsa en un estante alto y puso una bobina de alambre delante. Luego sacó un palé de madera del cobertizo y lo arrastró hasta el robusto tajo para cortar leña que había en un extremo de la estructura. Cargar los leños recién partidos en el palé era un trabajo manual que podía hacer sin pensar.

Y eso le dejaba la mente libre para concentrarse en Emory Charbonneau.

Le molestaba que su desconfianza instintiva fuera tan intensa.

Y le molestaba más aún que tuviera fundamento.

Nada ni nadie le había desviado jamás de su determinación. Ella sí. Su obsesión por ella era insensata, potencialmente peligrosa y podría suponer su ruina. Intentaba resistirse, pero perdía terreno cada vez que la miraba... y cada vez que ella lo miraba a él.

Hizo tres viajes entre la pila de leña y los leños que iba apilando contra el muro sur de la cabaña, donde quedaban más protegidos de los elementos. Cuando terminó, devolvió el palé al interior del cobertizo.

Se detuvo allí, a resguardo del mal tiempo, lanzando el vaho de su respiración al aire frío. Se quitó un guante y sacó un pequeño colgante del bolsillo de los tejanos.

Emory no lo había echado en falta, y él esperaba que no se diera cuenta y exigiera su devolución. Lo frotó entre el índice y el pulgar, reconociendo que era una estupidez juvenil y sentimental lo de guardarse secretamente un recuerdo de ella. Nunca antes había guardado un recuerdo de una mujer, aunque se lo hubiera dado ella misma. Sobre todo si se lo había dado ella

misma.

No era un romántico. Nunca lo había sido. Rebecca se había indignado con él por no haber encargado flores para su acompañante al baile de graduación del instituto.

—¿A quién le importan esas estupideces? —había gruñido él.

—¡A mí! —había saltado Rebecca—. A mí me importa ser la hermana de un completo capullo. —Y había encargado las flores para la cita de su hermano ella misma.

Si Rebecca lo viera ahora, no habría quien la callara...

Pero ella nunca sabría nada de Emory Charbonneau. Nadie lo sabría. El tiempo que pasara con ella sería un secreto que se llevaría a la tumba. Debía dejarla marchar. La dejaría marchar. Pero al menos tendría el colgante como recuerdo.

Volvió a metérselo en el bolsillo y se puso el guante. Antes de abandonar el cobertizo, miró el estante donde había guardado la bolsa para asegurarse de que esta vez estaba bien escondida. Luego salió y echó el pestillo a la puerta. En el porche de la cabaña dio unas patadas para sacudirse la nieve de las botas, y luego abrió la puerta.

Cuando entró en la cabaña, le llegaron los olores familiares de su jabón y su champú. Emory estaba de pie delante de la chimenea, colgando ropa mojada sobre el respaldo de una silla que había colocado frente al fuego. Tenía el cabello húmedo. En lugar de la ropa de correr, llevaba otra camisa de franela y un par de calcetines de los suyos.

Y al parecer eso era todo.

Entre el borde de la camisa, que le llegaba hasta medio muslo, y los calcetines arrollados en torno a los tobillos, no había nada más que unas suaves piernas. Eran piernas de corredora, largas y esbeltas, con pantorrillas y cuádriceps bien definidos bajo la tersa piel.

Ella terminó de colocar las mallas de correr sobre la silla, estiró la prenda a su satisfacción y acercó la silla un poco más a la pantalla del fuego antes de volverse hacia él.

—He aceptado la oferta de la ducha. —Emory señaló los calcetines y luego se pasó la mano por la pechera de la camisa, de la que solo se había abrochado unos pocos botones—. Espero que no le importe que haya tomado prestado esto.

Él apartó la vista del borde de la camisa con dificultad. Sacudió la cabeza para decir que no.

—Es estupendo sentirse limpia.

Él asintió con la cabeza.

—También he lavado mi ropa.

Él miró las prendas mojadas, pero no hizo ningún comentario.

—Me ha dejado de sangrar la cabeza.

—Bien —musitó él con voz áspera.

Se despojó del chaquetón, el gorro y la bufanda, se dio la vuelta para colgarlos y dejó las manos ahí, con los dedos hundidos en la bufanda, aferrando el tejido como si le fuera en ello la vida, porque toda la sangre de su cuerpo parecía haberse concentrado en un único punto crítico, y la concentración era tan densa que resultaba dolorosa.

Se dirigió a la zona de cocina, sacó la botella de whisky de la alacena y se sirvió otro trago. Cuando se llevaba el vaso a la boca, se detuvo y miró a Emory por encima del hombro.

—¿Ha cambiado de idea sobre esto también?

—No. Gracias.

Él apuró el vaso. Le quemó la garganta y burbujeó en su estómago, pero le dio algo en que

pensar en lugar de la piel limpia y tersa y en lo suave y cálido que sería su tacto bajo la vieja franela. Su cuerpo desnudo.

—Me dijo que me había observado con sus prismáticos.

—¿Qué?

—La mañana en que usted... cuando me caí. Me dijo que me estaba observando.

—Cuando estaba... —«haciendo estiramientos y flexiones»— junto al coche. Antes de que empezara a correr.

—¿Qué hacía usted ahí?

—Senderismo.

—¿Nada más?

—No. —Él se aferró al borde de la encimera y siguió mirando por la ventana sobre el fregadero. No respondía de sí mismo si se volvía para mirarla.

—¿Qué hizo que se fijara en mí?

«Tus piernas en esas mallas negras. Tu culo. Dios, tu culo.»

—Estaba, ya sabe, escudriñando la zona con los prismáticos, observando el paisaje. Supongo que percibí el movimiento.

—¿Por qué no me gritó para saludarme?

—Estaba demasiado lejos. Pero sentí curiosidad.

—Curiosidad, ¿por qué? ¿No parecía alguien que simplemente había ido a correr?

—Sí, pero me pregunté por qué estaba sola. La mayoría de la gente, cuando se propone hacer algo en un terreno tan accidentado, sea lo que sea, suele ir acompañada. Pero usted no. Estaba sola.

—Porque estoy acostumbrada.

El grifo goteaba. Y durante más de un minuto el sonido de las gotas que caían en intervalos de diez segundos fue lo único que se oyó en la estancia. En el mundo.

Hasta que ella habló.

—De eso aún no hemos hablado.

Él hizo girar los mandos del grifo para detener el goteo.

—¿Perdón?

—Esta mañana le he preguntado cómo podía soportar este silencio, el aburrimiento y la soledad. Hemos hablado de los dos primeros, pero no de la soledad.

El grifo dejó de gotear, pero él siguió agarrando con fuerza ambos mandos, como si quisiera arrancarlos de su anclaje.

—¿No se siente solo?

¿Era su imaginación, o el volumen y el tono de ella habían bajado?

—A veces.

—¿Y qué hace entonces?

No, no era su imaginación. En la voz de ella vibraba un íntimo trasfondo. Era ronca, como si hubiera bebido el whisky y este le hubiera quemado la garganta. Apartó las manos del grifo y lentamente se volvió. Ella se había acercado a la mesa del comedor, donde permanecía como esperando una señal de él para saber qué debía hacer a continuación.

—No creo que se refiera a la soledad en general, ¿verdad, doc?

Ella se encogió de hombros en un gesto que podía significar cualquier cosa.

—¿Me está preguntando si echo de menos a una mujer?

—¿La echa de menos?

—A menudo.

—¿Y qué hace?

—Voy por una.

Su franca respuesta tuvo el efecto deseado. Emory se quedó estupefacta.

—¿Igual que fue por mí?

—No. Usted fue diferente. Fue un hallazgo casual.

Emory dejó pasar más de medio minuto plantada allí, indecisa, mirando aquí y allá, pero siempre evitándolo a él. Al final él se dio cuenta del instante en que aflojaba, porque sus ojos dejaron de buscar incesantemente... ¿qué? Valor, quizá. En cualquier caso, volvieron a posarse en él.

—¿Lo decía en serio? —preguntó.

—¿El qué?

—Que no iba a hacerme daño.

—Sí.

Ella calló, como si esperara que él fuera a retractarse.

—Gracias por cuidar tan bien de mí —dijo al fin.

—Ya me ha dado las gracias.

—Sí, esas otras veces no cuentan.

—¿Por qué?

—Porque solo intentaba aplacarlo.

—¿Aplacarme?

—Porque tenía mucho miedo.

—¿Pretérito? ¿Ya no me tiene miedo?

—No quiero tenerlo.

Emory dio un paso hacia él, luego otro, y siguió acercándose hasta que se encontró a corta distancia. Le tendió la mano derecha.

—¿Amigos?

Él miró la mano, pero no la estrechó. Lo que hizo fue poner las manos sobre sus hombros y atraerla hacia él. Ella inclinó la cabeza, como si no quisiera mirarlo a los ojos, pero no le apartó las manos ni retrocedió, ni dio un respingo como cuando antes él se acercaba demasiado.

Emory avanzó más y apoyó la frente en su pecho. Él deslizó las manos hacia la espalda y la atrajo hacia sí despacio, pero inexorablemente, y cuando sus cuerpos quedaron juntos, ella ladeó la cabeza y apoyó la mejilla sobre su corazón.

Con los dedos apuntando hacia la espina dorsal, él movió las manos arriba y abajo hasta que una de ellas se detuvo justo al final de la espalda. Y se quedó allí. Empezó a frotar en círculos y a aplicar presión suficiente para levantarla hacia él. Cuando sus pubis se acoplaron, Emory contuvo el aliento.

Luego los dos dejaron de respirar.

Emory echó la cabeza atrás y lo miró a la cara con sus límpidos ojos. Entonces ya no hubo vuelta atrás. Él tenía que poseerla. Iría hasta el infierno por estar dentro de ella. La estrechaba cada vez más y más y más...

Sus bocas estaban a punto de unirse. Estaba tan cerca de besarla que notaba la humedad de su aliento en los labios, lo saboreaba... pero entonces se detuvo.

—Casi lo consigue, doc.

Ella apartó la cabeza bruscamente y lo miró parpadeando.

—¿Qué?

—He estado a punto de tragármelo.

—No sé a qué se refiere.

—Y una mierda. Oliendo bien. Con nada más que su *sexy* cuerpo bajo la camisa. —Acarició la curva del seno de Emory que asomaba por el cuello abierto—. Toda zalamera y sensual para que se me hiciera la boca agua.

Se frotó contra ella seductoramente.

—Sabe lo que quiero y ha pensado que si me lo daba, me «aplacaría» y así luego la llevaría a casa. Lo mismo que si se hubiera tumbado sobre un altar para ofrecerse en sacrificio. —Soltó un resoplido burlón—. Agradezco el gesto. En serio. Por no hablar de la vista. —Echó la cabeza atrás para verla de cuerpo entero—. Pero no me va el sexo con mártires.

Furiosa, Emory trató de zafarse dándole un empujón en el pecho.

Pero él la retuvo, la atrajo más hacia sí, apretándose contra su pubis en gesto inequívoco.

—Pero se lo advierto, doc, si vuelve a darme ocasión de ponerle las manos encima, ya no me detendré. ¿Entendido? No voy a imaginarla desnuda, voy a verla desnuda. Si vuelve a ofrecerse, olvidaré todos los motivos por los que no debo follarla.

Más tarde, él se preguntaría qué habría ocurrido a continuación si aquella camioneta no se hubiera deslizado cuesta abajo hasta estrellarse contra un árbol.

11

Rechinaron los frenos.

Él soltó a Emory y llegó a una de las ventanas a tiempo para ver la destartalada camioneta derrapando hasta chocar contra un árbol al otro lado de la carretera, frente a la cancela.

Al mismo tiempo que él reconocía la camioneta, Emory corrió hacia la puerta.

—¡Mierda! —Él alargó el brazo rápidamente y atrapó el faldón de la camisa de franela, obligando a Emory a detenerse en seco.

Ella se retorció y trató de apartarle la mano.

—¡Maldita sea, escúcheme! ¿Ve a esos hombres? Más vale que no se les acerque. Le harían mucho daño. Confíe en mí, por favor. ¿De acuerdo? Se lo digo muy en serio, doc. Si cree que yo soy una amenaza, ni se imagina la fiesta que se montarían ellos con usted.

De algún modo, el mensaje consiguió calar, porque Emory siguió mirándolo con ojos asustados pero dejó de revolverse.

—Tengo que salir. ¿Puedo confiar en que se quedará aquí dentro?

Ella asintió con la cabeza.

—No trato de engañarla. Son malos de verdad, ¿entiende? —Ella volvió a asentir con la cabeza y él apartó la mano de su boca—. No deje que la vean.

Moviéndose rápidamente, agarró el chaquetón del colgador, abrió la puerta y salió al porche.

—¡No sigan! —gritó al salir.

Los dos hombres habían cruzado la carretera hasta la cancela, pero se detuvieron cuando él les gritó. Avanzó a largas zancadas y los olió ya a medio camino de la cancela. Apestaban a lana mojada, tabaco rancio, malta agria y un acre olor corporal.

Lucían barbas desaliñadas y llevaban gorros de lana calados hasta las cejas. Vestían casi igual, gruesos abrigos y pantalones de lona con las perneras remetidas en botas de goma. Los únicos rasgos que los distinguían eran los cinco centímetros de diferencia en la estatura, y la escopeta de doble cañón que el más bajo llevaba en el hueco del brazo izquierdo.

Eran los vecinos más cercanos a la cabaña, pero nunca habían hablado y todos sus encuentros habían sido problemáticos.

En más de una ocasión había tenido que salir de la cabaña para limpiar el terreno de botellas de licor vacías y latas de cerveza que le arrojaban por la ventanilla de la camioneta al pasar. Dos veces le habían acribillado una pared del cobertizo con perdigones, seguramente disparados con la escopeta que el más bajo llevaba en aquel momento. Un día, al regresar a la cabaña, había encontrado el cadáver de un mapache en el porche; no había muerto por causas naturales, le habían cortado la cabeza.

Detestaba aquella maldad practicada por pura maldad.

Suponía que intentaban provocarlo para que respondiera. No les había dado esa satisfacción. Se había limitado a ignorar aquellos incidentes y a mirar hacia otro lado siempre que pasaban

con su camioneta.

Esperaba su momento.

Ahora estaba a punto de llegar a la cancela cuando el que llevaba la escopeta se inclinó y escupió jugo de tabaco por encima de la valla en dirección a él. El escupitajo aterrizó justo a sus pies. El otro tipo era algo más educado. Se tocó el borde vuelto del gorro a modo de saludo burlón.

—Eh, amigo. Soy Norman Floyd. Este es mi hermano pequeño, Will. —Y esperó a que él se presentara. Al ver que no decía nada, señaló hacia atrás con el pulgar—. Tenemos un pequeño problema.

—Ya lo veo.

Seguramente la camioneta ya no estaba en condiciones de circular antes de estrellarse. Le faltaba un guardabarros delantero. Los neumáticos estaban gastados. La pintura de camuflaje parecía aplicada por un aficionado. El tubo de escape estaba sujeto al oxidado parachoques trasero con un alambre.

Ahora la rejilla delantera estaba doblada en torno al tronco de un árbol de hoja perenne que se inclinaba en un ángulo de treinta grados, arrancado casi de raíz por el impacto. El radiador de la camioneta, destrozado, despedía vapor.

—Hoy no deberían haber salido a la carretera. Hay demasiado hielo.

—Bueno, sí, seguramente tiene razón. —Norman se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa bobalicona.

Habría sido un idiota si hubiera confiado en él.

Mientras tanto, el otro hermano, Will, miraba con curiosidad más allá de la cancela, evaluando la camioneta, el cobertizo y la cabaña.

Esperaba que Emory hubiera seguido su consejo y se mantuviera fuera de la vista. Mataría a los hermanos Floyd si era necesario, pero prefería no tener que hacerlo en ese momento.

—Somos vecinos, ¿sabe? —dijo Norman.

—Les he visto pasar con la camioneta.

—¿Sabe dónde vivimos?

Lo sabía, pero decidió que era mejor no delatar lo que sabía. Señaló la camioneta destrozada con la cabeza.

—No deberían intentar remolcarla hasta que se despeje el tiempo.

—Eso pensamos.

—Bueno, vayan con cuidado. No tendrán problemas si se mantienen en el arcén para aprovechar la adherencia de la grava. —No le gustaba una pizca darle la espalda a un hombre que empuñaba una escopeta, pero aún le gustaba menos que pensaran que les tenía miedo. Hizo ademán de darse la vuelta, pero entonces habló Will por primera vez.

—¿Cree que nos vamos a ir a patita? —E ilustró lo que opinaba al respecto escupiendo otra vez.

—Lo que hemos pensado —dijo Norman con voz quejicosa— es que podría llevarnos usted. No hay más que un par de kilómetros carretera arriba hasta nuestra casa.

—Si viven tan cerca, podrán llegar fácilmente antes de que oscurezca. Si se van ahora.

Bajo sus pobladas cejas, los ojos de Will se volvieron aún más hostiles. Se movió un poco y adoptó una postura más hosca.

En otras circunstancias, aquella ruda amenaza le habría resultado divertida. Habría pensado: «Venga, palurdo gilipollas, atrévete.» Habría esperado a que uno u otro se abalanzaran contra él, y luego habría barrido el suelo con los dos. Esperaba ese momento con impaciencia. Pero no sería ese día. La seguridad de Emory era lo primero.

—Caminar, ¿eh? —Norman miró hacia el cielo y levantó la mano para recoger unos copos de nieve—. A mí no me parece que esto vaya a mejorar pronto. —Se rascó la barba, al tiempo que echaba la vista hacia la camioneta—. Para nosotros no sería problema ir caminando, incluso con esta mierda de tiempo. Pero... —Señaló la camioneta estrellada.

Emory observaba a través de una rendija entre el marco de la ventana y la cortina de muselina, mientras el hombre al que había tratado de seducir infructuosamente abría el candado de combinación de la cancela, salía y cruzaba la carretera hasta la camioneta, que tenía la puerta del acompañante abierta.

Se agachó, se asomó al interior y pareció hablar con alguien. Tras una breve conversación, se volvió hacia los dos hombres. Su expresión era sombría y amenazante. Les dijo algo con los labios apretados, luego cruzó de nuevo la cancela y volvió a la cabaña a grandes zancadas, dejando la cancela abierta.

Ella se apartó de la ventana cuando él irrumpió en la estancia y dijo:

—Manténgase fuera de la vista, pero vigílelos. Dígame qué están haciendo. —Se dirigió a un extremo del sofá y lo desplazó unos palmos. Luego se arrodilló y retiró una esquina de la alfombra.

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son esos hombres?

—Los hermanos Floyd. Norman y Will.

—¿Le han pedido ayuda con la camioneta?

—No se puede hacer nada. Quieren que los lleve yo.

—¿Adónde?

—A su casa. ¿Qué están haciendo?

—Ayudando a alguien a salir de la camioneta. ¿Quién es?

—Su hermana pequeña.

Durante esta tensa conversación, él había quitado unas tablas del suelo. En la cavidad rectangular que había debajo, se veía un baúl metálico como el que Emory había encontrado bajo la cama. Quitó los cierres y levantó la tapa.

Contenía armas, varias y de diversas clases.

Sacó una pistola y comprobó el cargador. Luego se la metió en la cintura de los tejanos y echó por encima el jersey y el chaquetón para ocultarla. Mientras Emory permanecía inmóvil, muda de asombro, él cerró el baúl, volvió a colocar las tablas del suelo y la alfombra, y devolvió el sofá a su sitio.

—Ya no hay secreto —dijo señalando su oculto arsenal—. En caso de necesitarlo, sírvase usted misma. ¿Sabe disparar?

Ella lo miró boquiabierta mientras él se dirigía a la cama y le quitaba la funda a la almohada. Luego recogió los zapatos de Emory y los echó dentro de la funda.

—Si se queda sin leña antes de mi regreso...

—¿Antes de su regreso? —exclamó ella—. No estará pensando en serio irse con ellos...

Pero al parecer es lo que pensaba hacer, porque el trío de fuera se dirigía a su camioneta. El de la escopeta parecía ansioso por echarle un vistazo, y se adelantó mientras el hermano guiaba a la hermana con visible impaciencia, esquivando las placas de hielo del suelo.

—Como decía —prosiguió él—, la leña está apilada fuera, contra esa pared. —Señaló con el mentón la pared donde había estantes de libros. Se palpó los bolsillos del chaquetón, sacó los guantes y se los puso. Dejó caer el gorro y la bufanda en la funda y luego se la echó al hombro como si fuera el saco de Santa Claus—. No tardaré.

Emory se situó entre la puerta y él.

—¿Está loco? Parecen peligrosos.

—Lo son.

—Entonces...

—No me pasará nada.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque lo sé.

—Eso no es una respuesta.

—Muévase, doc.

—Podrían rajarle la garganta.

—No es su estilo.

—¿Qué sabe usted de su estilo?

—Más de lo que quisiera.

—¿Ya se ha enfrentado antes con ellos?

—No exactamente.

—¿Eso qué significa?

—Sabía quiénes eran, pero hasta hoy nunca habíamos hablado. Son mis vecinos.

—Que me aseguró no tener.

—Sí, bueno, mentí.

—¿Viven cerca de aquí?

—Ahora no tengo tiempo para explicaciones. Apártese antes de que se presenten aquí para ver por qué tardo tanto.

Intentó rodear a Emory, pero ella se desplazó para cerrarle el paso.

—Ha estado utilizando el hielo en las carreteras como excusa para retenerme aquí.

—Siguen siendo traicioneras. Por eso ese maldito cacharro se ha estrellado contra el árbol.

—Entonces, ¿cómo los va a llevar a casa?

—Está demasiado lejos para que la chica vaya andando. —Adelantó la mano por detrás de Emory, agarró las llaves del gancho y se las metió en el bolsillo del chaquetón.

—No puede dejarme aquí —insistió ella, aferrándolo por la manga.

Por primera vez desde que había vuelto al interior de la cabaña, él se detuvo para mirarla a la cara y luego, en un súbito movimiento, dejó caer la funda de la almohada y le sujetó la cabeza con las manos para acariciarle el labio inferior con el pulgar enguantado.

—Me había jurado a mí mismo que no la tocaría. Pero daría lo que fuera por habérmela follado igualmente.

Después la sujetó por las caderas y la apartó de su camino.

—Manténgase fuera de la vista hasta que nos hayamos ido. Si vuelven ellos en mi lugar, dispare primero y pregunte después. —Con un solo y fluido movimiento, se agachó para recoger la funda, abrió la puerta y se fue.

Después de su entrevista con los oficiales, a Jeff lo desterraron de nuevo al caótico vestíbulo, donde el suelo estaba cubierto de hielo fangoso a medio derretir. Sacó un tentempié de la máquina dispensadora y lo comió con un café amargo y tibio, también de máquina. Luego se acomodó en un asiento vacío y esperó a que ocurriera algo.

Cuanto más tiempo permanecía sentado allí, más se enfurecía.

Por la mañana había llamado a su secretaria para decir que estaba enfermo, pero sopesaba si debía notificar o no a su jefe dónde estaba en realidad y por qué. Finalmente se convenció de que no debía hacerlo. No haría saltar la alarma hasta que la situación lo exigiera.

Si el domingo por la tarde Alice estaba preocupada por Emory, ahora debía de estar subiéndose por las paredes. Jeff sabía que debería llamarla, pero también prefirió abstenerse. Daría muy mala impresión si Knight y Grange descubrían que se había puesto en contacto con su amante mientras su mujer estaba desaparecida.

Leyó el *Wall Street Journal* y jugó una partida de Scrabble en el móvil, hirviendo de indignación por considerarse ignorado. Así transcurrió lentamente una hora. Cuando ya no pudo soportar más la inactividad, empezó a maldecir por lo bajo y, cuando se hartó del todo, se arriesgó a perder el sitio abandonando la silla para acercarse a la ventanilla de recepción y exigir que el ayudante sentado allí llamara al subinspector Sam Knight.

Unos minutos más tarde, Knight salió por la puerta aparentando una total falta de premura y tratando inútilmente de subirse los pantalones de confección sobre el vientre.

—Debe de haber sido telepatía, Jeff. Estaba a punto de venir por usted. Sígame.

¿Ahora era Jeff?

Knight aguantó la puerta para que entrara. La mujer del establo ya no estaba en la oficina. Los empleados charlaban entre ellos o hablaban por teléfono. Algunos trabajaban al ordenador. Pero, fueran cuales fuesen sus actividades individuales, todos se detuvieron al unísono para seguir los pasos de Jeff hasta la mesa de Knight, donde Grange aguardaba ya con expresión tan adusta como la de un sepulturero.

—Oh, Dios —gimió Jeff—. ¿Qué ha ocurrido?

Grange respondió señalándole una silla.

—Maldita sea —dijo él, permaneciendo de pie—, contésteme.

—No hay novedad por el momento —respondió Knight al tiempo que ocupaba su asiento—. Siéntese, por favor, Jeff.

—¿Eso es todo lo que saben hacer ustedes? ¿Quedarse sentados? ¿Por qué no están haciendo algo constructivo para encontrar a mi mujer?

—Estamos haciendo todo lo posible.

—¡Están sentados aquí!

Al darse cuenta de que estaba llamando aún más la atención, Jeff se sentó de golpe y fulminó con la mirada a los dos oficiales.

—No serviría de nada que saliéramos a dar vueltas por ahí —dijo Knight—, cuando no

sabemos siquiera adónde fue su esposa al abandonar el motel.

—¿Y sus tarjetas de crédito? ¿Marybeth no iba a...?

—Maryjo.

—Lo que sea. ¿No se suponía que iba a comprobar los cargos y las retiradas de dinero con la tarjeta?

—Habría sido más fácil si usted nos hubiera dado los números de las tarjetas de su mujer —intervino Grange.

—Ya se lo he explicado —dijo Jeff, y prácticamente tuvo que despegar los dientes para pronunciar las palabras—. Emory tiene sus cuentas. Yo tengo las mías. Ella paga sus facturas...

—En realidad no.

—El contable que lleva las cuentas de la clínica también paga las facturas privadas de Emory. Él nos ha dado los números de sus cuentas.

—Estupendo. Fantástico. ¿Y las ha investigado Maryjo?

—El viernes por la tarde —dijo Knight—, poco después de abandonar Atlanta, su mujer llenó el depósito del coche usando una tarjeta de crédito en una gasolinera. Tenemos grabada la transacción en una cámara de seguridad. Por cierto, vestía tal como usted la había descrito.

—¿Y por qué creían que no iba a ser así?

—Podría haberse detenido en alguna parte entre su casa y la gasolinera y... ya sabe... haberse cambiado de ropa. —Antes de que Jeff pudiera replicar a semejante estupidez, Knight prosiguió —: En cualquier caso, pagó la habitación del motel con la misma tarjeta y volvió a usarla para pagar la cena el viernes por la noche. Desde entonces no se ha utilizado ninguna de sus tarjetas.

Jeff se mordió el labio inferior.

—¿Desde el viernes por la noche?

—¿Sabe usted cuánto dinero llevaba encima?

Él negó con la cabeza antes de aclararse la garganta para hablar.

—Dudo que fuera mucho. No acostumbra llevar casi nada. Siempre lo tomamos a broma entre nosotros, que casi nunca lleva dinero.

—También hemos solicitado el registro de llamadas de su móvil —dijo Grange—. La última llamada que hizo fue el viernes por la noche. —Sonrió, pero su expresión no era amistosa—. A usted.

—Me llamó para decirme que había llegado sin incidentes y que ya se había acostado. —Jeff se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y se cubrió el rostro con las manos—. Nada de todo esto son buenas noticias, ¿verdad?

Oyó que la silla de Knight rechinaba contra el suelo, y luego la mano del subinspector se posó en su hombro.

—No se derrumbe. Puede que parezca que no hacemos gran cosa, pero estamos empleando todos nuestros recursos para encontrar a su mujer.

Cuando Knight escoltó a Jeff de vuelta al vestíbulo, le preguntó con tono casual si podía echar un vistazo a su pistola.

—Es el procedimiento rutinario. Seguro que lo comprende. Si me da las llaves de su coche, enviaré a un ayudante a buscarla para que no tenga que salir con este tiempo.

Jeff dudaba mucho de que el tiempo fuera el motivo por el que Knight no quería que fuera por la pistola él mismo, pero le entregó las llaves sin rechistar.

Tras haberle asegurado Knight que sería el primero en enterarse de cualquier novedad, buena o mala, volvió a quedar abandonado.

Su silla la había ocupado un tipo con aspecto de motero y una perilla trenzada que le llegaba casi hasta la cintura. Mientras se paseaba de un lado a otro, Jeff comprobó si tenía alguna llamada perdida en el móvil. Una de las amigas de Emory, a la que él había llamado la noche anterior, había dejado un mensaje de voz para responderle que hacía más de una semana que no hablaba con Emory.

Un cliente había dejado un mensaje en el que expresaba su descontento por la caída del mercado bursátil, y preguntaba a Jeff si tenía alguna idea de cómo compensar las pérdidas. Su sastre había llamado para informarle de que los arreglos estaban listos. Había dos llamadas perdidas del número principal de la clínica, pero nadie había dejado ningún mensaje.

Por supuesto, Alice sabía perfectamente que no debía llamarlo al móvil.

Jeff estuvo una hora paseándose inútilmente, y echaba humo por la frustración cuando Grange salió bruscamente al vestíbulo, llevando una gorra con orejeras y abrochándose una gruesa chaqueta acolchada mientras se acercaba a él.

—Han encontrado su coche.

—¿Solo su coche? ¿Y qué hay de ella?

—La están buscando.

—¿Dónde?

—En Nantahala.

—¿Dónde está eso?

—Aquí. Es el parque nacional. Knight y yo vamos para allá.

Grange casi había llegado a la puerta cuando Jeff lo asimiló todo y reaccionó finalmente. Se apresuró para alcanzarlo y lo siguió al exterior. Nada más traspasar la puerta, Knight llegó con un maltrecho todoterreno y se detuvo. Grange abrió la puerta del acompañante y subió.

—No se mueva de aquí. Nosotros le informaremos.

Tras estas palabras, Grange cerró la puerta y el todoterreno se alejó a toda prisa, dejando a Jeff bajo la nieve, observando su partida.

Emory no tardó mucho en deducir por qué él se había llevado sus zapatos. No podía irse de allí solo con los calcetines. Se había asegurado así de que ella permaneciera atrapada en la cabaña hasta su regreso. Pero Emory no tenía la menor intención de convertirse en parte del botín de aquel dúo de paletos, si eran ellos los que regresaban en lugar de él.

Él había desplazado el sofá con facilidad. A ella le costó un poco más, y más difícil incluso le resultó retirar las tablas del suelo, pero lo logró con la ayuda de un destornillador grande. Lo había encontrado en el cajón donde él había guardado el destornillador utilizado para reparar la tostadora.

Emory eligió una pistola al azar y la depositó con cuidado sobre la mesita auxiliar.

Poco después de casarse, Jeff le había enseñado el pequeño revólver que poseía y le había dado una clase elemental de cómo usarlo. Pero Emory no había llegado nunca a dispararlo. Una pistola tenía un cargador, no un tambor. Todo lo que sabía sobre armas de fuego se reducía prácticamente a reconocer la diferencia. Pero se sentía más tranquila teniendo un arma a mano.

También se sintió más segura cuando volvió a ponerse la ropa de correr en cuanto estuvo completamente seca.

No teniendo nada más que hacer, vagó sin descanso por la cabaña. Revisó el contenido de los cajones que no había registrado antes, pero no encontró nada que le diera una pista sobre su anfitrión, ni diario, ni correspondencia, ni recibos, ni un solo papel que contuviera información reveladora.

Lo que, en sí mismo, era un dato revelador. Le decía que se trataba de un hombre escrupulosamente precavido que no guardaba nada que pudiera identificarlo.

Fue hasta los estantes y pasó el dedo índice por el lomo de los libros, fijándose en que estaban ordenados alfabéticamente. Hojeó algunos, buscando hojas sueltas o notas escritas en los márgenes. Al cabo de un rato, concluyó que los estantes hechos e instalados por él mismo no albergaban nada más que libros.

Desesperada, apoyó las manos sobre el portátil cerrado, conminándolo mentalmente a desvelar su contraseña secreta como si se tratara de una tabla Ouija. No ocurrió.

Añadió unos leños al fuego cuando este se apagó. Se paseó de un lado a otro, mirando por la ventana frecuentemente con la esperanza de ver acercarse la camioneta. Por mucho que le molestara admitirlo, estaba preocupada por él. Por la catadura de aquellos dos tipos, parecían capaces de matar por un par de botas, por no hablar de una camioneta. Tal vez la «hermana pequeña» era el anzuelo. Tal vez habían estrellado su destartalada camioneta a propósito como parte de un complejo ardid para robarle.

Él le había asegurado que no había hablado con los hermanos hasta entonces, pero también había admitido que los conocía. Sabía que rajarle la garganta no era su estilo. ¿De qué iba todo eso? La imaginación de Emory la llevó a plantearse varios resultados posibles, todos ellos catastróficos, todos con un mal final tanto para él como para ella.

Una idea terrible que no se había permitido tener hasta entonces le decía que tal vez no regresaría jamás a su casa.

Jeff habría ido ya a la policía, pero ¿sabría decirles por dónde empezar a buscarla? Habían hablado de su destino, pero ¿le había prestado atención él, recordaría algo de lo que le había dicho? Ni siquiera ella recordaba hasta qué punto había concretado al enseñarle el mapa del parque nacional donde había marcado el sendero que pensaba seguir. Pero incluso con esa idea general de dónde había empezado a correr, sin duda habían comenzado ya la búsqueda.

Volvería a casa. Por supuesto que volvería. Y entonces...

¿Qué?

En la bola de cristal su futuro se mostraba tan turbio como su presente.

Cuando Jeff y ella se reencontraran, se alegrarían y se sentirían aliviados de verse. Pero su pelea solo se habría interrumpido y seguiría sin resolverse. Las cuestiones que los dividían seguirían firmemente asentadas. Suponiendo que Jeff tuviera una aventura, ¿le pondría fin al regresar ella sana y salva, simplemente por sentirse obligado? Con eso solo conseguirían que todos fueran desgraciados.

Para ser justos, ¿cómo podía echarle en cara a Jeff que tuviera una amante, cuando a ella el abrazo de un extraño que había estado a punto de besarla la había inflamado de pasión?

Sí. También debía pensar en eso.

Su intento como *femme fatale* había terminado en un giro irónico: la seducida era ella. Había

puesto en escena aquella exhibición humillante, pero cuando él había empezado a acariciarla, había dejado de actuar. Él la había estrechado contra su cuerpo, ella había notado su erección y ya no había podido negar la verdad. Lo deseaba.

Todos sus impulsos femeninos habían cobrado vida, y no era solo la larga abstinencia lo que había encendido su deseo sexual. Era él. Quería experimentarlo todo de él, todas sus rudas superficies, todas sus roncas palabras, su olor a campo, el sabor a whisky de su aliento, la arrogante erección de su pene. Lo deseaba con una temeraria indiferencia hacia lo que era apropiado para la doctora Emory Charbonneau.

Si él no le hubiera puesto fin de aquel modo tan insultante, Emory habría acabado cometiendo una locura.

Pensar en ello ahora la turbaba e incrementaba su ansiedad. De modo que, cuando oyó llegar la camioneta, cogió la pistola y apuntó hacia la puerta, sujetándola con las dos manos.

Él entró con paso firme y un aspecto más amenazante que nunca. La pistola no lo turbó en absoluto. Le lanzó una mirada burlona y luego le arrojó la funda que contenía sus zapatos. El bulto aterrizó en el suelo a sus pies.

—Póngase los zapatos. Nos vamos.

—¿Adónde vamos?

—La llevo montaña abajo, y tengo prisa.

12

Al llegar octubre, la calefacción central del edificio de apartamentos de Jack Connell se subía hasta cerca de los 29 ºC y permanecía así hasta mayo. Tras experimentar un viento glacial que azotaba los desfiladeros de ladrillos y argamasa del centro de Manhattan, al llegar a casa cambió el traje y el abrigo por pantalones cortos y una camiseta de los Jets, abrió una cerveza y se la llevó al despacho, un cuarto pequeño austeramente amueblado con una mesa (una puerta colocada sobre dos caballetes), y una silla de segunda mano a la que le fallaba una rueda.

Llamó al número que le había dado Greer para contactar con el periodista televisivo que había cubierto la protesta ante la sede del gobierno estatal en Olympia, Washington.

El teléfono sonó varias veces, y cuando respondieron, el ruido de fondo era ensordecedor. Tras varios inicios fallidos, el joven explicó que había salido a tomar unas copas con amigos en la *happy hour*. Al parecer, en la costa Oeste la *happy hour* empezaba a las tres y media.

—Esta mañana ha hablado con mi colega —dijo Jack—. Wes Greer.

—Ah, sí, ¿el agente del FBI?

—Eso es. Le ha dicho usted que el grupo que aparece en el vídeo de su reportaje llegó en autocar desde Seattle para participar en la manifestación. ¿Eran personas individuales con un objetivo común, o un grupo organizado?

—Un grupo. Con nombre. Ahora no recuerdo cuál. Lo tengo apuntado. ¿Cuándo lo necesita?

—Ahora mismo.

—Oh. ¿Puedo volver a llamarle? Tendré que telefonear a la redacción para que alguien vaya a mi mesa y mire mis notas.

Jack le dio su número de móvil. Mientras esperaba a que le llamara, fue a la cocina y se hizo un sándwich de pan de centeno, mostaza picante y el rosbif de la charcutería que aún no verdeaba, y abrió otra cerveza. Sonó su móvil.

—El grupo se llama Ciudadanos Concienciados. CC.

—¿Alguna persona de contacto?

—Su fundador. A un familiar suyo, creo que un sobrino, lo mataron a tiros cuando estaba comprando un refresco en una tienda. Se interpuso en el camino de un atracador. El caso es que el tipo es un activista convencido. Tiene un nombre largo, como de jugador de hockey polaco o algo así. ¿Tiene lápiz? Anote.

El periodista deletreó un nombre lleno de consonantes. Jack le preguntó si tenía su número de teléfono.

—Anote. —Se lo leyó—. Oiga, ¿para qué lo busca? ¿Hay alguna noticia ahí?

Jack le soltó un rollo sobre el «interés del FBI» en cualquier grupo o individuo que apoyara «leyes restrictivas sobre tenencia de armas» o, en cambio, «se opusiera a que el gobierno limitara algunas libertades personales».

—Ah, eso ya está muy manido. —El periodista perdió interés y pareció dispuesto a regresar a

la *happy hour* con sus amigos—. Pero guarde mi número y llámeme si tropieza con alguna historia de interés. Oficiosamente, por supuesto. Nunca revelo mis fuentes.

Jack hizo una promesa que no pensaba cumplir, le dio las gracias al periodista y colgó. Cogió entonces un móvil de prepago, llamó al hombre de apellido extraño y este contestó.

Parecía un buen tipo, lo que hizo que Jack se sintiera mal por mentirle. Pero no demasiado. Se presentó con un nombre falso.

—No hago encuestas ni intento venderle nada. Estoy buscando a un compañero de clase de hace muchos años. —Y le contó una historia sobre una reunión de antiguos alumnos de instituto —. Me han encargado buscar a los compañeros de clase a quienes se ha perdido la pista. Parece fácil, con Internet y tal. Pero algunos se nos resisten.

»Anoche, mi mujer y yo estábamos viendo las noticias y podría jurar que vi a Becky Watson en su grupo frente a la sede del gobierno estatal. Becky ya era políticamente muy activa en el instituto y abogaba por causas como el control de armas. Igual que yo, por cierto.

—¿Becky, dice? No tenemos ninguna Becky en CC.

—Quizás ahora se haga llamar Rebecca.

—No; lo siento. No hay nadie que se llame Rebecca ni Watson.

—Vaya, estaba seguro de que era ella. Solía llevar el mismo pelo blanco de punta.

—Esa parece Grace.

—La mujer de la que hablo llevaba una chaqueta roja.

—Grace Kent.

Con el pulso acelerado, Jack garabateó el nombre y tuvo ganas de sondear al hombre en busca de más información. ¿A qué se dedicaba Grace? ¿Tenía una hija de unos doce años? ¿Tenía un hermano que la visitaba regularmente? El hermano era inconfundible. Alto, de aspecto duro, pelo oscuro, ojos claros.

Pero resistió la tentación de preguntar. No quería despertar su curiosidad. Tal vez se sintiera obligado a avisar a Grace Kent de que alguien lo había llamado preguntando por ella.

Exhaló un fingido suspiro de decepción.

—Bueno, pues entonces no es nuestra Becky. Pero valía la pena intentarlo. Disculpe por haberlo molestado. Gracias por atenderme.

—De nada. Buena suerte con su reunión.

Jack desplazó los dedos ágilmente por el teclado de su ordenador, pero fue en vano. No había ninguna Grace Kent en el listín telefónico de Seattle. Realizó una búsqueda en Google y no encontró nada. De modo que llamó a Wes Greer para que se ocupara él, y luego se sentó y terminó de comer el sándwich masticando maquinalmente, pensativo.

Tardó menos de dos minutos en decidirse. Volvió a usar el teléfono para reservar un vuelo a primera hora y pedir un coche que lo llevara al aeropuerto LaGuardia a las seis de la mañana. También alquiló un coche en Seattle. Mientras preparaba una pequeña maleta, se dijo que seguramente aquel viaje sería el último de una larga serie de misiones inútiles.

La penúltima lo había llevado hasta Salt Lake City, precedida por otra en Wichita Falls, Tejas. Antes de eso, Lexington, Kentucky. Lugares e individuos aparentemente al azar, sin relación entre ellos salvo por un único denominador común: un hombre.

Jack se había acostado ya, pero no dormía, cuando volvió a llamarlo Greer, que al parecer no dormía nunca.

—Tengo una dirección. Grace Kent no vive en el mismo Seattle, sino al otro lado del estrecho de Puget.

—¿Cómo se va hasta allí?

—Hay un transbordador.

—Estupendo.

Jack introdujo la dirección en el móvil, informó a Greer de su itinerario básico y concluyó diciendo:

—Por el momento, no es necesario decirle a nadie que me he ido. De hecho, estoy en cama con gripe.

—De acuerdo.

Mientras yacía contemplando el techo de su dormitorio, Jack evaluó las posibilidades de que Grace Kent fuera Rebecca Watson. No tenía más pista que la convicción de la amiga de Rebecca, Eleanor Gaskin, que no la había visto en cuatro años y la había reconocido en medio de una atropellada multitud en un reportaje televisivo de escasa calidad. Iba a cruzar el país con esa única pista.

¿Sería demasiado pedir tener un poco de suerte y que la portadora de la pancarta fuera Rebecca? ¿Podía atreverse a esperar que ella cooperara y le dijera dónde estaba su hermano? Y puestos a fantasear, ¿por qué no imaginar que su hermano estaba de visita y que sería él quien le abriera la puerta cuando Jack llamara al timbre?

Podía confiar en la discreción de Greer, así que al menos, si aquella resultaba ser otra pista falsa, otro callejón sin salida, nadie le consideraría un completo estúpido.

Salvo él mismo.

Y a eso ya estaba acostumbrado.

—¿Cuándo llegaremos?

—Cuando lleguemos.

Emory se sujetó al borde del asiento cuando la camioneta enfiló otra cerrada curva. Los faros habían sido la única fuente de luz desde la brusca partida de la cabaña. Si había luna, la capa de nubes la ocultaba por completo.

No habían pasado por delante de ninguna vivienda ni edificio de ninguna clase. Nada. Circulaban por la carretera más remota que cabía imaginar, y desde luego la más peligrosa. Tal como temían, había placas de hielo bajo los montones de nieve, invisibles hasta que la camioneta perdía adherencia.

Al tomar las curvas, los faros iluminaban formaciones rocosas que se alzaban a pico desde la angosta cuneta, algunas con hielo incrustado donde antes de helarse había cascadas. Donde no había formaciones rocosas había bosque. Los gruesos troncos de árboles no habrían cedido ni ante un tanque. Pero lo que resultaba más aterrador era la negrura, la nada que a veces desvelaban las luces. Un patinazo, y podían caer al vacío por un precipicio.

Emory quería cerrar los ojos para no ver los peligros que acechaban, pero no se atrevía por la ridícula suposición de que podía contribuir a mantener la camioneta en la carretera a mera fuerza de voluntad.

Él le había asegurado que estaba acostumbrado a aquellas carreteras montañosas, con sus

curvas cerradas, pero no conducía con despreocupación, sino con firmeza. Sus manos enguantadas aferraban el volante, sus ojos no se apartaban de la carretera.

Las escasas respuestas a las preguntas de Emory sobre los hermanos Floyd habían sido bruscas y monosilábicas, y al final ella había dejado de preguntar. No sabía qué había ocurrido entre sus desaliñados vecinos y él, pero en cualquier caso lo había impulsado a llevarla a casa, o al menos a dejarla en algún sitio desde donde ella pudiera volver. Eso era lo único que a ella le importaba.

Al menos, eso se dijo a sí misma.

—¿Para qué son todas esas armas?

—¿Para qué suelen ser las armas?

—Para disparar a... cosas.

Él se encogió de hombros como si sobrara cualquier otro comentario.

—Es peligroso tenerlas por ahí. ¿Y si le hubiera disparado por accidente?

—Habría sido un milagro.

—Es usted un objetivo muy grande. A esa distancia no podía fallar.

—Seguramente no, pero no llevaba cargador.

—¿No estaba cargada?

Él esbozó esa mueca que no llegaba a ser sonrisa.

—Doc, un consejo: si apunta a alguien con intención de dispararle, asegúrese de que el arma está cargada y amartillada, lista para disparar. Y si no tiene intención de disparar a esa persona, no le apunte.

—Parece todo un experto en el tema.

Él no respondió. Ni dijo nada más mientras maniobraba en la siguiente serie de curvas cerradas.

—¿Cuánto falta? —preguntó ella al fin.

—Unos cuantos kilómetros.

—¿Le importa si pongo un poco la calefacción?

—Adelante.

Antes de abandonar la cabaña, él le había echado uno de sus chaquetones por encima, aduciendo que no llevaba ropa suficiente para protegerse del frío. La chaqueta era demasiado grande, por supuesto, pero Emory se sentía agradecida por llevarla, y se arrebujó aún más en ella.

—Tendría mucho frío sin su chaquetón. Gracias.

—De nada.

Emory no quería distraerlo con su conversación, pero se moría de ganas por saber qué le esperaba.

—¿Qué... qué hará?

—¿Cuándo?

—Cuando lleguemos.

—Ya lo verá.

—¿No me lo puede decir ahora, para que me haga una idea?

—Ya no tardaremos mucho.

En efecto, durante el siguiente kilómetro la empinada pendiente se fue nivelando y empezaron a ver casas. Estaban muy separadas unas de otras, pero eran los primeros signos de

civilización que Emory veía en cuatro días. Al salir de una curva, los faros iluminaron el pequeño letrero que indicaba la entrada a una ciudad.

Ella se volvió hacia él, sorprendida.

—Esto no es Drakeland.

—No.

—¿Drakeland está más adelante?

—Está en dirección contraria. Esta carretera no va allí.

—Pensaba que me llevaba a Drakeland.

—¿Qué le ha hecho pensar eso?

¿Qué le había hecho pensar eso? Él no le había dicho nada sobre su destino, pero Emory había supuesto que la llevaría de vuelta allí, ya que había sido su punto de partida.

La ciudad que atravesaban ahora apenas podía considerarse como tal. Era más bien un pueblo con dos semáforos, uno a cada extremo de la angosta carretera estatal que lo partía en dos. A un lado había un banco, una gasolinera y una casa prefabricada que servía como oficina de correos. Un café, un taxidermista y un supermercado ocupaban el otro lado. Era de noche y todos los negocios estaban cerrados.

Emory había supuesto que la dejaría en algún sitio con luces, bullicio, actividad.

—¿Va a dejarme aquí? —preguntó, procurando contener un ataque de pánico.

—No.

Su escueta respuesta no logró mitigar los recelos de Emory.

Al llegar al segundo semáforo, él giró a la derecha, siguió dos manzanas más y luego volvió a girar a la derecha para adentrarse en un callejón que discurría por detrás de varios edificios que parecían pequeños negocios y oficinas.

—¿Qué está haciendo? ¿Adónde vamos? ¿Vamos a encontrarnos con alguien aquí?

—Vamos a hacer una breve parada, eso es todo. —Detuvo la camioneta frente a la puerta trasera de un edificio de ladrillo de una sola planta, apagó los faros y también el motor—. Espere aquí un momento.

Se bajó y se dirigió a la trasera de la camioneta. Mirando por el retrovisor, Emory lo vio abrir una caja de herramientas sujeta a la cabina y sacar una llave para ruedas.

Luego fue con la llave hasta la puerta de servicio del edificio. Antes de que Emory pudiera imaginar lo que pensaba hacer, él ya lo había hecho. Utilizó la herramienta para arrancar el pomo de la puerta con todo el mecanismo de la cerradura, dejando un pulcro agujero redondo en el metal.

Regresó a la camioneta y devolvió la llave a la caja de herramientas, luego abrió la puerta del acompañante, desabrochó el cinturón de seguridad de Emory, la aferró por el brazo y la sacó fuera.

—Venga, doc. Dese prisa.

Ella estaba demasiado asombrada para reaccionar. Cuando finalmente lo hizo, forcejeó frenéticamente para soltarse.

—¿Qué está haciendo?

—Forzando la entrada.

—¿Para qué?

—Para robar lo que hay dentro.

—¿Está loco?

—No.

—¿Quiere cometer un delito?

—Ajá.

Su tono razonable asombró a Emory. La aterrorizó. A menudo los locos parecían perfectamente cuerdos hasta que... dejaban de parecerlo. Se humedeció los labios y respiró entrecortadamente.

—Escuche. Le daré dinero. Ya sabe, usted mismo dijo que tengo dinero a montones. Le... le daré todo lo que quiera, pero...

—¿Cree que es dinero lo que quiero? Por Dios.

El hombre que había usado una llave de ruedas para forzar una puerta cerrada a fin de entrar a robar tuvo la desfachatez de sentirse insultado.

—Entonces, ¿por qué demonios...?

—Esto es una consulta médica.

Una nueva idea pasó por la cabeza de Emory.

—¿Drogas? ¿Quiere drogas?

Él suspiró y la empujó hacia la puerta.

—No tenemos tiempo para tonterías.

Ella clavó los talones en el suelo.

—No participaré en esto. —Le lanzó un puñetazo con la mano libre, pero él lo esquivó—. ¡Suélteme!

—¡Cállese! —La agarró por los dos brazos y miró en derredor para ver si sus gritos habían alertado a alguien, pero todo seguía a oscuras, salvo por una solitaria farola al final del callejón que, aun pareciendo imposible, iluminó sus ojos cuando estos taladraron los de Emory—. ¿Recuerda la chica de la camioneta?

—¿La... la hermana de los Floyd?

—Está mal y necesita que usted la ayude.

—¿Qué le pasa?

—Se lo explicaré en el camino de vuelta.

—No hablará en serio...

—Vamos a volver para ayudarla.

—No pienso volver. —Ella intentó zafarse empujándole y volvió a forcejear.

—Emory.

Lo que hizo que ella se quedara inmóvil no fue tanto la leve sacudida que él le dio, como el hecho de que usara su nombre de pila con tono autoritario.

—Podemos quedarnos aquí discutiendo y arriesgándonos a que nos pillen y encarcelen, o...

—Usted iría a la cárcel. Yo no.

—... o puede cumplir el juramento hipocrático, entrar ahí y recoger todo lo que necesite para tratar a esa chica.

—No pienso cometer un delito.

—¿Ni siquiera por una buena causa?

—Ni siquiera.

—Pronto se tragará esas palabras. —La empujó hacia la puerta de la consulta—. Tiene usted

fama de buena samaritana. Ahora tiene una oportunidad para hacer el bien.

13

Jeff había observado cómo la luz del día se convertía en un corto crepúsculo. La noche llegó con rapidez.

Mataba el tiempo. Quería matar a Knight y Grange por no mantenerle informado como habían prometido. Se había pasado toda la tarde sentado mirando el reloj de pared sin tener la menor idea de lo que ocurría fuera del vestíbulo de aquella comisaría.

Al acercarse la hora de cierre de la clínica en Atlanta, llamó al número de recepción.

—Soy Jeff Surrey. ¿Siguen los doctores en la clínica?

—Oh, Dios mío, señor Surrey. —El tono melifluo con que había respondido al teléfono la recepcionista dio paso a uno tembloroso por la emoción—. Le he dejado mensajes preguntando si ha sabido algo sobre la doctora Charbonneau. Estamos todos muy preocupados. Dígame que está bien, por favor.

—Páseme con uno de los doctores.

—El doctor James está justo aquí.

Jeff oyó el auricular cambiando de manos.

—¿Jeff?

—Me temo que no tengo mucho que contaros, Neal. Esta tarde han localizado el coche de Emory, vacío. Es la última información que he recibido.

—Un momento, voy a conectar el altavoz. Todos quieren oírte.

Jeff imaginó al personal de la clínica apiñado en torno al teléfono de la recepción mientras él relataba lo poco que sabía.

—He buscado el parque nacional en Internet. Tiene miles de hectáreas de extensión. Es montañoso en su mayor parte, y hay zonas que se consideran salvajes. No es un terreno para pusilánimes.

—He ido de acampada a esa zona —dijo el médico—. ¿Y está ahí perdida? Dios mío.

—Por suerte, como ya sabéis, Emory está en plena forma y tiene una increíble resistencia.

—¿Ahí arriba no nieva y hay una temperatura muy por debajo de los cero grados?

Típico de Neal James pintarlo todo del modo más pesimista.

—Sí, el tiempo está dificultando la búsqueda.

Le lanzaron varias preguntas a la vez. Él los interrumpió.

—Lo siento. No sé nada más. Los ayudantes del sheriff no han regresado y tampoco han llamado. O si lo han hecho, no han hablado conmigo. Hace horas que se fueron y estoy tan a oscuras como vosotros. Es tremendamente frustrante.

—¿Quieres que vaya allí?

El médico se ofrecía a acompañarle por Emory, no por él, y Jeff se alegró de tener una razón válida para rechazar su oferta.

—No podrías hacer nada. Hasta que sepa algo concreto, intento ser optimista y mantener la

esperanza de que Emory está bien y simplemente no ha podido ponerse en contacto conmigo.

El personal de la clínica respaldó su punto de vista, pero cuando se despidieron de Jeff tenían la voz apagada, algunos llorosa.

Después llamó a su despacho y dejó un mensaje de voz para su secretaria, diciéndole solo que se le había presentado una emergencia familiar y que tampoco iría al día siguiente. Justo cuando colgaba, apareció Knight.

Al verlo, Jeff se quedó con el alma en vilo.

—¿La han encontrado?

—La búsqueda continúa —respondió Knight, negando con la cabeza—. Lo siento.

Indicó a Jeff que lo siguiera, y ambos recorrieron la ruta habitual por el laberinto de mesas en la amplia sala de la oficina del sheriff. Grange estaba sentado junto a la mesa de Knight con una taza de café entre las manos, que se veían rojas y agrietadas. Tenía las mejillas enrojecidas por el frío.

Jeff se sentó en la misma silla de antes.

—¿Cuánto tiempo hace que han vuelto?

—Apenas el suficiente para pedir un café —respondió Knight—. ¿Quiere una taza?

Jeff negó con la cabeza, miró a un ayudante y luego al otro.

—Por amor de Dios, díganme algo. Cualquier cosa. Ya no aguanto más.

Knight apartó la taza y agarró una goma elástica que hizo chasquear entre los dedos.

—La triste realidad, Jeff, es que no sabemos nada sobre el paradero de su mujer.

Miró a Grange, que inclinó la cabeza con aire solemne.

—¿Y su coche?

—Era el único en la zona de aparcamiento desde donde se accede a un mirador y varios senderos de montaña. Todos los senderos toman direcciones distintas, y luego todos tienen múltiples ramificaciones. He apuntado el nombre de algunos. Eche un vistazo, a ver si alguno le resulta familiar.

Jeff tomó la hoja que le tendía Knight y leyó la lista.

—Todos parecen iguales. Nombres indios. No me suena ninguno. Puede que tomara alguno de estos, pero... lo siento. No me acuerdo.

—Bueno, se han seguido todos ellos, buscando hasta que se ha hecho de noche. Por el momento no hay señales de ella.

Jeff dejó que la hoja cayera lentamente sobre la mesa de Knight, luego agachó la cabeza y se masajeó los ojos. Los dos subinspectores le concedieron unos instantes para asimilar las implicaciones de lo que acababan de contarle. Al cabo, él levantó la cabeza y se pasó la mano por la cara.

—¿En su coche no había ninguna pista?

—Lo cubría una fina capa de hielo sobre la que había caído nieve. No parecía que lo hubieran tocado desde que ella lo dejó allí. Tampoco había huellas alrededor, lo que indica que no ha pasado nadie por allí desde que ella lo aparcó.

—¿Y dentro del coche? ¿Había indicios de lucha? —Jeff tragó saliva—. ¿Algún indicio de delito?

—Esa es la buena noticia. No había signos de lucha —respondió Knight, sonriéndole amablemente.

—Gracias a Dios.

—Creemos que aparcó allí y se fue por su propio pie. El coche no tiene ninguna rueda pinchada. No dejó la llave puesta, claro está, pero después de que los de... eh... la policía científica...

—¿La policía científica?

—Mientras no sepamos nada más, tenemos que suponer que ha habido delito. El caso es que, después de que ellos revisaran el coche, hemos comprobado que funciona perfectamente. El motor no tiene ningún problema. En el maletero hemos encontrado las botas que llevaba puestas el viernes y una bolsa con una etiqueta identificativa.

—Una de piel con flores de lis doradas y su tarjeta profesional en el interior.

Knight asintió con la cabeza.

—Forma parte de un juego —explicó Jeff.

—Hemos traído la bolsa aquí y quiero que la revise usted para ver si encuentra algo extraño. Nosotros ya la hemos revisado y solo hay algunas prendas, ropa interior y artículos de aseo.

—Era normal que no llevara equipaje. Solo iba a estar fuera de casa un par de noches como mucho.

—También había un ordenador portátil —dijo Grange.

—Nunca va a ninguna parte sin él.

—No podemos entrar en él sin la contraseña. ¿La sabe usted?

—El nombre de su madre y el de su padre, pero al revés.

Grange tecleó lo que Jeff le iba dictando.

—Están esperándolo —dijo Grange. Se levantó y desapareció por un pasillo, donde Jeff supuso que otros se encargarían de revisar el contenido del portátil de Emory.

—No hemos encontrado su móvil.

—Lo lleva en una riñonera cuando corre —dijo Jeff, volviéndose de nuevo hacia Knight—. Por si acaso... por si acaso tiene algún problema.

—Bueno, aún no lo ha usado. Lo hemos comprobado. Y no emite señal.

Grange regresó.

—Nos dirán algo —anunció a Knight.

—¿Qué les dirá quién? —preguntó Jeff.

Grange se mostró tan lacónico como siempre.

—Nuestros informáticos. Nos dirán si encuentran algo útil en el portátil.

Hasta entonces, Jeff había contenido a duras penas su frustración.

—Y mientras tanto, mi mujer sigue desaparecida. ¿No hay nadie buscándola sobre el terreno?

—Mucha gente, Jeff. Pero es de noche. Las carreteras allí arriba están casi impracticables, pero tenemos agentes recorriéndolas de todas formas. La nevada es más densa que aquí abajo. Mañana, si aclara, enviaremos un helicóptero, pero el pronóstico del tiempo no es bueno. La búsqueda continuará por tierra, pero será lenta por culpa del terreno. Si es factible, enviaremos una unidad canina a...

—¡Joder! —Jeff se levantó y se alejó unos pasos dándose golpes en una mano con el otro puño—. «Mañana.» «Si.» «Unidad canina», por amor de Dios. —Se detuvo y se volvió hacia ellos—. ¿Dónde está ese aparcamiento? ¿A qué distancia de aquí?

—Un buen trecho.

—Ah, muy bien.

—Jeff, siéntese.

—¡Me han salido forúnculos de estar sentado! Me voy para allí.

—Eso no sería muy inteligente.

—Ah, ¿y para usted inteligente significa conseguir la contraseña del portátil de Emory?

Knight suspiró.

—Critique nuestros métodos si eso le hace sentirse mejor, pero si piensa ir a recorrer esos senderos a ciegas, pronto tendremos que buscar a dos personas en lugar de una.

Jeff se quedó parado, meciéndose sobre los talones, echando chispas.

—¿Y si llaman al FBI?

—Podríamos hacerlo, pero ellos harían exactamente lo mismo que estamos haciendo nosotros.

—Que es bien poco.

—Mire, Jeff, sé que parece que no estamos haciendo nada, pero...

—Desde luego, eso es exactamente lo que parece.

—Comprendo que debe de resultarle muy frustrante.

—Y una mierda. ¿Alguna vez ha desaparecido algún allegado suyo?

Contrito, Knight admitió en voz baja que jamás había experimentado tal infortunio.

—Entonces no pretenda saber qué es lo que siento ahora mismo.

—De acuerdo, yo dejaré de decir banalidades si usted se sienta y nos permite repasar los hechos con usted.

Jeff no aceptó de inmediato, pero al final, dándose cuenta de la futilidad de persistir en su arrebato de mal genio, volvió a su asiento.

—¿Qué hechos quieren repasar?

—Bueno —empezó Knight—, como le decía, parece ser que Emory aparcó y se alejó del coche por su propio pie. No hay indicios de que fuera atacada ni arrastrada.

—Lo que significa que seguramente tuvo un accidente en medio del puto bosque. Y sigue ahí fuera mientras nosotros estamos aquí sentados sin pasar frío, cómodamente instalados con un café caliente.

—¿Podría haberse encontrado con alguien?

—No —replicó Jeff secamente. Al cabo de unos segundos, miró a Grange, que era quien había formulado la pregunta—. ¿Alguien como quién?

—Hay clubes de maratón. A veces los corredores se entrenan en grupo.

—Emory entrena sola.

—¿Siempre?

—Sí. Si es miembro de algún club, a mí nunca me lo ha dicho. No va a reuniones ni nada parecido. ¿Han llamado a alguno de esos clubes?

—Ha llamado Maryjo. No había ninguno que tuviera a Emory como miembro inscrito.

—Entonces, ¿a qué viene la pregunta?

—Para asegurarnos —respondió Grange, impávido—. No es probable, pero a Maryjo se le podría haber escapado alguno.

—Mi mujer va a caminar todas las mañanas con un grupo de mujeres del vecindario —

explicó Knight—. No es marcha rápida, ¿comprende? Es más como un paseo para cotillear sobre todas las que no van a caminar. —Miró a Jeff antes de preguntar—: ¿Está seguro de que Emory no corre nunca con algún compañero o compañera?

—Estoy seguro. No sé de nadie con quien pudiera haberse encontrado. Además, precisamente vino aquí el viernes para estar sola.

—¿Por qué quería estar sola? —preguntó Knight.

—Para poder concentrarse. Correr es como una terapia para ella. Le sirve para analizar las cosas, para aclarar las ideas. Para ella es como... como ir a la iglesia. Le proporciona paz espiritual.

—He oído hablar de eso. —Knight miró a Grange e inclinó la cabeza con aire de entendido.

—Aun así, debe de estar muy entregada para venirse a más de ciento cincuenta kilómetros a entrenar sola por un sendero de montaña.

—Son retos que se impone a sí misma —explicó Jeff—. Se fija unas metas muy altas.

—¿Exigente consigo misma?

—Más que eso. Perfeccionista. Cuando se compromete con algo, es inflexible.

—¿Incluyendo el matrimonio?

—¿Disculpe? —estalló Jeff, a quien los inesperados y extraños comentarios de Grange empezaban a crisparle los nervios.

—¿Le es fiel, Jeff? —preguntó Knight en voz baja, con el tono de un abuelo o un sacerdote.

Furioso, Jeff los fulminó a ambos con la mirada.

—Sé lo que están pensando, y se equivocan.

—¿Qué cree que estamos pensando?

—Que Emory fue a encontrarse con un hombre allí arriba. Que soy un cornudo, el último en enterarse de que su mujer se la pega.

—¿No es posible?

—No. Por supuesto que no.

—De acuerdo —dijo Knight—. Ya le he avisado de que tendríamos que hacerle algunas preguntas difíciles. Si usted dice que todo es de color rosa en su matrimonio... —Abrió las manos a los lados, dejando que el gesto hablara por él.

—No he dicho que sea de color rosa. —Jeff bajó la vista al suelo y, cuando levantó la cabeza, ambos ayudantes lo miraban con expectación—. Emory y yo nos peleamos el jueves por la noche.

—¿La noche antes de venir aquí?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Empezó con poca cosa. Yo no quería que viniera. Pensaba que era un viaje absurdo e innecesario. ¿Por qué no podía entrenarse más cerca de casa, en algún lugar donde no hiciera falta que se quedara a pasar la noche y fuera menos peligroso? Una cosa llevó a la otra, la pelea subió de tono. Los dos nos desahogamos.

»Nos fuimos a la cama enfadados. El viernes por la tarde, cuando me despedí de ella, todavía había resentimiento por ambas partes. Ninguno de los dos se disculpó ni retiró nada de lo dicho el día anterior.

Knight hizo una mueca. Grange ni siquiera pestañeó.

—Durante esa pelea —preguntó Knight al cabo de unos instantes de pesado silencio—, ¿sobre qué se desahogó usted?

—En general, por el tiempo que dedica a correr. En concreto, por el próximo maratón. Se ha pasado más de un año organizándolo. Se trata de un gran acontecimiento benéfico. Ha prometido un dineral si termina. Será el primero que corre desde que se lesionó el pie. El entrenamiento ha sido muy estricto. Más de lo que yo considero sensato o saludable.

»La insté a correr solo la mitad, pero ella no quiso ni oír hablar de ello. ¿Qué pensarían los demás corredores si la organizadora no lograba finalizar? Le dije que se estaba dejando llevar por su ego y que más que compromiso lo suyo era una obsesión.

Knight soltó un silbido.

—Lo admito, fue un golpe bajo. Salió de la habitación hecha una furia, y yo estaba demasiado enfadado para ir tras ella. Así acabó la pelea.

—¿Y sobre qué se desahogó ella? —preguntó Grange.

Jeff se tomó su tiempo antes de responder. Sopesó cuánto quería desvelar y decidió ser sincero.

—No logré el ascenso para convertirme en socio de mi firma. No porque no me lo mereciera, sino por política interna. Me sentía mortificado, decepcionado y desencantado, y lo confieso, se lo he hecho pagar a Emory.

—¿Cómo?

—He estado malhumorado y distante. Reconozco que no era fácil convivir conmigo. Rechazaba sus intentos por animarme y subir mi autoestima. —Se encogió de hombros—. El jueves por la noche, todos esos meses de frustración alcanzaron su punto culminante. Los dos dijimos cosas.

Grange se limitó a mirarlo.

—¿Se insultaron? —preguntó Knight—. ¿Llegó a haber violencia física?

—Por Dios santo. ¡No! No somos chusma. No pasamos de alzar la voz.

Knight asintió con la cabeza.

—Mi mujer y yo nos hemos peleado esta mañana porque he dejado una toalla mojada tirada en el suelo del baño. Me ha gritado, me ha preguntado por qué no meaba en el suelo, ya puestos. Nunca se sabe lo que hará saltar a una mujer.

Jeff se sintió demasiado ofendido por la comparación para decir nada.

Knight se puso en pie y Grange hizo lo mismo, como si hubiera recibido una muda señal.

—Si surge algo esta noche, se lo haremos saber.

Jeff los miró con incredulidad.

—¿Y eso es todo? ¿Dan la jornada por terminada y se van a casa?

—No se preocupe. Tenemos a varias personas explorando diversas posibilidades.

—¿Qué personas? ¿Qué posibilidades?

—Posibilidades. Empezaremos mañana por la mañana a primera hora. Quizá nos serviría de ayuda si viniera con nosotros, Jeff.

—Me gustaría mucho. No creo que pueda soportar otro día sentado sin hacer nada.

—Bien. Puede subir allí en nuestro coche.

¿En aquel todoterreno destartalado? Ni hablar.

—Les seguiré en mi coche.

—No; vayamos todos juntos —insistió Knight, dando la cuestión por zanjada. Recogió el chaquetón acolchado del respaldo de su silla y se lo puso. Al ver el abrigo y la bufanda Burberry de Jeff, añadió—: Necesitará otro tipo de ropa.

—He traído una chaqueta de esquí en el equipaje.

—¿Equipaje?

Jeff se volvió hacia Grange.

—¿Perdón?

—¿Hizo el equipaje antes de salir de Atlanta para venir aquí?

—He traído algunas cosas, sí.

—¿Cómo es eso? ¿Contaba con tener que pasar un tiempo aquí?

—Por sentido común —replicó Jeff, poniendo énfasis en estas dos palabras—, supuse que cuando me reuniera con Emory no volveríamos a casa por lo menos hasta el lunes por la mañana. Venía preparado para pasar aquí la noche.

Grange no mostró reacción alguna al oír su explicación.

Knight señaló la salida a Jeff.

—Lo recogeremos mañana por la mañana, pongamos a las... ¿siete? ¿Es demasiado pronto?

—Estaré preparado. Espero que pueda quedarme otra noche en el motel.

—Ya nos hemos ocupado de eso —explicó Grange—. Hemos llamado para reservarle la habitación.

14

Emory se agarró al asidero que había sobre la ventanilla cuando la camioneta trazó una curva. Circulaban por la misma carretera helada y oscura de antes, ascendiendo esta vez, por lo que aún resultaba más difícil. Pero además del peligro de la vía, a Emory le preocupaba que los siguieran.

En cinco minutos habían entrado en la consulta médica y habían salido. El hombre que había forzado la entrada le había sujetado la linterna, además de vigilar lo que hacía y mirar por la ventana para asegurarse de que nadie había visto ni oído nada.

Ella había reunido el instrumental, los suministros y las medicinas que consideró necesarias y las metió en una bolsa de basura. No les abordó nadie cuando salieron. Abandonaron el pueblo sin ser observados, igual que habían llegado.

O al menos eso esperaba ella.

—Relájese, doc —dijo él la tercera vez que Emory volvió la cabeza para mirar hacia atrás—. No nos persigue ninguna patrulla.

—Soy novata en esto de robar, así que estoy un poco nerviosa. ¿Cómo sabía que no había sistema de alarma en esa consulta médica?

—No lo sabía.

—¿Qué habría ocurrido si hubiera saltado una alarma? —preguntó ella con total incredulidad —. Nos habrían pillado.

—No lo creo.

—¿Cree que podría haberse escabullido de ese pueblo dormido en una camioneta tan grande y visible como esta?

—Ajá.

—Imposible.

—No es imposible. Ya lo he hecho antes.

Ella no supo si escandalizarse por aquella admisión o sentirse aliviada por la habilidad de él para evitar ser atrapado.

—Sigo creyendo que ha, que hemos quebrantado la ley.

—No se mortifique. Ha hecho de sobra para compensar el pequeño robo de esta noche.

Ella le lanzó una mirada incisiva y él respondió a su pregunta tácita.

—En Internet se habla mucho de su filantropía.

—¿Por eso me ha llamado buena samaritana?

—No se necesita irse a Haití ni recaudar fondos para ayudar a personas necesitadas. Aquí mismo hay una chica.

—Si está tan mal como me ha descrito, necesita ir a Urgencias.

—Me he ofrecido a llevarla y ella se ha negado.

—¿Por qué?

Él se concentró en subir por una pronunciada pendiente, reduciendo y maniobrando con cautela, pero a Emory le pareció que lo usaba como excusa para no responder.

—¿Por qué se ha negado? —repitió.

—Está asustada.

—¿De qué? ¿Le asustan los médicos? ¿Los hospitales?

—Usted misma puede preguntárselo cuando lleguemos.

—Cuando lleguemos, llamaré a Emergencias.

—Eso será si puede.

—¿Me lo impedirá?

—Se lo impedirán ellos.

—¿Los hermanos?

Él musitó algo que a Emory le sonó a «putos palurdos».

—Si esa es su opinión sobre la familia Floyd, ¿por qué se ha involucrado en sus asuntos?

—¿Preferiría usted que dejara sufrir a esa chica?

—Por supuesto que no. —Sabiendo que pisaba terreno resbaladizo, añadió—: Pero creo que la situación de esa chica le ha proporcionado la excusa perfecta para relacionarse con ellos. Es una oportunidad que no esperaba, pero la está aprovechando. Dígame si me acerco.

Él dobló los dedos enguantados contra el volante antes de volver a agarrarlo, pero no dijo nada.

—Ya se ha enfrentado antes con ellos.

—No.

—No le creo. Ha dicho...

—Mire, doc, puede seguir especulando hasta quedarse afónica, y seguiría equivocándose. Lo único que necesita saber es que le he dado a Lisa mi palabra de que volvería con ayuda. Yo cumplo mi palabra.

—A mí me dio su palabra de que me llevaría de vuelta, y aquí estoy.

—La llevaré de vuelta sana y salva. Pero esta noche no.

—No, esta noche está demasiado ocupado robando en una consulta médica y convirtiéndome en su cómplice.

—La he obligado a punta de pistola.

—No exactamente.

—Casi. En caso necesario, puede echarme toda la culpa.

—¿Cómo? Ni siquiera sé cómo se llama.

Él la miró de reojo.

—Empieza a pillarlo.

Hablaba con ironía, pero había mucho de cierto en sus palabras. Cuando Emory volviera a casa, ¿cómo iba a hablar de él? ¿Cómo iba a explicarlo todo? Todo lo que había ocurrido desde que había recobrado el conocimiento en aquella rústica cabaña parecía fuera de toda realidad.

Esa clase de aventuras no les ocurrían a personas como ella. En su amplio círculo de amistades, nadie se había visto jamás apartado de su mundo y su ordenada vida de un modo tan increíble. ¿Lo extraño se había vuelto normal? Eso parecía, porque la realidad se había vuelto surreal.

¿O quizás aquello no era la realidad? ¿De verdad había robado en una consulta médica? ¿Era

su cómplice un hombre que había admitido ocultarse de las autoridades? ¿Había comido de su mesa, había usado el jabón de su ducha, se había puesto su ropa y había estado peligrosamente cerca de hacer el amor con él?

¿O pronto se despertaría y se encontraría tumbada al lado de Jeff en su dormitorio perfectamente decorado y aclimatado, donde la temperatura permanecía constante todo el año, donde un día y una noche eran más o menos iguales a los de antes y los de después, donde jamás ocurría ningún cataclismo? ¿Le despertaría ella riendo y le diría: «No te imaginas el sueño tan increíble que he tenido»?

Pero le resultaba difícil imaginar esa escena. No lograba verla con nitidez. Había detalles inquietantemente borrosos, como la textura de sus sábanas favoritas, el color de las paredes del dormitorio, o el sonido de los suaves ronquidos de Jeff. Y, en cambio, el perfil del hombre que se sentaba a su lado resultaba sorprendentemente familiar.

No podía llamarlo por su nombre, pero podía describir la cicatriz en forma de medialuna que tenía sobre la ceja izquierda, las entradas plateadas, las líneas de expresión de su boca, las facetas siempre cambiantes de sus ojos. Eran algunos de los muchos rasgos de él que se le habían hecho familiares.

Su voz, que al principio le había parecido monocorde, podía ser muy expresiva si se aprendía a reconocer los matices. Sabía susurrar, cuando cualquiera habría creído que un hombre de su envergadura sería incapaz de bajar tanto la voz. Siempre doblaba el paño de la cocina después de usarlo. Cuando se sentaba en el sillón reclinable para leer, se acariciaba distraídamente las comisuras de la boca con el pulgar, y después de echar un leño a la chimenea, siempre se limpiaba las manos en los tejanos.

Esa noche la había convertido en una delincuente. Una semana atrás, Emory se habría quedado estupefacta ante semejante perspectiva. Pero al pensarlo ahora, se dio cuenta de que no le escandalizaba tanto como debería.

Cuando, al salir de una curva, Emory vio la cerca, la cancela y la cabaña, involuntariamente pensó: «Ya estamos en casa.»

Empezaba a aceptar aquella indignante situación, a sentirse cómoda con ella. Y eso debería haberla asustado más que cualquier otra cosa.

Él aminoró la velocidad.

—¿Tenemos que parar? ¿Necesita recoger alguna cosa?

—Creo que no.

Durante días, Emory había deseado huir de aquella cabaña. Ahora sintió cierta ansiedad cuando dejaron atrás la seguridad relativa que representaba.

—A pesar de mis objeciones, quiero que sepa que creo que es muy noble por su parte ayudar a esa joven —dijo—. Incluso admiro los extremos a los que ha llegado para poder ayudarla.

Él no respondió, ya que intuía que ella quería decir algo más.

—Pero no es mi especialidad y no dispongo del material adecuado. Y si su estado es tan grave como usted dice, a pesar de sus siniestros hermanos, a pesar de usted, haré lo que sea necesario para que vaya a un hospital.

—No querrá ir, doc. Ya se lo he dicho. Estuvo en Drakeland esta mañana. Podría haber ido a alguno de los centros médicos que hay allí, pero no lo hizo. Llamó a sus hermanos para que fueran a recogerla y la llevaran a casa. Iban de camino cuando estrellaron la camioneta.

—¿Los hermanos nos están esperando?

—He logrado que consintieran a regañadientes que les llevara un médico. Ha tenido que intervenir la madre.

—¿Hay una madre?

—Se llama Pauline. No le eche en cara los hijos que tiene. Es una pobre mujer consumida que da pena. Está muy preocupada por Lisa.

Emory vislumbró unas luces entre los árboles, carretera arriba.

—¿Es ahí?

—Ahí es.

—Entonces son vecinos cercanos.

—Ya he admitido que antes le mentí. Ahora, preste atención. Esto es muy importante. No puedo darles la espalda a esos tipos. Así que si le digo «fuera», usted sale, ¿entendido? Sin preguntar, sin discutir, sin vacilar. Limítese a hacer lo que yo diga cuando yo lo diga.

—¿Tan peligrosos son?

Él apretó la mandíbula y su feroz expresión resultó escalofriante.

—Son estúpidos y mala gente. Eso los hace peligrosos. —Se dio una palmada cerca de la cintura—. Llevo la pistola a mano.

—¿Se supone que eso ha de hacer que me sienta mejor?

—Lo que debería hacer que se sienta mejor es que no vacilaré en usarla —afirmó él categóricamente, y ella le creyó—. No pasará nada —añadió, como si percibiera el temor creciente de Emory—. Pero una cosa más. Ellos no saben que es usted mi... huésped. Será mejor que no sepan que se encuentra bajo mi techo.

—¿Mejor para quién?

Él frenó. La camioneta derrapó varios metros antes de detenerse en el centro de la carretera. Apoyó el brazo en el respaldo del asiento y se volvió hacia ella.

—Mejor para usted —explicó secamente—. No los utilice para intentar huir de mí.

—Bromeaba —dijo ella, bajando la voz.

—Esto no es ninguna broma. No les pida ayuda.

—No lo haré.

—Júrelo, doc.

—No lo haré, lo juro.

Él siguió mirándola con fijeza, luego levantó el pie del freno y reanudó la marcha. Medio kilómetro más adelante, viró para enfilar un sendero lleno de baches y basura de todas clases. Ni siquiera el efecto atenuador de la nieve lograba ocultar las feas cicatrices del abandono y el deterioro. Dentro de la casa se veían luces encendidas, pero no había nada en aquella propiedad que invitara a entrar.

Y el que menos el perro que salió disparado por la puerta principal y empezó a ladrar con fiereza. Parecía un guardián del infierno cuando se levantó sobre las patas traseras para apoyarse en la puerta del acompañante, rayando el metal con las garras. Solo el cristal de la ventanilla separaba a Emory de aquellas fauces que lanzaban dentelladas.

—Ah, se me había olvidado —dijo él—. También hay un perro puñetero.

Emory no había gritado, ni siquiera había ahogado una exclamación, pero estaba petrificada. Sin hacer caso del perro que se desgañitaba, él detuvo el coche, puso la marcha atrás y ejecutó un giro en tres maniobras para dejar el vehículo de cara.

Ella se volvió hacia él moviendo solo la cabeza, con una mirada inquisitiva.

—Mera precaución —dijo él—. Por si tenemos prisa en irnos.

Un penetrante silbido hizo que los ladridos se interrumpieran bruscamente. El hermano mayor había salido al porche. La amarillenta bombilla que brillaba bajo el alerón arrojaba profundas sombras sobre su rostro, resaltando su entrecejo fruncido.

—Ese es Norman.

Respondiendo a otro agudo silbido, el perro reculó unos pasos. Permaneció justo delante de la puerta de Emory, rígido y expectante, aguzando las orejas como si esperara la orden para saltarles a la yugular.

Él se inclinó hacia Emory y le dio un apretón en el muslo para tranquilizarla.

—¡Llame al maldito perro! —gritó por la ventanilla del acompañante.

Norman se protegió los ojos de la luz del porche.

—¿Quién demonios es esa? —preguntó al ver a Emory—. Se suponía que iba a traer a un médico.

—Es la doctora Smith.

Norman bajó los escalones del porche para acercarse tranquilamente a la camioneta. A través de la ventanilla manchada de babas caninas, miró a Emory de arriba abajo.

—¿Es médico?

—Sí.

—Qué pena no estar enfermo —repuso Norman, arrastrando las palabras y con una sonrisita maliciosa.

Emory tuvo la sangre fría de no dar un respingo ni mostrar miedo alguno. Pero al hablar, el desprecio que destilaba su voz hubiera podido cortar el hielo.

—Tengo entendido que no ha procurado atención médica a su hermana, de modo que he venido a verla. Pero me iré si no sujeta a esa bestia.

Divertido por la réplica, Norman le dedicó una de sus estúpidas sonrisas.

—Sí, señora, señora médico —dijo antes de volverse y agarrar al perro por el collar—. Túmbate —ordenó, dándole un puntapié que lo derribó sobre la nieve embarrada. El animal se incorporó inmediatamente y se quedó sentado, jadeante e inmóvil.

Emory volvió la cabeza para musitar:

—¿Está seguro de que lleva la pistola cargada?

—Siempre. —Y añadió—: Yo la protejo, doc. Puede contar con ello. Los mataría antes de que le pusieran la mano encima.

Sus rostros estaban muy cerca el uno del otro, de modo que él vio la perplejidad con que ella lo miraba. Después Emory adoptó una expresión resuelta. Se dio la vuelta para abrir la puerta y bajó.

—¿Dónde está Lisa?

Norman hizo una reverencia y movió el brazo en un amplio gesto en dirección a la casa.

—En el dormitorio de atrás.

El perro gruñó cuando pasaron junto a él en fila india. Subieron los escalones del porche y

entraron a la sala de estar. Él ya la había visto por la tarde al llevar a los hermanos a casa. No mejoraba de noche.

Todo estaba asquerosamente sucio, desde el techo mohoso hasta la alfombra llena de manchas. Parte del empapelado se había despegado, dejando a la vista el pladur. La lámpara tenía el pie doblado y un cono de papel de periódico como pantalla.

Will estaba tirado en el sofá viendo un combate de lucha libre en la televisión. Junto a él tenía la escopeta, apoyada en un cojín con el cañón hacia arriba. Al ver a Emory, enarcó las cejas.

—¡No me jodas! ¿Qué coño está pasando?

—Aquí el supervecino nos ha traído a una señora doctora —explicó su hermano—. ¿No es impresionante?

El mote que le había puesto Norman era irritante, pero no iba a decirles su nombre a los hermanos Floyd. Además, miraban a Emory como chacales hambrientos, lo que hizo que aumentara aún más su afán protector.

Haciendo caso omiso de aquella zafia pareja, agarró a Emory por el brazo y la condujo hasta el dormitorio donde se hallaba Lisa. La madre estaba en el umbral de la puerta, retorciendo el dobladillo del sucio delantal atado a su cintura.

Pauline Floyd era tan flaca que los omóplatos se le marcaban como tiradores de un cajón en su descolorido vestido. Tenía el pelo tan ralo que se le veía el cuero cabelludo bajo los encrespados y grises mechones de la coronilla. Su rostro delataba que había sufrido muchas penalidades y que aquella era una más.

—Pauline —dijo él—, esta es la doctora Smith. Doctora Smith, la señora Floyd.

Emory musitó unas palabras de saludo.

—¿Puede usted ayudar a mi chica? —preguntó Pauline con ansiedad—. Algo horrible le pasa. Dice que le duele la tripa y está sangrando.

Emory miró al interior de la habitación y en la cama vio el pequeño bulto que yacía inmóvil bajo una colcha raída.

—Espero ayudarla. ¿Dónde puedo lavarme las manos?

La mujer ladeó la cabeza con aire perplejo.

—En el cuarto de baño, supongo —dijo, señalando con el pulgar.

Emory siguió la dirección indicada. La mujer la observó hasta que desapareció por una puerta, luego se volvió hacia su vecino.

—¿Cuánto tiempo hace que vive carretera abajo?

—Una temporada.

—¿Solo?

—Sí, señora.

Ella lanzó una mirada hacia el cuarto de baño.

—¿Es médica de verdad?

—Es una excelente doctora.

—No sé de ninguna doctora por aquí cerca. ¿De dónde la ha sacado?

—De la ciudad —dijo él, esperando que no le pidiera más explicaciones.

Emory salió del cuarto de baño con el semblante pálido pero aire resuelto. Pasó junto a ellos y entró en el dormitorio. Ellos la siguieron hasta la cama. Lisa yacía de costado con las rodillas

dobladas hacia el pecho.

Emory sacó unos guantes de látex de la bolsa que llevaba consigo, se los puso y luego tocó el hombro de la chica.

—¿Lisa? Soy la doctora Char... Smith. —Aplicó una presión suave pero insistente hasta que la chica se dio la vuelta.

Era muy guapa, con unos ojos tan negros que los iris casi no se distinguían de las pupilas. Sonrió tímidamente al verlo a él detrás de Emory.

—¿Ha vuelto?

—Te lo prometí. Te he traído a la doctora.

Ella desvió la mirada hacia Emory.

—Me duele.

Emory le dio unas palmaditas en la delgada mano.

—Espero aliviarte enseguida, pero primero tendré que examinarte. ¿De acuerdo?

Lisa miró a su madre de reojo y asintió con aire vacilante.

Emory se irguió.

—Necesitamos un poco de intimidad.

—Estaré fuera, junto a la puerta —dijo él, pero cuando hizo un gesto a Pauline para que saliera primero, ella protestó.

—Es mi hija. Ya lo he visto todo.

—La doctora Smith nos avisará en cuanto haya completado su examen. ¿Verdad, doctora?

—Por supuesto —replicó Emory, y con gesto mudo le transmitió la urgencia de la situación. Él cogió a Pauline por el brazo y, sin darle otra opción, la empujó hacia la puerta. Cuando miró hacia atrás, Emory se inclinaba sobre la cama y hablaba a su paciente en voz baja.

Él cerró la puerta y se colocó de espaldas. Pauline le dijo que estaría en la cocina y se encaminó en esa dirección. Caminaba con el aire asustadizo de un ratón, manteniéndose pegada a la pared, como si temiera ser vista y despertar al gato. Desapareció por una puerta abierta.

Will no se había movido de su sitio en el sofá. En el televisor, dos luchadoras se arrojaban la una a la otra contra las cuerdas, pero había bajado el volumen. Norman estaba sentado en una silla tapizada que en otro tiempo hacía juego con el sofá, pero ahora los rasgones en la tela se habían cubierto descuidadamente con cinta americana.

Fijaron en él toda su atención.

—Siéntese —dijo Norman—, y relájese.

—Prefiero quedarme de pie, gracias.

—¿Y cómo se llama, por cierto?

—¿Qué más le da?

La actitud de Norman cambió.

—Me da porque se está metiendo en nuestros asuntos, por eso.

—Me he limitado a traer un médico para la chica enferma.

—Y una mierda enferma. —Will se incorporó, agarró una lata de cerveza de la desvencijada mesa de centro, llena de marcas, y echó un trago—. Debería habérselo pensado mejor antes de dejar que la preñaran.

Antes, cuando él había visto a la chica en la camioneta accidentada, había reparado en que Lisa estaba muy dolorida, pero al preguntarle por la causa, ella no le había respondido con

sinceridad.

Viendo que sus hermanos se mostraban indiferentes, él había aceptado llevarlos a casa. Había ayudado a Lisa a entrar y, tras explicarle brevemente a Pauline por qué se encontraba él allí, la había ayudado a llevar a su hija hasta la cama.

Al notar la reticencia de la chica a hablar de su problema delante de sus familiares, él había enviado a Pauline por un vaso de agua para su hija. Solo entonces ella le había confiado que había sufrido un aborto. Avergonzada, le había rogado que no se lo contara a su madre.

—No deberías pasar por esto tú sola. ¿Se lo has contado a alguien?

—A mis tíos. Vivo con ellos en Drakeland... o vivía con ellos. Me echaron de casa cuando les dije lo que me ocurría. Tuve que contárselo a mis hermanos para que fueran a buscarme. Pero no quiero que lo sepa mi madre.

Después se había echado a llorar con tanto desconsuelo que él le había dado su palabra de no contárselo a la madre, pero también la había convencido de la necesidad de que la viera un médico, si tanto dolor sentía. Podía llevarla él, o podían llamar a Emergencias.

—Los sanitarios serán discretos. Es su obligación profesional.

Ella no quiso ni oír hablar de eso. Entonces él se ofreció a ir en busca de ayuda médica. Consciente de lo que había sufrido y seguía sufriendo la pobre y asustada chica, tanto física como emocionalmente, el comentario de Will sobre cómo la habían dejado preñada le enfureció. No obstante, reprimió el impulso de darle su merecido al menor de los Floyd.

—¿Qué edad tiene Lisa? —preguntó.

Will se encogió de hombros y miró a Norman.

—¿Qué edad tiene? ¿Catorce?

—Quince.

Will se volvió de nuevo hacia él.

—Quince.

—Parece estar muy unida a su madre.

—Ya sabe cómo son las mujeres —bufó Norman—. Hacen piña.

—Entonces, ¿por qué vive Lisa con unos parientes en Drakeland?

—No es asunto suyo, joder —replicó Will.

Norman respondió con mayor educación:

—Hay mejores escuelas ahí abajo.

—¿Lisa va al instituto?

—Claro —dijo Norman—. ¿Qué se cree, que es retrasada o algo así?

—Solo me preguntaba si el padre del bebé que ha perdido es tan joven como ella.

—Lisa trabaja en un Subway los fines de semana —explicó Will—. Quién sabe con cuántos habrá follado. —Echó otro ruidoso trago de cerveza, mirándolo por encima del borde de la lata como esperando que se enfureciera.

Y él se enfureció, pero mantuvo una expresión impávida y dirigió su siguiente pregunta a Norman.

—¿Han vivido siempre aquí?

—Sí. Bueno, estuvimos fuera hace unos años. Este y yo nos enteramos de un trabajo en Virginia. Pasamos allí una temporada.

—¿Qué tal fue?

Norman se rascó la axila.

—No muy bien. Nada más llegar, la economía se fue a la mierda. Nos dieron la patada a los dos.

—Es una lástima.

—Qué va. La vieja nos quería aquí, y además Virginia no mola tanto como se dice.

—¿Qué trabajo tenían allí?

Norman entornó los ojos.

—¿Y qué más le da? A ver, ¿a qué vienen tantas preguntas sobre nuestra familia?

—Solo mantenemos una conversación amistosa.

—Bueno, pues hable de otra cosa.

—Lo que necesitamos es cambiar de tema —dijo Will. Hizo chasquear los dedos—. Ya sé. Hablemos de usted.

El brillo salvaje que iluminaba los ojos del joven Floyd lo puso en guardia, pero mantuvo un tono neutro.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Cómo es que vive tan aislado?

—Me gusta la intimidad.

—Le gusta la intimidad —repitió Will, como si meditara la respuesta—. ¿Es maricón?

Norman soltó una risita. Will guiñó un ojo a su hermano felicitándose por su ingenio.

Él les dejó divertirse antes de replicar.

—No, Will, soy hetero. Siento decepcionarte.

Will tardó unos segundos en comprender la indirecta. Cuando por fin la captó, saltó del sofá como un resorte y se abalanzó contra él. Norman adelantó el pie, calzado con bota, colocándolo en la trayectoria de su hermano. Will tropezó con él y cayó de morros sobre la sucia alfombra. Se levantó soltando palabrotas. Norman lo sujetó.

—Tranquilízate, Will. Te está pinchando. Y, además, te lo has buscado.

Will continuó soltando una sarta de improperios y trató de zafarse de su hermano mayor, más juicioso. Pauline acudió para ver a qué venía tanto alboroto, pero después de ver lo que debía de resultarle una escena normal, volvió a la cocina sin ser vista.

Mientras Norman seguía tratando de disuadir a Will de arrancarle la puta cabeza al vecino, se abrió la puerta a su espalda. Emory los miró.

—Tenemos que hablar —le dijo con tono apremiante.

Sin apartar la mirada de los hermanos Floyd, él reculó hacia el interior del dormitorio y cerró, luego acercó una silla y atrancó la puerta colocándola bajo el pomo. No necesitó preguntar por Lisa. El gesto de Emory lo decía todo.

—Esto no es un aborto —dijo ella.

Él miró hacia la cama, donde la chica yacía llorando en silencio. Emory se había quitado los guantes quirúrgicos y los sostenía vueltos del revés, pero se veían manchas oscuras en los dedos.

—¿Qué le pasa?

—Está de parto.

15

Jeff miró la pantalla del móvil y sopesó no responder. No era buena idea hablar con Alice directamente. Claro que todo el mundo sabía que era una amiga de Emory y él. Era natural que se preocupara y le llamara para interesarse y ofrecerle su apoyo.

Respondió.

—Hola.

—Jeff, ¿qué diablos está pasando?

—Emory ha desaparecido.

—Dime algo que no sepa. Ya se ha extendido por las redes sociales.

—Mierda. ¿Han sido los de la clínica?

—La clínica no ha emitido ningún comunicado, pero algunos miembros del personal lo han estado comentando. También algunos amigos de Emory, que dicen que ayer empezaste a llamarlos preguntando por ella.

Jeff soltó un juramento por lo bajo.

—Sabía que tarde o temprano se produciría algo así en las redes sociales, pero esperaba disponer de más tiempo antes de la primera oleada.

—Estoy muerta de preocupación. Cuéntame.

Jeff le explicó la situación con detalle sin que ella le interrumpiera, salvo por alguna exclamación espontánea de consternación y empatía.

—Mañana a primera hora —dijo finalmente— voy a subir a la montaña con Knight y Grange hasta el lugar donde han encontrado el coche.

—Todo esto es increíble.

—Lo sé. Es como si la hubieran abducido unos extraterrestres, y eso sería lo menos horrible que puedo imaginar. Las alternativas son espantosas...

—No. No te castigues así. Podrías volverte loco poniéndote a especular.

—No me falta mucho. Para volverme loco, quiero decir. Los dos ayudantes me han instado a ser optimista, pero hay que ser realistas, Alice. Ha pasado mucho tiempo desde que la vieron o se supo de ella por última vez. Por muy furiosa que estuviera cuando se fue, si pudiera ponerse en contacto conmigo ya lo habría hecho. Esto no pinta nada bien.

—Me temo que tienes razón. —Alice era una mujer demasiado práctica para mentirle a él o a sí misma.

—Mañana saldrá en la tele —dijo Jeff—. Seguramente en las primeras noticias de la mañana. Hoy en día los periodistas obtienen la mayoría de noticias en las redes sociales. En cuanto la oficina del sheriff confirme que se la da por desaparecida oficialmente, los reporteros y cámaras se presentarán aquí en manada.

—Emory es una figura conocida, con un perfil público relevante.

Alice lo dijo sin celos ni rencor. Precisamente una de las cosas que Jeff más apreciaba en ella

era que, aun siendo consciente del talento y los muchos logros de Emory, no se sentía amenazada ni se lo echaba en cara. Emory tenía un carácter muy competitivo, al contrario que Alice, que no se parecía en nada a ella, ni le importaba palidecer en comparación con el brillo estelar de la mujer de Jeff.

Por eso precisamente estaba con Alice.

—Knight me ha dicho que me prepare, teniendo en cuenta la notoriedad de Emory. Me ha advertido que esta podría ser mi última noche de tranquilidad hasta que la encuentren. En cuanto se haga pública la noticia, seguramente me asediarán los medios.

»Knight opina que eso no sería tan malo —prosiguió—. Dice que suele ser una buena idea que algún miembro de la familia haga un llamamiento público ante las cámaras, que pida ayuda o información. Ya los has visto otras veces en televisión, padres llorosos, cónyuges desconsolados, suplicando el regreso sano y salvo de un ser querido. Nunca creí que fuera a convertirme en uno de esos pobres desgraciados.

—¿Te ves capaz de hacerlo?

—No será fácil, pero haré todo lo que me pidan.

—Pareces agotado.

—Han sido veinticuatro horas de mierda.

—¿Qué te impulsó a ir hasta allí ayer?

«Dejar mi cama para irte allí.» Alice no había dicho eso, pero estaba implícito.

—Como tú no dejabas de decirme, no era propio de Emory estar tanto tiempo sin llamar, al menos por educación. Seguía sin creer que hubiera ocurrido nada grave. Creía más bien que me estaba castigando por la pelea.

»Me vine aquí esperando encontrarla enfurruñada en la habitación del motel. Pensaba reconciliarme con ella, o al menos pedir una tregua hasta que volviéramos a casa y arregláramos las cosas. ¿Quién coño podría haber adivinado que pasaría esto?

Alice emitió unos sonidos apaciguadores. Él la imaginó abrazándolo contra sus suaves pechos, pasándole los dedos por el pelo y acariciándole la mejilla. Jeff nunca había necesitado arrumacos, ni los había disfrutado especialmente, pero eran esenciales para Alice, cuyo cuerpo de exuberantes proporciones parecía exigir que aprovechara bien todo aquello que ofrecía.

—Ojalá estuviera contigo —dijo ella, como si siguiera el hilo de sus pensamientos.

—No estaría bien.

—Lo sé. Pero no por eso voy a dejar de desearlo. ¿Dónde estás ahora?

—En un motel cochambroso. Ni siquiera sé cómo se llama.

Alice sugirió que buscara un alojamiento mejor. Mientras él le explicaba cómo había acabado en aquel motel, se acercó a la ventana y miró entre las horteras cortinas, casi esperando ver a Grange y Knight sentados en su todoterreno de ventanillas tintadas, vigilando su habitación con prismáticos de visión nocturna.

—Alojarme aquí y pagarme los gastos es su sutil manera de decirme que no soy libre para ir y venir, como si quisieran mantenerme vigilado.

—Pero es normal, ¿no? Es lógico que se preocupen por ti, por tu estado de ánimo. Y si se produjera alguna novedad repentina, necesitan saber dónde encontrarte enseguida.

—Tal vez.

—¿Jeff? ¿Qué pasa?

Alice se había percatado de su enojo y Jeff agradeció la oportunidad para desahogarse.

—Es casi como si pensaran que tengo algo que ver con la desaparición de Emory.

—¡Es imposible que piensen eso!

—Ya lo creo que sí. ¿No dicen que siempre es el marido? —No dijo «el marido infiel», pero Alice era lo bastante lista para inferir el adjetivo.

—¿Les has contado lo nuestro? —preguntó en voz baja.

—Dios, no. Joder, no. He reconocido que Emory y yo nos peleamos el jueves por la noche, pero... no sé. Quizá sean paranoias mías, pero me ha parecido que le daban más importancia de la que en realidad tiene. Knight incluso tuvo el descaro de preguntarme si habíamos llegado a la violencia física.

—Es su trabajo. Sospechan de cualquiera.

—Grange desde luego que sí. Cuando he mencionado que había traído equipaje desde Atlanta, me ha preguntado si contaba ya con tener que quedarme un tiempo.

—¿No les has explicado lo exigente y tiquismiquis que eres con tu vestimenta?

Jeff se lo tomó como una pregunta retórica.

—Y también representaban el numerito del poli bueno y el poli malo. De tan evidente parece de broma.

—Pero nada de esto es broma, Jeff. Tu mujer, mi amiga, ha desaparecido.

—Sí, lo sé. Ha desaparecido porque se fue a un sitio al que ni ella, ni ninguna mujer, debería haber ido sola. Debería haberme callado. Al intentar disuadirla de venirse aquí a correr, solo conseguí que aún se pusiera más cabezota. Ya sabes cómo es. Ahora todos sufrimos las consecuencias de sus malas decisiones.

—Jeff —lo reprendió ella con dulzura.

—Lo siento. Eso ha sonado mal. Estoy desquiciado.

Alice guardó silencio antes de comentar:

—Esos dos ayudantes te han dicho que no había indicios de que la hubieran abordado.

—Al menos no en el sitio donde aparcó el coche.

—Lo que no descarta la posibilidad de que le haya ocurrido algo horrible mientras corría, que la hayan atacado o que haya sufrido un accidente.

—Eso es lo que no dejo de decirles, pero... —Vaciló, dándole vueltas a si debía sacarlo a colación o no—. Han planteado otra explicación para su desaparición.

—¿Cuál?

—Es absurdo, pero sugieren que Emory vino aquí a encontrarse con alguien, con un hombre, que esto es una escapada con un supuesto amante. Knight me ha preguntado directamente si me es fiel.

—¿Tienes motivos para sospecharlo?

No era la reacción que esperaba Jeff, y provocó una risotada.

—Por Dios, Alice. ¿Tú también? ¿Si yo puedo hacerlo, ella también puede?

Al parecer eso era precisamente lo que estaba pensando Alice. El prolongado silencio al otro lado de la línea resultó más que revelador.

—Conociendo a Emory... —dijo ella finalmente.

—Es imposible.

—Iba a decir que parece altamente improbable.

—Si hay algo que le interese más que yo, son sus malditas maratones, no otro hombre. Para ella correr es igual de orgásmico que follar. Más aún, si vamos a eso.

—No quiero saberlo. Te lo dije desde el principio, Jeff. Podemos hablar de cualquier cosa, no hay temas tabú, salvo tu vida íntima con Emory.

—Alice...

—No quiero que me cuentes lo maravillosa o pésima o mediocre que es vuestra vida sexual. No quiero saber nada en absoluto.

—¡Vale! ¡Ya te he oído! —¡Joder! ¿No había nadie que estuviera de su parte?, se preguntó Jeff.

—Lo siento —dijo ella, súbitamente contrita—. Lo último que necesitas es que yo te eche la bronca.

—Mira —repuso él con brusquedad—. Tengo que colgar.

—Jeff.

—No deberías haber llamado. Me alegro de que lo hayas hecho, pero hemos hablado demasiado rato. Si alguien comprobara mis llamadas, tendría que dar explicaciones. Ya te llamaré cuando pueda. Adiós.

—Jeff, espera.

—¿Qué?

—¿Has pensado en...?

—Suéltalo ya, Alice. ¿Qué?

—Quizá debería haber un abogado presente cuando hables con ellos.

De nuevo Alice le soltaba un comentario que no esperaba de ella.

—Lo que me faltaba. Un abogado diciéndome que no conteste a sus preguntas. No resultaría sospechoso ni nada.

—Solo creo que sería prudente...

—No; sería una estupidez. Porque si a esos dos ayudantes del sheriff se les ha metido en su cabeza de chorlito que soy culpable, contratar a un abogado sería una confirmación para ellos. No, Alice. Nada de abogado.

—Solo intento ayudar.

—Y te lo agradezco. Pero esto tengo que llevarlo a mi manera.

—Lo entiendo. Pero no me excluyas, por favor. ¿Qué puedo hacer?

Jeff sopesó la pregunta antes de responder fríamente:

—Puedes dejar de llamarme.

—¿De parto? Ella me ha dicho que había perdido al bebé.

Hablaba en un susurro, pero su alarma era evidente.

—Lo perdió —confirmó Emory en voz baja. Respiró hondo y organizó sus ideas para explicarse—. Lisa calcula que se quedó embarazada hace cuatro meses y medio. Pero hace dos semanas sufrió un aborto. Como estaba al menos de dieciséis semanas, debería haber ido al médico. Le habrían recetado medicamentos para provocar y acelerar la eliminación de los restos. El cuerpo puede necesitar varias semanas para deshacerse de todo. A menudo, cuando el embarazo está tan avanzado como estaba el de Lisa, se realiza un raspado uterino. Su cuerpo

intenta expulsar un feto de dieciséis semanas por sí solo, y las contracciones son tan fuertes que en esencia es como estar de parto.

—Joder. —Él miró alrededor del dormitorio antes de volverse hacia ella—. ¿Está segura de que ya no hay un bebé?

—Lo estoy —respondió ella, conmovida por su preocupación—. Ha sangrado profusamente, tanto hoy como hace dos semanas. Y el tamaño de su útero no es tan grande como debería ser si estuviera todavía a mitad del embarazo. —Emory miró hacia la cama. Lisa había dejado de llorar, pero tenía un brazo sobre la frente—. Dice que se alegra de que haya muerto.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—¿La hemorragia de hoy? La ha despertado esta mañana y era tan intensa, igual que los dolores, que no ha tenido más remedio que decírselo a sus tíos.

—Que son la bondad personificada, por lo que he oído.

—¿Le ha contado que la echaron a patadas?

Él asintió.

—Dejándola sin más opción que la de llamar a los cretinos de sus hermanos y pedirles que fueran a buscarla.

—¿Cuánto tiempo tardará en... eh... salir?

—No lo sé. Podría utilizar los instrumentos que he traído para raspar el útero, pero no lo veo claro. En primer lugar, porque no es mi especialidad. Y en segundo lugar, en estas condiciones de higiene tan lamentables, el riesgo de infección sería demasiado alto.

Él reflexionó unos instantes.

—De acuerdo. Abríguela. Nos la llevamos al hospital.

—Espere. —Emory posó una mano en su brazo—. También tengo que considerar la estabilidad emocional de la chica. Ella insiste en que nadie más se entere de lo del bebé. Cuando le he sugerido llevarla a ella y su madre al centro médico más cercano, ha amenazado con matarse.

—Está histérica.

—Está perfectamente lúcida. ¿Quiere arriesgarse a que cumpla su amenaza?

Él soltó un juramento y luego exhaló un largo suspiro.

—¿Qué sugiere, doc?

Ella miró su reloj.

—Sugiero que dejemos que la naturaleza siga su curso. Son casi las dos. La carretera será menos peligrosa a la luz del día. Reevaluemos la situación al amanecer. Quizá mientras tanto consiga calmarla para que acepte la situación y le diga a su madre la verdad de lo que está pasando.

Él se acercó a Emory y bajó la voz para que Lisa no pudiera oírle.

—Vamos, doc, ¿no cree que Pauline ya lo sabe? Es vulgar e inculta, pero no es estúpida.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Seguramente lo sabe. Y es muy probable que Lisa sepa que lo sabe. Pero ahora mismo la negación es lo único que le sirve para sobrellevarlo.

Él miró hacia la cama con la frente fruncida por la inquietud.

—No está en peligro de muerte, ¿verdad?

—Créame, si pensara que la situación lo requiere, yo misma la abrigaría y la llevaría a la

camioneta. Pero no es tan urgente. Tiene la presión un poco alta, pero seguramente es por la angustia. La hemorragia es la normal en estos casos. Le estoy vigilando la temperatura. Está asustada y le duele, pero su cuerpo responde tal como cabe esperar. En los países tercermundistas las mujeres sobrellevan esta situación sin medicinas ni procedimientos quirúrgicos, y sobreviven.

Él paseó la mirada por el dormitorio.

—Esto es tercermundista.

—Le he dado antibióticos como precaución.

—¿Le importa si hablo con ella? —preguntó él, señalando la cama con la cabeza.

—No. Ella lo ve como un héroe. Dice que es la persona más amable que ha conocido en su vida.

—No me conoce.

—Eso es lo que le he dicho. —Emory sonrió—. Adelante. Le concederé un momento.

—No abra esa puerta.

Ella lo miró y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—No tengo la menor intención de hacerlo.

Él se acercó a la cama e hincó una rodilla en el suelo para quedar a la altura de Lisa. Emory no oyó lo que le decía, pero la chica le escuchaba con arrobo.

Vencida por la fatiga, se apoyó en la pared cochambrosa y cerró los ojos. Le dolía la cabeza, pero atribuía ese dolor sordo al cansancio más que a la conmoción. Notaba una gran tensión entre los omóplatos. ¿Acaso era extraño teniendo en cuenta los sucesos de aquella noche?

No hacía mucho, en un lapso de tiempo que podía contarse en horas más que en días, Emory creía que despertarse en la cama de un desconocido, sin saber dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí, era lo más extraño que le había ocurrido en su vida. Qué equivocada estaba.

—¿Cómo se encuentra?

Emory abrió los ojos ante la familiar aspereza del susurro, y se sintió momentáneamente desorientada.

—Dios mío, me he quedado traspuesta aquí de pie. No me había pasado desde que estudiaba en la facultad.

—¿Cansada?

—Exhausta.

—La vida delictiva es lo que tiene.

Ella rio suavemente.

—Cometer un delito para salvar a un paciente. Siempre hay una primera vez para todo. —Y añadió—: Ahora entiendo mejor la zona gris de su moral.

—Gris oscuro —dijo él, y ella sonrió—. ¿Tiene hambre?

—Sí, pero no comería nada hecho en esta casa.

—¿Un poco de agua?

—Si primero lava el vaso y usted es el único que lo toca.

—No se lo daría, si no. —Apartó la silla que sujetaba el pomo de la puerta e iba a abrirla, cuando Emory lo detuvo con una pregunta.

—Los hermanos estaban peleándose cuando he salido a buscarle. ¿De qué iba eso?

—De mí.

—¿Usted?

—Will me ha preguntado si era maricón.

—Qué grosero. ¿Y qué le ha contestado?

Él la observó un momento, luego apartó la mano del pomo para pasarla por debajo de sus cabellos y rodearle la nuca, y la atrajo hacia sí para recibir su beso, un beso explorador, evocador, atrevido, que empezó lentamente pero pronto adquirió una premura apenas contenida.

La besó con ardor, como si aquel beso fuera a ser la última cosa que hiciera en la tierra, y quisiera hacerlo bien, a conciencia, sin dejarlo a medias.

Pero ella se quedó con la miel en los labios, y él, a juzgar por la forma en que subía y bajaba su pecho y el deseo que ardía en su mirada cuando apartó la cabeza, se quedó igual.

—Le he dicho que no —contestó con voz ronca.

La crisis se produjo poco después de las cuatro. Apretándose el bajo vientre, Lisa soltó un chillido.

—Sé que duele. —Emory nunca había pasado de experimentar un leve dolor menstrual. Nunca había concebido ni abortado y, de haberlo hecho, habría obtenido los mejores cuidados médicos. El sufrimiento evidente de la chica afectó a su objetividad profesional.

Tras el segundo grito de la muchacha, la puerta del dormitorio se abrió de par en par y Pauline irrumpió en la habitación.

—El señor como-se-llame no quería dejarme entrar, pero tendría que atarme a un poste para impedírmelo.

Él, que había estado montando guardia al otro lado de la puerta, miró a Emory con desazón y se justificó:

—No vacilaría en atar a Norman o a Will, pero con la señora no puedo. Estaré justo aquí. —Volvió a salir y cerró la puerta.

Cuando Lisa vio a su madre, adoptó una expresión de alivio, como si la hubieran dispensado de tomar una decisión difícil.

—¿Mamá? —Le tendió la mano.

Pauline la tomó y se sentó en el borde de la cama.

—Yo fui la mayor —dijo, alzando la mirada hacia Emory—, y todos mis hermanos nacieron en casa. No me da apuro. Puedo frotarle el vientre.

Veinte minutos más tarde, Emory dejó a madre e hija a solas. Pauline arrullaba a la chica. Su mano callosa y de uñas descuidadas era asombrosamente suave al apartarle a Lisa el pelo de la frente.

Él estaba allí, tal como había dicho, haciendo guardia. Los hermanos dormían. Will roncaba en el sofá. Norman estaba en el sillón con la cabeza ladeada; del labio inferior le colgaba un hilo de baba.

Emory llevaba la bolsa de plástico, cerrada con un fuerte nudo.

—Hay que deshacerse de esto. Sugiero quemarlo.

Él se hizo cargo de la bolsa sin mostrar la menor aprensión.

—¿Cómo está Lisa?

—Mucho mejor. Casi las he convencido de que debería ir a que le hagan un examen médico.

En todo caso, creo que está bien. Me gustaría quedarme con ella un poco más, solo para estar segura.

Él asintió y se alejó para encargarse de la bolsa.

Poco después, Emory y Pauline lavaron a Lisa con una esponja y cambiaron la ropa de la cama. Las nuevas sábanas eran muy viejas, pero estaban limpias. Pauline se llevó las sucias y le dijo a Emory que iba a hacer café.

Emory tomó la presión a Lisa, pero antes incluso de haberle quitado el manguito, la joven se había dormido profundamente.

Arqueó la espalda para aliviar la rigidez muscular y se dirigió a la ventana para mirar al exterior. Pensó que la engañaban los ojos. El sol aún no había salido del todo, pero había luz suficiente para que ella distinguiera una figura corpulenta arrodillada junto al perro, acariciándole la cabeza y hablándole serenamente. El perro respondía a lo que seguramente era el primer contacto amable que había conocido. Comió de su mano y luego le lamió la palma con gratitud.

—¿Es su novio?

Emory se volvió hacia la cama y se sorprendió al ver a Lisa despierta y observándola.

—No. Acabamos de conocernos.

—¿Cómo se llama?

—Es un hombre muy reservado.

—Usted tampoco lo sabe, ¿verdad? —dijo Lisa, tras mirarla atentamente.

—No —respondió Emory, dedicando a la intuitiva joven una sonrisa pesarosa.

—A veces lo veo trabajando delante de su cabaña cuando pasamos por delante. Siempre me ha asustado.

—¿Por qué?

—Es muy grande.

—Lo es.

—Y tiene esa expresión tan siniestra. Nunca le había visto sonreír hasta anoche.

—No suele hacerlo.

—Pero a mí me sonríe. Y a mamá. Y a usted.

Lisa demostraba una gran intuición femenina, y Emory pensó que tal vez había visto aquel beso, el beso que a ella le provocaba mariposas en el estómago cada vez que pensaba en él. El beso que había resultado tranquilizador y electrizante a la vez. Jamás se había sentido más segura, ni más amenazada.

Eran emociones contradictorias, aunque de una cosa estaba segura: no deseaba que acabara. A pesar de la situación y del sórdido entorno, había deseado seguir saboreando sus labios, la audaz penetración de su lengua.

Lisa la sacó de su ensoñación.

—Una vez, cuando mis hermanos vaciaron un cubo de basura justo delante de su puerta, les dije que estaban locos provocándole de esa manera.

—Creo que tienes razón. —Emory vaciló. No quería poner a Lisa en una situación comprometida, pero se sentía obligada a preguntarlo—: ¿Sabes si se habían encontrado antes?

—¿Antes de qué?

—Antes de que él se convirtiera en vuestro vecino.

—No. Estoy segura. He oído a Will y Norman hablando de él, preguntándose quién sería y en qué andaría metido. Mamá cree que es un fugitivo de la ley.

—También dijo que quizás abandonó a su mujer y a sus hijos y ahora se esconde de ellos, ¿no? —respondió Emory. «No hay ninguna esposa. Nunca la ha habido.»

—Sí, pero yo no creo que sea eso. Antes creería que es un fugitivo que un hombre que ha abandonado a su familia.

Emory la miró.

—¿Por qué crees eso?

—No parece un tío de esa clase. Pero algo hay. Es invisible, pero se nota que va siempre con él.

Emory convino con ella mentalmente.

—Si tuviera que adivinar —prosiguió Lisa—, yo diría que tiene una vena despiadada. La mantiene bajo control, pero si algún día deja que se le escape, tenga cuidado. —Sin darse cuenta de lo alarmantes que resultaban sus comentarios para Emory, Lisa prosiguió—: Pero ha sido superamable conmigo desde que vino a la camioneta y vio lo mal que estaba. Me ha tratado muy bien, y no como si esperara recibir algo a cambio. Ya sabe a lo que me refiero.

Emory asintió con la cabeza.

Lisa tironeó del borde raído de la sábana.

—No creo que sea de la clase de hombre que se enredaría conmigo. Que se aprovecharía de una mujer. ¿Entiende?

—No, no es de esa clase de hombre. —Emory había pasado tres días con él y no se había aprovechado, ni siquiera cuando ella se había arrojado en sus brazos. «Casi lo consigue, doc.»

—¿Qué piensa usted de él, doctora?

Emory se volvió hacia la ventana y lo observó rascando las orejas al perro. Luego le quitó la cadena enganchada al collar. El chucho le acarició la mano con el hocico y luego le siguió de buena gana cuando él se encaminó de vuelta a la casa.

—Sinceramente, Lisa, no sé qué pensar de él.

16

—¿Va bien caldeado ahí atrás? —Sam Knight miró a Jeff por el espejo retrovisor.

En el asiento trasero del todoterreno, con sus distintivos oficiales en las puertas y las luces en el techo, se sentía como un animal enjaulado en el desfile de un circo, formando parte de un patético espectáculo de feria.

—Estoy bien, gracias.

—Sigue haciendo un frío que pela esta mañana, pero al menos ha dejado de nevar. Avíseme si necesita que suba la calefacción.

—Gracias.

—Ahí está Buddy.

Knight detuvo el vehículo delante de una panadería, donde aguardaba Grange. Sostenía una caja plana y una bolsa de papel blanco con las manos enguantadas, y daba pataditas en el suelo para mantener los pies calientes. En cuanto el todoterreno se detuvo del todo, subió al asiento del copiloto.

—¡Dios, qué frío!

—Gracias por ofrecerte a comprarnos el desayuno —dijo Knight—. El café huele bien. Pásale una taza a Jeff. ¿De qué clase son los dónuts?

—Variados.

Knight volvió a la carretera, pero se quedó en el carril exterior y condujo con precaución. Tanta que a Jeff lo sacaba de quicio.

Grange repartió el café y pasó la caja de dónuts. Tras darle un bocado al suyo, Knight se dirigió a Jeff mirándolo por el retrovisor.

—La doctora James nos ha llamado esta mañana.

—La doctora Butler —lo corrigió Grange, mascullando mientras masticaba.

—¿Qué? —dijo Knight, volviéndose hacia su compañero.

—La doctora Butler. El hombre es el doctor James.

—Ah, vale. Siempre confundo los nombres. El caso, Jeff, es que ha llamado.

—A mí también.

—¿Ah, sí?

Jeff asintió y sopló sobre su café.

—Para decirme que la clínica ofrece una recompensa a cambio de información.

—¡Y menuda recompensa! —exclamó Knight—. Veinticinco de los grandes.

—Me siento abrumado por su generosidad. Pensar que los socios de Emory hagan algo así por ella y por mí.

—Dice mucho de ustedes dos.

—Emory es muy apreciada entre sus colegas.

—He leído que fue a Haití después del huracán —dijo Knight—, y que ha estado allí varias

veces de voluntaria durante semanas.

—Tres veces, y piensa volver en cuanto pueda hacerse un hueco.

Grange se limpió el glaseado de los dedos con una servilleta.

—¿Qué hace con su consulta cuando se va tanto tiempo? —preguntó.

—Se hacen cargo otros pediatras, y lo hacen con mucho gusto porque ella nunca olvida un favor y siempre lo devuelve.

—Parece que es una buena persona —comentó Knight, metiendo la mano en la caja en busca de otro dónut—. Tiene espíritu humanitario.

—Sí, y esa es una de las razones por las que la quiero. No obstante —dijo Jeff, envolviendo en una servilleta el dónut a medio comer y volviendo a tapar la taza de café—, me está contando cosas sobre mi mujer que ya sé. ¿Cuándo va a decirme algo que yo no sepa? Por ejemplo, por qué no la encuentran y qué se está haciendo para conseguirlo.

—Estamos en ello.

—Eso dicen. Docenas de veces. Pero a mí no me lo parece.

—No ha habido ninguna novedad durante la noche. Esperamos tener más suerte hoy.

—¿Dependen de la suerte? Joder.

Jeff apartó la vista del retrovisor, prefiriendo mirar por la ventanilla en lugar de ver los ojos afligidos de Knight. Habían abandonado la vía principal y se encontraban ahora en una carretera de dos direcciones con solo dos carriles y algún que otro carril de adelantamiento. Era una carretera sinuosa y las curvas eran tan frecuentes que Jeff empezaba a marearse en el asiento de atrás.

—No se desanime —dijo Grange—. Estamos investigando otras posibilidades.

—Eso ya lo mencionó anoche. Pero no llegó a concretar cuáles.

—Bueno, para empezar está el dinero.

Jeff volvió la cabeza bruscamente hacia Grange, que lo observaba por encima del respaldo de su asiento.

—El dinero de Emory —aclaró el subinspector, como si Jeff no supiera a qué dinero se refería.

—Su mujer está forrada —dijo Knight—. Tiene la fortuna familiar. Podría dejar de trabajar y echarse al sol. —Rio—. Si yo fuera así de rico, no pegaría golpe.

—Eso es ofensivo —le espetó Jeff.

Knight lo miró por el retrovisor.

—Lo siento, no pretendía...

—A Emory le ofenderían mucho comentarios así. Trabaja aún más duramente a causa de esa herencia.

—¿Ah, sí?

—Nunca habla de su fortuna, y mucho menos hace alarde de ella. De hecho, actúa casi como si se disculpara.

—Lo que explica por qué regala tanto dinero —comentó Grange.

—Ha prometido donar doscientos mil para un maratón que se va a celebrar pronto —dijo Knight, dirigiéndose a su compañero, pero Jeff comprendió que para que él lo oyera—. Tardaría un tiempo, pero si se aplicara a ello, al final acabaría regalándolo todo.

—Lo que no dejaría nada para su heredero. —Grange miró a Jeff—. Que casualmente es

usted, ¿no?

Jeff lanzó una mirada glacial al insolente ayudante.

—Creo que ya sabe la respuesta.

—Bueno, Jeff, tenemos que comprobar esas cosas. Es la rutina normal cuando desaparece un cónyuge.

Cuanto más simplón era el tono de Knight, menos le gustaba a Jeff y menos confiaba en él. ¿No se daban cuenta de que era lo bastante inteligente para percatarse de que estaban jugando con él?

—Si han revisado las finanzas de Emory —dijo—, entonces sabrán que yo no gestiono su cartera de valores. De hecho, otra firma se ocupa de todas sus inversiones.

—Ya, el jefe de su empresa ya me lo ha dicho.

—¿Perdón? —Jeff miró a Knight en el espejo retrovisor.

—Usted dio a entender a su empresa que Emory les transferiría todos sus asuntos financieros cuando se casaran. Pero no lo hizo. Al menos eso me contó su jefe.

—¿Se lo contó a usted?

—Cuando lo llamé ayer —respondió Knight, asintiendo— y le pregunté quién llevaba las riendas de las finanzas de Emory.

Jeff sintió escalofríos al enterarse de que el día anterior, mientras él no hacía nada más que esperar en el vestíbulo de la oficina del sheriff de Hicksville, lo investigaban y hablaban de él en su propia empresa.

Lo que significaba que sus compañeros de trabajo ya sabían que no había faltado al trabajo por enfermedad. Sabían cuál era la naturaleza de la «emergencia familiar», antes incluso de enterarse de la desaparición de Emory en las noticias de la mañana. Aquellos dos paletos lo habían dejado como un mentiroso delante de su jefe. Estaba lívido.

—No gestiona su dinero —decía Grange—, pero lo heredará si ella fallece antes, ¿correcto?

—Se lo habría dicho yo, si me lo hubieran preguntado —respondió Jeff, reprimiendo apenas su furia—. No tendrían que haber llamado a mi empresa ni haber molestado a mis colegas con preguntas que no tienen nada que ver con la desaparición de mi esposa.

—Tenemos que investigar todas las posibilidades —se justificó Grange.

—Por cierto —intervino Knight—, ¿cómo se llamaba el medicamento ese que usted quería que su mujer respaldara?

—¿Cómo se han enterado de eso?

—Hay montones de e-mails sobre eso en su ordenador. Entre usted, la compañía farmacéutica y su mujer. Durante más de un año. ¿De qué iba todo eso?

—Puesto que al parecer ya lo saben, ¿por qué no me lo cuentan ustedes?

—Sería más fácil si nos hiciera un resumen —pidió Knight—. No tenemos nada más que hacer durante el trayecto.

A Jeff se le ocurrió que tal vez había subestimado a aquellos dos. Con un gran esfuerzo contuvo su ira y, al hablar, adoptó un tono de hastío.

—La compañía había seguido todos los pasos requeridos por la FDA, la Agencia de Alimentos y Medicamentos, que son muchos, y le habían dado el visto bueno para llevar a cabo ensayos clínicos.

—¿Para qué era el medicamento?

—Para prevenir la obesidad en niños con predisposición genética. Invitaron a Emory a ser uno de los médicos que participara en el ensayo.

—Pero cuando terminó el ensayo, ella no lo respaldó —dijo Grange.

—En su opinión, los beneficios derivados de la medicación no compensaban los efectos secundarios.

—En otras palabras, hacía más mal que bien.

—Esas otras palabras son suyas, subinspector —dijo Jeff—, no de Emory.

—Usted había animado a sus clientes a invertir grandes sumas en ese medicamento.

—No. Animé a mis clientes a invertir en una compañía puntera en avances farmacológicos que abordan problemas médicos actuales, como la obesidad infantil, que afecta a millones de personas en el mundo, no solo en cuanto a su salud, sino en todos los aspectos. En el cultural, el social, el financiero, etc.

—Corte el rollo, Jeff —dijo Knight, soltando una risita—. La Comisión Nacional del Mercado de Valores no nos está escuchando. Todo se reduce a que, si su mujer lo hubiera respaldado, habría sido una gran ayuda para que sus clientes, y por lo tanto usted, ganaran mucho dinero.

—Emory aún no ha hablado a favor ni en contra del medicamento. Sencillamente retiró su apoyo a la espera de nuevos ensayos.

La mirada que intercambiaron Knight y su compañero indicaba que también ellos estaban a la espera de una investigación más exhaustiva sobre aquel asunto. Jeff volvió la cara aparentando indiferencia.

—Ah, por cierto —dijo Knight—, ¿le importa si enviamos a unos muchachos al motel para que le echen un vistazo al interior de su coche?

—¿Mi coche? ¿Para qué quieren registrarlo? ¿Tienen una orden?

—¿La necesitamos?

—No. Registren cuanto quieran. Desmóntenlo. Y ya puestos, registren también mi casa. Envíen perros entrenados para buscar cadáveres. No se olviden del pinar que hay en el fondo de la propiedad. Es un lugar excelente para cavar una tumba.

—Ya te había dicho que se molestaría —comentó Knight mirando a Grange.

—No estoy molesto —protestó Jeff, pero él mismo se daba cuenta de que su enfado se le notaba en el tono. En lugar de darles la satisfacción de verle perder los estribos, se puso a mirar por la ventanilla. Durante la media hora siguiente siguieron en silencio, salvo cuando los dos ayudantes intercambiaban algunas palabras. No se habló de nada importante.

La altitud creciente y la sinuosa carretera aumentaron el mareo de Jeff. Los tramos en que no había quitamiedos le pusieron más nervioso de lo que ya estaba. Deseó no haber aceptado acompañarles. El día no habría podido empezar peor.

No había dormido bien. Se había levantado antes de que sonara el despertador y había encendido la televisión. Como era de esperar, todas las cadenas de Atlanta daban la noticia de la desaparición de Emory. Al cabo de unos minutos de empezar las noticias, su teléfono se había puesto a sonar. Conocidos (algunos a los que apenas conocía) que afirmaban saber esto y lo otro. Solo había respondido a algunas de esas llamadas, dejando que el contestador se encargara de las demás.

Mientras esperaba a que lo recogiera Knight, le había dado vueltas a todo lo que se había

dicho, tratando de no conceder excesiva importancia a las evidentes sospechas de los ayudantes. El propio Knight había admitido que poner al cónyuge bajo el microscopio era pura rutina. Si dejaba que sus insinuaciones lo alteraran, deducirían que era culpable.

Pero con toda aquella charla sobre las finanzas de Emory y el registro de su coche después, empezaba a lamentar su decisión de no contratar a un abogado, como le había sugerido Alice.

Alice también lo había llamado por la mañana, a pesar de que él le había dicho que no lo hiciera. La conversación había sido breve. Jeff se había enfadado porque ella lo hubiese desobedecido, y se maldecía por haber cedido al ver el número de Alice en el móvil.

Y estaba furioso con aquellos dos policías de pacotilla que al parecer lo consideraban demasiado estúpido para comprender la ridícula farsa en plan *Ley y orden* a la que jugaban con él.

Y sobre todo estaba furioso con Emory. Era culpa suya que él tuviera que pasar por todo aquello.

—¿Sabe lo que me cuesta aceptar? —Norman, que estaba comiendo un cuenco de cereales en la mesa del comedor, inclinó la silla hacia atrás, apoyada solo en las patas traseras—. Me cuesta aceptar que sea tan rata con su nombre. Supongo que tendré que seguir llamándole vecino.

—Su madre me ha llamado guardián de la doctora Smith. Guardián, vecino, ya me va bien así. —Había aceptado un café de Pauline porque el agua tenía que hervir y porque él mismo había lavado la taza. Bajo la mirada pensativa de Norman, sopló sobre el café caliente y bebió un sorbo—. Pero no le dé muchas vueltas, Norman. Podría romperse algo.

Con una sonrisa campechana, Norman recogió el cuenco de cereales y siguió comiendo.

—Yo creo que es un fugitivo de la justicia.

—¿Eso cree?

—Yo también —dijo Will, que lo fulminaba con la mirada desde lo que parecía su sanctasanctórum en el sofá.

—A nosotros puede contárnoslo —dijo con tono zalamero—. También hemos tenido nuestros roces con la ley.

—¿Ah, sí?

—Jo, si yo le contara...

—Cierra el pico, Norman —ordenó Will. Pero Norman estaba comunicativo.

—Pasé tres meses en la cárcel del condado por sisarle el monedero a una vieja en el supermercado.

Él no reaccionó.

—Otra vez, le robamos unas llantas al viejo del depósito de chatarra que hay en la salida sesenta y cuatro. Luego, que me parta un rayo si miento, se las revendimos una semana más tarde por veinte pavos. El muy idiota no se dio cuenta de que se la habíamos pegado.

Él respiró hondo como indicando un supremo aburrimiento.

—Will se metió en una pelea con un tipo en una partida de póquer. Le dimos una buena. Se necesitaron cuatro hombres para apartarnos de él. A mí me cayó la condicional. Will estuvo preso unos meses por agresión. Pero el otro tipo todavía se arrepiente de haber llamado tramposo a mi hermano. ¿Verdad, Will?

—Y aún no hemos acabado con él —confirmó Will.

—¿Ah, no? —comentó él, enarcando una ceja. Tenía la impresión de que había llegado el momento de mostrar cierto interés en sus hazañas—. ¿Qué tienen planeado para él?

—No es asunto suyo, joder.

—No seas tan susceptible, Will. Solo quiere mantener una conversación amistosa, ¿recuerdas? —Se volvió hacia él y dijo—: Venga, ahora le toca a usted. A nosotros puede decírnoslo. ¿Qué ha hecho?

Él bebió un poco más de café.

Norman sostuvo el cuenco con una mano y con el dedo índice de la otra le apuntó.

—¿Se ha cargado a alguien? —preguntó, fingiendo disparar.

—Los cereales se le están quedando pastosos.

—A la mierda, Norman —dijo Will desde el sofá—, no te va a contar nada. Además, apuesto a que no tiene nada que contar. No es ni la mitad de duro de lo que quiere aparentar.

—Puede que tengas razón. —Pero Norman siguió observándolo con aire especulativo mientras engullía sus cereales.

—¿Y ustedes? —preguntó él, mirando fijamente su café.

Norman dejó de masticar.

—¿Qué?

Él levantó la cabeza y miró a ambos hermanos.

—¿Alguno de los dos ha matado a alguien alguna vez?

—Nunca ha sido necesario —respondió Norman encogiéndose de hombros.

—Todavía —precisó Will.

—Bueno, yo en su caso no me impacientaría demasiado.

—Lo que significa que ya lo ha hecho. —Norman rio satisfecho—. ¿Lo ves, Will? Ya te lo había dicho.

—No es más que un bocazas.

—He conocido a mucha gente a la que habría que matar —dijo Norman, mirándolo de arriba abajo.

—Y yo también.

—Pero no lo recomienda. ¿Eso por qué?

—Matar no mola tanto como se dice. Es lo que usted dijo de Virginia. —Acababa de poner el anzuelo y se preguntó si picarían. Con aparente despreocupación, fue a la cocina para volver a llenarse la taza—. No me han contado qué tipo de trabajo tenían allí.

—Trabajamos para una empresa de transporte. Camiones de larga distancia.

—¿Eran camioneros?

—Qué va. —Norman se limpió los labios con el dorso de la mano—. El trabajo era en el almacén.

—Una mierda de trabajo —afirmó Will, que recorría los canales de la televisión sin sonido. Al encontrar un canal en el que reponían un episodio de la vieja serie cómica *La isla de Gilligan*, se detuvo para verlo. La escopeta se encontraba ahora apoyada contra el brazo del sofá, con el cañón hacia arriba, cerca de la cabeza de Will.

Norman se arrancó un copo de cereal que se le había pegado en la camisa.

—Aunque esa empresa en la que trabajamos ha pasado a la historia.

Con movimientos lentos y mesurados, él devolvió la jarra del café a la base de la cafetera.

—¿Y eso?

—Estaba en Westboro. ¿Ha oído hablar de la masacre que hubo allí? Un tipo vengativo entró y se lio a disparar y mató a un puñado de gente.

Él se dio la vuelta y asintió mirando a Norman.

—He oído hablar de ello.

—Bueno, pues a nosotros nos echaron más de una semana antes de que pasara. Nos perdimos toda la acción.

—Pues para mí que todos los hombres de esa isla eran mariquitas —se burló Will—. Yo a la Ginger esa me la habría tirado nada más llegar a tierra. —Y cambió de canal.

Norman sorbió la leche directamente del cuenco.

—Si hubiera sido yo el tal Gilligan, el culo de Mary Ann no se me habría resistido.

Will se carcajeó desde el otro lado de la habitación.

—A ti siempre te ha gustado la puerta de atrás.

—Lo que me gustaría es pasar por la puerta de atrás de la doctora Smith.

Ambos hermanos lo miraron, sonriendo con suficiencia, esperando su reacción. Pero él se limitó a ignorarlos y a mirar por la sucia ventana que había sobre el fregadero, como para comprobar qué tiempo hacía. Luego se encaminó al dormitorio, llevándose el café consigo.

—¿Qué coño pasa ahí dentro? —preguntó Norman, señalando la puerta, que había permanecido cerrada toda la noche.

—Están atendiendo a su hermana.

—Eso ya lo sabemos —espetó Will—. ¿Por qué coño tarda tanto?

—¿Hemos abusado de su hospitalidad?

—En lo que a mí respecta, nunca se la hemos ofrecido.

—Pronto nos iremos —dijo él—. Ah, ¿Norman?

—¿Eh?

—Tenga cuidado con la silla.

—¿Eh?

Él le dio una patada a una pata trasera de la silla y Norman cayó hacia atrás. Aterrizó con un fuerte golpe y se salpicó la cara con lo que quedaba de leche en el cuenco.

Reaccionando con excesiva prisa para recordar la escopeta, Will saltó del sofá y se lanzó hacia él como un corredor tras el disparo de salida.

Él dejó caer la taza de café a tiempo de propinarle un gancho en el mentón que lo lanzó tambaleándose hacia atrás. Moviéndose rápidamente, agarró la escopeta y apuntó a los hermanos, que se detuvieron en seco.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Emory, abriendo la puerta del dormitorio.

Sin apartar los ojos de los hermanos, que mantenían una actitud amenazante, él retrocedió hasta el umbral de la puerta.

—¿Le parece bien que dejemos aquí a Lisa por el momento?

—Sí, creo que todo irá bien —contestó Emory.

—Bien.

—Juro que lo mataré —masculló Will entre dientes.

—No va a ser hoy.

Él sacó la pistola de la cintura y se la pasó a Emory.

—Si alguno de los dos se mueve, no se lo piense: apriete el gatillo. ¿Entendido?

Estupefacta, Emory inclinó la cabeza una vez. Él se volvió y entró en el dormitorio.

Norman y Will se plantaron delante de ella, bufando de ira. A ella le recordaron dos toros resoplando.

—¿Quién es ese cabrón hijoputa? —preguntó Norman.

—No lo sé.

—Y una mierda —dijo Will—. Están los dos compinchados. Colándose aquí por la cara como si fueran los putos amos. ¿Qué andan buscando?

—Yo solo he venido para atender a su hermana.

—Se habría recuperado sin usted.

—Quizá, pero me alegro de haber podido ayudarla.

—¿Es médico de verdad? —preguntó Norman.

—Sí.

—Pues yo creo que miente —replicó Will, alzando agresivamente el mentón, donde se estaba formando un moratón del tamaño de un puño—. ¿De qué va ese tipo?

En ese momento «ese tipo» se acercó por detrás de Emory y la empujó hacia delante.

—No baje la pistola —dijo. Emory mantuvo la mirada al frente mientras él la empujaba a través de la sala hacia la puerta principal—. Suba a la camioneta. —Y le dio un pequeño empellón para que ella bajara los escalones del porche.

—¡Nos roba la escopeta! —oyó gritar a Will.

Bajo el árbol, el perro se levantó y meneó la cola. Al parecer, se había convertido en amigo de Emory por asociación con él. Cuando llegó a la camioneta, abrió la puerta del acompañante y miró hacia atrás. Él seguía en el porche, observándola al tiempo que vigilaba la puerta con la escopeta.

—¿Por qué no viene? —preguntó Emory—. ¿Qué va a hacer?

—Métase en la camioneta y no salga.

Ella vaciló.

—Métase en la camioneta y cierre la puerta —ordenó él.

Emory lo hizo. Él esperó para comprobar que se quedaba dentro, luego se giró y entró en la casa. Segundos después se produjo un disparo de escopeta que sonó como una explosión en el aire matinal.

Le siguió un segundo disparo.

17

Emory se apeó de la camioneta y corrió hacia la casa. Chocó contra su protector, que bajaba los escalones del porche con el ceño fruncido.

—Maldita sea, le he dicho que no bajara. —La obligó a darse la vuelta y la empujó bruscamente hacia el vehículo.

—¡Les ha disparado!

—No.

No, no les había disparado.

Porque Emory oyó las invectivas salpicadas de obscenidades de los hermanos Floyd cuando estos salieron en tromba por la puerta. La ira entorpeció los dedos de Will cuando intentó recargar la escopeta. Norman, que iba en calcetines, resbaló en uno de los escalones del porche.

Él metió a Emory en la camioneta sin miramientos, luego rodeó el capó, subió y arrancó el motor con movimientos medidos y eficaces, como si no tuviera a dos hombres furibundos pisándole los talones.

Aceleró tal violentamente que los neumáticos giraron antes de cobrar adherencia. Salieron disparados por el sendero, dejando atrás a los Floyd, que agitaban los puños y se desgañitaban gritándoles amenazas.

Emory estaba paralizada por la incredulidad. Guardaron silencio durante el breve trayecto hasta la cabaña. Él bajó y abrió la cerca, luego llevó la camioneta hasta el sitio donde habitualmente aparcaba. Volvió a apearse, fue hasta el tajo de cortar leña y arrancó el hacha de la superficie mellada.

Ella lo observó volver de nuevo a la cerca, salir y cruzar la carretera hasta la camioneta con el árbol escorado, incrustado todavía en el capó. Metódicamente, fue de un neumático a otro y rajó los cuatro con el hacha.

Luego volvió, entró por la cerca y la cerró con el candado, que comprobó dándole un buen tirón. Tras devolver el hacha al tajo, regresó a la camioneta, abrió la puerta del acompañante y alargó el brazo hacia el interior.

Ella reculó instintivamente. Él la miró frunciendo el ceño.

—Quiero recuperar mi pistola.

Emory había olvidado que aún la llevaba. La aferraba con la mano derecha, que tenía mortalmente fría.

—¿Va a disparar a alguien?

—Antes de desayunar no.

Entonces ella soltó el arma. Él volvió a metérsela en la cintura del pantalón al tiempo que se daba la vuelta y echaba a andar hacia la cabaña.

Emory bajó de la camioneta y miró hacia la cerca, sopesando la posibilidad de trepar por ella y huir corriendo. Él había mentido al afirmar que no tenía vecinos. Seguro que habría otros

vecinos, gente normal, razonablemente cerca.

Pero la carretera era empinada y con demasiadas curvas para llevar la cuenta. Se cruzaba además con caminos rurales que la intimidaban. Le dolía el pie derecho por haber pasado la mayor parte de la noche de pie junto a la cama de Lisa. Estaba aturdida por la falta de sueño y debían de estar a bastantes grados bajo cero. Todo eso seguramente no sería un problema, ya que él se encargaría de atraparla antes de que se hubiera alejado cincuenta metros.

Al comprender que todo intento de fuga era una inútil temeridad, Emory lo siguió al interior de la cabaña.

Él estaba acuclillado frente a la chimenea, apartando las cenizas frías con la pala. Colocó algo de yesca y, cuando prendió, añadió nuevos leños.

—Esto tardará en caldearse. Hasta entonces, mejor no se quite el chaquetón.

El chaquetón. Emory se lo había quitado para tratar a Lisa, pero se lo había vuelto a poner poco antes de salir de la casa. De repente le parecía pesado e incómodo, aunque seguía agradeciendo el calor y la sensación de protección que le proporcionaba.

Él volvió a colocar la pantalla de la chimenea y se volvió para encararse con ella.

—¿Tiene hambre?

—¿Hambre? —Ella lo miró con perplejidad—. No le entiendo. Comete un robo para ayudar a una chica a la que ni siquiera conoce. Es lo bastante amable como para convertir en amigo a un perro rabioso. Pero luego dispara a dos hombres con una escopeta sin mediar provocación.

—Había provocación.

—Cuando salimos de la casa, tenía todas las de ganar. No era necesario que volviera a entrar.

—Sí que era necesario.

—¿Por qué?

—Por usted.

—¿Yo?

—Habían hecho algunos comentarios groseros sobre usted.

—Debería haberlos ignorado.

—No quería.

—¿Y qué esperaba? ¿Refinamiento? Son unos paletos despreciables y...

—Son unos mierdas, eso es lo que son.

—Vale, son escoria. ¿Justifica eso que les disparara?

—No les he disparado. Si lo hubiera hecho, estarían muertos.

—Entonces, ¿por qué ha disparado la escopeta?

Emory intentó mirarlo a la cara, pero él se volvió.

—¿Quiere ir ya a la ducha, o voy yo primero?

Furiosa por la indiferencia con que él recibía su indignación, lo agarró por la manga para obligarle a darse la vuelta.

—¡Contésteme, maldita sea!

—¿El qué?

—Dígame por qué ha disparado la escopeta. Y no me venga con que ha sido en defensa propia.

—No iba a decir eso.

—¿Por qué lo ha hecho entonces? ¿Para darles una lección?

Él permaneció inmutable.

—¡Dígamelo!

—¡Le he disparado a la tele!

Asombrada tanto por su grito como por su explicación, Emory dio un paso atrás, ahogando un súbito impulso de echarse a reír.

—¿La tele? ¿Por qué?

Él se zafó de su mano, liberando la manga.

—Para que no vieran su foto.

Cuando él salió del cuarto de baño, recién duchado y vistiendo ropa limpia, ella estaba sirviendo los huevos revueltos con beicon que había preparado. Al fin y al cabo, era la hora en que la mayoría de la gente tomaba el desayuno. El desayuno era lo único convencional en aquel universo al otro lado del espejo en que ahora vivía.

Él le dio las gracias por el plato que le sirvió, como si no hubiera dejado caer una bomba antes de irse al cuarto de baño. Mientras él se acomodaba, Emory señaló un plato de tostadas.

—La tostadora funciona mejor. Ahora las rebanadas ya saltan.

—Bien. Reparándola me he ahorrado comprar una nueva.

Realizar tareas corrientes, como preparar tostadas y colocar un trozo de mantequilla en un plato, le había dado una ilusoria sensación de control de la situación. Supo que él se había fijado en el plato de mantequilla porque se untó un poco en su tostada. Lo demostró lanzándole una mirada de reojo, pero no hizo ningún comentario.

A mitad del desayuno, él le preguntó si quería otra taza de café.

—Si va a levantarse, sí, gracias.

Él volvió a la mesa después de rellenar las tazas y se sentó a horcajadas en la silla, de un modo muy masculino. Como un hombre cualquiera. Un hombre normal, que no fuera violento. Un hombre que no le hubiera disparado al televisor de sus vecinos paletos.

—¿Mi foto estaba en la tele? —le espetó ella al fin, incapaz de contenerse más.

—La he visto cuando salíamos. Por eso volví dentro, para arreglarlo.

—Decían algo...

—No sé qué decían. Habían quitado el sonido. —Bebió un sorbo de café, observando a Emory a través del vapor que desprendía la taza—. Pero en la parte inferior de la pantalla, en grandes letras amarillas, se anunciaba una recompensa. Veinticinco mil.

—¿Quién ofrece la recompensa? ¿Jeff?

Él se encogió de hombros.

—No podía dejar que los hermanos Floyd lo vieran. Dios sabe qué harían por conseguir la recompensa.

—¿Por qué no me lo dijo enseguida? ¿Por qué ha dejado que siguiera pensando mal?

Él se echó hacia atrás en la silla.

—Quería saber qué piensa en realidad de mí. Ahora ya lo sé. Tiene una opinión muy pobre.

—Eso no es cierto.

Él soltó un bufido burlón.

—Bueno, ¿y le extraña? Pauline, que lo conoció anoche, supone que es un fugitivo.

—¿Eso le ha dicho?

—Ha sido Lisa.

—Al parecer es lo que piensa toda la familia. Norman ha alardeado de sus fechorías, instándome a intercambiar historias con él.

—¿Qué les ha dicho?

Él no respondió.

—Nada, ¿verdad? —adivinó Emory, convencida de que estaba en lo cierto.

—¿Lisa le ha contado algo más? —preguntó él.

Emory le describió el contexto de su conversación con la chica. Él no hizo ningún comentario sobre el hecho de que Lisa prefiriera creer que era un fugitivo de la ley antes que un marido que había abandonado a su mujer, y tampoco reaccionó al saber que Lisa lo consideraba un hombre que no esperaría favores sexuales a cambio de su amabilidad.

—Le tiene en muy alta estima —añadió—. Pero sigue siendo un rompecabezas para ella. Me ha preguntado qué opinaba yo.

Él esperó, inmóvil e imperturbable.

—Le contaré lo que le he dicho a Lisa: que no sé qué pensar de usted.

Él le sostuvo la mirada unos segundos, luego se levantó y llevó su plato vacío al fregadero. Ambos limpiaron la cocina. A Emory le asombraba que pudieran dedicarse a algo tan cotidiano, teniendo en cuenta los acontecimientos de las últimas doce horas. Eran como cualquier pareja normal siguiendo su rutina matinal.

Salvo que las parejas normales sabían lo que podían esperar el uno del otro. Podía producirse alguna que otra sorpresa, pero no que uno asombrara al otro con extraordinarios actos de bondad seguidos por estallidos de violencia. Y las parejas normales tampoco solían besarse con el intenso erotismo con que él la había besado la noche anterior, a menos que se encontraran el uno pegado al otro y el beso fuera el preludio del acto amoroso.

—Si no le importa prestarme otra camisa... —pidió ella cuando el último plato quedó guardado.

—Sírvase usted misma.

De camino a la ducha, Emory sacó una camisa y un par de calcetines de la cómoda. Su ropa de correr olía como la casa de los Floyd. Fue un alivio quitársela. La puso en remojo en el lavabo y luego se duchó y lavó el pelo. El chichón ya casi no se notaba y, de no ser por un leve escozor, ni se habría acordado de que tenía un corte.

Él le había dicho que no necesitaría puntos para que la herida se cerrara, y Emory se preguntó cómo lo había sabido. Quizá lo había planeado así. Quizá la había golpeado con la fuerza justa para dejarla inconsciente, pero no para provocarle una herida que requiriera puntos.

Se preguntó dónde habría guardado la piedra.

Escurrió su ropa y se la llevó del cuarto de baño. Igual que la primera vez, desplazó una silla hasta la chimenea y echó la ropa sobre los listones del respaldo. Se sentó en la piedra de la chimenea y se peinó el pelo con los dedos hasta que se le secó en parte.

—Debería secarlo del todo —comentó—, pero no me aguanto de pie.

Él señaló la página del libro que estaba leyendo y lo dejó sobre la mesa.

—Yo también estoy hecho polvo. —Abandonó su sillón reclinable y fue hasta las ventanas, una por una, para bajar las persianas tras las cortinas de muselina. La habitación quedó en

penumbra, con la lámpara de la mesita auxiliar y el fuego de la chimenea como únicas fuentes de luz.

—¿Cómo sabe que los Floyd no vendrán para vengarse por lo del televisor?

—Si pensaran hacerlo hoy, ya estarían aquí.

—Van a pie.

—No es eso lo que los retiene. Fanfarronean mucho, pero en realidad son unos cobardes.

—¿Cómo lo sabe?

—Conozco a los de su calaña.

—Los conoce. De alguna parte. De algo. —Esperó un par de segundos y luego insistió para obtener una respuesta—. ¿Verdad?

—Échese a dormir, doc.

Demasiado cansada para enzarzarse en una discusión con una pared, Emory se metió en la cama y se tapó con las mantas. Él volvió a su sillón, apagó la lámpara y se arrebujó en su colcha. Transcurrieron unos minutos. A pesar de su cansancio, Emory no lograba relajarse. Todos los músculos de su cuerpo seguían rígidos. Su mente era un torbellino; sus emociones, contradictorias.

Sabía que él tampoco dormía. Si abría los ojos, sin duda encontraría los de él fijos en ella, siempre vigilantes, intensos y penetrantes, increíblemente inmóviles excepto por el reflejo vacilante del fuego.

Si él no le hubiera disparado al televisor, quizá los Floyd se habrían fijado en las noticias, habrían llamado a la policía para informar de su paradero y cobrar la recompensa. Y ahora ella se encontraría ya en un entorno familiar, de nuevo con Jeff, retomando su vida anterior.

En cambio, se encontraba acurrucada en la cama de aquel hombre sin nombre, que la desconcertaba, la excitaba y la horrorizaba alternadamente.

Aun habiéndose hecho el propósito de mantener los ojos cerrados, estos se abrieron por su cuenta. Como esperaba, él la estaba mirando.

—Antes de irnos fue otra vez al dormitorio —le recordó ella.

—Quería hablar un momento con Lisa.

—¿Para qué? —Al no recibir respuesta, Emory se incorporó apoyándose en los codos, para verlo mejor—. ¿Para qué?

Él tardó en contestar.

—Para preguntarle cuál de sus hermanos la había dejado embarazada. Me dijo que pudo haber sido cualquiera de los dos.

18

En Seattle llovía mucho. Vaya si llovía.

El avión del agente especial Jack Connell había salido con varias horas de retraso de LaGuardia a causa de la nieve, la lluvia y los fuertes vientos. Pero casi prefería aquella mezcla invernal a la lluvia de Seattle. Su experiencia por el momento (y no había hecho más que sacar el coche de alquiler del aparcamiento del aeropuerto de Seattle-Tacoma) le llevaba a pensar que toda la condenada costa del Noroeste del Pacífico se encontraba bajo agua.

Conduciendo desde el aeropuerto hasta la ciudad, mantenía un ojo en la autopista barrida por la lluvia, mientras trataba de encontrar el dispositivo antivaho en el desconocido salpicadero. Logró atravesar la ciudad milagrosamente y llegar al muelle del transbordador sin matarse ni matar a nadie.

El aguacero y la densa niebla oscurecían la vista que habría podido disfrutar en un día soleado. Minutos después de zarpar el transbordador, la lluvia engullía la ciudad que quedaba atrás, y lo que le esperaba delante era tan ignoto como el océano Atlántico para los marinos del siglo XV.

A Jack nunca le habían gustado mucho los barcos, y los que avanzaban resoplando a través de la niebla aún le gustaban menos. Pasó una hora y media antes de que se anunciara el puerto de destino. Sintió un gran alivio cuando pudo sacar el coche a tierra firme. O lo que habría sido tierra firme si no hubiera estado inundada.

Se registró en el hotel y, sin tomarse siquiera un momento para instalarse en su habitación o deshacer el equipaje, volvió a enfrentarse con los elementos. Valiéndose del GPS del coche, se dirigió a la residencia de Grace Kent.

Era una casa de dos plantas, tablillas blancas y postigos grises flanqueando todas las ventanas. La puerta principal era roja, y a un lado, en el muro, había un buzón de latón.

Sopesó la idea de acercarse a la puerta y comprobar qué clase de correspondencia había llegado ese día. Pero siendo la discreción parte fundamental del valor, como decía Shakespeare, decidió que era mejor no arriesgarse. Así pues, llevó el coche hasta el final de la manzana, donde aparcó bajo las ramas empapadas de una enorme conífera.

Transcurrieron más de tres horas. Justo antes de las seis, un monovolumen enfiló el sendero de entrada y se metió en el garaje de la casa, que se había abierto con un mando a distancia. La puerta del garaje se cerró antes de que Jack pudiera ver quién conducía el monovolumen.

Pero unos minutos más tarde, cuando se abrió la puerta principal, Jack cogió su cámara y enfocó el teleobjetivo en la mujer que salía a mirar el buzón.

Grace Kent era Rebecca Watson. No cabía la menor duda.

Lo que acababa de dar Jack no era un pequeño paso que lo acercaba a su presa, sino un salto de gigante.

Sam Knight se reclinó en su silla y juntó las manos sobre su prominente barriga.

—¿Qué opinas?

—Más culpable imposible —respondió Grange sin pestañear.

Ambos estaban cansados después de pasar todo el día ocupados en la búsqueda de Emory Charbonneau, la mayor parte del tiempo al aire libre, luchando contra el frío, o en el todoterreno tratando de calentarse mientras escuchaban los desdenes que Jeff Surrey dedicaba a sus aptitudes profesionales.

A Surrey lo habían dejado en el motel, otro de sus motivos de queja, y habían regresado a la oficina del sheriff para evaluar la falta de avances durante el día, antes de irse a casa para echar unas breves horas de sueño y luego reanudar la búsqueda al amanecer.

—Es culpable, de acuerdo —dijo Knight—, pero ser un mamón no es delito.

—Deberían hacer una ley pensada solo para él.

Knight rio entre dientes, aunque la cuestión que tenían entre manos no era ninguna broma. Agarró una goma elástica y se la colocó alrededor de los dedos.

—Crees que la mató y ocultó el cadáver, ¿no?

—Divorcio instantáneo. Y con mucho menos papeleo, sobre todo cuando hay una herencia cuantiosa de por medio.

—Y el heredero es él.

—Ese sería motivo suficiente, pero quizá no sea el único.

—Te escucho.

Grange estaba ansioso por explayarse.

—Ella no trasladó su dinero a la firma financiera de él cuando se casaron. Tampoco respaldó ese medicamento que él recomendaba como una inversión segura a sus clientes.

—Desde un punto de vista profesional —dijo Knight, reflexivamente—, son dos varapalos para él. Su mujer le hizo quedar mal y puede que eso le costara que no lo hiciesen socio.

—En el terreno personal, su situación es igualmente mala. Ella lo supera en todos los frentes. Tiene reputación de gran filántropa. En todo lo que se escribe sobre ella, el nombre de él no es más que un apéndice al margen. A ella la adoran sus pacientes, pero a él sus clientes le echan la culpa si las noticias económicas no son buenas.

—Está celoso de sus éxitos personales.

—Resentimiento además del móvil del dinero. —Grange se encogió de hombros—. La cosa parece clara.

—Pues que esté tan clara es lo que no me cuadra. Casi es demasiado obvio. Además, no tenemos cuerpo, ni arma, ni oportunidad para que pudiera cargársela. Y que yo sepa, esas cosas resultan muy útiles cuando uno se presenta ante el fiscal para pedirle que acuse a alguien de matar a su mujer. Hasta que consigamos algo más, básicamente no tenemos nada. Y puede que nunca consigamos nada. —Miró el gran mapa que había en la pared y suspiró—. Podría estar en cualquier parte.

Los medios habían tildado la búsqueda de la doctora Emory Charbonneau de «esfuerzo coordinado», lo que era una expresión poco apropiada para muchos y una broma para el subinspector Sam Knight. La coordinación era casi inexistente porque estaban involucrados casi todos los cuerpos policiales de tres estados distintos, cada uno con sus propios objetivos, sus problemas de personal y presupuesto, además de la estupidez rampante. Eran muchos los agentes

esforzados y dedicados, pero a menudo su empeño se veía socavado por quienes no eran tan listos ni diligentes, que era la mayoría.

Luego estaban las decenas de voluntarios, cada uno con una razón personal para unirse a la búsqueda, y la recompensa de veinticinco mil dólares no era la menos importante. Knight tenía experiencia suficiente para saber que el dinero era lo que había movido a muchos a presentarse como voluntarios.

Pero aunque algunos voluntarios estuvieran dispuestos a soportar un terreno hostil y temperaturas bajo cero por puro altruismo, le preocupaba que uno de ellos pudiera tropezar con el cuerpo de Emory Charbonneau, literalmente, y comprometer la escena de un crimen. Así pues, el margen de error era inmenso y las pifias estaban prácticamente garantizadas.

Por otro lado, Grange creía que el marido era el culpable y que no se encontraría el cadáver hasta que Jeff se derrumbara y les dijera dónde buscarlo. Knight admitía que seguramente su colega estaba en lo cierto.

—El sábado de Jeff es un poco ambiguo —dijo Grange—. ¿Dónde estuvo todo el día?

—Ya le has oído. Pasando el rato en casa, y luego fue a hacer unos recados.

—No me parece un tipo de los que pasan el rato a la bartola. Además, no puede nombrar a nadie con quien haya estado —le recordó Grange—, en todo el día. Ni siquiera un barbero o un comerciante que puedan recordarlo. Luego el domingo sigue sin dar señales de vida hasta media tarde, cuando empieza a hacer llamadas y dejar mensajes, preguntando a todo el mundo si sabe algo de su mujer.

—Entonces se convierte en el marido preocupado —dijo Knight siguiendo su razonamiento —, pero después de que hubiera transcurrido bastante tiempo.

—Representaba su papel.

—Entonces, ¿cómo lo hizo? —preguntó Knight—. ¿Cuándo?

—¿Pruebo a adivinarlo?

Knight lo animó con un gesto.

—Vale. Ella va a correr el sábado como tenía previsto. Le dice a él que se va a quedar a pasar la noche. Él viene aquí y se encuentran. Se pone zalamero. «Cariño, lo siento. Debería haber sido más comprensivo con tus entrenamientos para el maratón. Vamos a besarnos y reconciliarnos.»

—Pero en realidad está esperando el momento adecuado para cargársela.

Grange asintió antes de proseguir.

—Se deshace del cuerpo, luego vuelve a Atlanta. Al día siguiente, domingo, empieza a llamar preguntando por ella, luego regresa a Drakeland y representa el papel de marido preocupado en el motel, en el café y en su primera visita a esta oficina. «Mi mujer no ha vuelto a casa. Que alguien me ayude.»

—Y ni siquiera lo pidió por favor —observó Knight.

—Si lo hubiera pedido por favor, habríamos sabido que todo era fingido.

Los dedos de Knight le estaban dando un buen tute a la goma elástica.

—Me parece bien, pero no son más que conjeturas sin pruebas. Los de la científica han registrado cada centímetro de su coche.

Jeff los había calado cuando le explicaron como excusa que era «mera rutina». Se había resistido, pero sin poner todo el empeño que Knight esperaba, y sus protestas se habían centrado en los daños que seguramente causarían en el interior de piel hecho a medida. Le garantizaron

que el departamento pagaría por los daños, aunque eran improbables.

«Vale, regístrenlo —les había dicho finalmente, como si estuviera en su derecho de negarles el acceso al coche—. Será una pérdida de tiempo y trabajo, pero no tengo nada que ocultar.»

Y seguramente era cierto. No habían encontrado nada que lo incriminara. Nada de sangre, fibras, cabellos, productos químicos, ningún olor que indicara que había limpiado el coche, o un mal olor como el producido por un cadáver.

Les aliviaba no haber encontrado nada que indicara que la doctora Charbonneau había sufrido algún daño. Al mismo tiempo, se sentían decepcionados por la falta de resultados. Todas sus preguntas seguían sin respuesta.

—¿No te parece raro que no pidiera un abogado, una orden de registro?

—A ti sí, es evidente.

—Pues sí. Un tipo como él, frío como el hielo, lo normal sería que hubiera pedido un abogado desde el principio.

—Pero es lo bastante espabilado para saber que eso avivaría nuestro interés por él.

—Tal vez. Pero sin duda sabía que no íbamos a encontrar nada en su coche. Así que, si realmente la mató él, tuvo que dejarla en el sitio. Además...

Grange gimió ante la idea de que hubiera otro argumento a favor de Jeff Surrey.

—Además —prosiguió Knight—, nos ha entregado su móvil.

—Ha protestado.

—No mucho. Sobre todo expresiones faciales para demostrar su descontento. No se ha resistido tanto como cabría esperar de un hombre que tiene que tapar el asesinato de su mujer.

—Entonces, ¿qué significa todo esto? —preguntó Grange.

—Significa que o bien es inocente y solo parece culpable, o bien es puñeteramente listo.

—Yo creo que lo segundo.

—Yo también, pero tenemos que hacerle cantar.

Grange dio golpecitos en la mesa con la goma de borrar del lápiz.

—¿Podría ser que Alice fuera mejor amiga de él que de Emory?

Knight soltó la goma elástica contra sus dedos.

—¿Una aventura? ¿Jeff?

—¿Crees que no es capaz?

—No, pero no me lo imagino reuniendo la emoción o la sangre suficiente para tener una erección.

—A algunos hombres se les pone dura con otras cosas.

Pensando en ello, Knight ladeó la cabeza.

—Supongo. Poder, control...

—Crueldad.

—Soy un hombre anticuado. Me gusta más el método tradicional.

Grange sonrió y luego volvió a ponerse serio.

—En los dos últimos días ha habido... —se interrumpió para comprobar sus notas— cinco llamadas entre ellos dos.

—Es una buena amiga y una clienta.

—¿Con la que charla en plena noche? ¿Nada más levantarse?

—Ya ha explicado esas llamadas. Alice está preocupada por Emory. «Sumamente

preocupada», en palabras de Jeff.

Grange asintió.

—Estaría preocupada en ambos casos.

—¿Ambos casos?

—Si es amiga de los dos, bueno, en estas circunstancias naturalmente estaría preocupada por los dos. Sumamente preocupada. Pero también estaría preocupada si su amante se hubiera deshecho de la esposa, sabiéndolo o no sabiéndolo ella previamente, a fin de que pudieran estar juntos.

Knight reflexionó.

—Mañana, mientras yo le hago de canguro a Jeff, tú te vas a Atlanta, hablas con sus vecinos, preguntas si tuvo algún visitante el viernes y el sábado mientras Emory estaba fuera.

Grange sonrió.

—Te apuesto veinte dólares a que alguien habrá visto el carísimo coche de Jeff con su interior de piel hecho a medida.

19

—¿Doc?

Emory bajó la cabeza hacia la mano posada sobre su hombro y frotó su mejilla contra el dorso.

—¿Va a despertarse o a seguir durmiendo?

—¿Mmm?

Despertó lentamente y abrió los ojos. La mano sobre la que descansaba su mejilla estaba unida a un largo brazo cubierto por un jersey de punto de trenza color marfil, unido a su vez a un ancho hombro que le tapaba la visión del techo.

Él estaba inclinado sobre ella, cerca de su cara. El fuego de la chimenea cincelaba sus facciones en relieve, resaltando sus pómulos y su fuerte mentón, acentuando los mechones plateados de sus cabellos, pero también hacía más profundas las líneas que flanqueaban sus severos labios y convertía en misteriosas guaridas las cuencas de sus ojos.

Emory deseó con toda su alma que la besara.

Él retiró la mano y se alejó de la cama. Ella se sentó. Las ventanas seguían con las persianas bajas y la luz del día no delineaba los contornos.

—¿Qué hora es? —preguntó, aturdida y desorientada.

—Las seis y media. Se ha pasado el día durmiendo.

—No me puedo creer que haya dormido tanto.

—Ayer tuvo una noche difícil. No sabía si despertarla o no.

—Me alegro de que me haya despertado.

—Sus mallas —dijo él, y se las tendió.

Emory apartó la ropa de cama, se levantó y fue al cuarto de baño. Usó el inodoro, se puso las mallas, se enjuagó la boca y se pasó una mano por el pelo, que se había enmarañado por haberse ido a la cama cuando todavía estaba húmedo.

Cuando salió del baño, él estaba ante los estantes de libros leyendo los títulos. Ella se acercó a la chimenea para palpar la camiseta y la chaqueta.

—Aún están húmedas —dijo—. Tendré que llevar su camisa un rato más.

Él no dijo nada. Su silencio taciturno la impulsó a romperlo:

—La verdad es que estoy hecha un asco. Sin crema hidratante durante tres días. Y tengo el pelo fatal. Si me viera tal como soy normalmente, no me reconocería.

—Sí que la reconocería —repuso él, todavía de espaldas.

Su tono sombrío y su actitud distante daban a su simple afirmación un significado subyacente, y cuando ella comprendió de qué se trataba, la embargó un abatimiento que pesó en su ánimo como antes le había resultado pesado el enorme chaquetón.

—Pero eso no ocurrirá nunca, ¿verdad? Cuando vuelva a casa, nunca volveremos a vernos.

—No.

Él no dio más explicaciones. No convirtió su negación en condicional. Fue la declaración de una conclusión inevitable.

Emory no sabía qué decir, y aunque lo hubiera sabido, no estaba segura de poder hablar. Tenía un nudo en la garganta a causa de una emoción que no debería sentir. La perspectiva de regresar a casa debería proporcionarle felicidad y alivio. Pero se sentía desolada.

Por supuesto, en cuanto reanudara su vida normal, superaría aquella estúpida e inexplicable tristeza. Le encantaba su trabajo y sus pacientes. También quería correr el maratón. Mucha gente contaba con ella. Cuando volviera a casa, no podría malgastar el tiempo. Tendría que ponerse manos a la obra inmediatamente para compensar el tiempo perdido, el tiempo que estaba pasando allí.

Pronto aquellos días le parecerían un sueño.

Pero ¿por qué se sentía como si estuviera despertando antes de que el sueño alcanzara una conclusión satisfactoria?

—Si quiere comer algo, adelante —dijo él, interrumpiendo sus pensamientos.

—No tengo hambre.

Al parecer él tampoco. La zona de la cocina estaba a oscuras. Él sacó un libro de un estante y se lo llevó al sillón.

—Quizá no está tan seguro sobre las intenciones de los Floyd como quería hacerme creer —dijo ella.

Cuando él la miró, Emory señaló con la cabeza la pistola que reposaba en la mesita auxiliar, iluminada por la lámpara, al alcance de su mano.

—No hay señales de ellos —respondió él—. Pero podría estar equivocado.

—¿Cómo supo que habían sido los hermanos de Lisa? —preguntó ella, sentándose en el sofá.

Él pasó distraídamente los dedos por el título estampado en relieve de la cubierta del libro.

—No lo sabía hasta que me lo dijo ella. Estaba emperrada en que nadie supiera lo del bebé, aunque lo había perdido. Supongo que una chica de quince años en su situación tendría miedo de que lo descubrieran. Pero insistía mucho en que no lo supiera su madre.

»Mientras tanto, esos dos imbéciles bebían cerveza y parecían divertirse con la situación. De repente comprendí por qué. Era su broma. Esperaba equivocarme. Pero cuando se lo pregunté a Lisa directamente, ella se echó a llorar y me lo contó.

—¿Fue un incidente aislado? —preguntó ella, abrazándose los codos.

—No. Me dijo que ocurría desde hacía bastante tiempo.

—¿Cómo es posible que su madre no se diera cuenta?

—Lo sabe, doc. Por supuesto que lo sabe. No quiere admitirlo, seguramente ni siquiera ante sí misma, pero lo sabe. ¿Por qué cree que envió a Lisa a vivir en la ciudad con su hermana y su cuñado?

Emory apoyó los codos en las rodillas y se sujetó la cabeza entre las manos.

—Es una obscenidad. Se leen cosas así, se oyen en las noticias, pero me cuesta creer que ocurran de verdad.

—Ya lo creo que ocurren —dijo él, con una risita que no tenía nada de alegre—. Y cosas peores. Su bonito mundo higiénico la protege de la cara más desagradable de nuestra sociedad.

Ella bajó las manos.

—No se atreva a tratarme así.

—¿Cómo?

—A insultarme de esa manera.

—Yo no...

—Sí, me ha insultado. —Emory se puso en pie—. No puedo evitar que mis padres fueran ricos. No pedí nacer en un mundo bonito e higiénico, igual que Lisa no puede cambiar las circunstancias de su nacimiento.

Él dejó el libro a un lado y se mesó el pelo.

—Tiene razón. Me he pasado de la raya. Lo siento.

—Tampoco ha de ser condescendiente conmigo.

—No lo soy.

—Y ahora me vendrá otra vez con lo de buena samaritana.

Él se levantó del sillón.

—De acuerdo, entonces dígame qué puedo decir para no cabrearla.

—¿Qué será de Lisa? —preguntó ella, todavía enfadada.

—Con suerte, sus tíos volverán a aceptarla.

—No dan la impresión de ser personas magnánimas. Quizá sería preferible que fuera a un hogar de acogida.

—¿Un hogar de acogida?

—El CPS podría colocarla...

—¿El CPS?

—Los de Servicios Soci...

—Ya sé lo que es —la interrumpió él, molesto—. Pero para que la ayudaran, Lisa tendría que denunciar los abusos sexuales.

—¡Pues claro que va a denunciarlos!

—Hasta ahora no lo ha hecho.

—Pero lo hará. Esos dos degenerados tienen que ir a la cárcel.

—Sí, pero no irán. Deberían ir, pero no irán.

—¿A qué se refiere?

—Conozco esa mentalidad, doc. Son un clan. Se protegen entre ellos, pase lo que pase. Pauline se ha negado a aceptarlo hasta ahora, y seguirá haciendo lo mismo. Se ocupará de ello, pero fuera de la ley y sin que intervengan las autoridades.

—Si ni ella ni Lisa lo denuncia, ni usted, lo haré yo.

—¿Le haría eso a Lisa? ¿La obligaría a sufrir las consecuencias, que seguramente supondrían una dura represalia por parte de Norman y Will tanto contra ella como contra su madre?

—Entonces, ¿tenemos que hacer la vista gorda y dejar que se libren de ir a la cárcel por violación?

Él no respondió, pero ella se estremeció al ver la expresión que nublaba su rostro.

—¿Qué va a hacer? —Emory miró la pistola—. No puede matarlos.

Él le sostuvo la mirada un momento, luego fue hasta la chimenea y removió los leños con el atizador.

—No es problema suyo.

—Usted lo ha convertido en problema mío.

—Bueno, pues ya no lo será a partir de ahora.

Emory estaba a punto de lanzarle otra andanada, cuando se fijó en los movimientos medidos de sus fuertes manos, movimientos pausados, precisos. Experimentó de nuevo aquella inapropiada opresión en la garganta.

—Me va a llevar de vuelta.

Él no replicó, simplemente contempló las brasas.

A eso se debía su humor desde que la había despertado, pensó Emory, y tragó saliva.

—En cuanto esté lista —añadió ella—. Las carreteras ya están despejadas. Deberíamos irnos ahora mismo. —Le dolía la garganta al hablar—. Hay gente ahí fuera buscándome con este frío.

—Esta noche no.

—¿Por qué?

—He visto las noticias en Internet mientras usted dormía. Han suspendido la búsqueda hasta mañana al despuntar el día.

Ella miró hacia el portátil sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué creen que me ha pasado? ¿Ha leído algo sobre Jeff?

—No he leído los detalles, solo lo más importante. —Dio un puntapié a un rescoldo que había saltado al otro lado de la pantalla—. ¿Qué le va a contar sobre el tiempo que ha pasado aquí?

—No lo sé.

Él volvió la cabeza con la ceja derecha levemente arqueada. Era una expresión que a ella ya le resultaba familiar. Él quería una respuesta, pero no quería hacerle la pregunta directamente.

—No sé qué le contaré a Jeff. O a los demás. No recuerdo lo que provocó mi conmoción, así que no puedo afirmar si fue un ataque o un accidente. No sé dónde estamos exactamente. ¿Qué puedo contarles sobre usted si no sé nada? Ni su nombre ni... ni siquiera por qué me trajo aquí.

Él soltó una palabrota por lo bajo, apoyó las manos en la repisa de la chimenea e inclinó la cabeza entre los brazos. Se quedó mirando las llamas. Luego añadió unos leños y devolvió la pantalla a su sitio. Se sacudió el polvo de las manos en el fondillo de los tejanos y se volvió hacia ella.

—Bueno, esa última duda puedo aclarársela. Por qué la traje aquí. La encontré en el sendero. Lo que hice, lo de darle abrigo y alimento, y proporcionarle primeros auxilios...

—Lo habría hecho por cualquier extraño que lo necesitara.

—Y un cuerno —espetó él con aspereza—. Sí, habría llevado a una persona herida a Urgencias, la habría dejado allí y me habría ido. Sin riesgo, sin involucrarme y sin posibilidad de ser descubierto. Pero a usted, la amenaza más seria contra... —paseó la mirada por el interior de la cabaña— contra todo. Simplemente quería tenerla cerca un poco más de tiempo.

Levantó una mano y cerró el puño, como un manifestante.

—Nunca entenderá el riesgo que corrí al tenerla aquí. Y desde luego no comprenderá jamás lo que me ha costado mantener las distancias. —Se acercó a ella, y cuando solo los separaban unos centímetros, preguntó—: ¿Aún me tienes miedo?

—Mucho.

Él avanzó otro paso.

—Pero no sales corriendo. ¿Cómo es eso?

—Porque sí que comprendo lo que te ha costado.

El sonido que emitió él entonces fue en parte gemido y en parte gruñido.

—Harías bien en parar esto ahora, doc.

Le concedió un tiempo, pero al ver que ella no se movía, adelantó una mano para cogerla por la cadera. Fue como si el calor de su mano disolviera la tela de las mallas cuando él la estrechó contra sí. Luego deslizó la otra mano por debajo de sus cabellos y le rodeó la nuca, igual que había hecho la noche anterior.

—Última oportunidad.

Ella apoyó las manos en su pecho y luego las deslizó hacia sus hombros.

—Vale, yo te he avisado. Te dije que si volvía a ponerte las manos encima...

—No te detendrías.

—Eso no es todo lo que dije que haría.

Cubrió los labios de Emory con los suyos y dio rienda suelta al deseo que había reprimido en el beso de la noche anterior. No hubo nada mesurado, ni el modo en que introdujo la lengua, ni la urgencia con que la boca de Emory se abrió para aceptarla, ni las palabras oscuramente eróticas que le susurró cuando al final se apartó y la soltó, pero solo para desabrocharle rápidamente los botones de la camisa.

Le abrió la camisa y la miró con ojos ardientes que abrasaban allí donde se posaban. Acarició su vientre con el dorso de los dedos, evaluó la esbeltez de su cintura rodeándola con las manos, y luego las ahuecó en torno a los pechos. Ella se inclinó hacia delante y dejó escapar leves gemidos cuando él fue acariciándole los pechos con la yema de los dedos, hasta llegar a los pezones, que se endurecieron en el acto.

—Maldita sea —musitó él.

Tomó a Emory de la mano y la llevó hasta la cama, donde empujó la camisa hombros abajo para seguir mirándola mientras se quitaba el jersey y lo arrojaba a un lado.

Luego se desabrochó la bragueta del pantalón con destreza. Sin apartar ni un instante los ojos de ella, metió una mano dentro de la suave tela tejana y lo que sacó hizo que a Emory se le cortara la respiración.

—No duraré mucho —dijo él.

—No hará falta. —Emory se tumbó en la cama y se desplazó hacia arriba para hacerle sitio.

Él se arrodilló en la cama, se inclinó sobre ella y le quitó las mallas. Luego colocó las piernas de Emory alrededor de sus caderas y la miró con tal avidez que ella se excitó hasta lo indecible.

Soltando improperios de impaciencia, él se bajó los tejanos y luego cumplió con su promesa y ya no hubo quien lo parara. Primero le acarició la cara interior de los muslos y le abrió las piernas, luego le acarició suavemente sus partes íntimas, mojadas y temblorosas, y luego la agarró bruscamente por las nalgas para subirla hacia él. La penetró con un único y decidido movimiento.

—Joder, doc —gimió—. Te prometí que no te dolería.

—No me dolerá.

—No estoy tan seguro.

Él flexionó las caderas para penetrarla más profundamente y luego se colocó encima de ella y empezó a moverse, embistiéndola con todo su vigor y su seguridad masculinos. Sin reservas, dominando, poseyendo, follándola sin miramientos.

La agarró por las muñecas y le levantó las manos por encima de la cabeza. Mirándola a los ojos, deslizó una mano entre los dos cuerpos y la tocó con tal precisión que ella se arqueó,

frotándose contra su mano en una silenciosa súplica para que siguiera presionando y acariciando. Y él lo hizo. Una y otra vez. Bajó la cabeza hacia sus pechos, chupó los duros pezones y los lamió con la lengua.

El orgasmo de Emory fue como un maremoto.

Él gruñó una obscenidad y se retiró con el tiempo justo y pegó el cuerpo al suyo.

Tensándose y retorciéndose, ambos obtuvieron hasta la última pizca de placer, y cuando él se corrió, las sacudidas fueron aún más intensas. Luego parecieron fundirse el uno en el otro de puro agotamiento. Pasó un buen rato antes de que él le soltara las manos y se apartara de ella.

Cuando por fin Emory tuvo energía suficiente para abrir los ojos, él yacía a su lado boca abajo, con la mejilla descansando sobre las manos juntas. Una fina película de sudor cubría su espalda. La piel era tersa y las curvas de su musculatura, hermosas.

Al notar su mirada, él abrió los ojos. Fue como si dos luces gemelas se encendieran en una botella de cristal azul. Su atención se desvió hacia el semen que había derramado sobre la camisa de franela, arrugada ahora en torno al cuerpo de Emory. Luego volvió a mirarla a los ojos.

—¿Te has arrepentido ya? —preguntó a la defensiva.

Ella alargó la mano a modo de respuesta y le acarició la zona lumbar. Luego bajó un poco. Luego sus dedos se aventuraron y experimentaron con la oscura hendidura.

—Si sigues haciendo eso, tendré que darme la vuelta.

Con un roce tan ligero como el aire, ella siguió el surco hasta donde le alcanzaron los dedos.

Él lanzó un gruñido en el que se mezclaba la excitación y la incomodidad, se dio la vuelta y acabó de quitarse los tejanos.

El cuerpo humano no tenía misterios para Emory. Había visto centenares de ellos, de todas las formas y tamaños. Pero el cuerpo de él la dejó maravillada. De hecho se sentía algo intimidada por la rotunda masculinidad de su corpulencia, de su vello pectoral, del relámpago tatuado justo encima del pliegue donde el muslo se juntaba con un abdomen de músculos perfectamente delineados, del miembro, tenso y erecto nuevamente por el deseo de poseerla.

Con gestos impacientes, él le quitó la camisa y luego la agarró por la nuca y la atrajo hacia sí. Le dio entonces un beso largo y profundo, explorando su boca repetidamente con la lengua. Luego apartó la cabeza lo suficiente para contemplar a Emory con una lascivia que la excitó aún más.

Luego le rodeó un pecho con la mano y oprimió levemente el pezón entre los dedos.

—No huirás de mí corriendo y chillando, ¿verdad? —preguntó con una *sexy* voz ronca.

Excitada hasta la sublimación, Emory sonrió y negó con la cabeza.

—Entonces, crea recuerdos para mí, doc.

—¿Recuerdos?

Él dejó los pechos, que cosquilleaban de placer, y deslizó la mano por el vientre hacia abajo. Contempló la forma de la cadera de Emory como si fuera una maravilla. Luego le pasó los dedos por sus suaves cabellos.

—Crea recuerdos para que pueda evocarlos y jugar con ellos cuando te hayas ido.

—¿Qué clase de recuerdos?

La pregunta de Emory concluyó con una exhalación de sorpresa cuando él se desplazó hábilmente y le separó los muslos hasta que acogieron sus anchos hombros. Casi pudo notar su cálida mirada explorándola cuando él deslizó las manos bajo sus nalgas y la acercó más a su

cara. Y de pronto notó el primer lengüetazo y luego los labios moviéndose por su ingle mientras él susurraba:

—Recuerdos obscenos...

20

Algo la sobresaltó y Emory despertó consciente de que estaba sola en la cabaña.

Se quedó acurrucada entre las sábanas, pero la cama se había enfriado sin el calor corporal de él.

Quizás había salido a buscar leña.

Pero Emory no se engañaba. Era algo más que el hueco vacío a su lado lo que le hacía sentir que él se había ido. De la misma forma que él parecía llenar la estancia con su mera presencia, su ausencia creaba un vacío.

Temía descubrir lo que significaba aquella sensación de soledad.

Pero era necesario.

Se sentó, abrazándose para darse calor. Los pezones se le encogieron por el frío. Le dolían. Su relación sexual había producido muchos efectos que se combinaban para hacer que notara todo el cuerpo dolorido.

Era una sensación increíble y maravillosa, por la que no sentía ni un ápice de remordimiento. En realidad esperaba que los escozores y las punzadas, dulces recuerdos de su ardiente pasión, perduraran durante mucho tiempo.

Él había dejado el calefactor encendido en el baño. Emory no encendió la luz, ya que no deseaba verse reflejada en el espejo con claridad. No le importaba el desaliño. Lo que no quería ver era su expresión de desconsuelo. Una cosa era sentirse triste; ver la prueba en sus ojos no haría más que empeorarlo.

Se duchó rápidamente. Cuando salió del baño, sacó una camisa limpia del cajón y se la puso. Luego levantó la persiana de una ventana. Aún era muy temprano. Finas y alargadas nubes flotaban sobre los picos lejanos como una blanca estola. Por lo demás, el cielo estaba despejado por primera vez en muchos días y prometía volverse azul a medida que avanzara el día.

No había nadie en el exterior. La camioneta no estaba aparcada en su sitio.

Emory dejó caer la mano lánguidamente. La cortina de muselina cubrió de nuevo la ventana.

Se dio la vuelta. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su riñonera estaba encima de la mesa, bien visible. En el interior estaban los dos billetes de veinte dólares, su carnet de conducir, su tarjeta de crédito y su mapa. Al lado de la riñonera estaban las gafas de sol.

Su ropa de correr se había doblado pulcramente, incluyendo guantes y cinta para el pelo. Sus zapatillas estaban colocadas bajo la mesa, alineadas y con los calcetines metidos dentro.

Lo que significaba que había llegado el momento de irse.

Cuando se quitó la camisa y la dejó sobre el respaldo de la silla, se sintió como si sus extremidades pesaran toneladas. Se vistió maquinalmente y recogió sus pertenencias. Cuando terminó, se sentó en el sofá para esperar.

«En cuanto esté lista», había dicho la noche anterior. Estaba claro que entonces no estaba lista para irse, ni él estaba listo para dejarla marchar. Durante la noche, se habían comunicado

entre susurros y suspiros con el apremiante lenguaje de los amantes, pero no habían dicho una sola palabra sobre la vida a que ella debía regresar, ni sobre «eso» que incluso Lisa había intuido y que hacía necesario su anonimato. Los dos sabían que esa noche no era más que un tiempo muerto. No había representado más que una breve tregua.

Pero al llegar la mañana...

Sus ojos se desviaron hacia la mesita auxiliar. La pistola brillaba por su ausencia.

Emory se puso en pie de un brinco.

—Oh, Dios mío. ¡Oh, no!

Se abalanzó sobre la puerta y la abrió de un tirón. El aire frío la dejó sin respiración. Salvó de un salto los escalones del porche y resbaló en la placa de hielo formada sobre la roca plana incrustada en la tierra, pero el resbalón le sirvió para impulsarse. Fue corriendo hasta la cerca, trepó por ella y echó a correr en dirección a la casa de los Floyd.

Era cuesta arriba todo el camino, pero ella lo recorrió como si fuera terreno llano, temiendo que si aminoraba la velocidad, por poco que fuera, llegaría demasiado tarde. Tal vez ni siquiera esforzándose al máximo sería suficiente. Tal vez no llegaría a tiempo para impedir...

¡Por fin! El borde del tejado de zinc con su pararrayos apareció por encima de las copas de los árboles. En lugar de aflojar, la visión de su destino la acicateó aún más. Ya jadeaba cuando el mugriento sendero de entrada apareció ante ella. Entonces vio la camioneta. Y lo vio a él.

Se le cortó la respiración, presa del miedo, a tal punto que ni siquiera pudo gritarle cuando él subió con decisión los escalones del porche y prácticamente arrancó de sus goznes la puerta mosquitera al abrirla. Luego lanzó una patada tan fuerte a la puerta principal que esta se abrió hacia dentro violentamente y golpeó la pared. Él desapareció en el interior de la casa.

Segundos más tarde, Norman era arrojado al exterior con tal fuerza que la puerta mosquitera no evitó que saliera despedido por el porche y cayera por los escalones. Dio una voltereta y aterrizó boca arriba a solo unos metros de Emory.

Norman gateó para recobrar el equilibrio y defenderse del hombre que había salido tras él. Llevaba la escopeta, pero la arrojó a un lado y bajó los escalones del porche de un salto. Cayó sobre Norman y le propinó un violento puñetazo.

Hueso y cartílago crujieron cuando la nariz de Norman se aplastó. Empezó a sangrar y aulló de dolor, pero recibió varios rápidos puñetazos en el estómago antes de caer al suelo.

Emory ahogó una exclamación consternada tapándose la boca con la mano.

El perro maltratado corría en círculos alrededor de los dos hombres, ladrando desaforadamente.

—¡Atácalo, condenado chucho! —gritó Will, saliendo hecho un basilisco por la puerta mosquitera, vestido solo con pantalones.

Se lanzó por la escopeta tirada en el suelo, pero una bota lo interceptó golpeándole la entrepierna antes de que hubiera bajado los escalones del porche. Cayó de rodillas, chillando y aferrándose los testículos, pero eso no le ahorró otro fuerte puntapié, esta vez en la cara, que le destrozó el pómulo. Un puñetazo en la mandíbula le desplazó el mentón y arruinó su expresión lobuna y lasciva para siempre.

Cayó hacia atrás y su cabeza se golpeó contra el último escalón, con un sonido semejante a dos bloques de madera al entrechocar, pero el golpe no bastó para dejarlo inconsciente. Siguió aullando de dolor.

Norman aún no estaba fuera de combate. Se había recuperado en parte. A pesar de la sangre que le bajaba hasta la barba desde el amasijo que antes era el centro de su cara, de alguna manera logró ponerse en pie dando tumbos y lanzó dos puñetazos al tuntún que fueron fácilmente esquivados por su atacante, que atrapó el puño derecho en el aire y le retorció el brazo para obligarle a darse la vuelta.

Luego, acercando sus labios a unos centímetros del oído de Norman, le dijo:

—Y tú que pensabas que te habías perdido toda la diversión en Virginia.

Tiró entonces de la mano de Norman hacia arriba entre sus omóplatos. Emory oyó el escalofriante sonido de la articulación del hombro al salirse de su sitio. El grito de Norman se convirtió en un quejido estrangulado cuando recibió un puñetazo en el riñón, y cuando su torturador le soltó el brazo inservible, cayó al suelo como un muñeco de trapo.

—Esto es por el perro, mamón hijoputa.

Emory estuvo segura de que la patada que le dio a Norman entonces le rompió varias costillas.

El hombre no parecía alterado en absoluto, salvo porque le faltaba el aliento. Se alejó de Norman para acercarse a Will, y comprobó el daño que le había infligido. Al parecer lo consideró suficiente, porque no lo tocó.

—Si vuelves a ponerle la mano encima a Lisa —se limitó a decir—, volveré y te partiré el cuello.

Agarró la escopeta y le quitó los cartuchos. Luego fue hasta un robusto árbol y golpeó el tronco con el arma una y otra vez hasta que la culata se separó de los cañones. Recogió los pedazos del suelo y los arrojó a la parte posterior de su camioneta.

El perro se acercó a él con la lengua colgando y agitando la cola. Tras conseguir una palmadita en la cabeza y que le rascara bajo la barbilla, el animal volvió a su lugar bajo el árbol y se tumbó con un suspiro de satisfacción canina.

Emory corrió hacia Norman.

O lo intentó. Él la sujetó por el brazo, deteniéndola bruscamente.

—No lo toques.

—No podemos dejarlo así.

—Ya lo creo que sí —replicó él, y la empujó hacia la camioneta.

—Yo no puedo —insistió ella, tratando de resistirse.

—Sí que puedes.

Antes de protestar de nuevo, Emory vio que Pauline había salido al porche, arrebujada en una raída chaqueta de punto. Él se dio la vuelta para ver qué había atraído la atención de ella, luego se dirigió al lado del conductor y sacó una bolsa de papel del suelo de la camioneta.

Se acercó al porche de la casa y se inclinó por encima de Will para entregarle la bolsa a Pauline.

—Contiene una taza de café para reemplazar la que rompí. Y el dinero debería bastar para comprar un televisor nuevo.

—Gracias —dijo ella con aire perplejo.

—¿Cómo está Lisa esta mañana?

—Bien. Durmiendo tranquilamente. —Miró a Will, que gemía aparatosamente, y añadió—: Bueno, al menos antes.

—Hágale la maleta, y también la suya. Volveré más tarde por las dos.

Mostrando una perplejidad aún mayor, ella miró en derredor, asimilando el deterioro de su casa, el desastre que era toda su vida. Se volvió de nuevo hacia él.

—No puedo abandonar mi casa —dijo.

Él pareció que replicaría, pero al final exhaló un suspiro de resignación.

—Encárguese de que Lisa esté preparada.

Volvió a la camioneta y esta vez, cuando abrió la puerta del acompañante, lo dejó claro.

—No vamos a discutir sobre esto, doc.

Viendo que sería inútil intentarlo, ella subió a la camioneta. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Te he despertado?

Sam Knight se tumbó boca arriba y se acercó el móvil a la oreja con dedos torpes.

—¿La han encontrado?

—No —respondió Grange—, pero la amante de Jeff ha cedido.

Knight se incorporó, sacudiéndose de encima la somnolencia.

—Ha sido rápido.

—He ido temprano a Atlanta y estaba llamando a su puerta antes del amanecer. La he despertado con la guardia baja.

—Vaya, eres un hacha.

—Al principio se puso a la defensiva, dando evasivas, pero cuando fingí saber más de lo que sabemos sobre su relación con Jeff, se echó a llorar. Y al final, hundida, admitió que tienen una aventura.

—Ajá. —Knight estaba intentando ponerse los calcetines usando una sola mano. Hizo el gesto de beber para que su mujer le llevara una taza de café—. ¿Te ha dicho cuánto tiempo hace que dura?

—Seis meses. Desde el fin de semana del Día de los Caídos.[1] A Emory la llamaron por una urgencia y tuvo que irse al hospital en medio de una barbacoa en casa de Alice.

—Y en cuanto ella se fue...

—Ellos se acostaron. Desde el principio Alice ha temido que Emory lo descubriera. Jamás fue su intención. Jamás quiso hacerle daño. Simplemente sucedió. Fue de esas cosas que nadie espera.

—Por así decirlo.

Grange estaba demasiado entusiasmado para captar la ironía y siguió hablando.

—Lloró como una Magdalena y me soltó todo ese rollo de la culpabilidad, típico de la gente que se acuesta con el marido o la mujer de un amigo o amiga.

Knight lanzó un beso a su mujer, que le había llevado el café.

—Bueno, ¿y qué hay del marido, nuestro estimado Jeff?

—Le pregunté a Alice si creía que él tenía algo que ver con la desaparición de Emory y se puso como una loca.

—¿En qué sentido?

—Negándolo tajantemente. Dijo que era impensable. Además, afirma que no pudo ser él porque estuvieron juntos desde el viernes por la noche hasta el domingo por la mañana.

—¿Dónde?

—En casa de ella. Siempre se lo montan allí. Es clienta de Jeff, lo que les daba un motivo creíble para estar juntos si Emory llegaba a pillarlos.

—Para. Me ha venido a la cabeza una imagen de Jeff haciéndole la declaración de Hacienda desnudo.

Grange se echó a reír.

Sam sorbió su café pensativamente.

—Así que dice que estuvieron juntos todo el fin de semana, ¿eh? Qué oportuno, ¿no crees? Tal vez no sea más que una coartada.

—Ya, pero yo la creo, Sam. Cuando me lo dijo me estaba preparando un café. Estaba muy disgustada y dispuesta a cooperar.

—De acuerdo, entonces estuvieron calentando las sábanas hasta el domingo. ¿Hasta qué hora?

—Hasta después de un desayuno tardío. Poco antes de que Jeff empezara con su ronda de llamadas.

—Mmm. No concuerda con la teoría para el sábado por la noche de la que habíamos hablado. O bien Alice miente cuando dice que estuvo con ella todo ese tiempo, o bien, si dice la verdad, ¿cuándo pudo matar él a Emory?

Grange sopesó las posibilidades.

—Él admite que vino aquí el domingo. Quizá se encontró con su mujer en algún punto del camino. A lo mejor se citaron en algún sitio para hablar. Y allí fue donde dejó el cadáver. Luego vino hasta aquí para montar el numerito del marido afligido.

—No sirve. Y tampoco el sábado —dijo Sam—. Porque el coche de Emory estaba en el aparcamiento de la montaña bajo una capa de hielo y nieve de dos días. Se me ha ocurrido en mitad de la noche. Emory no salió de esa montaña. Al menos en ese coche.

—Mierda.

—Tenemos que situar a Jeff en la montaña, y por el momento no lo hemos conseguido.

—Mierda otra vez. Pero el caso es que yo creo que lo hizo él, Sam.

—Yo también.

Ambos guardaron silencio mientras reflexionaban sobre aquel dilema.

—La aventura extraconyugal —dijo finalmente Grange—, además de la cuestión del dinero y el hecho de que es un capullo, nos dan motivo suficiente para retenerlo, ganar un poco de tiempo y hacerle confesar, o hacer confesar a Alice, o encontrar los restos de Emory, o alguna otra prueba física.

—¿Qué esperas, un milagro?

—A veces ocurren.

Knight sopesó la idea y llegó a una conclusión.

—¿Dónde estás?

—En el coche, de vuelta. Hace ya una hora. Te he dejado dormir.

—Gracias. —Knight consultó su reloj de pulsera—. Tenemos que recoger a Jeff a las nueve.

—Llegaré mucho antes.

—Entonces recojamos a Jeff media hora antes. Lo pillaremos desprevenido y lo dejaremos aturdido con el tema de la infidelidad. Ya conoces la rutina.

—¿Puedo ser yo el poli malo?

—Nos vemos en una hora.

—Por amor de Dios, Alice, ¿quieres calmarte, por favor?

—No creo que comprendas lo que significa, Jeff.

—Lo comprendo perfectamente. Pero no debemos dejarnos llevar por el pánico solo porque...

—¿Porque no sé cómo la policía se ha enterado de lo nuestro, después de que creyeras que sospechaban de ti? ¿No te parece que es motivo para dejarse llevar por el pánico?

—Admito que es motivo suficiente para preocuparse, pero no saquemos las cosas de quicio. A ver, respira hondo y vuelve a contarme lo que te ha dicho Grange.

Alice volvió a contárselo, pero la repetición no lo mejoró.

—Se presentó en mi casa antes del amanecer, Jeff. Solo eso ya indica que se están tomando esto, nuestra aventura, muy en serio. Lo consideran un factor importante en la desaparición de Emory. Perdona, pero es para ponerse nerviosa.

Jeff no se lo discutió. Grange se había molestado en ir hasta Atlanta, lo que indicaba que las especulaciones aleatorias de aquellos dos pelmas habían empezado a tomar cuerpo. Jeff temió que pronto pasaría de marido «desesperado» a «sospechoso».

Si eso ocurría, los medios captarían cuándo unos policías con expresión severa lo escoltaran hasta la oficina del sheriff. Las entrevistas se convertirían entonces en interrogatorios oficiales, y eso supondría una gran diferencia. Durante las entrevistas, los policías se mostraban corteses y deferentes. El ambiente era sensible y comprensivo.

Un interrogatorio era justo lo contrario.

Se vería obligado a contratar a un abogado, lo que sería como admitir su culpabilidad. A continuación se produciría una oleada de desconfianza y desprecio hacia él. No creerían nada de lo que dijera. Lo calumniarían extraños y conocidos por igual. Sus clientes pondrían en tela de juicio su integridad y transferirían su cartera de valores a otro gestor.

La idea de verse sometido a semejante humillación le provocó sudores fríos. Con una esquina de la sábana se secó el sudor que le brotaba de las axilas y le bajaba por las costillas. No obstante, la acritud del sudor funcionó como las sales y se recompuso.

Se estaba adelantando a los acontecimientos. Todavía no lo habían acusado de nada. Sabían que Alice y él eran amantes. ¿Y qué? El adulterio era pecado, no delito.

Sin embargo, para muchas personas, serle infiel a Emory Charbonneau, la defensora de los oprimidos y desheredados, constituiría un pecado mortal. Tenía que tomar medidas preventivas antes de verse sometido al escarnio de la opinión pública, a la que su mujer tenía ganada de antemano. Si su infidelidad salía a la luz, sufriría el flagelo público. Y nadie querría perdérselo.

—No deberías haberme llamado, Alice —dijo repentinamente—. Es lo peor que podrías haber hecho.

—¿Prefieres que se presente ahí la policía y te arreste sin previo aviso?

—No van a arrestarme —dijo Jeff, que empezaba a perder la paciencia—. No tienen nada para un arresto. No pueden meterme en la cárcel solo por acostarme contigo. Lo que, dadas las circunstancias, debemos dejar de hacer. Tengo que ser el marido ideal que Emory merece. Tú y yo no deberíamos volver a vernos en privado.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé.

—Jeff, por favor. Hablemos de esto.

Dios, qué mal le sentaba cuando se ponía en plan llorica, pensó Jeff. Y aún le sentó peor oír el coche que se detenía delante de su habitación del motel.

—No vuelvas a llamarme —dijo, y colgó.

Con menos confianza de la que había expresado al hablar con Alice, Jeff fue rápidamente hasta la ventana y miró entre las cortinas. Knight y Grange salían del todoterreno, y no venían a traerle café ni dónuts.

¿Por qué llegaban media hora antes de lo acordado?

Su teléfono vibró.

¡Mierda!

—¿Jeff? —gritó Knight a través de la puerta—. ¿Se ha levantado? —Su tono era puramente profesional, sin la menor campechanía.

El teléfono de Jeff seguía vibrando. Soltando palabrotas por lo bajo, respondió en un susurro.

—Ya te lo he dicho. No vuelvas a llamarme.

—Jeff, abra —insistió Knight, aporreando la puerta—. Ahora.

—¿Jeff? —oyó en el móvil.

Los policías se lanzaron contra la puerta y, cuando esta cedió, prácticamente cayeron en el interior de la habitación. Grange tenía la mano en la pistolera. Ambos se detuvieron en seco cuando vieron a Jeff de pie delante de ellos, en ropa interior y temblando de pies a cabeza.

Mareado y sin resuello, sonrió y tendió su móvil a Grange.

—Es Emory.

1. Fiesta nacional que se celebra en Estados Unidos el último lunes de mayo en homenaje a los soldados caídos en combate. *(N. de la T.)*

21

Fingió ser uno de los voluntarios que había estado buscando a Emory.

Se mezcló con ellos, vestido como casi todos con gruesas prendas de abrigo. La bufanda (la misma que ella había agujereado con el cuchillo) le cubría el mentón. También se había subido el cuello del chaquetón para ocultar buena parte de su cara. Llevaba el gorro calado hasta las orejas y gafas oscuras que ayudaban a disimular el arañazo que le había hecho ella en el pómulo. Se estaba curando, pero aún era visible.

La mayoría de las marcas que le había dejado Emory no lo eran. Se encontraban en el interior, donde las heridas nunca eran superficiales y las cicatrices tenían un gran significado.

En una población del tamaño de Drakeland, la desaparición y posterior reaparición de Emory eran todo un acontecimiento. Al saber que había aparecido y llevados por la euforia, a pesar de que no la habían «encontrado» exactamente, un centenar de voluntarios se había congregado frente al hospital local para darle una bienvenida de heroína.

Cuando el todoterreno de la oficina del sheriff se detuvo en la entrada de Urgencias, se encontraron rodeados por cámaras y periodistas, la mayoría procedentes de Atlanta. Algunos mirones, que ignoraban lo que estaba pasando pero se habían acercado atraídos por el revuelo, se abrían paso a codazos para poder situarse y ver mejor. Agentes uniformados intentaban poner orden en el caos con escaso éxito.

Él sobresalía entre la multitud por su estatura, pero la posibilidad de que Emory lo divisara era remota. No lo estaría buscando. Aquel era el último lugar en que esperaría verlo.

Era el último lugar en que él mismo esperaría encontrarse.

Seguía preguntándose por qué había ido hasta allí. La respuesta seguía resistiéndose. A mitad de camino a casa, después de dejar a Emory, había sentido el impulso de dar media vuelta y se había dejado llevar por él. Algunas cosas simplemente se hacían y uno nunca llegaba a asumir el porqué.

Así que allí estaba: el causante de la desaparición de Emory era ahora testigo de su reaparición.

Un policía uniformado se apeó del vehículo oficial por el lado del conductor, abrió la puerta de atrás y la ayudó a salir. Con una gruesa manta alrededor de los hombros, Emory se veía menuda y abrumada. Llevaba gafas de sol que ocultaban sus ojos, pero su boca no sonreía. Sus zapatillas deportivas estaban sucias de barro por la carrera de kilómetro y medio entre la cabaña y la casa de los Floyd.

Él no contaba con que ella se despertara y comprendiera adónde había ido, y que encima tuviera tiempo de llegar allí y presenciar la paliza que pensaba propinarles a aquellos cabrones. La había dejado cómodamente acurrucada en su cama, cálida y arrebolada, ahíta de sexo y profundamente dormida. Y al poco la veía frente a la casa de los Floyd, sin resuello, horrorizada.

Aquellos hermanos eran la razón por la que él se encontraba allí, en Carolina del Norte.

Había jurado no parar hasta vengarse de ellos. No contaba con el modo en que se habían desarrollado los acontecimientos.

En un principio había pensado posponer su venganza hasta que Emory no se encontrara bajo su techo, lo que aumentaba los riesgos. Pero después del incidente con Lisa, después de que los hermanos y él se hubieran declarado mutuamente la guerra, no podía prever lo que harían. Consideró entonces que no podía retrasarlo más, que debía actuar si no quería perder su oportunidad.

Solo un juramento como el que se había hecho a sí mismo con respecto a Norman y Will Floyd podía haberlo sacado del lecho que compartía con Emory.

No la había visto hasta después de lanzar a Norman por las escaleras del porche. Ella lo miraba horrorizada, pero él había ido hasta allí con un firme propósito que ni siquiera la repugnancia de Emory podía reprimir.

Ya estaba hecho y era demasiado tarde para echarse atrás. No habría cambiado nada aunque hubiera querido. No se arrepentía. Solo lamentaba que ella lo hubiera visto.

Aquella sería su última impresión de él. Sangre fresca en las manos. Una mancha indeleble más oscura que la que tenía en su alma.

Tras abandonar la casa de los Floyd, se había detenido en la cabaña apenas lo suficiente para entrar en busca de las pertenencias de Emory. Luego había depositado la riñonera sobre su regazo sin que ella pestañeara siquiera.

Durante el largo trayecto hasta Drakeland, ella se había limitado a mirar fijamente al frente con las manos enlazadas, temiendo sin duda que, si se atrevía a pronunciar una sola palabra, encolerizaría a la bestia que había visto desatada.

Al llegar a las afueras de Drakeland había detenido la camioneta en el arcén.

—A unos quinientos metros de aquí hay una gasolinera. Puedes llamar a alguien para que venga a recogerte.

Tendiendo la mano por encima de las rodillas de Emory, abrió la guantera, donde había guardado el móvil de ella. Mientras ella dormía y él se movía sigilosamente por la cabaña recogiendo sus cosas, había sopesado si debía dejarle también el teléfono. Habían pasado una noche juntos que recordaría hasta su muerte. Y la reviviría un millar de veces en sus fantasías. Pero era desconfiado por naturaleza, de modo que finalmente había decidido esconderle el móvil hasta el último momento.

Al entregárselo, le dijo que lo había cargado.

—Pero te agradecería que no llamaras hasta pasados unos minutos para darme algo de ventaja.

Ella miró el móvil como si no reconociera lo que era, luego levantó la vista hacia él.

—Me confundes. No te entiendo.

—Ni lo intentes. Es imposible.

—Has ido allí expresamente para enfrentarte a ellos.

—Sí. Y creo que ellos me esperaban. Norman estaba dormido en el sillón, pero tenía la escopeta en el regazo.

—Podría haberte matado.

—No ha reaccionado con la suficiente rapidez.

—Le has dicho una cosa. Algo de que se había perdido la diversión en Virginia. ¿De qué iba

eso?

—Nada que deba preocuparte.

—¡Me preocupa! He visto cómo dabas una paliza a dos hombres.

—Se la merecían.

—Tal vez por lo de Lisa, pero...

—Déjalo correr, doc.

—Dime algo. —A Emory se le quebró la voz—. Una explicación.

El colgante plateado le quemaba como un ascua encendida en el bolsillo de los tejanos. Ella aún no lo había echado de menos. Era demasiado pequeño e insignificante para que se hubiera dado cuenta de que no lo tenía, pero para él era un tesoro, una parte de ella que ahora sería suya.

¿Acaso no era justo que él le diera algo a cambio? Pero lo que ella pedía, una explicación, eso no podía dárselo.

Al cabo de un largo silencio, los ojos de Emory se habían llenado de lágrimas.

—¿Quién eres? —Por su tono, él comprendió que quería saber algo más que su nombre.

Volvió la cara y miró por el parabrisas, deseando locamente tocarla solo una vez más, besarla una vez más. Pero entonces le habría sido más difícil dejarla marchar.

Así pues, apeló a la insensibilidad con que se armaba cada día para salir adelante. Cuando volvió a tender la mano, fue para tirar de la manilla de la puerta. La abrió con un empujón de los dedos.

—Adiós, doc.

Ella siguió mirándolo sin comprender. Él mantuvo su actitud inexpresiva. Al final, Emory bajó de la camioneta y cerró la puerta. Y él se fue.

Suponía que Emory le había hecho caso y no había llamado a nadie inmediatamente, porque pasó más de una hora hasta que oyó en la radio la noticia de su repentina aparición.

Él se había arriesgado mucho regresando a la ciudad. Emory podía haber dado a las autoridades la marca y el modelo de la camioneta. Tal vez había memorizado incluso la matrícula.

No, no creía que ella fuera a delatarlo. No por protegerlo a él, sino para protegerse a sí misma de la vergüenza y el escándalo. Cuanto más contara sobre él, más tendría que revelar sobre sí misma y sobre el tiempo que habían pasado juntos, y él no creía que Emory quisiera divulgar públicamente algo así.

Sin embargo, se preguntaba qué le diría a su marido en privado.

Además del policía que la había ayudado a bajar del todoterreno, en el vehículo había otro policía. Situándose a un lado y otro de Emory, la habían protegido mientras avanzaban con dificultad entre la multitud hacia la entrada de Urgencias. Ella mantuvo la cabeza gacha, evitando mirar a las cámaras. Ni siquiera miró de reojo hacia donde él estaba.

Si por casualidad acababa viéndolo, ¿lo señalaría y lo acusaría de ser su raptor? ¿O fingiría que no era más que otra cara entre la multitud, una cara que no conocía, que no había besado, que no había sujetado contra sus pechos, que no había apretado entre los muslos mientras se corría?

Nunca lo sabría, porque ella no miró hacia donde estaba antes de cruzar la doble puerta automática y desaparecer de la vista. Él siguió mirando fijamente el sitio donde la había visto por última vez hasta que la multitud de mirones empezó a dispersarse, arremolinándose en torno a él,

que permanecía plantado allí.

Los equipos de noticias emprendieron el camino de vuelta a sus furgonetas. De repente se elevó un clamor.

—¡Señor Charbonneau! ¡Señor Charbonneau!

Y él se vio zarandeado por periodistas y cámaras que volvían corriendo hacia el todoterreno policial.

Del asiento trasero salía el marido de Emory, fácilmente reconocible por las fotos que había en Internet. Una vez identificado, los medios rodearon a Jeff Surrey. Unas declaraciones del marido era lo mejor que podían obtener a falta de declaraciones de la propia Emory.

Jeff se mesó sus finos cabellos rubios, como preparándose para comparecer ante las cámaras. Vestía pantalones oscuros, jersey de cuello alto y una chaqueta negra acolchada más propia de una lujosa estación de esquí que de una pequeña población rural al pie de las montañas.

—Mi apellido es Surrey, no Charbonneau —corrigió a los numerosos micrófonos que le pusieron delante.

—¿Su mujer está bien?

—¿Le ha contado qué ocurrió?

—¿Dónde ha estado, señor Charbonneau? —preguntó alguien que no había oído su corrección, o prefería ignorarla.

Jeff alzó una mano para pedir silencio.

—Por el momento sé poco más que ustedes. Hace un rato, Emory me ha llamado desde una gasolinera de las afueras de la ciudad. Casualmente me encontraba en compañía de unos ayudantes del sheriff al recibir la llamada. Los subinspectores Knight y Grange y yo hemos ido a buscarla inmediatamente.

Le lanzaron una batería de preguntas, pero él eligió responder a la de por qué habían llevado a Emory al hospital.

—Ha sufrido una conmoción cerebral. Diagnosticada por ella misma. Por lo demás, no parece tener heridas graves, pero yo he insistido en que la trajeran aquí para que la examinaran y comprobaran su estado.

En respuesta a la siguiente andanada de preguntas, añadió:

—Tengo entendido que un representante de la oficina del sheriff convocará una conferencia de prensa en su momento, después de que hayan tenido oportunidad de hablar con Emory más extensamente. Ahora, si me disculpan... —Y empezó a abrirse paso entre los reporteros.

Cuando Jeff se dirigió a la entrada del hospital, pasó a menos de tres metros de un hombre alto con gorro de lana, que no sentía nada más que desprecio por el que llevaba la elegante chaqueta de esquiador. Un hombre que rápidamente se había formado una opinión del marido de Emory. Le parecía un cabrón engreído y vanidoso. ¿Qué había visto ella en él?

Tratando de encontrar una respuesta, examinó a Jeff de la cabeza a los... Se le encogió el corazón y se quedó frío como el hielo. Dentro de su cabeza empezó a maldecirse. «¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!»

Pero permaneció callado y quieto, y dejó que Jeff Surrey pasara por su lado sin imaginar la avalancha que había provocado. Con su arrogancia intacta, el marido de Emory entró presuroso en Urgencias. Las puertas de cristal se cerraron a su espalda.

En ellas apareció el reflejo del hombre del gorro de lana. Se vio a sí mismo, con los puños

enguantados a los lados. Su mandíbula era de granito, su pose agresiva, como un venado impaciente por embestir con su cornamenta, como un pistolero ansioso por desenfundar. Incluso a él le pareció aterrador.

Y se dio cuenta de que eso le haría aún más visible si se quedaba por allí.

Permaneció indeciso unos segundos más y luego se dio la vuelta y se alejó del hospital. Encorvó los anchos hombros dentro del chaquetón y se mezcló con un grupo de voluntarios que charlaban sobre la milagrosa reaparición de Emory, sobre aquel final feliz que podría haber sido trágico, y sobre el alivio que debía de sentir el marido al tenerla de vuelta sana y salva.

Se separó del grupo sin que se hubieran fijado en él y recorrió varias manzanas hasta llegar a la camioneta, en el atestado aparcamiento de un supermercado. Subió y se quedó sentado al volante, golpeándolo con los puños y soltando palabrotas.

Creía que, al despedirse de ella, se liberaría para siempre, que podría seguir adelante, sin rumbo e infeliz pero en paz consigo mismo, sabiendo que había hecho lo correcto.

Iluso.

Jack Connell despertó esperanzado esa mañana. Pero un vistazo por la ventana de la habitación del hotel le dijo que no iba a permanecer seco mucho tiempo. Seguía lloviendo a cántaros. Ni siquiera se veía el puerto deportivo al otro lado de la calle bajo el diluvio,

Tardó diez minutos en ducharse, afeitarse y vestirse. Veinte minutos más y estaba de vuelta en la calle donde vivía Rebecca Watson. Aparcó en el extremo opuesto de la manzana al que había estado el día anterior.

Solo había visto a Rebecca un momento cuando había salido al porche por su correspondencia. No había visto a la hija, Sarah.

Masticando unos cacahuetes sobrantes del vuelo en avión, había estado vigilando la casa todo el día hasta caer la noche. A través del parabrisas empañado había seguido con la vista fija en la casa hasta que se habían apagado las luces, y después una hora más. No había ocurrido nada. No había aparecido ningún tipo alto y corpulento con intenciones de entrar furtivamente en la casa al amparo de la oscuridad. Perra suerte.

En el trayecto de vuelta al hotel, había comprado la típica comida basura capaz de colapsar las arterias. La había tomado mientras miraba su correo electrónico y luego se había ido a dormir.

Ahora estaba de vuelta, impaciente por descubrir qué podía depararle un nuevo día.

A las 7.42 se abrió la puerta del garaje y el monovolumen salió dando marcha atrás. La puerta volvió a bajar. El monovolumen avanzó hacia donde se encontraba él y pasó de largo. En el asiento del acompañante vio a una adolescente escribiendo en su móvil. El conductor era un borrón a través de las ventanillas por las que chorreaba la lluvia, pero los cabellos blancos de Rebecca eran inconfundibles.

Jack esperó a que hubieran doblado la esquina y luego las siguió, manteniéndose siempre a unos cuantos coches de distancia.

Tras un corto trayecto, Rebecca dejó a Sarah en una escuela católica. La chica desatendió el móvil solo lo suficiente para besar a su madre en la mejilla y bajarse.

Desde allí, Rebecca fue a un Starbucks. Entró en él con un portátil bajo el brazo. Unos

minutos más tarde, la vio sentarse en una mesa junto a una ventana. Observándola desde un aparcamiento al otro lado de la calle, a Jack se le hizo la boca agua pensando en un capuchino caliente, pero no quería arriesgarse a entrar en el establecimiento y que ella lo reconociera.

Rebecca seguía enfrascada en lo que estuviera haciendo en su portátil. No se sentó nadie más a su mesa. Faltaban unos minutos para las nueve cuando se fue, llevándose el café.

A Jack el centro de la ciudad le recordó los pueblos de Nueva Inglaterra. Modernas tiendas y restaurantes ocupaban los edificios antiguos, bellamente rehabilitados. La tienda de Rebecca Watson era uno de aquellos negocios.

A las nueve y media, le dio la vuelta al letrero de ABIERTO que colgaba de la puerta de cristal de Bagatelle, el nombre de la tienda.

Jack llamó a Wes Greer. Tras intercambiar saludos e informarse mutuamente sobre los avances del día anterior, Jack le preguntó si tenía la información que le había pedido.

—Le va bien con la tienda —respondió su colega—. Sobre todo en los meses de verano, durante la temporada turística. Baja un poco durante esta época del año, pero en vacaciones tiene muchos clientes. Y junio es muy bueno.

—¿Qué ocurre en junio?

—La gente se casa.

—Ah. ¿Qué vende?

—Material de oficina, figuras de cristal y porcelana, regalos y cosas así. Las cosas con las que tu mujer llena la casa.

Jack no podía saberlo. No estaba casado. Y no porque no lo hubiera intentado. Claro que su ex prometida le había recriminado su indiferencia respecto a mantener viva la relación. «Ni siquiera lo intentas, Jack. Si me fuera, tardarías días en darte cuenta de que me he ido.» Había tardado tres.

—¿Algo interesante por ahí? —preguntó antes de colgar.

—Está bastante tranquilo. ¿Qué tal el tiempo ahí?

—Un espanto.

A pesar de la lluvia y de ser un día entre semana, el negocio no iba mal en Bagatelle. Todos los clientes, excepto uno, fueron mujeres, y el único hombre que entró en la tienda no era el que Jack buscaba.

A las doce y media, tenía la vejiga a reventar y estaba hambriento. Se echó la chaqueta por encima de la cabeza y corrió hacia una charcutería en la que se había fijado antes. Pidió un sándwich y luego fue al lavabo y orinó a sus anchas. Regresó al coche con la comida y una bebida. Después de comer, a causa del largo vuelo del día anterior y las escasas horas de sueño, tuvo que esforzarse por mantenerse despierto a medida que avanzaba la tarde.

Para espabilar, abrió el expediente y revisó un material que ya se sabía de memoria.

Descripción física: 1,93 m de estatura, 102 kg de peso, pelo oscuro, ojos azules, cicatriz en forma de medialuna sobre la ceja izquierda, un tatuaje en el bajo vientre. Fecha de nacimiento: 3 de febrero de 1976. Lugar de nacimiento: Winston-Salem, Carolina del Norte. Formación: licenciado en Ingeniería de Edificación, Instituto Politécnico de Virginia. Servicio militar: Ejército de Tierra. Antecedentes penales...

Jack alzó la vista a tiempo para ver al único pariente conocido del sujeto dando la vuelta al letrero en la puerta de la tienda. Rebecca había esperado hasta las cinco en punto para cerrar, a

pesar de que no había tenido un solo cliente en la última hora. Era tan disciplinada como su hermano.

Jack dejó que pasaran varios vehículos antes de incorporarse al tráfico. La siguió hasta su casa, pero no dobló la esquina de su calle hasta después de cinco minutos de que lo hubiera hecho ella. La puerta del garaje estaba cerrada. Aún no había salido por el correo: una revista asomaba por el buzón.

Llegó hasta el final de la manzana y aparcó bajo la conífera, dejó la cámara de fotos a mano y bostezó, arrellanándose para una nueva vigilancia de varias horas.

Solo duró un par de minutos.

Rebecca salió al porche pero no se detuvo en el buzón. Lo que hizo fue abrir un paraguas, recorrer el sendero de entrada a grandes zancadas hasta la acera y...

«¡Oh, mierda!»

Rebecca venía por la calle directamente hacia él, y echaba fuego por los ojos.

22

—No lo sé.

El semicírculo de rostros que rodeaban la cama de Emory en el hospital mostraban la misma expresión en diferentes grados: incredulidad. La de Jeff estaba teñida de consternación. Los doctores Butler y James reflejaban la típica actitud compasiva de los médicos. Los dos policías la miraban con escepticismo.

—No lo sé —repitió Emory—. No sé su nombre ni dónde está su cabaña. Lo siento. Sé que esperaban una explicación más completa, pero la verdad es que no recuerdo gran cosa.

—Esto no es un examen, Emory —le susurró Jeff, inclinándose hacia ella—. No te pongas nerviosa. Si no te acuerdas, no pasa nada. Lo más importante es que has vuelto.

—Su marido tiene razón, doctora Charbonneau —dijo el subinspector Sam Knight.

Knight se había presentado a Emory como el encargado de dirigir la investigación de su caso. Tenía un semblante afable y una actitud relajada. Le cayó bien de inmediato y por eso no le gustó nada tener que mentirle. Aunque, ateniéndose a lo esencial de los hechos, lo cierto era que no sabía cómo se llamaba el hombre con quien había pasado cuatro días. Y tampoco podía conducirlos hasta su cabaña ni ubicarla en un mapa.

Knight intentó animarla con una sonrisa.

—Tómese su tiempo. No hay prisa. Probemos con otro enfoque. ¿Qué le parece si nos centramos en lo que sí recuerda?

—Tengo claro que aparqué el coche cerca del mirador el sábado por la mañana y empecé a correr. Pero aparte de eso, mis recuerdos son borrosos. Ni siquiera sé si son correlativos. Están fragmentados.

»Recuerdo que me desperté con un dolor de cabeza atroz. Estaba mareada y tenía náuseas. Vomité una vez. Pero el tiempo carecía de importancia. Permanecía semiinconsciente. Hasta que me desperté del todo esta mañana.

Eso era mentira, y todos debían de sospecharlo, porque nadie dijo nada.

—Volviendo al sábado —insistió finalmente Knight—. Nos ha dicho que corrió por el sendero de la Cresta del Oso. ¿Por alguna razón en particular?

Al menos a eso podía responder con sinceridad.

—Lo tenía señalado en un mapa de senderos de montaña. En el mapa se veía que era sinuoso, y que al final terminaba en un mirador al otro lado del pico. Ahí era donde pensaba dar media vuelta.

—Ese sendero tiene muchas bifurcaciones. Quizá nos sería útil ver su mapa, y así sabríamos exactamente por dónde fue.

—No estoy segura de haber seguido el camino que me había trazado. Resultó que el mapa no era muy fiable ni preciso. Señalaba el sendero de la Cresta del Oso como pavimentado y así era, pero estaba muy deteriorado. Durante largos tramos era poco menos que gravilla. Creo que debí

de resbalar y al caer me golpeé la cabeza con una piedra o un canto.

—Es un milagro que sobrevivieras —dijo Jeff, apretándole la mano.

Todos se habían maravillado de verla en un estado físico relativamente bueno. Ella les había asegurado que no era necesario llevarla al hospital, pero no habían hecho caso de sus protestas. Los subinspectores, Jeff y el personal de Urgencias habían insistido en hacerle un TAC craneal, y cuando este había confirmado que había sufrido una conmoción cerebral, se decidió que pasaría allí la noche bajo observación.

Emory no estaba de acuerdo, pero para entonces se habían presentado allí los dos médicos con quienes compartía la clínica en Atlanta y habían coincidido con el personal médico local en que debía pasar la noche en el hospital. Punto.

También le habían examinado el corte de la cabeza. Se estaba curando. Aun así, lo habían limpiado en profundidad con un fuerte antiséptico, y le habían administrado antibióticos para atajar cualquier infección incipiente.

Su carrera hasta la casa de los Floyd había agravado la fractura por sobrecarga. Ella lo justificó como una desafortunada secuela de su agotador entrenamiento del sábado. Le habían aplicado una bolsa de hielo en el pie, que tenía ahora sobre una almohada.

También le estaban suministrando suero por vía intravenosa. Era una precaución innecesaria, pero no podía rechazarla sin asegurarles que había recibido la hidratación adecuada durante los cuatro días anteriores.

El dolor de cabeza no tenía que fingirlo. No era el dolor punzante de la conmoción, sino el zumbido sordo del clásico dolor de cabeza producido por la tensión, exacerbado por emociones intensas y contradictorias. A petición suya, habían bajado las persianas. Les había dicho que la penumbra servía para aliviarle el dolor de cabeza, pero en realidad temía que el sol entrando a raudales haría resaltar aún más sus mentiras.

Mentir iba en contra de su naturaleza. La avergonzaba no contar la verdad a sus colegas y a la policía. Más duro aún resultaba mentirle a Jeff. Desde el momento en que había entrado en la gasolinera y la había abrazado, su marido se había mostrado reacio a alejarse de ella ni siquiera para que recibiera tratamiento médico.

Jeff le acarició ahora la mejilla con el dorso de la mano, sin saber que su gesto evocaba el recuerdo de la mano de otro hombre.

«¿Va a despertarse o a seguir durmiendo?»

Incapaz de afrontar aquel recuerdo y la devota sonrisa de su marido al mismo tiempo, Emory desvió la mirada hacia el pie de la cama, donde estaban sus colegas de la clínica.

—Jeff me ha contado lo de la recompensa que ofrecisteis.

Ellos creían que Emory acababa de enterarse. No era así, pero el hecho de que lo hubiera sabido desde el día anterior no disminuía su gratitud.

—No tengo palabras... —Se le hizo un nudo en la garganta—. No sé cómo daros las gracias por algo así.

—Habríamos doblado esa cantidad con tal de recuperarte —le aseguró el doctor James—. El caso es que, para celebrar tu regreso sana y salva, donaremos los veinticinco mil dólares a Médicos Sin Fronteras.

Emory se sorbió la nariz, abrumada por la emoción.

—Un pañuelo —pidió.

Jeff le tendió la caja que había en la mesita de noche y luego mantuvo la mano sobre su hombro mientras ella se enjugaba los ojos llorosos. Al cabo de un rato, Emory rio avergonzada.

—No suelo ser tan llorona.

—Las emociones que has reprimido durante los últimos cuatro días salen ahora a la superficie —dijo Jeff.

Qué equivocado estaba. Durante los últimos cuatro días, Emory había dado rienda suelta a emociones muy diversas, todas apasionadas. Pero no le contradijo.

—Tienes razón —afirmó, y le dedicó una leve sonrisa.

—Por favor —dijo Knight, tras aguardar a que Emory recobrara la compostura—, ¿podrían salir todos y concedernos unos minutos a solas con la doctora Charbonneau?

—¿Para qué? —quiso saber Jeff.

—Solo necesitamos aclarar unos detalles para acabar con el papeleo. Además, el responsable de prensa del departamento espera que le demos el visto bueno a la declaración que ha de hacer a los medios, y para eso necesitamos que ella nos ayude. No queremos cometer ningún error. No tardaremos mucho.

Todo aquello no era más que palabrería para no responder directamente, pero a menos que quisiera desafiar al policía, Jeff no tenía más remedio que obedecer. Se inclinó y besó a su mujer en la frente.

—Estaré en el pasillo si me necesitas. Te quiero.

—Yo también.

Jeff lanzó a los dos agentes de la ley su mirada más glacial y desdeñosa y salió detrás de los colegas de Emory.

—Su marido no nos tiene mucha estima —comentó Knight.

—¿Y le extraña? Sospechaban que había hecho Dios sabe qué.

—¿Tan obvios resultamos?

—Al parecer sí. Me ha contado que todo lo que ha hecho y dicho lo han recibido con suspicacia. —Durante un momento a solas en una zona de Urgencias delimitada por una cortina, mientras esperaban a que revisaran el TAC, Jeff le había hablado de la fijación de los policías con él, mientras ella permanecía desaparecida en medio de la agreste naturaleza helada.

—Bueno —dijo el subinspector—. Admito que Grange y yo manejábamos varias hipótesis. En situaciones como esta, a menudo el culpable es la media naranja. Mis disculpas a los dos.

Acercó una silla a la cama y se sentó. Grange permaneció al pie. No era tan sociable como su compañero, pero lo compensaba siendo extremadamente observador, lo que provocó que Emory se pusiera en guardia.

—No sabemos mucho más de lo que sabíamos cuando estaba desaparecida, doctora Charbonneau —empezó Knight.

—Comprendo que debe de ser muy frustrante para ustedes.

—Empecemos por el hombre del que desconoce su nombre.

Ante aquella mera mención, fue tal la desesperación de Emory, que temió que la detectaran.

—Él le dijo que la había encontrado tirada en el sendero, inconsciente —prosiguió Knight.

—Mientras hacía senderismo.

—Y la llevó a su cabaña.

Emory asintió.

—¿Y usted no puede guiarnos hasta allí?

—Pues no. Durante cuatro días mi universo consistió en una cama detrás de un biombo.

—¿Un biombo?

—Sí, un biombo plegable con paneles de listones. Lo puso él para que tuviera más intimidad.

—Muy decente por su parte.

—Mucho.

—Pero ¿no recuerda nada de él?

—Solo que me trató con suma amabilidad.

—¿Como un buen samaritano?

—Sí, cualquier cosa que yo necesitara...

«—Lo siento, doc.

»—¿Por qué?

»—Por mantenerte despierta.

»—No me he quejado.

»—Entonces, ¿no quieres que pare?

»—No.

»—¿No paro esto?

»—No. Dios, no. No... no pares.

»—Tendrás que ser tú quien diga cuándo has tenido bastante.

»—Todavía no.

»—Bien. Porque no puedo parar.»

Los policías la miraban con curiosidad. Ella se aclaró la garganta.

—Fue muy atento. Y considerado.

Ninguno de los hombres dijo nada.

Emory se humedeció los labios.

—Se ocupó de mis necesidades. Yo era consciente, pero al mismo tiempo no lo era. ¿Comprenden? Me dejaba sola la mayor parte del tiempo. Para... para que me recuperara.

Knight juntó las manos sobre su voluminoso vientre.

—En todo ese tiempo, ¿no se ofreció a llamar a Emergencias?

—No lo creo —respondió ella, frotándose la frente—. Quizá. No lo recuerdo. ¿No había una tormenta? ¿Niebla? ¿No estaban las carreteras impracticables?

—Ajá.

—Me dijo... me prometió... que me traería de vuelta sana y salva cuando se despejaran las carreteras.

—Pero no lo hizo —señaló Grange—. La mayor parte de las carreteras estaban despejadas ayer.

—Estoy segura de que lo habría hecho si yo me hubiera sentido mejor.

«Dios, qué bien estás. Dulce. Perfecta.»

Para ganar tiempo antes de continuar, Emory se inclinó hacia delante con intención de recolocar la bolsa de hielo en el pie.

—Pero ayer no me encontraba con fuerzas. Hasta que esta mañana desperté con la cabeza despejada. Le pedí que me trajera aquí, a Drakeland, y lo hizo.

—En realidad la dejó en las afueras de Drakeland —puntualizó Grange—. ¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Por qué no la llevó a la oficina del sheriff?

—No lo sé.

—Podría haber cobrado la recompensa.

—A lo mejor no sabía lo de la recompensa.

Grange cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra. Knight se pasó una mano por la cara.

—¿Qué tipo de vehículo conducía? —preguntó Grange.

—Una camioneta.

—Me refiero a si era Ford, Chevy, Ram...

—No me fijé. No sé mucho sobre camionetas.

—¿Color?

—Azul. Un azul plateado. Y era... alta.

—¿Alta?

—Con el chasis a bastante distancia del suelo —explicó ella.

—¿Y él? ¿También era alto? —preguntó Knight.

—Ya se lo he descrito antes.

—Sí, pero con todo el barullo, a lo mejor se le ha olvidado algo.

En la gasolinera, que era también supermercado, la escena había sido caótica. Su reencuentro con Jeff. La emoción de los empleados del establecimiento. Los clientes que le hacían fotos con el móvil. Un repartidor que entregaba tabaco intentando hacerse una foto con ella.

En medio de todo aquello, los dos policías la habían presionado para que explicara cómo había llegado hasta allí, y al contarles ella que un hombre la había dejado a un corto trecho, naturalmente ellos habían querido saber su nombre. Como Emory no había podido decírselo, le habían pedido que lo describiera, pero ella se había mostrado extraordinariamente vaga: solo recordaba que era un hombre blanco.

—Caray, con el revuelo que se ha armado en el Chevron, hasta yo me habría olvidado de cómo es la señora Knight. —Su amplia sonrisa no sirvió para tranquilizar a Emory—. Empecemos por lo básico. Como la edad.

—Era mayor. Maduro. Tenía canas.

—¿Altura? ¿Peso?

—No tenía una buena perspectiva. Yo estaba tumbada; él estaba de pie.

—¿Ni una aproximación siquiera? ¿Más alto que yo, o que Grange? ¿Bastante más bajo?

—Más bajo no. Un poco más alto que el subinspector Grange.

Le pasaba una cabeza por lo menos.

—Bien —dijo Knight—. Empezamos a avanzar. ¿Tenía una barriga como la mía? —preguntó, dándose una palmada—. ¿O estaba más atlético, como mi compañero?

—Un término medio.

Él repitió las palabras en un murmullo, como si las memorizara.

—¿Rasgos distintivos?

—¿Como qué?

—¿Orejas grandes? ¿Una verruga en la nariz? ¿Vello facial, cicatrices, tatuajes?

«—Si sigues besándome el relámpago, doc, corres peligro.

»—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

»—Le da energía a mi polla.»

Emory apartó los ojos de la perspicaz mirada de Knight.

—Ningún rasgo distintivo que yo recuerde.

—¿De qué dirección venían al acercarse a la ciudad?

—Del norte, creo. No estoy segura. Hizo muchos giros.

—Ah.

Se produjo un breve silencio.

—Ahora que sabemos exactamente en qué sendero estaba el sábado por la mañana —dijo Grange—, hemos enviado a unos agentes para ver si logran seguir sus pasos.

—¿Por qué?

—Con la esperanza de localizar a ese hombre que la cuidó tan bien —respondió Knight—. Para darle las gracias y tal.

Emory no creyó ni por un momento que ese fuera el motivo. Se le aceleró el pulso.

—No creo que desee que le den las gracias.

—¿Cómo es eso?

—Me dio la impresión de alguien que rehuiría ser el centro de atención. Se mostraba... tímido.

—Ah.

El uso repetido de aquel monosílabo era de lo más elocuente. Implicaba que Knight no se creía lo que estaba oyendo. Grange era más directo.

—¿Percibió un rasgo de su carácter como la timidez, pero no tiene clara su estatura ni su constitución? —preguntó.

Emory miró a uno y a otro.

—¿Por qué están tan interesados en él?

—Por ninguna razón en particular —dijo Knight—. Simplemente parece extraño que después de haberle dado cobijo durante cuatro días con sus noches y de haberla cuidado tan bien, luego se limitara a dejarla en una cuneta en lugar de llevarla a su marido o a una comisaría.

Emory se devanó los sesos buscando una respuesta que sonara verosímil.

—Usted mismo ha dicho que había todo un circo montado en la estación de servicio —dijo —. Él comprendió que mi reaparición, el reencuentro con mi marido, provocaría todo ese circo. Obviamente se trata de un hombre que valora mucho su privacidad. Lleva una vida apartada y desea seguir así. Creo que deberían respetarlo y dejarlo en paz.

—Entonces él sabía que tenía un marido muerto de preocupación por usted.

Ella miró a Grange, comprendiendo que había metido la pata. Se le daba muy mal mentir.

Al ver que no decía nada, el subinspector prosiguió.

—Aunque las carreteras estuvieran heladas y fuera demasiado peligroso conducir, ¿por qué no llamó a alguien para avisar que usted estaba a salvo?

—Quizá no le funcionaba el teléfono.

—Tenía el suyo, doctora Charbonneau. Esta mañana funcionaba.

A Emory no se le ocurrió ninguna réplica, de modo que inteligentemente decidió callar.

—¿Por qué no llamó usted a su marido? —preguntó Grange.

—Hasta esta mañana, buena parte del tiempo estuve inconsciente.

—Pero tenía intervalos de lucidez.

—Yo no lo llamaría lucidez. Estaba despierta, pero mis ideas eran confusas.

—¿Demasiado confusas para hacer una llamada de teléfono?

—Me pasó por la cabeza, por supuesto. Pero fugazmente. A un nivel abstracto. No lo hice porque no tenía el móvil al alcance de la mano, y no tenía fuerzas para pedirlo, ni para levantarme e ir a buscarlo.

—Él tenía su documentación. Sabía quién era, dónde vivía. ¿Y no se ofreció nunca a llamar en su nombre?

—Quizá lo hizo y no lo recuerdo. Pero le repito que yo...

—Tiene usted centenares de números grabados en su móvil —dijo Grange, presionándola—. Un par de toques en la pantalla, y él podría haber notificado a alguien que usted seguía viva.

Ella agachó la cabeza. Durante unos instantes interminables ninguno de los tres dijo nada, pero Emory notaba sus miradas clavadas en su coronilla. Knight fue quien rompió el tenso silencio.

—No está siendo del todo sincera con nosotros, ¿verdad, doctora?

—Les he contado lo que sé.

—Bueno, pues lo que nos ha contado a Grange y a mí no nos cuadra.

Ella alzó la cabeza y lo miró.

—¿Por qué? He vuelto. Estoy bien. ¿No es eso lo único que importa?

—Bueno, más o menos. Pero el caso es que tenemos aquí a un individuo que nos interesa. Un hombre que desdeñó cobrar una recompensa considerable y rehuyó la posibilidad de que le agradecieran su hospitalidad. Creemos que tiene una razón concreta para querer mantener el anonimato. Creemos que quizá no es tan buen samaritano. Creemos que quizá su conmoción cerebral no se debió a una caída, y que él no la encontró en el sendero, sino que la agredió, le dio un golpe en la cabeza y, luego, por razones que solo él conoce, se echó atrás y no la mató.

La piedra.

«No quería que viera esto. Sabía que se alteraría al verlo.»

23

Como Emory guardó silencio, Knight se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en los muslos, tratando de inspirarle confianza.

—Emory, ¿puedo llamarla Emory? Tiene que contarnos si ese hombre la... violentó de algún modo.

«¿Te has arrepentido ya?»

—No, en absoluto.

—Comprendo que quizá le resulte demasiado doloroso hablar de ello con nosotros —le aseguró Knight—. Si se trata de eso, podemos pedir a una agente que venga a tomarle la declaración. Pero necesitamos saber si se ha cometido algún delito. Por muchas amenazas que él profiriera contra usted si lo denunciaba, tiene que...

—Subinspector Knight. —Emory levantó una mano—. Aquí debo interrumpirle. No fui víctima de nada.

—No es la primera vez que tenemos a algún chalado oculto en estas montañas, ¿sabe? Es el lugar perfecto para perderse. ¿Se acuerda del tipo que puso la bomba en los Juegos Olímpicos de Atlanta?

—El hombre de la cabaña estaba perfectamente cuerdo.

—¿Vio si tenía porno? ¿Vídeos, revistas?

—No.

—Los raptores de mujeres a menudo...

—No era nada de eso.

—¿No le pareció siniestro entonces?

—No.

—¿Despotricaba contra el gobierno?

—Cuando hablaba, se mostraba razonable y tranquilo, y desde luego no despotricaba contra nadie. Yo lo describiría como taciturno.

—Ah. —Knight se giró y miró a su compañero como si lo viera por primera vez. Luego se volvió de nuevo hacia Emory, sacó una goma elástica del bolsillo de la camisa y empezó a enrollársela en torno a los dedos—. ¿Vio alguna cosa con aspecto de materiales para fabricar una bomba?

—No.

—¿Tenía armas?

—Supongo que sí.

—¿Por qué? —preguntó él, enarcando las cejas.

—Había una cabeza de ciervo sobre la repisa de la chimenea.

—Por estos lares, hay cabezas de ciervo sobre casi todas las chimeneas.

—Precisamente.

Emory por fin se había marcado un tanto.

—¿Mostró tendencias violentas en algún momento? —preguntó Grange tras aquel breve respiro.

—Contra mí no. —Emory recordó a los hermanos Floyd tirados en el suelo, machacados, sangrando y gimiendo de dolor. También pensó en la galantería con que había tratado a Pauline y lo mucho que le había afectado la situación de Lisa—. Lo cierto es, señores, que ese hombre es un misterio tan grande para mí como para ustedes.

Knight hizo restallar la goma contra sus dedos varias veces.

—Bien, supongo que hemos terminado. A menos que se le ocurra alguna cosa más.

—No; lo siento —respondió ella, meneando la cabeza.

—Esto no nos proporciona gran cosa para informar a los medios —se quejó Grange.

Emory había olvidado la conferencia de prensa. Agradeció que no la hubieran emplazado para que hiciera una declaración.

—Por favor, sean escuetos en sus declaraciones. No he sufrido ningún trauma físico ni emocional. Y no tengo ninguna explicación que dar...

—Bueno, verá, lo cierto es que sí —la interrumpió Knight—. Fingir una desaparición o provocar una alarma pública falsa son delitos, Emory.

—No he fingido nada —protestó ella, boquiabierta por la sorpresa.

—No, ya hemos visto el TAC —dijo Knight—. La conmoción cerebral es un hecho comprobado. Pero lo demás... —Frunció el entrecejo en un gesto carente de indulgencia. Emory respiró hondo.

—Soy consciente de que han sido muchas las personas involucradas en mi búsqueda. Un esfuerzo semejante tiene un elevado coste en tiempo y dinero, y tengo la intención de donar fondos a todos los condados que han participado. Tal vez puedan invertirlos en escuelas o sanidad pública.

—Bueno, es muy generoso por su parte. Un gesto como ese servirá sin duda para que se gane el favor del público. Y de momento nadie piensa en presentar cargos contra usted.

Knight sonreía, pero Emory se azoró, pues dejaba abierta la opción de procesarla.

—Hasta donde sé —dijo—, me caí en el sendero de la Cresta del Oso. Me golpeé la cabeza, sufrí una conmoción cerebral y perdí el conocimiento. Cuando lo recobré, no sabía dónde estaba, y una combinación de circunstancias imprevistas me impidieron volver. Después de unos días de descanso, debería estar totalmente recuperada. Esa es la declaración que deberían ofrecer a los medios.

En esencia era la verdad.

Ellos parecieron reflexionar. Knight miró a su compañero.

—Es lo mejor que tenemos —dijo Grange. Luego preguntó a Emory si seguiría entrenándose para el maratón, como si quisiera suavizar su evidente descontento.

—De momento, no. —Se miró el pie lesionado—. No estaré bien para el próximo maratón —dijo con pesar.

—Es una lástima —dijo Knight—. Jeff nos contó que ha trabajado mucho organizándolo y convirtiéndolo en un gran evento.

Emory se preguntó si estarían al tanto de su acalorada discusión sobre ese mismo tema, pero no le pareció adecuado mencionarlo en ese momento.

Knight se levantó, dando por terminada la entrevista.

—Bueno, no queremos cansarla.

—¿Los veré mañana antes de que Jeff y yo nos vayamos a Atlanta?

—Seguramente no.

—Entonces quiero darles las gracias ahora. Sé que han dedicado tiempo y esfuerzo a buscarme.

—Es nuestro trabajo.

—Aun así, gracias.

—De nada.

—¿Podrían hacerme un último favor? —preguntó Emory cuando Grange y él estaban a punto de salir—. Digan a la doctora Butler que venga.

—Pensaba que Butler era el hombre.

—Es la mujer —dijo Grange, dando un leve empujón a su compañero hacia la puerta.

Cuando la doctora entró en la habitación instantes después, Emory se alegró de que viniese sola. Butler se acercó a la cama y Emory le aferró una mano.

—Antes que nada, gracias por dejarlo todo y venir hasta aquí.

—Todos en la clínica estábamos preocupadísimos. El personal de administración, las enfermeras, incluso los pacientes. Neal y yo estábamos desesperados. Tú eres el corazón y el alma de la clínica.

—No estoy muy segura de eso.

—Nada de falsa modestia. La clínica fue tu sueño, tu iniciativa. Además, todos te queremos.

—Como demostrasteis ofreciendo una recompensa —dijo Emory con voz ronca. Y luego—: Por Dios, un pañuelo. —Sacó uno de la caja y se secó los ojos.

—¿Estás segura de estar tan bien como le haces creer a todo el mundo?

—Estoy bien. Solo necesito pedirte que hagas una cosa por mí, y es bastante delicada.

—Por supuesto —dijo su colega, acercándose más—. Lo que quieras.

—Por favor, tráeme unas píldoras del día después. —Emory vio que la sorpresa de la otra doctora daba paso a la alarma.

—¿El hombre de la cabaña te violó? ¿Se lo has dicho a la policía? ¿Te han hecho la prueba de violación en Urgencias? ¿Y Jeff...? ¿Se lo has contado?

—No me violó.

El tono enfático de Emory hizo que su amiga se interrumpiese y tragara saliva.

—Tuvimos relaciones sexuales, pero fueron consentidas. Fue... —Se detuvo antes de ceder a los sollozos que pugnaban por brotar de su garganta.

La revelación había dejado sin palabras a la doctora Butler. Se dejó caer en la silla que antes había ocupado Knight y se limitó a mirar fijamente a Emory.

—La historia que les has contado a los policías —dijo cuando finalmente recuperó la voz—, ¿es una invención?

—Es cierta en lo principal. —Pero no especificó qué eran medias verdades y evasivas y qué era completamente falso. Las mentiras tenían que permanecer en secreto.

—Estoy de una pieza. No sé qué decir.

—No hay nada que decir.

—Discrepo. Es tan... es tan impropio de ti...

—¿Tener relaciones sexuales sin protección?

—Tener cualquier tipo de relación sexual con un desconocido. Porque era un desconocido, ¿no?

—Lo era hace cuatro días. —Sonrió melancólicamente—. Ahora ya no.

Incapaz de soportar la mezcla de compasión y asombro de su amiga, Emory volvió la cara y miró el exuberante ramo de blancos lirios de agua que le había llevado Jeff a la habitación, poco después de que la hubieran ingresado.

—No es tan inesperado como imaginas. Estoy casi segura de que Jeff se está viendo con alguien, y hace ya tiempo. Podría aducirlo como excusa para lo mío, pero sería falso e injusto. No lo hice para castigar a Jeff. La verdad es que no pensé en Jeff para nada. Quería estar con aquel hombre, y él quería estar conmigo, y eso era lo único que importaba.

—¿Volverás a verlo?

—No.

«Te has superado a ti misma con los recuerdos, doc.»

Se habían agotado mutuamente y luego se habían acurrucado pegados el uno al otro, apretados como dos piezas de un rompecabezas, con los miembros entrelazados y las manos unidas sobre los pechos de Emory. Estaba a punto de dormirse, cuando él había frotado la mejilla contra sus cabellos y le había susurrado aquellas palabras.

Y luego: «Habría sido más fácil si no lo hubieras hecho.»

Seguramente él no pretendía que Emory oyera aquel comentario, ni la desolación con que lo había expresado. Debía de sentirse condenado a no ser enteramente feliz nunca más, igual que ella ahora.

—¿Quién era? —preguntó Butler, arrancándola de aquel recuerdo agridulce.

—No lo sé. No he mentido sobre eso. Ni siquiera sé cómo se llama.

—Pero te acostaste con él.

—Sí, y no me arrepiento, ni me arrepentiré nunca. —Emory se dio cuenta de que le brotaban las lágrimas y rápidamente se las enjugó—. Pero hay cuestiones prácticas que debo resolver. Como sabes, dejé la píldora hace seis meses, cuando pensaba que quizá tener un bebé...

Se interrumpió para reflexionar sobre lo que casi había dicho, que habría sonado como si culpara a Jeff. Pasara lo que pasara, no debía engañarse pensando que Jeff era el responsable de lo que ella había hecho la noche anterior.

—Teniendo en cuenta que el futuro de mi matrimonio está en el aire, no puedo arriesgarme a añadirle la complicación de un embarazo.

—¿No tomasteis precauciones?

—Medidas preventivas, sí, pero nada... científico. Ni fiable. —Emory se ruborizó al recordar cómo gemía él al apartarse en el último momento para eyacular: «Dios, esto es una tortura...»—. ¿Puedes traerme esas píldoras? No puedo pedirlas al personal de aquí porque no confío en su discreción. Sé que puedo confiar en la tuya.

—Te las traeré, por supuesto. Pero ya sabes que son anticonceptivos de emergencia y no tienen una efectividad del cien por cien.

—Lo sé. Pero cuanto antes tome la primera píldora, mejor. Y por eso te pido que me las traigas enseguida, en lugar de esperar hasta mañana para comprarlas yo misma.

—Ahora mismo voy. —La doctora se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero Emory la

detuvo.

—Alice... —Su amiga se volvió—. Gracias.

—De nada —repuso Alice, meneando la cabeza.

—No; te doy las gracias por tu confianza y por ser mi amiga.

24

Indiferente al aguacero, Rebecca Watson se dirigió al coche de alquiler que conducía Jack y dio unos golpecitos en la ventanilla.

Para bajar la ventanilla era preciso poner en marcha el motor, lo que le llevó solo unos segundos, pero esta demora pareció enfurecerla más. El cristal bajó. La lluvia entró en el coche.

—¿Agente especial Connell? —dijo ella, casi siseando.

—No sabía si me reconocería.

Rebecca lo fulminó con la mirada para dar a entender lo ridículo de su afirmación.

—Si hubiera venido a notificarme la muerte de mi hermano, se habría presentado directamente en la puerta de mi casa y habría llamado al timbre. No se habría pasado ayer la mitad de la noche aquí escondido, ni habría estado espiándome hoy todo el día. Así que, ¿qué le trae por aquí?

El hecho de que Rebecca se hubiera dado cuenta de que la vigilaba indicó a Jack que también ella permanecía vigilante por si alguien la seguía.

—¿Podemos hablar?

—Que le den.

—Bien. Veo que está dispuesta a cooperar.

Ella le lanzó una mirada asesina.

—He hecho un largo viaje hasta aquí. Por favor.

Ella permaneció impasible.

Jack miró en dirección a la casa.

—¿Vive con usted?

—¿Es que ha perdido el juicio?

—¿Está por esta zona? ¿Vive cerca? ¿En la otra manzana?

Ella no respondió.

—Si no está por aquí, no corre ningún riesgo hablando conmigo, ¿no?

Rebecca no dijo que sí ni que no, y tampoco le mandó a tomar por saco otra vez, así que, cuando se dio la vuelta y echó a andar, él apagó el motor del coche y la siguió hasta la casa.

Ella no le ofreció compartir el paraguas y Jack volvió a cubrirse la cabeza con la chaqueta. Cuando llegaron al porche, él se sacudió la ropa lo mejor que pudo. Ella entró primero, no sin antes recoger el correo del buzón.

—No hay nada que pueda interesarle, pero tenga, disfrute. —Le lanzó el puñado de cartas contra su chaqueta mojada. Él las recogió y sin mirarlas las depositó sobre la mesita del recibidor pulcramente apiladas.

Rebecca se cruzó de brazos.

—Vale, ya está aquí. ¿Para qué ha venido?

—¿Podría pasar un momento al cuarto de baño?

Ella lo observó como tratando de dilucidar si bromeaba o no. Finalmente se decidió por esto último.

—Claro —dijo, y le indicó que la siguiera por el pasillo central de la casa hasta un pequeño aseo debajo de la escalera. Rebecca entró y levantó la tapa de la cisterna del inodoro—. ¿Ve? No hay nada más que la válvula y el flotador, o como quiera que se llame.

—La válvula del flotador.

Ella volvió a colocar la tapa de porcelana con estrépito y señaló el espejo enmarcado que había sobre el lavabo.

—No hay botiquín que inspeccionar. Tiene mi permiso para arrancar la tubería del lavabo, pero si lo hace, tendrá que devolverla a su sitio, o pagarme la factura del fontanero.

—Ya me ha quedado claro, Rebecca.

—No se olvide de lavarse las manos. —Y salió dando un portazo.

Jack vació la vejiga, se lavó las manos y, tras secárselas, usó la toalla para secarse también la cara y el cuello. Se enderezó la corbata y se pasó los dedos por el pelo mojado.

Unos minutos más tarde, sintiéndose presentable, entró en la sala de estar de Rebecca. Ella había encendido las lámparas y estaba sentada en una esquina del sofá con los pies recogidos bajo el cuerpo. Bajo la mesa de centro estaban los zapatos negros de tacón alto que se había quitado. Con un gesto nada cortés, señaló a Jack un sillón que parecía menos cómodo que el sofá.

Una vez cara a cara, él fue el primero en hablar.

—Me gusta su nuevo peinado.

—Pink me lo ha copiado.

—Sabe lo que se hace.

—Basta ya de cumplidos tontos. ¿Cómo me ha encontrado?

—Por su amiga Eleanor.

—Oh. —Eso no se lo esperaba. Su expresión se tornó triste—. ¿Cómo está?

—Bien. Esperando a su primer hijo de aquí a pocos meses.

—Entonces, ¿se casó con Tim?

—¿Se apellida Gaskin?

Ella asintió y Jack le confirmó que era el apellido de casada de Eleanor.

—La última vez que la vi —dijo ella—, empezaban a salir en serio. ¿Es feliz?

—Está resplandeciente. Será una niña. —Jack le habló de su visita al edificio de piedra rojiza —. Eleanor me llamó después de verla en un reportaje televisivo sobre la manifestación en Olympia.

Rebecca exhaló un profundo suspiro.

—Yo también lo vi. Si hubiera sabido que iban a grabarme, no hubiera participado en la protesta.

—Destacaba mucho.

Ella se palpó los cortos cabellos.

—No creí que nadie fuera a reconocerme.

—Eleanor la reconoció. Estaba segura. Yo no. Al menos hasta que la vi ayer cuando salió al buzón.

—Después de tantos años y aún sigue buscando.

—Aún no lo he encontrado —replicó él, encogiéndose de hombros—. Usted es el único eslabón que tengo.

—Qué suerte la mía.

—No soy tan malo.

Ella no comentó nada.

Jack paseó la mirada por la agradable estancia. No sabía nada sobre decoración de interiores, qué era de calidad, qué de baratillo, qué estaba de moda. Su apartamento era funcional, lo único de lo que podía presumir. A sus ojos inexpertos, aquella sala estaba decorada con muy buen gusto. A pesar de la descripción que había hecho Wes Greer sobre los objetos que se vendían en la tienda de Rebecca, la decoración no resultaba barroca.

Tampoco ella. Vestía un sencillo suéter negro y pantalones estrechos también negros. Se adornaba únicamente con un reloj de pulsera de correa de piel negra y un largo collar de perlas, que tenían el mismo color que su cabello. Aquel intenso contraste la favorecía. El único punto de color eran sus ojos.

—Su hija, Sarah, ha crecido mucho —comentó él.

—Está en la orquesta del colegio.

—¿Qué instrumento toca?

—El chelo. Ahora está ensayando. Los padres nos turnamos para llevarlos y recogerlos. Volverá a las seis y cuarto. —Miró el elegante reloj de pulsera—. Para entonces lo quiero fuera de aquí.

—¿Se acuerda ella de Westboro?

—Por supuesto.

—¿Habla de él?

—Muy a menudo.

—¿Qué dice?

—Que echa de menos a su tío.

—¿Y usted qué le dice?

—Que yo también lo echo de menos.

Jack la miró fijamente un momento.

—Rebecca...

—Ahora me llamo Grace.

—¿Por qué Grace Kent? —preguntó Jack, ladeando la cabeza.

—Me lo sugirió el falsificador de mis documentos. Yo no tenía ningún nombre elegido, así que acepté.

A pesar de que Rebecca acababa de confesar un delito federal, Jack sonrió.

—Pensaba que quizá se había casado con un Kent.

—No quiero otro marido.

—Teniendo en cuenta cómo era el anterior, no me extraña.

—¿Le ha dicho a él dónde estamos?

Jack meneó la cabeza antes de que ella acabara de preguntar.

—No, y no pienso hacerlo. No he venido para causarle ningún trastorno. Aunque podría arrestarla por vivir bajo nombre falso.

—Menudo agente del FBI —se burló ella—. ¿Es que no tiene nada mejor que hacer?

—Oh, estoy muy ocupado. Actualmente trabajo en un extraño incidente ocurrido en Utah. Antes investigué un curioso suceso en Wichita Falls, Tejas, que hasta el día de hoy, dos años después, sigue sin explicación. El primero que captó mi interés se produjo en Kentucky.

El rostro de ella se convirtió en una máscara.

—¿Qué sabe de un entrenador de fútbol de Salt Lake? —preguntó Jack.

—¿Que es muy probable que sea mormón?

—No lo es. Se trasladó a vivir allí desde Virginia.

—No hay mormones en Virginia.

—¿Qué mosca le picó a un entrenador de fútbol en la víspera de un partido del campeonato para agarrar un bate de béisbol y golpearse el fémur hasta destrozárselo? Porque él afirma que las heridas fueron autoinfligidas.

Jack dejó que sus palabras se asentaran. Rebecca no replicó.

—Hay otra cosa extraña —prosiguió él—. Lo normal habría sido que semejante tragedia horrorizara a su equipo de jugadores de trece años, a los padres y los miembros de su comunidad. Pero ninguna de las personas que lo conocen lamenta su retiro forzoso. Ostentaba un récord de partidos ganados, pero muchos criticaban los métodos que usaba para motivar a sus jugadores.

»Se rumoreaba que les inspiraba terror. Humillaba a los chicos cuando cometían un error. Digo que se rumoreaba, porque los chicos no dijeron ni pío sobre lo que ocurría en los entrenamientos y después de perder un partido. Uno de los padres me dijo que era como si su hijo tuviera miedo de denunciarlo.

»La noche del incidente, el entrenador dijo al servicio de emergencias, a su mujer, a la policía, a su sacerdote y a todo el mundo que él mismo se había golpeado. Luego se cerró en banda. No dio detalles. No explicó el porqué. Nada. Ayer mismo seguía negándose a hablar sobre lo que pasó aquella noche. —Jack le lanzó una elocuente mirada—. ¿Se da cuenta de la ironía de la situación?

—¿Y cómo no iba a darme cuenta? Solo le ha faltado escribirla en la pared con mayúsculas. Menuda historia. Sin embargo, no veo por ninguna parte qué relación puede tener conmigo.

—¿Quiere que eso también se lo escriba?

—Si cree que soy culpable de algo, ¿por qué no me arresta y ya está?

—No quiero arrestarla.

—Entonces, ¿qué excusa tiene para haberme acechado anoche y durante todo el día de hoy, siguiendo todos mis movimientos?

—No disfruto espiándola.

—Entonces, déjelo.

—Lo haré. Dígame dónde está él y...

—No lo sé.

—Rebecca...

—Grace.

—Lo que sea —dijo él, alzando la voz igual que ella—. ¿Espera que me crea que no ha tenido ningún contacto con él en cuatro años?

—Yo no he dicho eso. He dicho que no sé dónde está, y es verdad.

—Entonces sí que ha tenido contacto con él. ¿Con qué frecuencia? ¿Una vez al año, mes sí mes no, dos veces por semana? ¿Cómo se pone en contacto con usted?

Ella le ofreció las manos con las palmas hacia abajo.

—Póngame sus palitos de bambú. ¿O funciona mejor el ahogamiento simulado?

Presa de la frustración, Jack se levantó y rodeó el sillón, colocó las manos en el respaldo y se apoyó en él. Miró a Rebecca fijamente. O lo intentó. Rebecca tenía la misma habilidad que su hermano para mirar a su interlocutor como si no existiera.

—Puñetero rasgo de familia —masculló, apartando la vista.

—¿Cómo?

—Sus ojos.

—No es el primero que lo dice. Cuando éramos niños... —Se contuvo y no dijo más.

Jack volvió a rodear el sillón y se sentó.

—Cuando eran niños, ¿qué?

—Nada.

—Vamos. Cuénteme algo que no sepa. Un granito de información.

—Nuestra madre hacía carne asada a la cazuela todos los domingos.

—Todas las madres cocinan carne asada los domingos. Cuénteme algo sobre él.

—Ya lo sabe todo.

—Sorpréndame con algo.

—Le gusta el calabacín. O le gustaba. Supongo que todavía le gusta.

Jack la observó. Los pensamientos de Rebecca la llevaron a tiempos pretéritos, aun a su pesar. Tiempos más felices.

—Siempre me protegía —añadió con tono conmovedor—. Yo tengo dos años menos y él se tomaba muy en serio su papel de hermano mayor. Desde que tengo memoria, siempre cuidó de mí. Nunca permitió que nadie se metiera conmigo.

—Teniéndolo a él como guardaespaldas, había que ser muy tonto para meterse con usted.

—Yo también sabía defenderme.

—Apuesto a que sí —sonrió él—. ¿Cómo exactamente?

—A los abusones los mandaba a tomar por culo.

Él solito se había metido en la trampa y, en cierto modo, suponía que se lo tenía merecido. Borrada su sonrisa, volvió la cabeza hacia la ventana; era como mirar a través de una cascada. Vio los riachuelos de lluvia trazando su curso cristal abajo.

—No soy un abusón, Rebecca —dijo en voz baja, volviéndose hacia ella—. Lo sería si considerara que iba a servir para algo, pero creo que ni con palitos de bambú entre las uñas conseguiría sonsacarle dónde está su hermano.

—No lo conseguiría porque no lo sé.

—Piense en los seres queridos de las víctimas. —Era un golpe bajo, pero Jack pensaba utilizar cualquier recurso—. Se mantienen en contacto conmigo, ¿sabe? Me envían e-mails. Me llaman por teléfono. Es desgarrador, joder. Esas personas quieren y merecen...

—¡Basta!

Ella se levantó del sofá como impulsada por un resorte y salió de la habitación con la gracilidad de una gata negra. Jack supo que había abierto la puerta principal porque notó una ráfaga de aire húmedo. A regañadientes, se puso en pie y se dirigió al recibidor. Rebecca sujetaba la puerta abierta, mirando al suelo con una postura rígida.

Cuando Jack llegó a su altura, ella levantó la cabeza y lo miró airadamente con sus cristalinos

ojos.

—He logrado crear un buen hogar para Sarah y para mí. Pero lo dejaría todo en un instante. Volvería a desaparecer de nuevo. Si sigue acosándome, lo haré. Usted sabe que lo haré.

—Y usted sabe que seguiré buscándolo hasta que lo encuentre.

—Pierde el tiempo. Jamás dejará que lo encuentren.

—¿Está segura? ¿No se le ha ocurrido que tal vez sería un alivio para él?

Ella soltó una risa amarga.

—Venga ya. Y ahora me dirá que sería lo mejor para él.

—¿Y no es así?

Rebecca mantuvo su desafiante mirada antes de volver la cabeza. Jack vio en ello una pequeña grieta en su armadura, y la aprovechó.

—Usted sabe que sería mejor para él, Rebecca. Y también para usted. Podría dejar de preocuparse por si yo la espío. Podría usar su nombre verdadero. ¿No sería mejor eso para todo el mundo? —Dio un paso hacia ella y siguió hablando con tono apremiante—: Ayúdese a sí misma ayudándome a mí. Deme algo, póngame sobre su pista.

—Me está pidiendo que traicione a mi hermano.

—Él no se enterará jamás de que la información me la ha proporcionado usted. Se lo juro. —Ella le estaba escuchando, así que Jeff prosiguió—. En el fondo, no quiere abandonar esta bonita casa, ni su encantadora tienda. Y aunque quisiera, ¿qué me dice de Sarah?

Ella levantó rápidamente la vista y él pensó: «¡Ajá! Tanto para mí.»

—Sarah era una niña cuando abandonaron Nueva York, demasiado pequeña para comprender las implicaciones. Huir con mamá en plena noche era una gran aventura. Ahora no sería igual. Se opondría. No querría dejar a sus amigos. Se lo echaría en cara toda la vida si usted la obligara.

—Ya casi está por volver Sarah. Tiene que irse.

—¿Le dirá que he estado aquí?

—¿Cree que estoy loca?

—Está muy alterada. ¿Cómo se lo va a explicar?

—No se haga ilusiones, Jack. No tiene el poder de alterarme.

—Me ha llamado por mi nombre de pila, es una prueba de lo alterada que está. Además, miente. Creo que le disgusta mucho obligar a su hija a vivir en la sombra.

Jack percibió que Rebecca sentía deseos de matarlo por haber dicho eso. Estaba furiosa.

—Váyase.

Permanecieron inmóviles unos instantes sin que ninguno de los dos cediera, hasta que él soltó una palabrota por lo bajo.

—De acuerdo, me voy. Por ahora.

—Y no vuelva.

—Eso no se lo puedo prometer. —Salió al porche—. Gracias por dejarme usar su lavabo. —Se echó la chaqueta por encima de la cabeza.

—Agente especial Connell.

Él se dio la vuelta.

—Si se acerca a Sarah con la intención de sonsacarle información, lo atropellaré con el coche y luego lo castraré.

25

La conferencia de prensa se celebró en el amplio vestíbulo del hospital. El responsable de prensa de la oficina del sheriff hizo una declaración sucinta, proporcionando escasa información suplementaria a la que había ofrecido la propia Emory Charbonneau.

Tras la declaración oficial, Jeff Surrey se acercó al micrófono para dar las gracias a las fuerzas del orden y las docenas de voluntarios que habían participado en la búsqueda de su mujer. Luego pidió a la prensa que respetaran su intimidad para que ella pudiera descansar y recuperarse.

—Está impaciente por volver a su consulta y reanudar sus actividades normales.

—¿Eso incluye seguir corriendo maratones? —preguntó un periodista.

—Por supuesto —respondió Jeff—. Pero después de esta experiencia, puede que elija otro lugar para entrenarse. —Estas palabras le granjearon unas risitas. Respondió a otro par de preguntas, todas relacionadas con las obras benéficas de Emory—. De hecho, esta experiencia ha avivado más que nunca su entusiasmo. Y a mí me ha inspirado para acompañarla en su próximo viaje a Haití.

Aquel anuncio sorprendió a todo el mundo, pero a nadie tanto como a Alice Butler. Knight, que se encontraba algo apartado de la multitud de periodistas, se fijó en su reacción. Grange y él se escabulleron en cuanto concluyó la conferencia de prensa para regresar a la oficina del sheriff. Una vez allí, Grange se acercó a la mesa de Knight llevando una rosquilla para cada uno.

—A lo mejor te quita las ganas de cenar, pero qué coño.

—Ni hablar. La parienta me ha llamado hace un rato y me ha prometido pollo y bollos rellenos de manzana. —Knight mordió su rosquilla—. ¿Te has fijado en la reacción de Alice Butler cuando Jeff ha anunciado lo de Haití?

—Estaba mirando a Jeff.

—Parecía que se había tragado un sapo.

—Bueno, la esposa ha resucitado y él la colma de afecto y atenciones. Seguro que Alice se siente menospreciada.

—No dudo de que se alegra de que su amiga haya reaparecido sana y salva.

—Yo tampoco —replicó Grange—, pero es humana. Por otro lado, seguro que le alivia no verse involucrada en una investigación criminal. —Masticó su rosquilla—. ¿Tú qué crees? ¿Por qué miente? Me refiero a Emory.

Knight se reclinó en su silla, apoyó los pies en una esquina de la mesa y tendió la mano en busca de su inseparable goma elástica.

—Porque no quiere que ni su marido ni el resto del mundo sepan que estaba cómodamente acurrucada con un tipo, mientras mucha buena gente se helaba el culo por ahí buscándola.

—¿Venganza por la aventura de Jeff con Alice?

Knight se encogió de hombros.

—Podría ser que la aventura de él fuera una venganza por alguna aventura de ella. ¿Quién sabe? El caso es que Emory se arrepintió cuando su escapada romántica se convirtió en un caso notorio. Siendo tan lista como es, decidió que sería mejor volver a casa.

Grange frunció el entrecejo con expresión dubitativa.

—No creo que sea todo tan sencillo, Sam.

Knight tampoco lo creía.

—Di tú, entonces.

—La conmoción es reciente —dijo Grange—. El médico me lo ha confirmado. La herida de la cabeza también. Son lesiones que sufrió durante sus cuatro días de ausencia. Lo que sigue sin aclararse es el cómo.

—¿Crees que es mentira que se cayó y se golpeó la cabeza?

—Posiblemente.

—¿Y por qué iba a mentir?

—No lo sé. Pero debe de tener algo que ver con el buen samaritano. ¿Cómo es posible que estuviera cuatro días con él y no sepa su nombre?

—Jeff pareció tragarse el cuento ese de que no recuerda nada —dijo Knight, retorciendo la goma elástica.

—Lo que finalmente lo hace culpable.

—¿De qué?

—De estupidez.

Knight rio.

—He dicho que parecía tragarse el cuento. Tiene que fingir que la cree si no quiere perder la dignidad. No iba a señalarla con el dedo y gritarle en público que es una mentirosa.

—Para mí, sigue siendo un capullo.

—No te lo discuto. —Knight se puso en pie, enderezó la espalda y se puso el chaquetón—. El pollo y los bollos me llaman.

—Entonces, ¿caso cerrado?

—La persona desaparecida ya ha aparecido, colega.

—Eso es cierto.

Al notar la reticencia de su compañero a dejarlo correr, Knight se apoyó en el borde de la mesa.

—¿Quieres arrestar a la doctora Charbonneau por crear una falsa alarma, cuando tiene pruebas médicas de las dos lesiones sufridas?

—No.

—Bien, porque ningún fiscal te haría caso. Dejando a un lado que miente fatal, es la persona más estable y cuerda que he conocido.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿qué motivo tendría para fingir una desaparición?

—¿Llamar la atención? ¿Hacerse famosa?

—No lo necesita —replicó Knight—. Tiene toda la atención del mundo centrada en ella y sus buenas obras.

—¿Desquite contra alguien?

—¿Además del marido infiel, quieres decir? Ni siquiera sabemos si le consta que él la

engaña. No tiene enemigos conocidos. Aún no hemos encontrado a nadie que hable mal de ella. Incluso la doctora Butler, la amante de su marido, habla maravillas de ella. Dime qué podía ganar Emory con esta artimaña.

—Absolutamente nada —admitió Grange—. Y por eso es aún más extraño que mienta. Si no ha sido una treta urdida por ella misma, no tiene por qué mentir. Pero miente. ¿Por qué?

—Mierda. Volvemos a mi pregunta original. —Knight se pasó la mano por la cara, y cuando Grange estaba a punto de hablar, se le adelantó—. Estoy contigo. Se nos escapa algo.

—¿Qué crees que es?

—Ni puñetera idea. Solo espero que cuando asome su fea cabeza, si es que llega a asomarla, no sea demasiado fea.

Jeff miró la bandeja de comida que Emory había dejado intacta.

—No tiene un aspecto muy apetitoso que digamos. ¿Quieres que te traiga otra cosa?

—Gracias, pero no tengo hambre.

Jeff empujó el soporte con ruedas de la bandeja para apartarlo y sentarse en el borde de la cama. Iba tan acicalado como siempre, pero Emory lo veía casi tan cansado como ella misma. Jeff había vivido cuatro días horrorosos, pero cada vez que ella se disculpaba por el infierno que le había hecho pasar, él le aseguraba que había olvidado todas sus tribulaciones en el instante en que había oído su voz a través del teléfono y había sabido que ella estaba bien.

—¿Y tú no cenas? —preguntó Emory.

—Ya iré luego a por algo.

—Deberías haber dejado que Neal y Alice te llevaran a cenar antes de irse a Atlanta.

—No quería dejarte sola. Además, creo que se han sentido aliviados cuando no he aceptado la invitación. Estaban impacientes por regresar antes de que se hiciera muy tarde. Alice iba a seguir a Neal en tu coche.

Jeff les había pedido que uno de los dos llevara el coche de Emory a Atlanta para que ella pudiera regresar con él al día siguiente.

Antes de irse, Alice había llevado a Emory a escondidas las píldoras del día después, como le había prometido. Le aseguró que no sufriría efectos secundarios, pero le hizo prometerle que la llamaría si se producían. Alice también le había recordado con tacto que las píldoras evitaban el embarazo, pero no el trastorno de estrés postraumático.

—¿Estás aquí? —preguntó Jeff, haciendo chasquear los dedos delante de su cara.

—Lo siento.

—Te decía que he sacado la bolsa y las botas del maletero de tu coche antes de que se fuera Alice. Está todo en el armario, incluyendo el portátil, que te ha devuelto la oficina del sheriff. También me han devuelto mi pistola.

—¿Pistola?

—Me dijeron que era solo una formalidad. Pero estoy seguro de que la analizaron por si se había disparado recientemente. —Esbozó una sonrisa sarcástica—. Quien ríe el último ríe mejor.

—No le veo la gracia.

—Ni yo. Gracias a Dios que este calvario ha acabado ya para los dos. —Tomó la mano de ella entre las suyas—. Emory, no quiero presionarte para que me digas dónde estuviste ni qué

hiciste desde el sábado por la mañana.

—Jeff...

—No, no digas nada. No quiero que te veas obligada a mentir. El caso es que, ocurriera lo que ocurriese, me lo merecía. He sido un cabrón. En los mejores días me he mostrado retraído. Y en los peores, intratable y a menudo imposible.

Jeff hizo una pausa como dándole ocasión de rebatirlo, pero ella no dijo nada, de modo que prosiguió.

—Ya sabes lo mucho que deseaba que me hicieran socio. Y he tenido otras decepciones.

—No puedo respaldar ese medicamento, Jeff. Tal vez...

—No se trata de eso. Te lo juro. Lo que intento decir es que esos chascos no pueden disculpar el modo en que me he comportado, lo mal que te he tratado.

—No me fui para castigarte.

—De acuerdo, lo acepto —dijo él con escasa convicción—. Pero quiero que sepas que al estar a punto de perderte me he dado cuenta de lo importante que eres para mí. No solo para mi felicidad, sino para mi vida. Quiero que empecemos de nuevo. Quiero...

El móvil de Jeff sonó, interrumpiéndolo. Lo sacó y leyó el nombre del que llamaba.

—Joder —musitó con irritación, y respondió—: ¿Qué quiere?

Escuchó unos segundos.

—No tengo la menor idea. Sí, ahora se lo pregunto. Ajá. De acuerdo, adiós. —Colgó—. Era el policía gordo, Knight.

—¿Qué quería?

—Pregunta si tienes el mapa de senderos de montaña que usaste el sábado.

—Está en un bolsillo de mi chaqueta.

Jeff se levantó y fue hasta el estrecho armario donde había metido la bolsa de Emory. En el interior también había una bolsa de plástico que contenía sus ropas de correr y otras pertenencias, que ella había sustituido por el camisón del hospital. Jeff llevó la bolsa hasta la cama y volcó en ella su contenido.

—¿Esta chaqueta azul?

Ella asintió, luego recostó la cabeza y miró el techo.

—Jeff, ¿por qué has anunciado que piensas ir a Haití conmigo?

Ella se había mostrado renuente a ver la conferencia de prensa, pero una enfermera que se encontraba en la habitación había encendido la televisión, muy emocionada. Una parte se había retransmitido en directo, abriendo las noticias de la noche.

—Quería que quedara constancia de que he pasado página —respondió él.

—Ya. Pero no te veo soportando el calor y las penosas condiciones en ese lugar. Ni repartiendo cepillos de dientes entre los niños y enseñándoles a usarlos. No te pega nada.

—Pero quiero hacerlo. Quiero involucrarme más en las cosas que te importan, y... ¿Estás segura de que el mapa estaba aquí?

—Sí.

Jeff volvió los bolsillos del revés.

—Pues no está aquí.

Ella se encogió de hombros.

—Ahí es donde recuerdo haberlo puesto. ¿Te ha dicho Knight para qué lo quiere?

—Algo sobre que los investigadores están siguiendo la ruta que elegiste el sábado. Dice que tu mapa podría serles útil. Luego le llamo para decirle que no lo encontramos. —Empezó a guardarlo todo en la bolsa de plástico—. ¿Quién te arregló las gafas de sol?

«Puedo ser hábil cuando es necesario.» Al notar el calor de la culpabilidad tiñendo sus mejillas, Emory volvió la cabeza.

—Una enfermera, supongo. Había varias en Urgencias que me ayudaron a desvestirme.

—Por suerte tienes una muda de ropa para volver a casa mañana. Todo esto está hecho un asco y huele mal. ¿Estás segura de que no quieres que lo tire?

—No. Ya lo lavaré todo.

—Vale. —Jeff volvió a meter la bolsa en el armario y se sentó de nuevo en el borde de la cama—. Bueno —dijo, respirando hondo—, ¿por dónde iba?

—Empezar de nuevo —respondió Emory, y añadió—: Pero ¿te importaría si lo dejamos para mañana? Tenemos muchas cosas de las que hablar, y esta noche estoy agotada. Lo siento.

—Descuida. Debería haberme dado cuenta. —Jeff la incorporó para abrazarla estrechamente. Le pasó las manos por la espalda, acariciando la piel por la abertura en el camisón de hospital—. Estos últimos días ha habido veces en que temí no volver a abrazarte así nunca más. Lo echaba de menos... echaba de menos esto... te echaba de menos a ti. —La besó en la sien, luego en la mejilla y luego en los labios, suave y castamente. Luego la recostó en la almohada y añadió—: Ahora descansa.

—Lo haré.

—Si cambias de idea y te apetece algo de comer, promete que me llamarás.

—Lo prometo. Que descanses. Nos vemos por la mañana.

—Bien temprano. Estoy impaciente por largarnos de este pueblo. —Le lanzó un beso desde la puerta.

Cuando Jeff se fue, la desesperación descendió sobre ella como un ave oscura y malévola con las alas desplegadas, hasta cubrirla por completo. ¿Iba a sentirse siempre igual de mal por las mentiras que había contado y las que seguía contando?

Apartó la ligera manta y se levantó de la cama. Tirando del pie del gotero, fue hasta el armario y sacó la bolsa de plástico que contenía sus pertenencias. Sacó la zapatilla izquierda, y de debajo de la plantilla extrajo el mapa.

Knight había olvidado pedírselo antes de irse. En cuanto se había visto sola en la habitación, Emory había sacado el mapa del bolsillo de la chaqueta y lo había metido en la zapatilla, el único sitio donde se le había ocurrido esconderlo hasta que estuviera lejos del hospital y pudiera tirarlo en un sitio seguro.

En realidad no estaba ocultando nada. Había dicho la verdad sobre el sendero que había tomado para correr, aunque no hubiera concretado qué bifurcaciones había seguido, algunas de las cuales se desviaban de la ruta que había marcado previamente en el mapa.

En cualquier caso, no deseaba facilitar a los investigadores la tarea de seguir la ruta exacta, donde posiblemente hallarían algo que hubiera dejado atrás, alguna pista sobre la identidad de su salvador o la ubicación de su cabaña.

A pesar de sus modales provincianos, Sam Knight seguía siendo un agente de la ley. Le fastidiaban las preguntas sin respuesta y la falta de detalles. Había hecho creer a Emory que el caso estaba prácticamente cerrado. Pero si eso era cierto, ¿por qué le interesaba ver el mapa?

¿Por qué había todavía investigadores buscando en el sendero?

Aquel policía seguía sintiendo curiosidad por el buen samaritano.

26

En el bolsillo de su chaquetón, el teléfono vibró.

Lo sacó y leyó en la pantalla: NÚMERO OCULTO.

Respondió, pero no dijo nada.

—Soy yo —dijo Rebecca.

Él había mentido a Emory al asegurarle que no tenía móvil. Tenía docenas de ellos, de marcas baratas, que compraba en el supermercado. Eran móviles desechables. Solo los usaba para comunicarse con su hermana.

Cada vez que la llamaba, le daba el número del siguiente móvil y luego destruía el que acababa de usar. De esa forma, ella siempre tenía un número imposible de rastrear si necesitaba contactar con él por una urgencia.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, preparándose para recibir una mala noticia.

—El agente especial Connell ha venido a visitarme.

Eso no se lo esperaba y se quedó mudo unos instantes.

—¡No me jodas! —dijo luego, en un susurro furioso.

—Pues sí.

—¿Cuándo?

—Hoy.

Después de cuatro años, Connell aparecía precisamente ese día. El día en que Emory había regresado junto a su marido, el día en que estaba rodeada de policías y medios de comunicación. ¿Coincidencia? Los dos acontecimientos habían ocurrido a casi cinco mil kilómetros de distancia. ¿Qué relación podía haber entre ambos? Solo una: él.

—¿Qué quería?

—¿Tú qué crees? A ti.

—Será hijoputa.

—Aún tiene los mismos ojos de cachorrito de perro —comentó ella.

—No confíes en él.

—Ni por un momento. Es tan manipulador como siempre, pero debería actualizar sus métodos de vigilancia. Estaba aparcado calle abajo ayer por la noche cuando volví a casa.

—¿Por qué no me llamaste entonces?

—Pensaba que se rendiría y se iría.

—Muy poco probable.

—He esperado veinticuatro horas antes de abordarlo.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo ha estado?

—Aquí en casa, unos quince minutos.

—¿Le dejaste entrar?

—Solo quince minutos —repitió ella, exasperada—. Luego lo mandé a paseo.

—Eso no significa que no siga vigilándote.

—No lo creo.

Tendría que confiar en que su hermana estuviera en lo cierto. Era lista y escurridiza. O al menos antes lo era.

—¿Cómo ha conseguido seguirte la pista hasta Seattle? —Esa era la pregunta más relevante.

Ella le explicó que su antigua compañera de trabajo en Macy's la había reconocido en las noticias. Él se relajó un poco al comprender que no había relación entre Emory y la imprevista visita del agente del FBI a su hermana.

—Fue una estupidez por mi parte participar en la manifestación —le decía ella—. Ahora me doy cuenta. La verdad es que no creía que llegaran a cubrir la noticia a nivel nacional.

—Pero has cambiado de aspecto.

—Al parecer no lo bastante como para engañar a Eleanor.

—La recuerdo. Erais muy amigas.

—Creo que estaba loquita por ti. Antes... —Estuvo a punto de decir «antes de Westboro». Todo había cambiado después de eso, pero era una pérdida de tiempo hablar de lo que ambos ya sabían, y era más prudente no hablar demasiado tiempo. Sobre todo teniendo en cuenta la reciente reaparición de Jack Connell.

—No lo habrás dejado solo, ¿verdad?

—Solo fue al lavabo y, antes de que te entre el pánico, que sepas que estuve escuchando detrás de la puerta. Meó y se lavó las manos. No habría tenido tiempo para hacer nada más. De todas formas lo revisé todo concienzudamente cuando se fue.

Buena chica.

—¿Y de qué hablasteis durante esos quince minutos?

—Mencionó Salt Lake City. También Tejas y Kentucky.

—¿Son sus destinos de vacaciones preferidos?

—No te hagas el gracioso. Me preguntó qué sabía sobre un entrenador de fútbol. Me hice la tonta, pero no se lo tragó, claro.

De modo que no había mencionado Carolina del Norte o la zona. Tampoco a la doctora de Atlanta que había desaparecido durante cuatro días. Respiró con mayor tranquilidad y cambió de tema.

—¿Cómo está Sarah?

—Ahora hablamos de ella. Pero antes dime cómo estás tú.

—Bien.

—No es verdad.

—Sí, sí lo es.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada.

—¡No me vengas con chorradas! Se te nota la voz rara. ¿Estás enfermo?

—Estoy sano como un toro.

—Entonces, ¿qué te pasa?

Rebecca siempre había tenido la habilidad de detectar sus evasivas. Las mentiras las olía a un

kilómetro. Mejor cortaba la comunicación mientras aún pudiera.

—Mira, será mejor que cuelgue. Gracias por el aviso sobre Connell.

—Tenía que avisarte. Sigue buscándote.

—Si tuviera alguna pista, no te acosaría a ti. Pero una cosa: ¿estás segura de que fue tu amiga la que lo condujo hasta ti? Podría haberte mentido.

—No. Lo he comprobado. Cuando se fue, llamé a Eleanor.

Rebecca era muy meticulosa cubriendo su rastro y, por tanto, el de él. Por eso mismo, le sorprendió que hubiera vuelto a contactar con su amiga de Nueva York.

—Me confirmó que Connell fue a verla, y por qué ella lo llamó. —Y añadió, más a la defensiva—: Me ha gustado charlar con ella. Ahora está casada, y embarazada de su primer hijo. Ha sido agradable saber que está tan feliz.

Él agachó la cabeza, metiendo la barbilla en el cuello del chaquetón, disgustado al notar que su hermana sentía la necesidad de disculparse por haber disfrutado charlando con una vieja amiga. La lealtad hacia él le había costado muy cara. Y seguramente él solo estaba al tanto de una pequeña parte de los sacrificios que había tenido que hacer y aún hacía para protegerlo.

—Me alegro de que hayas llamado —dijo con voz ronca—. Gracias. Te llamaré.

—¡No te atrevas a colgarme!

—Ya hemos hablado demasiado.

—Has preguntado por Sarah.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Está bien? Joder, Connell no habrá...

—No. Le he amenazado con castrarlo si se acerca a ella.

—Y luego yo tendré que matarlo.

—No será necesario por el momento. En respuesta a tu pregunta, Sarah está estupendamente.

—¿Sigue tocando el chelo?

—Participará en un recital dentro de unas semanas. Ojalá pudieras asistir.

—Sí, ojalá. —Se produjo un silencio, que se alargó más que una mera pausa en la conversación—. ¿Qué es lo que no me has contado, Becs?

Cuando ella tenía doce años y él catorce, Rebecca le abofeteaba cada vez que usaba aquel apodo para chincharla. Sin embargo, con el tiempo había acabado por gustarle, aunque cuando él lo usaba solía indicar un cambio en el tono de la conversación. Era el equivalente a decir que era el momento de ir al grano y dejarse de sutilezas.

—A Sarah y a mí nos gusta vivir aquí —dijo ella—. Le encanta su escuela. Tiene muchos amigos. La tienda va bien, mucho mejor de lo que me esperaba. Aquí hemos creado un hogar. Si tuviéramos que mudarnos otra vez...

—Yo no te pedí que te mudaras la primera vez.

—No; la decisión de irnos de Nueva York fue solo mía. Pero mientras estuviera en el radar de Jack Connell, iba a seguir acosándome, y yo detestaba vivir siempre vigilada. Además, Sarah y yo necesitábamos empezar de nuevo, alejarnos del capullo con el que me casé. No me arrepiento de haberme ido de Manhattan. —Hizo una pausa para tomar aliento—. Pero mudarnos a una ciudad diferente ahora, adoptar un nuevo nombre, tener que mentir a todo el mundo para establecer una nueva identidad... No quiero volver a hacerlo.

—Y yo no quiero que lo hagas —le aseguró él—. Quédate donde estás, Becs, y vive tu vida.

No pienses en mí cada vez que tengas que tomar una decisión. Solo debe importarte tu felicidad y la de Sarah, vuestro bienestar.

—Pero ahora que Connell sabe dónde vivo...

—No puedes traicionarme porque en realidad no sabes nada.

—Él no se lo cree. Está seguro de que sé dónde estás.

—Entonces se equivoca, ¿no?

—Y tú no estás bien.

—¿Cómo?

—No estás bien. Te pasa algo. ¿Qué es?

Por Dios, qué persistente era.

—No te preocupes por mí, estoy bien.

—¿Qué has hecho esta vez? —preguntó ella, atenta siempre a los menores matices.

—Sabes de sobra que no debes preguntar.

—Entonces cuéntamelo para que no tenga que preocuparme.

Él vaciló antes de contestar.

—Me he cabreado con mis vecinos. —La experiencia había enseñado a Rebecca a leer entre líneas. No adivinaría que, esta vez, sus palabras eran literales.

—¿En plural?

—Dos.

Rebecca exhaló un leve gemido de disgusto.

—¿Hasta qué punto te has cabreado?

—Todavía respiran, si te refieres a eso.

—No te pongas desagradable. Solo quiero saber qué ha pasado.

—Es mejor que no lo sepas. Así no tendrás que mentir nunca al respecto.

—Por amor de Dios, ¿cuándo vas a parar?

—Cuando haya terminado.

—O cuando alguien termine contigo.

—Siempre cabe esa posibilidad.

Ella soltó una risa triste.

—Pero yo no tengo que preocuparme, ¿verdad?

Para eso él no tenía respuesta.

—Si has acabado ahí, donde quiera que estés, volverás a trasladarte —añadió ella.

Apoyado en un poste telefónico, él desvió la vista hacia el edificio del otro lado de la calle. En el hospital ya no había tantas idas y venidas como antes, habían acabado las horas de visita.

Los dos hombres que habían escoltado a Emory hasta Urgencias se habían marchado luego en su todoterreno. Las furgonetas de las noticias habían partido después de la conferencia de prensa. Poco después de las diez, Jeff Surrey se había ido en un coche europeo último modelo.

En algún lugar de aquel edificio, Emory estaba sola, y lo estaría el resto de la noche. Debería haberle tranquilizado, pero no era así.

—No puedo trasladarme ahora mismo —dijo a su hermana.

—Siempre te trasladas inmediatamente.

—Esta vez no.

—¿Por qué?

No podía contárselo. Su hermana se preocuparía aún más y aumentaría su temor. Si le hablaba de Emory, ella le aconsejaría que recapacitase y se alejara, que se olvidara de ella esa misma noche, en aquel mismo momento. Pero él no quería oírselo decir.

—Tengo que zanjar aquí un asunto antes de seguir adelante, eso es todo.

—No vas a contármelo, ¿verdad?

—No.

—¿Tiene algo que ver con Westboro?

—No. Es otra cosa. —Antes de que ella le pidiera una información que él no quería compartir, le dio el número de otro móvil desechable—. Las reglas de siempre. Llama solo en caso necesario.

—Lo haré. ¿Me llamarás tú?

—Claro.

—Te has metido en más problemas, ¿verdad? —insistió Rebecca tras unos segundos.

Él no respondió.

—Te juro que si supiera dónde estás, ahora mismo llamaría a Connell y se lo diría —le aseguró ella.

—No es verdad.

Ella exhaló un suspiro, derrotada.

—No, no lo haría. Pero hoy me ha dicho una cosa sobre ti que no se me va de la cabeza.

—Eso puede ser interesante.

—Ha dicho que quizá sería un alivio para ti que te encontraran.

—¿Un alivio?

—Es la palabra que usó.

—Entonces es un gilipollas. Si vuelve a presentarse ahí otra vez, dile que se vaya a tomar por culo.

Ella se echó a reír.

—Yo no lo habría dicho mejor.

La risa de Rebecca era una buena forma de concluir la llamada. Antes de que alguno de los dos se pusiera sensiblero, antes de que tuvieran que decirse adiós de verdad, él colgó. Luego le quitó la batería al móvil y aplastó el aparato bajo su bota hasta hacerlo añicos.

Se arrodilló, recogió los trozos del suelo y se los metió en el bolsillo del chaquetón para deshacerse de ellos más tarde. Luego hundió la mano en el bolsillo del tejano y sacó el diminuto dije de plata, el recuerdo que había guardado como vínculo tangible con Emory sin darse cuenta de la increíble importancia que tenía para él.

Frotándolo pensativamente entre los dedos, lanzó una última mirada al hospital y, convencido de que no era probable que se produjera ninguna novedad esa noche, se encaminó hacia la camioneta. Tenía mucho trabajo por delante esa noche. Tareas destinadas a alejar sus pensamientos de Emory.

Pero no lo conseguirían.

Durante cuatro años, había vivido en soledad e incluso había llegado a aceptarla. Pero en tan solo cuatro días, su tolerancia se había ido al traste. Había empezado a pesarle.

27

Emory se incorporó bruscamente, jadeando.

Miró en derredor frenéticamente, esperando ver las paredes de troncos, la lámpara con la pantalla de arpillera, a él.

Pero él no estaba allí y ella no estaba en la cabaña, y los hermanos Floyd tampoco iban a irrumpir por la puerta con una escopeta cargada.

Estaba en la habitación del hospital, a salvo.

Entonces, ¿por qué le latía el corazón tan deprisa? ¿Por qué le faltaba el aire al punto de notar un hormigueo en manos y pies?

Reconoció los síntomas clásicos de un ataque de pánico, pero no sabía qué lo había provocado. ¿Una pesadilla? ¿Un profundo sentimiento de culpa por haber mentido a la policía? Sin embargo, presentía que la razón de su aguda ansiedad era algo más imperioso. Se levantó de la cama y arrastró el pie del gotero hasta la puerta. La entreabrió y asomó la cabeza para mirar en ambas direcciones. El pasillo estaba vacío. No había nadie vigilando la puerta de su habitación. Ni nadie a la vista. Nada amenazador.

Volvió a la habitación y cerró la puerta.

Fue al baño para usar el inodoro y lavarse la cara con una toalla húmeda. El suelo de baldosas estaba frío bajo los pies descalzos. Al salir, sacó del armario la bolsa que contenía sus pertenencias y se la llevó a la cama. Mientras revolvía en busca de sus calcetines, tuvo que admitir que Jeff tenía razón. Realmente su ropa de correr olía bastante...

Siguiendo una súbita intuición, volcó la bolsa en su regazo, convencida de que la causa de su ataque de pánico estaba en algún lugar de esa bolsa.

Lo revisó todo rápidamente y luego más despacio, tomando los artículos uno a uno, sopesándolos individualmente.

Cuando por fin lo comprendió, fue como si sufriera una descarga eléctrica.

Permaneció sentada un momento tratando de decidir qué hacer. Luego, con manos temblorosas, marcó un número en su móvil y aguardó con impaciencia.

—¿Emory? —dijo una voz soñolienta al cabo de varios tonos—. ¿Va todo bien?

—Alice, siento haberte despertado.

—¿Estás bien?

—Sí. Quiero decir, no, o no te llamaría a... ¿Qué hora es?

—No importa. ¿Qué pasa? Pareces alterada.

Emory hizo lo posible por calmarse respirando hondo varias veces.

—Tengo que preguntarte algo y no quiero esperar hasta mañana.

—Te escucho.

—Hoy, cuando estabais todos en mi habitación y yo describía la caída y que me había golpeado la cabeza y todo eso, ¿mencioné que se me rompieron las gafas de sol?

—¿Cómo?

—Piensa, Alice. Por favor. Es importante. ¿Comenté que se me habían roto las gafas de sol?

—No lo recuerdo. ¿Por qué?

Emory tragó saliva.

—Porque Jeff me ha preguntado antes quién me las había arreglado. Le he dicho que debía de haber sido una enfermera, pero en realidad fue el hombre de la cabaña.

—De acuerdo —dijo Alice, desconcertada.

—¿Cómo sabía Jeff que se me rompieron las gafas cuando me caí?

Alice se tomó su tiempo para reflexionar.

—Repetiste tu historia varias veces durante la tarde. Seguro que mencionaste las gafas en algún momento.

—No lo creo —dijo Emory, mordisqueándose el labio inferior.

—¿Insinúas que...? ¿Qué insinúas?

—Escúchame, por favor. Desde que nos reencontramos esta mañana, Jeff actúa como si fuera otra persona. Ha estado pegado a mí. Protector, cariñoso, incluso contrito. Él no es así para nada, ya lo sabes.

—Emory...

—Sé lo que vas a decir. Que es el comportamiento normal en un hombre que ha tenido una aventura y quiere hacer penitencia.

—Eso iba a decir. Después de estar a punto de perderte, se siente fatal y quiere expiar su infidelidad.

—Eso es razonable y yo estaría de acuerdo, si no fuera porque todos esos mimos parecen fingidos, forzados. Como si representara un papel. No me siento cómoda a su lado. Me pone muy nerviosa. Ya sé que parece una locura.

—No parece una locura. Pero sí parece que viene de una persona que ha recibido un fuerte golpe en la cabeza. ¿Te han dado un sedante para pasar la noche? Podría estar afectándote...

—No es la medicación. No tengo alucinaciones. Y no estoy histérica.

El silencio de Alice al otro lado de la línea indicó que tal vez sí que sonaba un poco histérica. Emory apretó los labios para contenerse y no decir nada que lo corroborara.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Alice—. ¿Sugieres que Jeff estaba allí, que tuvo algo que ver con la herida que te provocó la conmoción?

—Si no tuvo nada que ver, ¿cómo sabía lo de las gafas?

Alice respiró profundamente.

—De acuerdo, supongamos que fue él. ¿Luego qué? ¿Te dejó allí para que ese montañero te raptara? ¿Crees que Jeff y él estaban confabulados?

—No, imposible.

—¿Más imposible que lo que tú afirmas?

—Yo no afirmo nada. Solo... —¿Qué era lo que estaba haciendo?

—¿Les has hablado a la policía de esto? —preguntó Alice.

—Todavía no.

—Deberías.

—He pensado en llamar al subinspector Knight, pero primero quería confirmar lo de las gafas. Esperaba que me confirmaras si las mencioné o no.

—No lo hiciste —dijo Alice en voz baja—. Al menos yo no lo oí.

Emory dejó escapar un sonoro suspiro.

—Gracias.

—Pero ¿cuántas veces habías contado la historia antes de que llegáramos Neal y yo?

—Varias. Al menos fragmentos de ella.

—¿Puedes jurar que no mencionaste las gafas en ningún momento?

Cuando Emory repasó todo lo sucedido durante el día, le pareció un batiburrillo de impresiones incompletas, como si alguien lo hubiera convertido en un rompecabezas y luego hubiera arrojado las piezas al aire.

Estaba sufriendo el impacto de su regreso a la vida normal, tan concentrada en no dejarse atrapar en una mentira que quizá se había referido a las gafas y sencillamente no lo recordaba.

—No —admitió en voz baja—. No puedo jurarlo.

Alice esperó un momento antes de hablar.

—Creo que te has fijado en algo que Jeff dijo de pasada y lo has sacado de contexto.

—Me gustaría creerlo. De verdad que sí. Pero es que tengo el presentimiento de que hay algo raro.

—¿Puedo ofrecerte un par de explicaciones de por qué te sientes así?

—Por favor.

—Has pasado por una dura experiencia que ha tenido un impacto tanto físico como emocional. Sufriste una conmoción cerebral leve, pero conmoción al fin y al cabo. Te acostaste con un desconocido. Eso está muy lejos de tu manera de ser habitual. Es natural que ahora te sientas un poco frágil, insegura, incluso asustada.

—Entiendo lo que dices, Alice. Pero ¿cuándo has visto que me deje llevar por una imaginación desbocada, o que me ponga nerviosa en una situación de crisis?

—Nunca. Pero esto no ha sido una crisis corriente. Ha sido *tu* crisis.

—De acuerdo —suspiró Emory—, esa es una explicación. Has dicho que tenías un par.

—¿Te sientes culpable quizá?

—¿Le busco defectos a Jeff para mitigar mi propio sentimiento de culpa por haberlo engañado? —resumió Emory tras reflexionar.

—No soy psiquiatra, pero parece una transferencia lógica, ¿no?

—Supongo.

—No pareces convencida.

No lo estaba. En realidad había hecho exactamente lo contrario al decidir no culpar a Jeff de su propio adulterio.

—Es posible que Jeff haya estado involucrado de alguna manera. Esos policías sospechaban de él.

—Pero luego han desechado sus sospechas.

«Sí, pero solo porque aparecí viva.»

—Jeff no es demasiado cariñoso —decía Alice—. De hecho, puede ser un cabrón egocéntrico. Pero durante una de nuestras conversaciones cuando aún estabas desaparecida, me dijo que quería ser el marido ideal para ti, como tú te mereces. —Hizo una pausa y añadió en un sentido susurro—: Es imposible que te hiciera daño.

Los sucesos traumáticos desencadenaban ataques de pánico. Pero a menudo los provocaban

terrores imaginarios. Estaba claro que Alice creía que sus sospechas carecían de fundamento. Y tal vez tenía razón.

—Lamento haberte despertado.

—Ya sabes que puedes contar conmigo —dijo Alice—, pero mañana tengo dos cesáreas programadas.

Emory se disculpó por tenerla tanto tiempo al teléfono.

Aun así, Alice se mostró reacia a colgar.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, estoy bien. Gracias por escucharme.

—Hablamos mañana otra vez. Descansa. Mañana todo te parecerá mejor.

Pero llegó la mañana y no fue así.

Emory estaba ya vestida y esperando cuando llegó Jeff.

—¡Estás estupenda! —exclamó él al entrar en la habitación.

Ella hizo un esfuerzo por sonreír.

—No creo, pero he mejorado algo.

—Ese ha sido siempre uno de mis conjuntos favoritos.

—No son más que unos tejanos y un jersey.

—Eres tú con tejanos y jersey. —Jeff se inclinó y le rozó los labios con los suyos—. ¿Cómo has dormido?

Ella no le habló del ataque de pánico ni de su conversación con Alice. Pero después de eso, mientras daba vueltas en la cama sin poder dormir, había decidido que no podía vivir dudando y con miedo. Se negaba a sospechar del hombre con quien estaba casada. Le preguntaría directamente cómo sabía lo de las gafas de sol. Esperaba que tuviera una explicación lógica que disipara sus recelos y le hiciera sentirse ridícula por haberlos albergado siquiera.

—¿Lo tienes todo? —preguntó él, frotándose las manos con vigor—. ¿Lista para irnos?

—En cuanto traigan la silla de ruedas. Ya sabes, son las normas del hospital. Mientras esperamos, quiero preguntarte algo que me tiene preocupada.

Unas arrugas se formaron en la frente de Jeff. Tomó la mano de Emory y le frotó el dorso con el pulgar.

—A juzgar por tu expresión, es algo serio. ¿De qué se trata?

—Jeff... —empezó ella, armándose de valor.

En ese momento sonó su móvil, que había trasladado antes de la riñonera a la bolsa. Emory lo sacó, miró la pantalla y respondió.

—¿Subinspector Knight?

Jeff dejó caer su mano, mascullando.

—Hola, doctora Charbonneau. ¿Cómo se encuentra esta mañana?

Emory estuvo a punto de contestar: «Puede que al final tuvieran razón sobre Jeff», pero se contuvo.

—Me siento mejor, gracias —dijo.

—Me alegro. ¿Está con usted su marido?

—Lo tengo aquí a mi lado.

—Bien. Eso está bien. Escuche, ha surgido algo. Buddy Grange y yo querríamos pasar por el hospital antes de que se marchen a casa. ¿Podría ser ahora mismo?

Una enfermera apareció en el umbral de la puerta empujando una silla de ruedas.

Emory levantó el dedo índice, pidiéndole que aguardara un momento.

—¿Qué ha pasado, subinspector?

—Preferiría no hablar de ello por teléfono.

Jeff. Habían descubierto algo que implicaba a Jeff.

—Querríamos hablar en persona con los dos —añadió Knight.

—No es necesario que vengan al hospital —dijo ella, algo jadeante—. Nosotros iremos a verles.

28

Knight y Grange los condujeron a través de la sala de la oficina del sheriff, que Jeff había descrito a Emory desdeñosamente y con detalle.

—Esperaba no tener que volver a este sitio nunca más —dijo a Emory en un susurro—. ¿No te ha dicho nada sobre qué va esto?

—Solo que no quería hablarlo por teléfono.

Siguieron a los dos subinspectores por un corto pasillo y entraron en una sala de interrogatorios.

—Aquí estaremos más tranquilos —dijo Knight, ofreciendo una silla a Emory—. Jeff, usted siéntese ahí. ¿Quieren algo para beber?

Rehusaron al unísono.

Knight se sentó al otro lado de la pequeña mesa, frente a Emory. Grange se apoyó en la pared con una mano en el bolsillo de los pantalones. Con la otra sujetaba un sobre marrón contra el muslo. Parecía relajado.

Emory no se dejó engañar.

—¿Ha descansado bien esta noche? —preguntó Knight.

«No, tuve una epifanía», pensó ella, pero contestó con una evasiva.

—Ya sabe cómo es en los hospitales.

—Te despiertan para darte pastillas para dormir.

—Algo así.

—¿Podríamos ir al asunto por el que estamos aquí? —terció Jeff—. Tenemos por delante un viaje hasta Atlanta. —Parecía impaciente, como si prefiriera estar en cualquier otro sitio antes que allí.

—Le hemos causado muchas molestias, Jeff —dijo Knight, haciendo una mueca.

—¿Molestias? Diga más bien que me han agraviado.

—Cierto. —Knight suspiró—. Y tanto Grange como yo le hemos dicho que lo lamentamos mucho. Se lo repetimos: nuestras más sinceras disculpas. —Jeff no dijo nada, de modo que Knight prosiguió—. La razón de mi llamada esta mañana, la razón por la que he preguntado a su esposa si había descansado bien, es que he pensado que tal vez le haya venido algo a la memoria durante la noche.

—¿Como qué? ¿El ratoncito Pérez? —dijo Jeff.

Knight sonrió afablemente.

—Estaba pensando más bien en un recuerdo que se le hubiera olvidado ayer. He pensado que quizá lo habría recuperado por la noche.

Dadas las circunstancias, la perspicacia del subinspector resultaba asombrosa. Emory miró a Jeff con nerviosismo antes de volver la vista hacia Knight.

—¿Los agentes que iban a seguir mi ruta han descubierto algo?

—Todavía no. ¿Ese mapa suyo ha aparecido ya?

—Ustedes tienen mapas seguramente mucho más detallados que el mío, que saqué de Internet. ¿Cómo les va a ayudar?

—Bueno, nos aseguraríamos de que no tomó un desvío o giró donde no debía. Porque, verá, lo que de verdad nos tiene fritos es que nadie ha conseguido encontrar el lugar de su percance, fuera cual fuese. ¿Alguna idea de cuánta distancia había recorrido hasta entonces?

—Calculo que debía de llevar más o menos una hora corriendo. No llegué al punto en que iba a dar la vuelta.

—¿Está segura?

—Sí.

Los policías parecían dudar, pero Emory no pudo discernir si dudaban de que no hubiera llegado al punto de retorno, o de su capacidad para recordarlo. Se movió en la silla, seguramente diseñada para que resultara incómoda.

—Créame, tengo tantas ganas de saber lo que pasó allá arriba como ustedes.

Knight intercambió una mirada con Grange antes de volver a mirarla.

—¿Está segura de que no tiene nada que añadir a lo que nos contó ayer?

Emory prefería no sacar a colación las gafas de sol hasta después de enterarse de lo que pretendían ellos, del asunto tan delicado que no se podía comentar por teléfono.

—¿Nada? Muy bien. —Knight se volvió hacia su compañero—. ¿Está preparado? —preguntó.

Grange se impulsó hacia delante.

—Todo listo. —Sobre la mesa había un portátil abierto hacia Knight. Grange lo giró para que la pantalla quedara hacia ella.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Jeff, que también estaba en posición de ver la pantalla —. ¿Películas caseras?

—Algo parecido —respondió Knight.

—Nos lo han pasado esta mañana. —Grange le dio al icono de reproducir en el centro de la pantalla y dio comienzo el vídeo.

La calidad de la imagen no era buena, sino oscura y granulada, pero Emory reconoció la habitación al instante. El estómago le dio un vuelco. La sangre se le agolpó en los oídos como agua liberada tras la ruptura de una presa.

Vio cómo entraba ella misma en la imagen, de espaldas a la cámara. Al darse la vuelta, un haz de luz le dio directamente en la cara y ella se protegió los ojos con la mano.

«Baje eso, por favor. Me está cegando.»

Emory recordaba que él había movido la linterna un poco a la derecha, pero seguía siendo visible a la cámara mientras paseaba la vista en derredor.

«Esto es el despacho. Aquí no habrá nada. Tenemos que encontrar la consulta, un armario donde se guarden suministros y medicamentos.»

«La sigo, doc.»

Emory salió de la imagen. La habitación se sumió en la oscuridad y también la pantalla del portátil. Luego apareció un menú dando al espectador la opción de volver a reproducir el vídeo, pausarlo, o salir.

Grange lo pausó y volvió a apoyarse en la pared.

Emory permaneció inmóvil, como petrificada. Notaba la mirada incrédula de Jeff fija en ella. Al cabo de unos segundos agobiantes, él se levantó, se colocó detrás de su silla y posó las manos suavemente sobre sus hombros.

—Emory, ¿quién era ese? ¿Qué era eso?

Ella notó las manos húmedas de su marido a través del jersey. O más bien debía de ser ella misma que había empezado a sudar de pura humillación.

Knight apoyó las manos sobre la mesa. Emory se fijó en que tenía una goma elástica rodeándole dos dedos. El policía tiraba de ella, provocando pequeños chasquidos.

—¿Doctora Charbonneau?

Ella interrumpió la observación de la goma elástica y lo miró a los ojos.

—El doctor Cal Trenton se encontraba con su esposa en Coral Gables, Florida, para celebrar los cuarenta años de matrimonio. Le había dado una semana de vacaciones al personal. No volvieron a abrir hasta ayer. Entonces descubrieron que habían entrado a robar y todos se pusieron muy nerviosos. El doctor Trenton no se acordó hasta esta mañana de la cámara espía que había colocado en la estantería de su despacho hace unos meses.

»Al parecer guarda una botella de licor en el cajón inferior de su mesa, y sospechaba que las señoras de la limpieza se la estaban ventilando. Esperaba pillarlas in fraganti. Pero —añadió sonriendo— al final acabó sustituyéndolas por un equipo de limpieza abstemio.

»No sabía que la cámara seguía grabando. Tenía uno de esos temporizadores en bucle. El caso es que sacó el disco y se lo trajo ayer al ayudante que investiga el robo. —Knight encogió sus corpulentos hombros en un gesto casi de disculpa—. La reconoció a usted inmediatamente, así que me llamó a casa.

Ella miraba a Knight, pero sus ojos se habían vuelto vidriosos al pensar en el daño catastrófico que había recibido su credibilidad. No disponía de más defensa que una referencia a las gafas de sol sin explicar. La policía tenía un vídeo de ella robando en la consulta de un médico.

Knight pronunció su nombre, en voz baja, pero no sin presionarla.

Emory salió de su aturdimiento con esfuerzo.

—¿Iré a la cárcel?

Knight miró a Grange, que parecía compartir la consternación de su compañero, y se volvió de nuevo hacia Emory.

—¿Es eso todo lo que tiene que decir? —le preguntó.

—Sí.

—¿Sin explicaciones?

—¿Son necesarias?

—Emory, no digas nada más hasta que llamemos a un abogado —interpuso Jeff, y tiró del respaldo de la silla de su mujer como esperando que ella se levantara para irse.

—Puede hacerlo así si quiere —dijo Knight.

—Debería haberlo hecho así cuando empezaron a interrogarme sobre su desaparición. Ya sabemos lo equivocados que estaban entonces, y estoy seguro de que Emory tiene una explicación lógica para esto... —A falta de palabras, señaló el portátil—. Pero no dirá nada más sin la presencia de un abogado.

—Cálmese, Jeff. De momento no queremos fichar a la doctora Charbonneau. Estamos

seguros de que existen circunstancias atenuantes y nos gustaría saber cuáles son. ¿Por qué no espera usted fuera, mientras su esposa nos aclara las cosas?

—¿Y usted por qué no se va al infierno?

—Jeff. —Emory se dio la vuelta en la silla para mirarlo—. Creo que tienes razón y debería buscarme un abogado. Seguro que nuestro gestor financiero podrá aconsejarnos alguno. ¿Podrías encargarte tú, por favor?

—¿Y dejarte aquí sola?

—En realidad —dijo Grange, separándose de la pared—, usted no puede decidir quién se queda y quién se va. Podemos pedir que lo acompañen fuera.

Antes de que la situación se les fuera de las manos, Emory agarró a Jeff por el brazo.

—Ve y ocúpate de todo. Tendré cuidado con lo que digo.

—Si esto acaba en un juicio —dijo él, fulminando con la mirada a los dos policías—, declararé que le han negado a mi mujer la presencia de un abogado al interrogarla.

—Tomamos nota —repuso Grange con cara de póquer.

Jeff se inclinó y besó a su mujer en la sien.

—¿Por qué no me hablaste de esto? —le susurró.

—No podía.

Él vaciló, deseoso de saber más. Luego le dio a Emory un apretón tranquilizador.

—Yo creo en ti.

—Gracias.

Jeff salió furioso y dando un portazo.

A continuación hubo un tenso silencio.

—¿Y bien? —dijo Knight finalmente—. ¿Le importaría decirnos qué hace usted en ese vídeo?

—¿No es evidente?

—¿No quiere contarnos por qué entró a robar en la consulta de ese médico?

—No.

—¿Tiene algo contra el doctor Trenton?

—Ni siquiera sabía su nombre hasta que usted lo ha dicho.

—¿Eligió su consulta al azar?

Ella no respondió.

—¿Simplemente pasaba por ese pequeño pueblo, vio su consulta, y decidió forzar la puerta de atrás y llevarse algunos suministros médicos?

Ella siguió callada.

—Emory —dijo Knight, inclinándose hacia delante—, dejémonos de gilipolleces. Y disculpe mi lenguaje. ¿Por qué forzó la consulta de ese médico y se llevó...? —Grange se acercó para entregarle una hoja que sacó del sobre marrón. Knight se puso las gafas de lectura. Enumeró en voz alta los artículos que Emory se había llevado en una bolsa de basura, lo que había sido idea de su cómplice.

—Y un par de guantes de látex —añadió ella, cuando Knight terminó.

El subinspector sacudió el papel que sostenía.

—¿Por qué se llevó todo esto que podría haber conseguido en su propia consulta?

—Estaba a más de ciento cincuenta kilómetros de mi consulta.

—¿Y necesitaba todo esto en ese preciso instante?

Ella no contestó.

—¿Necesitaba esas cosas para tratar a un paciente?

Silencio.

—¿Para usted? ¿Se estaba tratando a sí misma? No me mire como si estuviera majareta. ¿Necesitaba todo esto para usted misma?

—No.

Él se reclinó en la silla y se tomó un momento.

—De acuerdo. El hombre de la linterna la llamó «doc», lo que sugiere cierta familiaridad. ¿Era el hombre de la cabaña, el que la cuidó tan bien, pero cuyo nombre se le ha ido de la memoria?

—No se me ha ido de la memoria. No lo sé.

—¿Fue cómplice suyo en un delito, y no sabe su nombre?

—Pues no, no sé su nombre —replicó ella, sin admitir el delito.

Knight y Grange se miraron. Este enarcó las cejas elocuentemente. Su compañero miró la puerta.

—Emory —dijo bajando la voz—, ¿es su novio y vino aquí a pasar el fin de semana con él?

—¿Novio? —Era un término ridículo aplicado a aquel hombre—. No. Nunca lo había visto antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de recobrar el conocimiento en su cabaña.

—No queremos provocar problemas entre Jeff y usted —dijo Knight, todavía en voz baja—. Tendrán que resolver sus asuntos matrimoniales ustedes solos. Pero tiene que decirnos quién es ese ladrón.

Emory miró a uno y otro.

—Si pretenden que les diga su nombre, pueden ahorrar saliva y meterme ya en la cárcel. No sé quién es.

Knight exhaló un largo suspiro.

—Técnicamente cometió usted un delito de clase H. Si la condenaran, tendría que cumplir varios años de prisión. Sin embargo, en Carolina del Norte tenemos un sistema de sentencias basado en la clasificación de los delitos por puntos, teniendo en cuenta la gravedad, los motivos y los antecedentes.

—No acabo de entender qué...

—Lo que quiero decir —la interrumpió él— es que nadie quiere encerrarla. No se trató del típico robo en que se arrambla con todo. En la mesa del gerente había un sobre con doscientos dólares en billetes pequeños. Sigue allí.

»No tocaron un armario cerrado con llave que contenía analgésicos, drogas estimulantes y sedantes, que se podrían vender en la calle por una pasta. Bueno, sí que lo forzaron, pero solo se llevaron antibióticos para dos semanas. Unos antibióticos que, según me han dicho, en Europa se pueden comprar en las farmacias.

Knight dejó que Emory asimilara sus palabras antes de continuar.

—El doctor Trenton dice que, en su opinión, los artículos que faltaban los eligió, por así decirlo, un profesional. Es decir, un médico, no un ladrón profesional. Dice que los artículos que

se llevaron eran los necesarios para un procedimiento quirúrgico. Un aborto, por ejemplo.

Knight observaba las reacciones de Emory, que se recriminó a sí misma mostrarse demasiado transparente cuando bajó los ojos.

Él volvió a inclinarse hacia delante, esta vez con expresión seria y compasiva.

—¿La obligó ese hombre a robar y ocuparse de su problema?

Ella no contestó.

—¿Doctora?

Ella siguió sin responder.

Como si recibiera una señal muda de Knight, Grange acercó una silla y se sentó con ellos. A Emory le recordó la descripción de «poli malo» que había hecho Jeff. Se preparó para ser presionada.

—Sam y yo no creemos que fuera idea suya entrar a robarle unos guantes de plástico a un médico de pueblo —dijo Grange—. Los suministros robados no valían mucho. Esos doscientos dólares cubren de sobra su precio, por lo que dudo que el doctor Trenton quiera denunciar a una reputada colega como usted, y mucho menos que la lleven a juicio. Ciertamente los medicamentos robados son sustancias controladas, pero cualquier ladrón conseguiría más dinero por unos antigripales.

Hizo una pausa.

—Sam y yo creemos que la obligaron, o que la coaccionaron para que cometiera ese robo. Lo que no entendemos es por qué protege al tipo al que no se ve en la imagen. El tipo de la voz áspera. ¿Quién es, doctora Charbonneau?

—Ya se lo he dicho: no lo sé.

—Bueno, quizá nosotros podamos ayudarla.

Sorprendida por esa afirmación, vio que Grange sacaba un mapa del sobre marrón. Lo desplegó sobre la mesa. Era un duplicado del que había usado ella para trazar su ruta aquel sábado en que su vida había dado un repentino vuelco. Y a tenor de lo sucedido durante los cinco últimos minutos, lo más probable era que su vida no volviera jamás a la normalidad.

Alguien había dibujado una estrella en el mapa con tinta roja. Grange apoyó en ella la punta del dedo índice.

—Este es el aparcamiento donde dejó usted el coche. El punto de inicio, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—La gasolinera Chevron donde la dejaron ayer está aquí, en este cruce. —Lo señaló—. Y aquí está el pueblo donde se encuentra la consulta de Trenton.

—Lo que hemos hecho —explicó Knight— es conectar estos puntos para trazar un círculo. Luego hemos comprobado los registros de arrestos, buscando a personas con antecedentes que vivan dentro de ese círculo o cerca de él.

—Han surgido varios nombres.

Emory contuvo el aliento.

—Uno es un tipo actualmente en prisión por atraco a mano armada —dijo Grange—. A otro lo mató su mujer hace ocho meses. Pero tenemos varios nombres más.

Knight sonrió a Emory.

—Y uno en particular nos parece muy interesante.

29

Emory tuvo la sensación de que iba a vomitar. Bajó la cabeza y se tapó la boca con la mano.

«¿Fue violento su delito?»

«Extremadamente violento.»

—Su nombre es Floyd.

—¿Qué? —exclamó ella, levantando rápidamente la cabeza.

—En realidad son dos —explicó Grange—. Hermanos. Norman y Will Floyd.

Emory tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar traslucir su alivio.

—Will, el más joven, es el que tiene peor genio —dijo Knight—. Dejó los estudios a los dieciséis años y nadie en el sistema educativo lamentó verlo marchar. Siempre andaba metido en líos. Vago. Acosador. Tiene un par de cargos por robo con escalo en su haber. Vandalismo. Hurtos en tiendas.

»El verano pasado, acosó a una joven en un partido de béisbol. Se puso violento con ella en el aparcamiento, pero ella se echó atrás y retiró la denuncia, así que lo soltaron. Aquí está la foto policial. ¿Le suena?

Sacó el informe de antecedentes con la foto de Will Floyd, en la que se veía claramente al tipo agresivo y depravado que era.

—Y este es su hermano mayor, Norman, que tiene antecedentes similares.

Knight le pasó el informe.

—Mírelos bien. Pero antes de decir nada, debería saber que hemos enviado a un ayudante montaña arriba para interrogarlos a ambos.

La pequeña burbuja de euforia de Emory dio paso al miedo, que recorrió todo su cuerpo con un veneno paralizante.

—¿Y qué ha averiguado el ayudante? La madre le informó que sus hijos comparten actualmente una habitación en el hospital del condado. El ayudante fue a verlos. Will está hecho un asco. Tiene una fractura mandib... mandib...

—Fractura mandibular —lo ayudó Emory en voz baja.

—Eso es —asintió el subinspector—. Le han unido la mandíbula con alambres que sobresalen en la cara. El ayudante lo describió como una especie de aparato de tortura.

»La cara de Norman parece “un trozo de carne de cerdo después de pasar por una picadora”. Palabras textuales. Además tiene cuatro costillas rotas, un hombro dislocado y un riñón dañado, según le dijo él mismo al ayudante.

Grange continuó con la explicación.

—Pero cuando no gemía de dolor, Norman podía hablar, y antes de que su hermano pudiera escribirle en un papel que cerrara el pico, afirmó que fue su vecino quien les infligió las heridas.

»Dice que nunca habían tenido ningún problema con él hasta hace dos noches, cuando, acompañado de una tal doctora Smith, se entrometió en lo que era un asunto familiar privado y

se presentó en su casa para tratar a su hermana enferma, Lisa.

Como Emory guardó silencio, habló Knight.

—¿Doctora? Ese tipo vive cerca de los Floyd, carretera abajo, y nosotros apostamos a que es el hombre del vídeo. ¿No es así?

Ambos la miraban, pero ella se dirigió a Knight.

—¿Lisa estaba allí?

—¿En la casa? No —contestó Knight—. La señora Pauline Floyd le contó al ayudante que alguien fue esa mañana temprano, antes del amanecer, y se la llevó.

—¿Se la llevó?

—Sí, pero no ha querido decir quién.

—No te olvides del perro —intervino Grange.

—Ah, sí —dijo Knight—. También se ha llevado a la mascota de la familia.

El tierno recuerdo que evocó el perro hizo que Emory sonriera.

—¿Eso es gracioso? —preguntó Grange.

—No. —Sintiéndose agotada, Emory se apartó un mechón de pelo de la cara—. Le aseguro que la situación en la casa de los Floyd no era cosa de risa.

—Entonces estuvo allí —saltó Grange, pillando la ocasión al vuelo—. ¿Era usted la doctora Smith?

—¿Pauline estaba bien? —quiso saber ella, haciendo caso omiso de su pregunta.

Grange le sostuvo la mirada, como sopesando cuánta información debía proporcionarle.

—Según cómo se mire. Estaba bien. Pero al ayudante lo ha sacado de quicio al afirmar que no sabe quién es el individuo que les dio una paliza de muerte a sus hijos, pese a que, según ellos, ella presenció el altercado.

»El ayudante dice que no estaba dispuesta a cooperar, que se negó a contestar a cualquier pregunta sobre el hombre que se llevó a su hija. Solo dijo que era “un tipo decente”.

Emory pensó que él se había ganado la lealtad de Pauline al tratarla con respeto y dignidad. Seguramente había sido una de las pocas personas en tratarla así en toda su vida.

—Los Floyd —proseguía Knight— explicaron al ayudante que Pauline convenció a unos parientes que viven aquí para que volvieran a aceptar a Lisa en su casa. No sabemos lo que eso significa, pero conseguimos el nombre de la hermana de la señora Floyd y la llamamos. Ella confirmó que al amanecer un hombre que conducía una camioneta dejó a Lisa y al perro en su casa. No se demoró. Simplemente dejó a sus pasajeros en la acera y se fue. Igual que hizo con usted ayer.

Sin prestar atención a sus últimas palabras, Emory se interesó por la chica.

—¿Ha hablado alguien con Lisa?

—Todavía no, pero lo haremos.

—Envíen a una agente a interrogarla. Procuren tratarla con amabilidad.

—¿Fue violada? —preguntó Grange tras una pausa breve pero elocuente.

—Tiene quince años —dijo Emory.

—¿Le practicó usted un aborto?

—Eso es información confidencial.

—¿La dejó embarazada el hombre misterioso y...?

—No.

—¿Cómo lo sabe?

—También es información confidencial.

—Los hermanos Floyd no comparten la opinión de su madre sobre ese hombre. Antes de volverse mudo, Norman dijo de él que era un salvaje.

Emory soltó un resoplido.

—Mira quién fue a hablar.

Tras una breve pausa, Knight volvió a la carga.

—Doctora, ¿presenció usted la paliza que le dio a esos chicos?

—Quiero ver a mi abogado.

—¿Tiene miedo? —preguntó Knight, volviendo a inclinarse hacia ella.

—¿De ser arrestada?

—De él —dijo él con fastidio.

—No.

Knight hizo chasquear su goma elástica.

—Lo que más me fastidia es que todos se nieguen a hablar de ese tipo. El ayudante nos ha dicho que, en cuanto Norman lo mencionó, Will se puso como loco allí mismo, en la cama del hospital. Sacudía la cabeza y emitía sonidos frenéticos pese a esos alambres que le salían de la mandíbula.

»Luego pidió papel y bolígrafo por señas y garabateó una nota a Norman para que dejara de hablar, y Norman le hizo caso y enmudeció. Parecían asustados, y esos dos no son de los que se dejan intimidar fácilmente.

Emory se limitó a mirarlo, y él dejó escapar un suspiro.

—Le repetiré una de las preguntas que le hice ayer. Mientras ese hombre la tenía cautiva, ¿la amenazó?, ¿le hizo algún daño?

—No me tenía cautiva.

—¿No la ató en ningún momento?

«Suéltame las manos.»

«No, doc.»

«Por favor.»

«Pero yo también quiero tocarte. Suéltame.»

«No. Solo así puedo controlar...»

«¿Qué?»

«A mí mismo. Si me tocas, me correré dentro de ti.»

—No me ató —respondió Emory con voz ronca.

Knight miró a Grange y este se encogió de hombros. Knight volvió a mirar a Emory con gesto exasperado.

—De acuerdo. Los Floyd nos han dicho dónde vive. —Apartó la silla y se puso en pie—. Hemos pensado que será mejor llevarla allí.

—¿Qué? —exclamó ella, alarmada.

—Sí. Apuesto a que, una vez allí, empezará a recordar cosas.

No se lo podía creer.

Era increíble, maldita sea.

No era de extrañar que no hubieran encontrado el cuerpo de Emory. ¡No estaba muerta, joder!

Con el móvil pegado a la oreja, Jeff se paseaba por el vestíbulo de la oficina del sheriff. Aquel vestíbulo feo, maloliente y desastrado en que había pasado horas interminables se había convertido ya en una metáfora de su vida. Todo en ella apestaba.

Emory vivía.

—Señor Surrey, ¿sigue ahí?

—Sí. ¿Le ha dicho quién llama?

—Sí. —La recepcionista de la empresa se disculpó de nuevo por la espera—. Está con otro cliente. Si lo prefiere puede colgar y él le llamará en cuanto...

—Esperaré. Póngale una nota bajo las narices. Dígale que es urgente.

—¿Es por la doctora Charbonneau?

—Así es.

—Nos hemos enterado de que regresó ayer sana y salva.

Sí, hacía unas veinticuatro horas. Cuando Jeff había oído la voz de Emory en el móvil, lo primero que le había pasado por la cabeza era la idea irracional de que le hablaba desde el otro mundo.

Pero no, no lo estaba llamando desde la tierra de los no muertos. En el momento en que Knight y Grange irrumpían en su habitación del motel dispuestos a arrestarlo por asesinarla, Emory había sacado la cabeza y estaba muy viva.

¡Y qué vida había llevado!

Al colocar las manos sobre los hombros de su mujer en un aparente gesto de preocupación, lo que Jeff deseaba en realidad era rodearle el cuello y apretar. ¿Quién podía echárselo en cara? ¿Cuánto se suponía que debía aguantar un hombre antes de explotar?

—Que se ponga al teléfono —dijo la secretaria, refrenando su ira a duras penas.

Lo dejaron de nuevo en espera. Por si no fuera ya bastante indigno tener que buscarle un abogado defensor a Emory, encima lo hacían esperar.

Después de las primeras doce horas de búsqueda infructuosa del cuerpo de Emory, Jeff había empezado a ensayar el papel de viudo desconsolado. Había despotricado. Había montado su pataleta, se había mostrado enfadado y nervioso, y había presionado a todo el mundo para que la encontraran cuando, en realidad, cuanto más tiempo permaneciera perdida, mejor.

Y cuando se estaba acostumbrando a que estuviera muerta, había aparecido viva.

Volvió a oír la voz de la recepcionista.

—Hablará con usted ahora, señor Surrey.

—¿Qué es tan urgente, Jeff? —le preguntó el abogado con brusquedad.

Jeff no tuvo ánimos para explicar las correrías de Emory con detalle.

—Emory no ha salido indemne de su desgarradora experiencia. Necesita un buen abogado defensor, lo necesita inmediatamente. El dinero no importa.

Tras convenir el importe del anticipo, Jeff obtuvo del abogado la promesa de ponerse inmediatamente manos a la obra. Estaba a punto de finalizar la llamada, cuando Grange lo pilló por sorpresa entrando en el vestíbulo desde la calle, en lugar de salir del interior de la oficina. A su espalda Jeff vio el todoterreno aparcado frente a la puerta.

—Vamos a subir allí —anunció Grange.
—¿Allí, dónde?
—¿Viene o no?

30

Condujeron a Emory hasta el todoterreno con vertiginosa rapidez. Volvieron a sentarse igual que el día anterior en el trayecto desde la gasolinera hasta el hospital: Knight al volante y Grange a su lado, Jeff sentado atrás con ella.

Sin embargo, el ambiente en el vehículo era muy distinto.

Al subir al todoterreno, Jeff tomó a Emory de la mano y le contó en un susurro la breve conversación que había mantenido con su abogado.

—Va a contratar a un abogado penalista. —Hizo una mueca al pronunciar «penalista».

—Gracias por ocuparte de eso.

Él no dijo nada más, pero ella notó su censura y volvió la cabeza para mirar por la ventanilla. «Un paisaje espectacular aquí arriba.» Emory intentó vaciar su mente de todo excepto del paisaje, mientras se dirigían a las montañas.

En un día despejado, las vistas habrían sido impresionantes. Aquel día la niebla cubría los valles. Nubes bajas ocultaban los picos más altos. Emory reconoció el desvío hacia el parque nacional que había tomado ella el sábado por la mañana, pero pasaron de largo sin que nadie hiciera ningún comentario.

De hecho, nadie dijo nada en todo el trayecto. Hasta que salieron de una curva.

—¿Le suena? —preguntó Knight por encima del hombro, al tiempo que el todoterreno aminoraba la velocidad para atravesar una cerca abierta—. Esa camioneta al otro lado de la carretera es la de los Floyd. Todos los neumáticos están rajados.

A Emory no le preguntaron qué sabía sobre la camioneta accidentada y ella no explicó nada.

En cualquier caso, la embargaban tantas emociones que le habría resultado difícil hablar. Habían rodeado la valla con cinta policial. Todo el recinto estaba atestado de vehículos con insignias de distintos organismos. Enfundados en prendas de abrigo, los agentes andaban husmeando, bebiendo de termos, charlando entre ellos. Dos de ellos salieron del cobertizo, uno llevando una lata de pintura, y el otro, un carrete de alambre. La puerta de la cabaña estaba abierta.

Knight bajó del todoterreno y ayudó a Emory a salir del asiento de atrás.

—¿Es este el sitio?

¿Qué sentido tendría mentir?, pensó ella. Pero tampoco quería confirmarlo, de modo que formuló la pregunta que más temía.

—¿Lo han arrestado?

—No.

El alivio hizo que a ella le fallaran las rodillas. Jeff se colocó a su lado y la sujetó por el codo.

—Esto es una mala idea. No está preparada.

—No; estoy bien, en serio.

Jeff parecía dispuesto a discutírselo, pero entonces sonó su móvil.

—Es Alice —dijo tras mirar la pantalla—. ¿Qué quieres que le cuente de todo esto?

—Todavía nada.

—Ya pensaré algo —dijo él, asintiendo.

Se llevó el móvil a la oreja y se alejó unos pasos. Emory se alegró. No creía que pudiera soportar que Jeff entrara en la cabaña. Knight y Grange la condujeron hasta la puerta y la invitaron a entrar antes que ellos.

Los leños quemados de la chimenea estaban fríos. Habían vaciado la caja de la leña y le habían dado la vuelta. Los libros, antes pulcramente ordenados alfabéticamente, yacían en el suelo en un gran montón como si fueran a hacer una hoguera con ellos.

En el centro de la estancia, el escondrijo del suelo había quedado al descubierto y habían sacado el baúl metálico, que estaba abierto y vacío. La lámpara seguía sobre la mesa auxiliar, pero habían quitado la pantalla de arpillera dejando la bombilla al aire. Hombres uniformados registraban cajones y armarios. Habían quitado las sábanas del colchón y lo habían arrojado a un lado.

—Cuando nuestra gente ha llegado aquí —dijo Knight—, no había rastro de él y la cabaña estaba prácticamente vacía. La ha limpiado. No ha dejado ni un trozo de papel. Nada. Pero lo encontraremos.

Emory no estaba tan segura. Él siempre cumplía lo que prometía. La había llevado de vuelta sana y salva. Había rescatado a Lisa de los abusos de sus hermanos. Había dejado vivir a los Floyd, pero no antes de cobrarse la libra de carne[2] que consideraba justa por el agravio que hubieran cometido, fuera cual fuese.

También le había dicho a ella que no volverían a verse jamás. También eso lo cumpliría.

—He encontrado esto en el cobertizo —dijo un ayudante que acababa de entrar—. Alguien ha preguntado para qué servía la barra. —Dejó caer los pesados artículos en el suelo y se marchó.

Emory miró el par de botas de inversión[3] y luego la barra que había sobre su cabeza, y soltó lo que era mitad risa mitad sollozo.

Knight confundió aquel sonido con un gemido de angustia.

—¿Le trae esto recuerdos dolorosos, Emory? —Alzó la vista hacia la barra del techo—. ¿Era un pervertido? ¿Le gustaban cosas raras? ¿Le hizo daño?

—¿Cuántas veces tengo que decírselo? ¡No!

Él la observó un momento y luego llamó a un ayudante.

—Mantén al marido distraído —le susurró—. Salid todos fuera y tomaos un descanso de diez minutos.

La habitación se vació de todo el mundo, menos los dos subinspectores y ella.

—Sentémonos —dijo Knight, y se sentó con Emory en el sofá de piel.

Grange acercó una silla, se sentó y señaló el baúl metálico.

—Apesta a lubricante para armas.

Ambos miraron a Emory, que mantuvo una expresión neutra. Cuando se hizo evidente que no iba a revelar nada voluntariamente, Knight reanudó las preguntas.

—¿Cuántas armas tenía?

—No las conté.

—¿De qué tipo eran?

—No distingo unas de otras.

—¿Pistolas? ¿Rifles?

—Ambas cosas.

Los dos hombres cambiaron una mirada.

—Dice que no le hizo daño —dijo Knight.

—Y es verdad.

—De acuerdo, pero teniendo en cuenta lo que les hizo a los hermanos Floyd, está claro que ese hombre es capaz de una gran violencia. También la incitó, si no la obligó, a cometer un delito. Bueno, Emory, mirándolo desde un punto de vista policial, ¿no cree usted que es posible que él la atacara mientras corría?

—¿Con qué fin?

—Quizá simplemente porque sí —dijo Grange.

Ella desvió la mirada hacia la cocina, donde habían abierto los cajones y los habían revuelto. Pensó en lo ordenada que la tenía él y con qué meticulosidad realizaba todas las tareas, como reparar una tostadora.

—¿Por capricho? No, subinspector Grange. Él jamás haría algo porque sí. Además, ya le he dicho que me trató siempre con amabilidad.

—Yo no diría que convertirla en ladrona fuera amabilidad —dijo Knight—. Pero siguiendo con su argumento, digamos que el robo fue por una buena causa. Digamos que fue necesario para que usted pudiera ayudar a una joven que necesitaba tratamiento médico. Digamos también que esos Floyd se merecían la paliza que recibieron. A juzgar por sus antecedentes, parece razonable.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí manteniendo esta conversación?

—Porque sigo creyendo que en ese robo era usted una rehén y no una cómplice voluntaria. Mi compañero y yo no queremos que la castiguen por algo que se vio obligada a hacer bajo coacción.

Se inclinó hacia ella para abordar el meollo de la cuestión.

—Aunque usted no lo recuerde, ¿no le parece razonable pensar que él pudo golpearla en la cabeza y llevársela del sendero. Se mire como se mire, eso es agresión y secuestro.

—Yo no creo que sea culpable de eso.

—Si no es culpable de nada, ¿por qué no la llevó a la ciudad y se dio a conocer?

Emory abrió la boca, pero no tenía respuesta.

—Exacto —dijo Knight, como si ella hubiera respondido—. Está dispuesto a dejar pasar veinticinco de los grandes con tal de permanecer lejos del radar. Lo que nos lleva a pensar que se trata de un fugitivo. Tiene que ayudarnos a atraparlo.

—¿Para qué me necesitan? Ya han registrado a fondo esta cabaña.

—Que no le pertenece a él. Es de alquiler.

—Oh.

—Parece sorprendida.

Emory miró los estantes despojados de libros.

—Trataba la cabaña como si fuera el propietario. Pero si estaba de alquiler, sin duda su nombre saldrá en el contrato.

—El alquiler lo paga un abogado de Seattle.

—¿Seattle?

—En nombre de una sociedad de responsabilidad limitada, cuya sociedad principal es una corporación. Estamos intentando sortear toda la burocracia necesaria para llegar hasta quien se encuentra detrás de esa corporación, pero mientras tanto, nuestro sospechoso ha huido.

—Los hermanos Floyd afirman que no recuerdan su aspecto —intervino Grange—. Su madre también. La descripción que Lisa dio al ayudante podría servir igual para Beyoncé o para mí. Nos cuesta creer que su memoria sea tan imprecisa. Y creemos que usted lo recuerda con mucho más detalle del que nos ha dado.

—Eso podría interpretarse como obstrucción a la justicia —dijo Knight.

—¿Cómo podría probar lo que recuerdo o no recuerdo de él? —lo desafió ella—. Sufrí una conmoción y tengo un TAC que lo demuestra.

Frustrado, Knight cambió de táctica. Exhaló un suspiro de aparente resignación.

—No estamos llegando a ninguna parte. Desde aquí se oye a su marido discutiendo fuera con los ayudantes, y comprendo su impaciencia. Está más que harto de nosotros.

»Y perdone que se lo diga, Emory, pero no tiene buen aspecto. Quizá no debería haber abandonado el hospital tan pronto. Deberíamos haberlo pensado mejor antes de traerla hasta aquí arriba. Pero ya que hemos hecho el viaje, díganos algo. Cualquier cosa que nos ayude. Luego volveremos a Drakeland, y nos encargaremos de que la instalen en algún lugar agradable para que pueda ponerse cómoda y descansar.

Ella esperó a que acabara con aquellas tonterías antes de hablar.

—Por favor, deje de hablarme como si fuera imbécil.

—Jamás se me ocurriría pensar que es usted imbécil.

—Y tampoco estoy enferma. Lo que sí estoy es harta de que me acose para que le dé una información que no tengo.

—Yo creo que sí.

—Entonces se equivoca.

—Podríamos acusarla de complicidad con un delincuente —amenazó Grange.

—No sabe si es un delincuente.

—Tenemos un vídeo de él cometiendo un robo.

—No, no lo tienen. Soy yo la que sale en el vídeo.

—¿Los amenazó a usted y a los Floyd para que no revelaran su identidad?

—No conozco su identidad.

—Cada minuto que permanece usted sentada aquí negándose a cooperar...

—No me estoy negando.

—... él se aleja más y más.

—Díganos su nombre.

—No lo sé.

—Emory...

—¡No sé su nombre!

—Hayes Bannock.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Jack.

—Se ha encontrado una huella dactilar suya en el grifo de una cocina en Carolina del Norte.

El día anterior por la tarde, a las seis y cuarto, Jack abandonaba la casa de Rebecca Watson sintiendo deseos de estrangularla.

Dejando a un lado el hecho de haber localizado a Rebecca, el viaje a la Costa Oeste había sido un fiasco total. Tras decidir que no valía la pena quedarse por allí, poniendo en peligro su hombría, había ido directamente al maldito transbordador para cruzar el estrecho, atravesar la ciudad de Seattle y llegar finalmente al aeropuerto para embarcar en el vuelo nocturno con destino a Nueva York. Para matar el tiempo en el aeropuerto, se puso a leer una novela mala sobre un buen poli. La partida del avión se retrasó una hora y media. El vuelo no había sido tranquilo, hasta el punto de limitarse el servicio de *catering* y solicitar a los pasajeros que permanecieran con el cinturón de seguridad abrochado.

Además, a causa del mal tiempo, el avión había tenido una hora extra de vuelo a la espera de obtener finalmente el permiso para aterrizar. Una vez en el JFK, tuvo que hacer una larga cola para coger un taxi, pateando el suelo y tratando de mantenerse de espaldas a un viento polar. Acababa de entrar en su apartamento con paso cansado, arrastrando la maleta, sintiéndose sucio y, en general, como una absoluta mierda.

Estuvo a punto de ignorar la llamada de Greer, pero al oír lo que acababa de decirle, soltó la maleta, que cayó al suelo.

—¿Puedes repetirlo?

Greer repitió la asombrosa información.

Jack se quedó callado, esperando oír el final del chiste, el «¡has caído!». Aunque no imaginaba a su leal colega gastándole una broma estúpida como esa.

—¿Jack? —dijo Greer al cabo de varios segundos de asombrado silencio.

—Sigo aquí —replicó Jack. El corazón volvió a latirle. Consiguió respirar un poco de oxígeno—. ¿Cuándo?

—¿Cuándo la han encontrado? Esta mañana. Te la han adjuntado en un e-mail. Ha llegado hace tres minutos más o menos. Pensaba que lo habrías visto.

—Estaba pagando el taxi y entrando en el edificio. No sueltes el móvil.

Jack colgó para acceder a su correo electrónico. El mensaje más reciente que tenía era de un tal subinspector Sam Knight. Intentó leerlo con tal rapidez que fue como si estuviera escrito en zulú. Volvió al saludo y empezó de nuevo, haciendo un esfuerzo por ir más despacio.

Algunas palabras llamaron su atención. Robo con escalo. Agresión. Secuestro. Estupro.

—Joder.

Volvió a llamar a Wes Greer.

—A mí me ha dejado sin palabras. ¿Qué me dices tú? —comentó Greer.

—Desde luego el tipo ha reaparecido a lo grande. ¿Cuánto tardarás en prepararme el viaje hasta allí?

—Acabas de llegar en un vuelo nocturno. Tómate el día para...

—No. Ahora. Voy a ducharme. Llámame dentro de quince minutos.

Cuando Greer volvió a llamar, se había duchado y afeitado, y estaba cambiando rápidamente la ropa sucia de la maleta por ropa limpia.

—Te he enviado el itinerario por e-mail.

—¿Llevan retraso los vuelos?

—El de aquí no. El de conexión podría demorarse en Charlotte si no se disipa la niebla en Asheville.

—¿Niebla? ¿No hay montañas en Asheville?

Volar entre montañas cubiertas por la niebla era aún menos apetecible que viajar en transbordador envuelto en la bruma. Tenía que atrapar de una vez a aquel cabrón, en serio.

De camino al aeropuerto LaGuardia en taxi, llamó al número de contacto que había al final del e-mail recibido. Le respondió una voz áspera con un marcado acento sureño.

—Sam Knight.

Intercambiaron unas breves presentaciones.

—Acabamos de volver del sitio —dijo Knight—. En el e-mail le he incluido toda la información de la que disponemos.

—¿No hay ningún rastro de él?

—No desde que ha dejado a Lisa Floyd en casa de su tía esta mañana. Y nadie puede o quiere describir su camioneta.

—¿Qué significa que nadie quiere?

—Todos los Floyd se muestran tan tercos con respecto a él como la doctora Charbonneau. Nunca había visto nada igual. Es como si rociara a la gente con polvos amnésicos en lugar de polvo de hadas. ¿De qué va? ¿Es una especie de Charles Manson? ¿Un Jim Jones?[4]

—Yo no lo describiría así. Pero es cierto que ejerce una influencia dominante —respondió Jack, pensando en la devoción ciega de Rebecca hacia su hermano.

—Eso parece. Estamos a punto de emitir una orden de busca y captura.

—Suspéndala de momento.

—¿Que la suspenda?

—En cuanto él se entere de que lo están buscando, no tendrá la menor posibilidad de encontrarlo. Créame, lo sé.

—Pues, entonces, dígame, solo para que lo sepan mis hombres, ¿qué aspecto tiene?

Jack le dio una descripción, que Knight recibió entre carraspeos.

—Un metro noventa, ciento dos kilos, pelo oscuro, ojos azul claro, ¿y es difícil de describir o recordar?

—Inspira lealtad.

—O miedo.

—O miedo —admitió Jack.

—¿Quién es ese tipo? ¿Qué hizo? Sus huellas estaban en la base de datos, pero todos sus expedientes son confidenciales y solo puede abrirlos el FBI. ¿Por qué?

Jack no quería explicárselo hasta que hubiera evaluado a aquel policía. Aunque confiaba en él implícitamente, no podía decir lo mismo del resto del personal de la oficina del sheriff. Si mencionaba la masacre de Westboro, la noticia se extendería como la pólvora entre todos los polis de aquella pequeña ciudad, lo que sería desastroso.

—No emita aún ningún informe —pidió—. Se lo explicaré todo cuando llegue.

O quizá no. Dependiendo de cómo se desarrollaran los acontecimientos, tal vez fuera mejor que Sam Knight no llegara a enterarse jamás de la identidad del hombre al que buscaba.

Antes de dar por concluida la llamada, Jack preguntó por el tiempo que hacía.

—Niebla densa y nevadas. Al parecer aún empeorará antes de empezar a mejorar.

2. Referencia a la obra de Shakespeare *El mercader de Venecia*, en la que el usurero Shylock exige una libra de carne del cuerpo de Antonio, si este no le devuelve el dinero que le ha prestado. *(N. de la T.)*

3. Botas que se atan en torno a los tobillos y luego se fijan a una barra horizontal o soporte de inversión. Permiten colgarse boca abajo sin otro tipo de sujeción. Se utilizan para realizar abdominales o como terapia para la espalda. *(N. de la T.)*

4. Fundador y líder de la secta Templo del Pueblo, famosa por el suicidio colectivo de 912 de sus miembros en 1978, entre ellos unos 300 niños. *(N. de la T.)*

31

—¿Un delito, Emory? ¿Un delito?

—No tienes por qué gritar, Jeff. Ya te he oído las doce primeras veces.

—Dudo mucho que presenten cargos, pero... por amor de Dios. Piensa en la publicidad negativa.

—Me disculpo por el bochorno que te haya causado o que vaya a causarte.

Jeff dejó de pasearse de un lado a otro y se volvió para encararse con ella.

—No trates de convertirme en el malo de la película.

—No es mi intención. No lo he dicho sarcásticamente. Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado.

Jeff había sufrido una gran humillación, y Emory lo lamentaba de verdad. Durante todo el día, su marido había demostrado un gran estoicismo y le había mostrado su apoyo públicamente. Pero ahora que estaban solos por primera vez desde que el vídeo del robo había salido a la luz, Jeff daba rienda suelta a una rabia justificada.

Parecía el modo más adecuado de terminar un día que había empezado con un ataque de pánico. Emory se había convencido de la culpabilidad de Jeff, pero descubría ahora que era ella y no él quien tal vez acabaría siendo acusada de un delito. Mirándolo por el lado positivo, al menos no iba a pasar la noche en la cárcel.

Al volver de la cabaña, Knight le había dejado claro que seguía siendo sospechosa, o al menos, testigo material de un delito, pero también se había quejado de «la mierda que salpicaría a todo el mundo» si la encerraban antes de que lo tuvieran todo bien atado.

Una agente había interrogado a Lisa Floyd y había informado a Knight y Grange que la chica había puesto por las nubes a la «doctora Smith». Emory confirmó la naturaleza del problema médico de Lisa solo después de saber que la propia Lisa se lo había contado a la agente.

—Su vida no corría peligro, pero era una situación traumática y tenía muchos dolores. Hice cuanto pude.

—Eso son circunstancias atenuantes —había dicho Knight—. ¿Por qué no nos explicó todo esto para justificar el robo en la consulta médica?

—Habría sido una violación de la confidencialidad entre médico y paciente.

—¿Esa es la única razón? ¿O sigue protegiendo a su cómplice?

Emory no respondió.

—¿Quién dejó embarazada a Lisa Floyd?

—Es información confidencial.

—¿Él?

—No. Lisa le dirá lo mismo. Ni siquiera se conocían antes de ese día.

El abogado penalista llegó de Atlanta a última hora de la tarde. Tras ser informado de la situación, insistió en que no podían retener por más tiempo a Emory.

—Es al hombre misterioso de la cabaña a quien queremos, no a usted —le dijo Knight cuando, con reticencia, la acompañó a la salida—. Seguiremos mañana. Ahora tengo que ir en dirección a Asheville para recoger a un federal de Nueva York que se ha perdido en medio de la niebla.

—¿Un federal de Nueva York?

—Eso es. Al parecer este agente del FBI lleva años buscando a Hayes Bannock.

—¿Quién es Hayes Bannock?

—Como si no lo supiera.

—Lo siento, no lo sé —afirmó Emory. Y abrió la boca, asombrada—. ¿Ese es su nombre?

Knight interpretó su reacción y puso los brazos en jarras.

—Vaya, hay que joderse. Así que es verdad que no sabía su nombre, ¿eh?

Hayes Bannock. Emory había repetido el nombre varias veces hasta decidir que le encajaba perfectamente. Entonces cayó en la cuenta de lo que acababa de oír.

—¿Lo busca el FBI?

—Eso parece. El agente especial Jack Connell está impaciente por llegar aquí y unirse a la búsqueda.

Con aquella alarmante idea dominando todos sus pensamientos, Emory esperaba que un largo baño caliente aliviaría su ansiedad, pero con Jeff paseándose de un lado a otro sin dejar de vociferar, apenas podía pensar, mucho menos relajarse.

—Anoche me dejaste hablar sobre pasar página y empezar de nuevo —decía—. Reconocí que no había sido fácil aguantarme en los últimos tiempos. Me puse sentimental sobre lo importante que eres en mi vida. Y mientras parloteaba sobre un nuevo inicio, poco podía imaginar la sorpresa que ibas a darme esta mañana.

—Yo no te he dado...

—¿Cómo conseguiste contener la risa mientras yo entonaba el mea culpa?

—Jeff, no ha sido mi intención hacerte daño.

—Puede que no, pero el resultado es el mismo. ¿Cómo voy a explicarles esto a mis clientes? ¿Y a los socios de la empresa?

—No van a hacerte responsable a ti de mis actos.

—Y una mierda. ¿Y qué me dices de tus socios? He engañado a Alice diciéndole que estás terminando con el papeleo. Pero ¿cómo les vas a explicar esto a ella y a Neal? ¿O a tus pacientes? Tu comportamiento ha puesto en peligro el futuro de tu querida clínica.

—Se lo explicaré igual que se lo he explicado a la policía, a ti y al abogado. Hice lo que era necesario para tratar a una paciente. Aunque nadie más lo entienda, tengo la certeza de que Neal y Alice sí que lo entenderán. Ellos habrían hecho lo mismo.

—¿Arriesgándose a un pleito por mala praxis? No lo creo. Ninguno de los dos sería tan insensato.

—No pensé en posibles pleitos en ningún momento. Únicamente me preocupaba el bienestar de esa chica.

—Oh, es un argumento muy convincente, lo reconozco. El abogado podrá utilizarlo en tu defensa. Seguramente incluso le dará la vuelta al robo hasta hacer que parezca un acto noble y justo.

—Entonces, ¿por qué estás tan enfadado?

—Porque, como marido tuyo, me gustaría saber qué ocurrió durante esos cuatro días para que dejaras de ser la adulta razonable y racional que salió de Atlanta el viernes y te convirtieras en una delincuente.

—¿No te parece que eso es una exageración ridícula?

—Yo no lo veo así. La Emory que conozco... que conocía, habría llevado a la chica a Urgencias, si tan preocupada estaba por su estado.

—Lisa se negó.

—Ese hombre misterioso, Bannock, ¿no tuvo nada que ver en tu decisión de tratar a la chica en su casa?

—Le rogó que llamara a Emergencias. Se ofreció varias veces a llevarla él mismo a Urgencias, a pesar de las carreteras heladas. Cuando ella se negó fue cuando me... involucró a mí.

—Mientes fatal, Emory.

—Sí, lo sé. Pero resulta que lo que he dicho es verdad.

Jeff soltó un bufido de escepticismo y fue hasta la barra que separaba la sala de la cocina.

Habían alquilado una *suite* en un hotel residencia que no alcanzaba el nivel exigido por Jeff, pero era una gran mejora con respecto al motel donde había pasado varias noches por cortesía de la oficina del sheriff. Era una *suite* de dos plantas, con el dormitorio y el cuarto de baño arriba.

De camino hasta allí desde la oficina del sheriff, Jeff se había detenido en una licorería para comprar una botella de whisky puro de malta. Se sirvió el equivalente a tres dedos.

—¿Quieres uno? —preguntó.

—A la Emory que tú conoces no le gusta el whisky.

La bromita hizo que Jeff frunciera el ceño.

—Se podría decir que esto es una emergencia. ¿Quieres algo del minibar?

—No, gracias.

—Cuando tengas hambre, dímelo. Tendré que salir a buscar algo. Nadie en este pueblo ha oído hablar de algo llamado servicio de habitaciones. —Se sentó en una butaca y colocó los pies sobre la otomana a juego. Se oprimió los ojos entre el pulgar y el dedo corazón y exhaló un suspiro—. Joder, qué pesadilla. Y me temo que habrá más.

Recostada en el sofá y abrazada a un cojín, Emory lo observaba. Sintió una gran desazón al darse cuenta de que buscaba en él falsedad o perfidia, lo que era injusto, dadas las circunstancias. Sin embargo...

—¿Jeff?

—¿Sí?

—¿Cómo sabías que se me rompieron las gafas de sol cuando me caí?

Jeff bajó la mano que le tapaba la cara para mirarla.

—¿Qué?

—Anoche me preguntaste quién me había arreglado las gafas. ¿Cómo sabías que se habían roto? —Él la miró perplejo y Emory repitió sus palabras—: ¿Cómo sabías que se habían roto?

—Por la chapuza de reparación. Las llevabas el viernes cuando saliste de casa y estaban bien. Ayer, mientras te cambiabas de ropa en Urgencias, un camillero o alguien así me entregó tus cosas. Tuve que firmar un recibo. Cuando lo metía todo en la bolsa de plástico que me dieron, me fijé en que una patilla de las gafas estaba pegada con cola.

—Apenas se nota.

—Yo lo noté. Ya sabes que me fijo mucho en los detalles.

Ella asintió.

—¿Algo más? —preguntó él con voz tensa.

—La verdad es que sí. ¿Tienes una aventura?

Jeff permaneció un rato bullendo de rabia, sin decir nada. Luego se volvió hacia la mesita auxiliar que tenía al lado y depositó el vaso de whisky con decisión.

—Vamos a aclarar las cosas. Fuiste tú la que desapareció sin dar explicaciones, y luego, para más inri, cometiste un delito con un hombre misterioso bajo cuyo techo pasaste cuatro noches. ¿Y ahora soy yo el acusado?

—¿Tienes una...?

—¡Sí!

Emory respiró hondo para tranquilizarse.

—¿Desde cuándo?

—Ahora ya no importa. Se ha terminado.

—¿Ah, sí?

—Yo le he puesto fin.

—Repito: ¿desde cuándo?

—Era reciente.

—¿Cómo de reciente? ¿Desde mi desaparición?

—Bueno, habría quedado bastante mal que me dedicara a pasármelo bien con mi amante mientras mi mujer estaba en paradero desconocido, ¿no te parece?

—¿Lo saben esos policías?

—Lo descubrieron, sí.

—¿Al investigarte?

—En efecto. Se alegraron mucho de encontrarte viva, pero creo que también les decepcionó no poder acusarme de asesinato, sobre todo a Grange.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Te alegraste de que estuviera viva? ¿O no?

El rostro de Jeff se puso visiblemente tenso.

—Ni siquiera voy a dignarme contestar.

—Lo que no es una respuesta, ¿verdad? —musitó ella.

Si Jeff la oyó, no lo dio a entender. Cogió el vaso para seguir bebiendo.

—¿Quién es ella? —preguntó Emory.

—Eso da igual.

—A mí no.

—No tiene importancia, Emory. No inicié la aventura por un deseo irrefrenable ni por haberme enamorado.

—¿Querías hacerme daño?

—Supongo que sí.

—¿Por qué?

—Toma y daca. Tú tienes tus otros amores, y consumen todo tu tiempo. Todos son más

importantes para ti de lo que yo llegaré a ser jamás. Tu práctica médica, tus pacientes, tus maratones, tus obras de beneficencia.

—¿No tenía nada que ver con el ensayo clínico y con mi tibia respuesta sobre el medicamento?

—No más que otras cosas.

—Ah, ya veo. Hay más ofensas de las que ni siquiera soy consciente.

—Precisamente ese es el problema. Eres mi mujer y deberías ser consciente de ellas, ¿no crees?

Emory iba a hablar, pero él la interrumpió alzando una mano.

—Empecé la aventura porque tú me habías convertido en un estereotipo. Estaba enfadado, Emory. Me molestaba el papel de parásito sin valor propio, una sombra ante tu deslumbrante presencia. Buscaba atención y afecto. —Apuró el resto del whisky—. Y disfruté de ambas cosas en abundancia.

—Entonces, ¿por qué le has puesto fin?

—He estado muy ocupado con el tema de tus correrías. Apenas he tenido tiempo para pensar en ella, y mucho menos para tirármela.

Jeff le soltó aquel sarcástico comentario con intención de herirla, pero aunque Emory se sintió ciertamente dolida, no fue ni mucho menos un dolor tan intenso como el que seguramente habría experimentado una semana antes. La confesión de su marido también debería haber supuesto cierta satisfacción. Extrañamente no fue así. Solo hizo que se distanciara aún más de él. Podía decir con sinceridad que ella no se había acostado con otra persona por despecho. Pero Jeff sí.

El resentimiento de su marido no la sorprendió. Ya lo había notado en otras ocasiones, pero hasta ahora no había comprendido hasta qué punto estaba arraigado en él, y no pudo evitar preguntarse por la extensión de semejante hostilidad hacia ella.

Emory dio un respingo cuando sonó el timbre de la puerta.

Jeff se levantó para contestar y fue al pequeño recibidor de la *suite*.

—¿Quién es? —le oyó decir Emory.

—Soy Sam Knight. He venido con el agente Jack Connell del FBI.

32

A Emory se le cayó el alma a los pies. Se levantó y aguardó junto a la puerta, mientras Jeff conducía a los recién llegados a la sala.

Jack Connell era un hombre de estatura media, ni gordo ni delgado, de unos cuarenta y tantos años. Llevaba pantalones de vestir, chaqueta y abrigo, pero en lugar de corbata se había enrollado una bufanda de lana en torno al cuello. Tenía el pelo de un tono cobrizo y ojeras bajo los ojos castaños. Parecía cansado por el viaje.

—Ha insistido en venir a hablar con ustedes enseguida —dijo Knight, que parecía tan poco entusiasmado con aquella entrevista como Emory—. El hijo de Grange está enfermo. Le he dicho que no hacía falta que viniera.

—Doctora Charbonneau. —El agente del FBI se acercó a ella y se quitó el guante de la mano derecha para ofrecérsela—. Jack Connell.

—¿Qué tal? —Se estrecharon la mano—. Tengo entendido que se ha perdido con la niebla.

Él sonrió con una desazón que le hacía humano y agradable. Emory hizo lo posible por resistirse al atractivo de aquellos rasgos. No quería que le resultara simpático el hombre que perseguía a Hayes Bannock.

—Temía caer con el coche por un barranco —dijo él—, así que me paré en el arcén junto a un puesto de cacahuetes hervidos. Solo era un cobertizo con un caldero rodeado por una malla de alambre. No había nadie a la vista, pero me quedé allí hasta que el subinspector Knight me encontró y me guio el resto del camino.

—Sé de primera mano lo impenetrable que puede llegar a ser la niebla en las montañas.

—Tiene que contármelo todo.

Permanecieron todos en un embarazoso silencio hasta que Emory los invitó a sentarse. Los recién llegados se despojaron de los abrigos. Jeff se ofreció a servirles algo del minibar con áspera cordialidad. Jack Connell declinó la oferta. Knight pidió una Coca-Cola Light.

—¿Tiene cacahuetes o algo para picar? —añadió.

Emory volvió a sentarse en el sofá. Connell ocupó la butaca que había dejado Jeff, pero apartó la otomana. Cediendo el protagonismo al agente federal, Knight fue a la mesa del comedor con la lata de bebida y una bolsa de palomitas con sabor a queso. Jeff se sentó al lado de Emory, que movió la rodilla para que no se tocara con la de él.

—El subinspector Knight me ha proporcionado un resumen de la experiencia que vivió usted —empezó Connell—. En cuanto leí su e-mail, salí para aquí. Esa huella es la primera pista tangible...

—¿Disculpe? ¿Huella?

Jack le explicó dónde habían encontrado la huella.

—Es la primera pista tangible sobre Bannock que he tenido en años.

—¿Qué hizo?

—Luego hablaremos de eso, doctora Charbonneau. Y, por cierto, los aquí presentes somos los únicos que conocemos esta información, y por el momento quiero que siga siendo así. ¿Puedo contar con su discreción?

—¿A qué viene tanto secreto? —preguntó Jeff—. Ese individuo es un fugitivo, o no estaría usted aquí.

—Es un tema delicado —dijo Connell, y volvió a centrarse en Emory—. Me interesa oír de primera mano su historia sobre los días que pasó con Bannock. Empiece por el principio y cuéntemelo todo.

Ella así lo hizo, omitiendo los aspectos personales.

—Supongo que está al tanto de su altercado con los hermanos Floyd —añadió al final.

—El subinspector Knight me ha puesto al corriente —contestó Connell—. Bannock les dio una buena tunda.

—Tras abandonar su casa, me llevó hasta Drakeland y me dejó cerca de la gasolinera Chevron.

—¿Le dijo por qué la dejaba allí?

—No. Pero... pero me pidió que no llamara a nadie hasta que llegara a la gasolinera.

—Para darle ventaja —dijo Connell.

Emory no le dijo que esas habían sido exactamente las palabras de Bannock.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó el agente—. En general, me refiero. ¿Saludable y en forma?

—Sí.

—¿Parecía deprimido?

—Yo no lo llamaría depresión.

—¿Cómo lo llamaría?

Ella buscó una palabra que describiera la reticencia de Hayes Bannock.

—Introspección.

—Mmm. ¿Se mostró hostil?

—¿Con los Floyd? Sí.

—Con usted.

—No.

—¿Con alguien más?

—¿Como quién?

—El gobierno.

—Nada en concreto —dijo ella, negando con la cabeza.

—¿Cuál era su actitud hacia la vida en general?

De nuevo Emory se tomó su tiempo para encontrar las palabras adecuadas.

—Parecía resignado.

El agente asintió como si comprendiera.

—¿De qué hablaron?

—De nada importante. Hasta hace unas horas, ni siquiera sabía cómo se llamaba.

—¿Qué le contó de sí mismo?

—Nada. Adiviné que había estado en el ejército, y él lo confirmó más o menos. No me dijo dónde había servido ni en calidad de qué, pero me dio la impresión de que había estado en

combate.

—En efecto.

—En cuanto a la guerra, me dijo que no la recomendaba.

—Ya. Sirvió en Afganistán. Participó en dos despliegues de Fuerzas especiales. ¿Mencionó a su familia?

«No hay ninguna esposa. Nunca la ha habido.» Emory sintió la súbita necesidad de carraspear.

—Me dijo que no estaba casado.

—No, pero tiene una hermana y una sobrina en Seattle.

Seattle, desde donde pagaban su alquiler.

—¿Qué edad tiene la sobrina?

—Doce.

Recordando el modo en que él había tratado a Lisa, Emory se dijo que seguramente se ganaría fácilmente el afecto de una sobrina de doce años. ¿Y su hermana?

—¿Están muy unidos su hermana y él?

Connell hizo una mueca.

—No se imagina hasta qué punto. De hecho, hace apenas veinticuatro horas, yo estaba en casa de su hermana intentando sonsacarla, engatusarla, arrancarle información. Ella afirma que no sabe dónde está su hermano.

—A lo mejor no lo sabe.

El agente se encogió de hombros dando a entender que ya no tenía importancia. Habían encontrado a Bannock. O casi.

—¿Qué más puede decirme sobre él, doctora Charbonneau? —preguntó.

«Tiene el tatuaje de un rayo justo encima de la ingle. Cuando seguí el dibujo con la lengua, me avisó sobre las consecuencias. No le hice caso.»

—Cumple sus promesas —respondió en voz baja—. Lee mucho. Repara cosas. —Miró a Jeff —. Pegó la patilla rota de mis gafas de sol. También construye cosas. —Describió los estantes de libros, el cobertizo inacabado.

—Es licenciado en Ingeniería de Edificación —informó Connell.

Sentado al lado de Emory, Jeff empezaba a mostrarse nervioso.

—Todo esto es fascinante, señor Connell, pero ¿sirve para algo? ¿Qué tiene que ver todo eso con lo que le hizo Bannock a mi mujer?

—Está dando por supuesto que fue él quien dejó inconsciente a su mujer y se la llevó —replicó Connell.

—¿No es lo que usted cree?

—Me sorprendería mucho —contestó el agente—. Me dejaría perplejo.

Jeff se quedó estupefacto. Igual que su mujer. Emory desvió la mirada hacia Knight, cuya mano se había quedado suspendida en el aire entre la bolsa de palomitas y la boca abierta.

—¿Es eso lo que cree que pasó ese día en el sendero? —preguntó Connell, centrándose en Emory.

—Cuando me desperté en su cabaña, sin saber dónde estaba ni cómo había llegado allí, mi reacción inicial fue de miedo. Le tenía miedo. Y durante los dos primeros días seguí mostrándome precavida y cautelosa. Incluso intenté irme un par de veces, sin éxito.

—¿Él se lo impidió?

—Fueron las circunstancias. El tiempo. Luego el problema con Lisa.

—De acuerdo. Siga.

—Con el paso del tiempo, me convencí de que no me había hecho daño ni pretendía hacérmelo.

—Sinceramente, doctora Charbonneau, creo que no corrió ningún peligro —dijo Connell—. Habría sido totalmente impropio de él atacar a una mujer sola, o a cualquier persona con la que no tuviera cuentas pendientes. Tampoco es un agresor sexual. No va de eso.

—¿Pues de qué va, entonces? —preguntó Knight.

—De castigar. Supongo que algunos dirían que se trata de venganza, pero es algo menos personal.

—Creo que los hermanos Floyd se tomarían como algo personal lo que les hizo —comentó Jeff.

—En realidad, el castigo fue apropiado en su caso —intervino Knight—. El ayudante que entrevistó a Lisa opina que sus hermanos abusaron de ella y así fue como se quedó embarazada.

Todos miraron a Emory, que no dijo nada, pero su expresión de incomodidad debió de delatarla.

Jack Connell suspiró y se pasó la mano por la cara.

—Sí, eso pondría furioso a Bannock, desde luego. Pero a los Floyd se la tenía jurada mucho antes de que abusaran de su hermana. —Miró a Emory—. No fue una coincidencia que se instalara allí arriba, en la montaña. Siguió el rastro de Norman y Will Floyd hasta allí. Su intención era darles una lección. Solo estaba esperando el momento adecuado. ¿Le habló de ello?

—Lo deduje yo, y cuando se lo pregunté, no lo negó, pero tampoco me explicó qué era lo que tenía contra ellos.

—También hablaremos de eso luego. Primero quiero preguntarle por su alijo de armas. Knight me ha dicho que Bannock disparó a los Floyd.

—No —dijo Emory—. Tenía una pistola, pero no la usó. Ni siquiera llegó a desenfundarla.

Knight intervino para justificarse.

—Norman Floyd le contó al ayudante que Bannock les disparó con una escopeta.

—Eso es mentira —le espetó Emory—. La escopeta era de ellos, y él solo la usó para dispararle a su televisor. —Los tres hombres se quedaron atónitos, lo que impulsó a Emory a aclarar las circunstancias.

—Eso no tiene sentido —dijo Knight—. Quería impedir que ellos cobraran la recompensa, pero luego tampoco la cobró él.

—El dinero tampoco es lo suyo —dijo Connell.

—¿No sería preferible que nos contara qué es lo suyo en lugar de insistir en lo que no lo es?

Connell miró a Jeff, pero no replicó a su malicioso comentario. Volviendo su atención hacia Emory, empezó a formularle las mismas preguntas que ya le habían hecho los subinspectores, pero ella las respondió pacientemente. Se disculpó por no reconocer la marca y el modelo de la camioneta.

—No se sienta mal por eso —le dijo el agente con una sonrisa irónica—. Seguro que ya se ha deshecho de ella. ¿Le mencionó él que se iba?

—¿De la ciudad? —preguntó ella.

—De la región. Que se mudaba a otro sitio.

Ella negó con la cabeza.

—¿Mencionó a un entrenador de fútbol de Salt Lake?

—No.

—¿A un sacerdote de Kentucky que abandonó su parroquia y el sacerdocio, algunos creen que bajo amenaza de muerte?

—No.

—¿Un peluquero de Wichita Falls, Tejas?

Emory volvió a sacudir la cabeza con perplejidad.

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Qué tienen en común esas personas?

El agente se inclinó y apoyó los antebrazos en los muslos para hablarle directamente, como si fueran las dos únicas personas presentes.

—Tienen dos cosas en común: Hayes Bannock... —hizo una pausa para respirar hondo— y una masacre en Virginia que dejó ocho muertos.

«Y tú que pensabas que te habías perdido toda la diversión en Virginia», le había dicho él a Norman Floyd. Emory notó un nudo en el estómago. Sin disculparse siquiera, se levantó del sofá y subió las escaleras en un tiempo récord. Entró en el dormitorio, cerró la puerta de golpe y se apoyó contra ella como si quisiera impedir el paso a los horribles pensamientos que la asaltaban.

Masacre. Ocho personas muertas.

Sintiéndose mareada y faltándole el aire, se dirigió tambaleándose hacia la puerta corredera de cristal que daba a un estrecho balcón.

Respiró profundamente el aire glacial. El vaho de su aliento se mezcló con la niebla que se arremolinaba alrededor.

Súbitamente percibió una presencia y volvió la cabeza.

A unos palmos de ella, en el balcón de la *suite* contigua vio a... Hayes Bannock.

Su corazón se llenó de terror. Y también de una inexplicable alegría.

—No grites —dijo él con aquel susurro familiar que siempre la sorprendía—. No hagas nada hasta que hayas visto esto. —Tendió una mano enguantada. En la palma había un colgante plateado. Ella lo reconoció al instante.

—¿De dónde lo has sacado?

—Estaba debajo de ti, en el lugar donde supuestamente te caíste. —Le dio apenas unos segundos para asimilar sus palabras y añadió—: ¿Te quedas con ellos? ¿O vienes conmigo?

33

Antes de la reunión, Sam Knight no había tenido demasiadas cosas buenas que contar sobre el marido de Emory Charbonneau.

—Grange y yo no fuimos justos al sospechar que había tramado un divorcio instantáneo. Pero menudo ego tiene. Y también es arrogante. Cuando lleguemos sin avisar, puede estar seguro de que se comportará como un capullo.

Así pues, Jack tenía muy bajas expectativas, y todo lo que Jeff Surrey había dicho y hecho desde su llegada había estado a la altura de la descripción de Knight. Jeff no le cayó nada bien, y estaba claro que el sentimiento era mutuo.

La brusca huida de Emory al piso de arriba y el portazo de la puerta del dormitorio habían dejado a los tres hombres sumidos en un tenso silencio. Después de un rato sin que nadie se moviera, Jack miró a Jeff.

—¿Está bien su mujer?

—¿Le ha parecido que estuviera bien? Después de la bomba que ha dejado caer, ¿de verdad espera que esté bien?

—Quizá debería subir a ver cómo está.

Jeff suspiró.

—Dejémosla tranquila un rato. —Se levantó y fue a la barra de la cocina—. Ha rechazado una copa antes de que llegaran ustedes. Puede que haya cambiado de opinión. —Sirvió un whisky y lo miró pensativamente mientras lo hacía girar en el vaso.

—Ya que usted conoce mejor que nadie a su mujer —dijo Jack—, yo...

—Posiblemente no la conozca en absoluto.

—¿Qué quiere decir?

Jeff se dio la vuelta para encararse con él.

—Quiero decir que nunca hubiera creído que nos encontraríamos en tan sórdidas circunstancias. Emory es una persona sumamente estable y responsable. Ese Bannock debe de haberle lavado el cerebro. Está completamente cambiada.

—¿En qué sentido?

—Sentidos, en plural. Normalmente es una persona segura de sí misma y resuelta. Ahora se la ve tan asustadiza como un conejo, nerviosa, alterada. Está distraída, se despista, cuando siempre suele estar de lo más centrada. Casi demasiado. ¿Quiere que siga?

—Le escucho.

Jeff no necesitaba que lo animaran.

—Emory es una persona que siempre mira hacia delante. Pero ahora parece estancada dentro de esa puñetera cabaña con Hayes Bannock, atrapada todavía en la repugnante situación a la que la arrastró él con esa familia de palurdos.

»No sé qué presenció o experimentó allí arriba, pero la tiene obsesionada. La ha cambiado.

Espero que los efectos no sean irrevocables. Si no vuelve a ser la Emory Charbonneau que todo el mundo conoce, el resultado podría ser catastrófico. Para ella y para mí. Peor aún de lo que ya ha sido —añadió, lanzando una mirada asesina a Knight—. Desde luego —prosiguió, volviéndose hacia Jack—, su presencia ha complicado mucho su recuperación y su vuelta a la normalidad. Gracias, agente especial Connell.

Esta frase le sirvió para hacer mutis por el foro y subir las escaleras con el vaso de whisky. Al llegar arriba, llamó a la puerta del dormitorio.

—¿Emory? —Al no recibir respuesta, abrió la puerta. Entró y cerró con suavidad.

Knight se limpió la sal de las palomitas de los dedos.

—Ya le había dicho yo que es un capullo.

—Eso siendo generoso. No hay nada en el mundo más importante que él, ¿eh?

—Sí, exacto.

—No ha mostrado la más mínima compasión hacia ella por la dura experiencia que ha sufrido.

—Oh, ayer no hablaba de otra cosa —le aseguró Knight—. Pero después de ver el vídeo del robo esta mañana, ha...

—¡Se ha ido!

El grito de Jeff desde el descansillo de arriba les hizo ponerse en pie, alarmados.

—¿Qué?

Jeff miró a Knight desde arriba con desdén.

—¿Qué parte no ha entendido? ¡Mi mujer no está aquí! —gritó, abriendo los brazos—. No está en ninguna parte. La puerta del balcón está abierta.

Lo primero que acudió a la mente de Jack fue la idea del suicidio. Incluso un salto desde un segundo piso podía resultar fatal si se saltaba con resolución. El agente subió las escaleras de dos en dos, apartó a Jeff de un empujón y cruzó la habitación en tres zancadas. Salió al balcón y se inclinó sobre la barandilla para mirar el aparcamiento.

—Ya he mirado yo —dijo Jeff—. No está ahí abajo. Si ha saltado, ha sobrevivido.

Knight, que había salido corriendo por la puerta principal y había rodeado el edificio, apareció a la vista, resollando por el esfuerzo.

—¿Ve algo?

Jack escudriñó el aparcamiento y más allá, tratando de detectar algún movimiento, pero el puñetero paisaje no era más que un calidoscopio de nieve y niebla.

—¡Mierda! —Golpeó la barandilla con el puño y luego se volvió para regresar a la habitación.

Al hacerlo, se percató de que la puerta del balcón contiguo también estaba abierta. El dormitorio al que daba acceso estaba a oscuras.

—¡Cubra la parte de delante! —gritó a Knight.

Pasó una pierna por encima del pretil de estuco que separaba los dos balcones y se dirigió al oscuro dormitorio, preguntándose si estaba a punto de importunar a alguien a quien le gustaba dormir con el balcón abierto, a pesar de que soplaba un viento helado.

Pero la cama estaba hecha y parecía impoluta.

Entró en la *suite*, que era una imagen especular de la que ocupaban Emory y Jeff. El agente atravesó el dormitorio, salió al descansillo y encendió la luz de la escalera, dispuesto a

identificarse como agente federal si sorprendía a alguien en la planta de abajo. Pero la planta inferior también estaba vacía y la puerta de la suite...

Habían extraído el mecanismo de la cerradura y lo habían dejado en el suelo.

—El mismo método que en la consulta médica —dijo Knight, que había acudido a la parte delantera, abriendo la puerta desde el pasillo para entrar en la *suite*.

—¡Maldita sea! ¡Será cabrón!

Jeff apareció detrás de Knight, y Jack se fijó en que se había detenido a ponerse la chaqueta antes de reunirse con ellos.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —pregunto Jeff, mirando al agente—. ¿«Será cabrón»? ¿En qué página sale del manual de adiestramiento del FBI?

Harto de él, Jack se acercó y le hincó el dedo índice en el pecho con tal fuerza que la gruesa tela acolchada de la cara chaqueta de esquí apenas amortiguó el golpe.

—Escuche, estúpido, si hubiera subido enseguida a ocuparse de su mujer, seguramente aún seguiría aquí.

—No puede culparme a mí. Es evidente que su fugitivo ha secuestrado a Emory por segunda vez.

—No hay nada evidente. Mientras intentamos averiguar qué le ha ocurrido a su mujer, será mejor que recuerde bien una cosa.

—¿Ah sí? —exclamó Jeff, arqueando una ceja.

—Si Hayes Bannock tiene a su mujer, seguramente está usted el primero en su lista de cabrones. Ya puede empezar a temblar.

Hayes había ayudado a Emory a pasar por encima del murete que separaba los balcones. Luego habían cruzado rápidamente la *suite* contigua y habían salido por la puerta.

Emory se sentía casi mareada por la incredulidad ante lo que estaba haciendo. Estaba huyendo hacia lo desconocido con un hombre al que buscaban en relación con una masacre. Sin embargo, se sentía más segura con él que con los agentes de la ley que se postraban a los pies de Jeff pidiéndole perdón por haber sospechado de él.

Darle la mano a Hayes y escapar con él había sido un acto instintivo. No tenía ningún motivo para confiar en ese instinto, pero confiaba. Y corría literalmente espoleada por él.

En silencio y medio cegados por las ráfagas de nieve, siguieron corriendo por las calles. Finalmente abandonaron la zona comercial y se adentraron en un barrio residencial en visible decadencia. Los perros les ladraban desde detrás de las vallas metálicas, pero nadie salió para comprobar el motivo del alboroto.

No aminoraron la marcha hasta que llegaron a un sedán de tamaño medio aparcado al final de una calle llena de baches. El modelo era demasiado antiguo para disponer de apertura por mando a distancia. Hayes usó la llave para abrir la puerta del pasajero. Ella subió sin hacerle ninguna pregunta y se abrochó el cinturón, mientras él rodeaba el capó para sentarse al volante.

Tal como Connell había predicho, Hayes se había deshecho de la camioneta.

Evitando las calles principales, Hayes condujo con cuidado por calles estrechas, atravesando un barrio tras otro siempre dentro del límite de velocidad, aumentando gradualmente la distancia entre ellos y el hotel.

Le había dicho a Emory que había tenido éxito evitando que lo capturaran, y una vez más demostraba que no mentía.

—¿Este coche es robado?

—No. Lo compré, lo registré con un nombre falso y lo guardé en un pequeño garaje en previsión de una situación como esta.

—¿Por qué lo has aparcado en un barrio tan sórdido?

—Por eso mismo. Es sórdido. Hay muchos camellos en esta zona. Y supongo que laboratorios de anfetas. Ahí nadie se mete en los asuntos de los demás, si quiere sobrevivir. No ven nada, no denuncian nada. Pero, sobre todo, la cámara de seguridad montada en el poste del semáforo estaba rota.

A Emory ya no le sorprendía la increíble capacidad de observación de Hayes y sus conocimientos sobre aquel tipo de cosas.

—Saben quién eres, Hayes.

Al oír su nombre, él giró bruscamente la cabeza y la miró. Luego se desvió hacia el bordillo, frenó en seco y dejó el motor al ralentí. En un momento de pánico, Emory temió que la echara del coche.

—Ya han registrado tu cabaña.

—Entonces parece que me fui justo a tiempo.

—Recogieron una huella digital. Te identificó un agente del FBI.

—¿Un agente del FBI? —repitió él, y el fuego opalino de sus ojos lanzaba chispas.

—Ha venido desde Nueva York.

—¡Mierda! Jack Connell.

—¿Sabes su nombre?

—Por desgracia, sí. Ha seguido mi rastro durante cuatro putos años.

—Te busca en relación con una masacre en Virginia. Oí cómo le hablabas de la diversión en Virginia a Norman Floyd.

Él la observó unos instantes antes de hablar.

—Y sabiendo eso, ¿te has venido conmigo esta noche sin hacer preguntas?

—Eso parece —respondió ella con voz ronca.

Hayes siguió mirándola a través de la nube de vaho que formaban sus alientos. Luego levantó el pie del freno y reanudó la marcha.

Después de cruzar los límites de la ciudad de Drakeland, enfilaron una autovía estatal y después tomaron varias salidas para adentrarse en carreteras cada vez más angostas y sinuosas. Ella no preguntó adónde iban, aunque era evidente que Hayes tenía un destino concreto en mente. Resultó ser una casa prefabricada, instalada sobre una placa de hormigón bordeada de vegetación reseca. Estaba apartada de la carretera, pero a la vista. Si alguien se acercaba estarían sobre aviso.

Hayes dejó los faros encendidos mientras bajaba del coche e iba a abrir la puerta con una llave y encender una luz en el interior, antes de volver por Emory y apagar el motor.

Emory subió los tres peldaños y entró en la estancia principal de la estructura rectangular. Era pequeña, compacta y con unos pocos muebles baratos.

—Espero que no aspiraras a grandes comodidades —comentó él a su espalda, mientras cerraba la puerta y echaba el cerrojo—. Pero la calefacción funciona. No tardarás en entrar en

calor. —Le limpió la nieve que se derretía en el hombro de su jersey.

Ella volvió la cabeza y miró la mano posada en el hombro.

—Ni siquiera me había dado cuenta de que salí sin abrigo.

—La adrenalina.

—Supongo.

La mirada de él no se apartaba de la suya.

—¿Por qué no me has delatado?

—Me pediste que no lo hiciera.

—Te pedí que no hicieras muchas cosas. Pero las hiciste de todas formas.

—Confiaba en ti.

Él le acarició el cuello con el pulgar. Luego retiró la mano rápidamente y dio un paso atrás. Se quitó las prendas de abrigo y las amontonó sobre la pequeña mesa de comedor.

—Es peligroso confiar en mí, doc.

—¿Y tú me hablas de peligro? Había dos hombres armados abajo y cualquiera de ellos te habría detenido de buena gana. Te has arriesgado mucho para sacarme de allí.

—Tenía que apartarte de él.

—¿De Jeff?

—De tu marido —dijo él con palpable repugnancia. Sacó el colgante plateado del bolsillo de los tejanos. Cuando se lo había mostrado a Emory en el balcón, se había disipado cualquier duda sobre quedarse con Jeff o huir con Hayes.

Emory tomó el colgante y lo frotó entre los dedos.

—¿Lo tenías tú todo el tiempo que estuve contigo?

—Lo encontré debajo de ti cuando te recogí en el sendero.

—¿Por qué no me preguntaste por él? Lo habría identificado inmediatamente.

—Temía que quisieras que te lo devolviera. —Pareció avergonzarse de admitirlo, y se encogió de hombros en actitud defensiva.

—¿Querías tener un recuerdo mío? Qué sentimental eres. Y muy distinto de ayer, cuando abriste la puerta de la camioneta y me dijiste adiós secamente. Parecías impaciente por librarte de mí.

—Lo estaba. No maté a los Floyd, pero zanjé la cuenta pendiente que tenía con ellos. Debería haberme ido ayer en cuanto dejé a Lisa con sus parientes. Debería haberme ido sin mirar atrás.

—Y en cambio... —dijo ella.

—En cambio me uní a la multitud que había frente al hospital.

—¿Estabas allí? —preguntó ella, asombrada.

—Procurando pasar desapercibido. Te conducían al interior. A Jeff lo pararon los periodistas en busca de declaraciones. No me pareció que le molestara ser el centro de la atención. Pasó por mi lado muy ufano, dándose aires. Lo bastante cerca para que le viera bien la cremallera de su elegante chaqueta de esquí.

—Y te diste cuenta de que le faltaba el tirador de la cremallera.

—Y comprendí lo que era el colgante que me había guardado. —Hayes dejó que ella asimilara sus palabras—. No distingo entre los logotipos de los diseñadores. Al principio pensé que se había desprendido de la cremallera de tu chaqueta. Ayer supe que no era así. Se le cayó a Jeff de su chaqueta cuando te atacó.

—Y me dejó por muerta. —Aunque Emory había llegado a sospechar que Jeff estaba involucrado de alguna manera en lo sucedido, le resultó muy doloroso aceptar que podía haber sido tan cruel, desalmado y falso. Hayes, en cambio, lo había arriesgado todo para protegerla—. Has venido por mí —dijo, mirándolo a los ojos.

—No podía dejarte con él. Con lo duro que me resultó llevarte de vuelta, solo me faltaba enterarme de que quiso matarte.

Jack Connell podría haberse ahorrado saliva. Lo que había contado a Emory sobre Hayes Bannock no tuvo el menor efecto sobre las ganas que tenía de que él la estrechara y la dejara sin respiración con uno de sus besos. Dio un paso hacia él, pero Hayes la mantuvo a distancia.

—Lo nuestro sigue siendo imposible. —Y añadió—: Si fuera posible, ya estaría sobre ti. —Su voz era ronca y llena de implicaciones lascivas.

—Connell me preguntó si habías mencionado que te ibas a mudar —dijo ella con voz también cargada de emoción.

—Me conoce. No ha cambiado nada. Volveré a desaparecer. Pero no hasta que esté seguro de que atrapan a ese cabrón asesino. —Invitó a Emory a sentarse con un gesto—. Hablemos.

Ella retrocedió hacia el sofá y se sentó en el borde. Él acercó una de las sillas de comedor, la colocó frente a ella y se sentó a horcajadas con el respaldo delante.

—No me ha parecido que te sorprendiera enterarte de que el culpable fue Jeff.

—Se delató sin querer. Anoche me preguntó quién me había arreglado las gafas de sol. —Y le habló de su ataque de pánico y de la conversación que había mantenido con Alice—. Había contado la misma historia varias veces. Empezaba a dudar de mis recuerdos. Alice me señaló sensatamente que estaba exhausta y medicada, y me aseguró que Jeff jamás me haría daño. Pero yo seguía dándole vueltas. Esta noche se lo he preguntado. Su explicación de cómo sabía que mis gafas se habían roto fue verosímil, pero se puso a la defensiva.

—¿Cómo?

—Hacía tiempo que sospechaba que tenía una aventura. Se lo pregunté directamente y él lo admitió. También reconoció que estaba molesto conmigo. No sin cierto motivo —añadió—. Pero mucho más de lo que yo imaginaba.

—El problema es —dijo Hayes, frunciendo el ceño— que el resentimiento es un motivo, pero no una prueba.

—El tirador de la cremallera sí.

Él negó con la cabeza.

—Podrías habérselo arrancado de la chaqueta tú misma para tenderle una trampa como venganza por haberte engañado. ¿Saben los investigadores lo de su aventura?

Ella asintió con pesar.

—Si presentara el tirador perdido como prueba, sería mi palabra contra la suya sobre cuándo lo perdió y dónde.

—Menos mal entonces que guardé la piedra.

—¡Lo había olvidado! —exclamó ella—. ¿Aún la tienes?

—Claro que sí. Una fuerte caída podría haberte provocado una conmoción, incluso la brecha. Pero el golpe que recibiste dejó mechones de pelo en la piedra. Eso me preocupaba, así que pensé que sería mejor guardarla. Esa fue también una de las razones por las que no te llevé a un hospital cuando te encontré. Si esa piedra se había usado como arma, quienquiera que la usara...

—Seguía siendo una amenaza.

—Correcto. Y ha resultado que mi corazonada era cierta. Jeff era una amenaza hasta que me has dado la mano en aquel balcón.

—¿Por qué no compartiste tus temores conmigo en cuanto recobré el conocimiento? ¿Por qué no me explicaste entonces tu renuencia a llevarme a un hospital?

—Tal como te encontrabas en ese momento, ¿te habría tranquilizado que hubiera empezado a preguntarte quién podía querer matarte?

Emory tuvo la gentileza de mostrarse avergonzada.

—Si había un villano, yo era la elección más lógica —siguió él—. Luego encontraste la maldita piedra y te convenciste.

—Tenía un aspecto tan horrible... —se excusó ella, recordando su miedo al verla—. ¿Se pueden sacar huellas de una superficie como esa? ¿Qué puede probar?

—Analizarían la sangre y los cabellos.

—Aun así un fiscal no tendría pruebas de cómo acabaron en la piedra. ¿Por accidente? ¿O premeditadamente?

—No sé para qué servirá, pero mejor tenerla que no tener nada. ¿Quién investigó tu desaparición? —Después de que Emory le hablara de Knight y de Grange, él preguntó—: ¿Hasta qué punto confías en ellos? Incluso con las dos pruebas que plantean dudas sobre tu «caída», ¿te tomarán en serio, o pensarán que eres una esposa celosa y vengativa?

—No estoy segura —respondió con sinceridad.

—Antes de volver a asomar la cabeza, has de estar segura de ellos, doc.

—A ninguno de los dos les gusta Jeff, pero se han mostrado arrepentidos por haber sospechado de él. Yo perdí mucha credibilidad cuando vieron el vídeo.

—¿Qué vídeo?

—¡Oh! No lo sabes.

Cuando Emory terminó de explicarse, él meneó la cabeza, recriminándose a sí mismo aquel fallo.

—Me preocupé de un posible sistema de alarma, de detectores de movimiento y cámaras de seguridad, pero jamás se me ocurrió que hubiera una puñetera espía. Tendré que recordarlo.

—Para la próxima vez que cometas un delito de clase H.

—Has aprendido mucho hoy —comentó él, arqueando una ceja.

—Más de lo que hubiera querido. ¿Por dónde iba?

—Has perdido credibilidad.

—Querían saber quién era mi cómplice, y no me creyeron cuando les dije que no sabía tu nombre. Interrogaron a los Floyd, incluso a Pauline y Lisa. A todos les entró la amnesia en lo que a ti respecta, lo que resultó muy frustrante para Knight y Grange. —Luego Emory le contó la visita a la cabaña.

—Siento que hayas tenido que pasar por todo eso.

Ella sonrió con tristeza.

—Lo peor ha sido ver tu cabaña patas arriba.

—No es más que madera y metal, doc.

—Lo sé, pero tenía... un significado. Me alegró que Jeff no llegara a entrar.

—¿Temías que notara que te sentías culpable?

—No me siento culpable en absoluto —replicó ella con calma—. Simplemente no quería que él echara a perder mis recuerdos del tiempo que pasamos juntos tú y yo.

Se miraron unos instantes antes de que ella prosiguiera.

—Durante todo el día ha fingido ser el mejor apoyo para una esposa descarriada. Pero esta noche, cuando estábamos solos por primera vez, ha dado rienda suelta a su ira.

—Lo que lo enfurece es que hayas aparecido viva. Ha perdido millones.

—No creo que se trate de mi herencia. Sería algo demasiado trillado. Es una cuestión de orgullo.

—¿Y la otra mujer?

—Jeff no me ha contado nada sobre ella, salvo que carece de importancia.

—¿Le crees?

—Es extraño, pero sí. No me lo imagino gobernado por la pasión. —Emory se miró la mano e hizo girar la alianza en el dedo—. El motivo de querer matarme no ha sido el amor. Ni siquiera estoy segura de que haya habido amor alguna vez en nuestra relación.

Sin presionarla para que se explicara, el silencio de Hayes la invitó a hacerlo si lo deseaba.

—Ya te conté que estaba muy unida a mis padres. Lloré su muerte durante mucho tiempo. Incluso después de instalarme en Atlanta, me sentía aún vulnerable, con las emociones a flor de piel. Cuando estábamos montando la clínica, mi amiga Alice me presentó a Jeff.

»Era encantador y cosmopolita, pero también el epítome del pragmatismo. Dueño de sí, de cabeza fría. Nunca participaba de mi dolor, ni siquiera cuando me daba un ataque de llanto o añoranza por mis padres. Él se mantenía al margen.

»Entonces me decía a mí misma que eso era lo que yo necesitaba, alguien que me obligara a ser fuerte, a seguir adelante, a superarlo. Me dije que, si intentaba consolarme, sus esfuerzos no serían sinceros.

»Pero nunca lo intentó. Jamás me ofreció una palabra de consuelo. Ahora veo que aquel desapego no era por consideración hacia mí, sino simplemente porque no quería tomarse esa molestia. —Rio con pesar—. Las cualidades que inicialmente me atrajeron de él son las que tanto me repelen ahora.

Emory aguardó unos segundos, luego miró a Hayes a los ojos.

—Al parecer prefiero las emociones a flor de piel. No lo supe hasta aquella noche, contigo. —Extendió el brazo en el espacio que los separaba y posó la mano sobre la de él, que descansaba sobre el respaldo de la silla—. A pesar de lo que alega el agente Connell, no creo que tú mataras a ocho personas inocentes.

34

—¿Aún estás levantada?

—¿Jeff? —dijo Alice, un poco aturdida—. ¿Levantada? No. Estoy en la cama, pero no dormía.

En realidad, a él le habría dado igual despertarla de un coma.

—Te noté raro cuando te llamé antes —dijo ella—. ¿Por qué no me has devuelto la llamada? Pensaba que ibas a venir a buscar el coche de Emory. ¿Habéis llegado bien a Atlanta?

—No hay nada que esté bien.

—¿Qué pasa?

—Ni siquiera sé por dónde empezar. El caso es que Emory se ha vuelto a ir.

—¿Se ha ido? —De repente Alice pareció totalmente despierta.

Media hora antes, el subinspector Grange se había unido al grupo. Sirviéndose de jerga de polis y acrónimos, Knight y Connell lo habían puesto al tanto sobre el último acontecimiento. Mientras tanto, docenas de policías intentaban encontrar el rastro de Emory. La nieve empezaba a acumularse, lo que dificultaba aún más la búsqueda de huellas de pies y de neumáticos.

No obstante, habían descubierto dos pares de huellas frente a la puerta de la *suite* contigua. Las huellas de las botas de montar de Emory no indicaban que hubiera habido lucha, o incluso vacilación por su parte. Basándose en el definido contorno de la suela de sus botas, Knight consideraba que se había ido voluntariamente con el hombre que había dejado unas huellas mucho más grandes, y Connell se había mostrado de acuerdo.

Jeff había tenido que recurrir a toda su fría racionalidad y dominio de sí mismo para no ponerse a golpear cosas o mesarse el pelo, porque no podía dejarse llevar por la ira. Debía seguir pensando con calma y sentido práctico.

Sin que los policías le prestaran atención, se había disculpado para ir a llamar a Alice. «Si Emory se pone en contacto con alguien, será con ella», les había dicho, pero el asombro de Alice había eliminado esa débil esperanza.

—Ha huido hace media hora. Creemos que con el hombre de la ya famosa cabaña. Por fin ha salido a la luz su nombre. Hayes Bannock.

—¡Oh, Jeff!

Esta enternecedora exclamación lo puso de los nervios. Esa noche la gente no hacía más que decirle cosas estúpidas e inútiles.

—Y eso no es todo. Resulta que Emory y ese hombre cometieron un delito. —Le contó entonces la historia del robo.

—¡No puedo creer que Emory hiciera eso!

—Yo tampoco lo creería si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

—¿Han presentado cargos contra ella?

—No. Suponen que él la coaccionó para que participara, aunque yo no estoy convencido de

que fuera necesario coaccionarla. Había una chica de por medio. —A continuación contó la historia de la familia Floyd y su implicación en el asunto.

—Todo eso es muy extraño —musitó Alice.

—Más extraño aún es el sitio donde vive esa gente, aunque sería más apropiado decir que subsisten. —En tono despectivo describió el camino rural por el que habían accedido a la cabaña de Bannock—. Decir que es una zona rural es poco. Es de lo más rústica. Los Floyd son sus vecinos más cercanos, y no por casualidad. Al parecer Bannock ya tenía a los hermanos en su punto de mira por un agravio del pasado. Dios sabe qué. Algo sórdido, seguro. Connell ha dicho...

—¿Quién es Connell?

—Ah, eso es lo mejor. Es del maldito FBI.

—¿Cómo se ha involucrado el FBI?

—Hace años que el FBI persigue a Hayes Bannock. Tiene algo que ver con una masacre.

—No hablas en serio.

—Me temo que sí. Encontraron una huella suya en la cabaña. Se lo notificaron a Connell. Se vino para aquí de inmediato. Veinte minutos después de conocerlo y de hablarle de su aventura en la montaña, Emory se dio a la fuga, casi con toda seguridad con Bannock. Mientras tú y yo hablamos, la nieve está ocultando su rastro. —Hizo una pausa y tomó aire—. Creo que eso es todo.

A su relato le siguió un prolongado y significativo silencio. Luego Alice respiró entrecortadamente.

—Jeff, qué trágico giro de los acontecimientos.

—¿Tú crees?

—No te pongas borde conmigo.

—Entonces di algo menos banal.

—Muy bien. —Tras un momento, Alice dijo—: Para mí está claro que Emory ha perdido todo sentido de la realidad.

Jeff percibió una opresiva nota al pie que quedaba en suspenso.

—¿Alice? ¿Cariño? ¿Tú sabes algo que yo no sé?

—No estoy segura de que sea importante.

—Dímelo y ya decidiré yo si es importante.

—No puedo traicionar la confianza de Emory.

—Tu lealtad hacia ella es admirable, pero si me ocultas algo a mí y a las autoridades, estarás fomentando su extraño comportamiento. Emory está sacrificando su reputación y poniendo en peligro el futuro de la clínica. Su carrera, así como la mía, la tuya y la de Neal, están en juego. No solo eso, también su vida podría estar en peligro. Ese hombre con el que está es un criminal violento. ¡Por Dios, Alice, a la mierda con la confidencialidad y dime lo que sepas!

Ella respiró hondo.

—Me llamó desde el hospital anoche. Bueno, en realidad de madrugada. Parecía al borde de la histeria. Respiraba de manera irregular, como si tuviera un ataque de pánico.

—¿Qué lo provocó?

—Sus gafas de sol. Me preguntó si recordaba que ella hubiera mencionado en algún momento del día que se habían roto.

—¿Te llamó de madrugada para hablar de sus gafas de sol?

—Porque tú le preguntaste quién las había arreglado.

—Joder, qué pesada está con eso. También a mí me lo ha comentado esta noche.

—Se preguntaba cómo sabías tú que se le habían roto al caer.

—No lo sabía. Solo sabía que el viernes cuando se fue de casa estaban intactas. Ayer me fijé que les habían pegado una patilla. —Aguardó unos segundos y luego dijo—: Alice, ¿qué pensaba...? ¿Por qué te llamó con un ataque de pánico por algo tan nimio?

—No era nimio para ella. Pensaba que la pregunta sobre la patilla se te había escapado, que era un desliz. Que al formularla, te habías incriminado a ti mismo.

—¡Por Dios bendito! —exclamó él en un susurro.

—Yo le dije que no pensaba con claridad, que se estaba dejando llevar por la imaginación, pero cuando colgó aún parecía dudar.

—Ella es la que se dedica a robar e ir por ahí con un fugitivo, pero sospecha de mí. Increíble.

—Yo no sabía nada del robo y de todo lo demás cuando hablé con ella. De todas formas, estaba siendo irracional, y así se lo dije. Le dije que quizá te estaba transfiriendo a ti su propio sentimiento de culpa.

—¿Por el robo?

Alice no respondió.

—¿Por alguna otra cosa?

—Jeff, no puedo...

—Se acostó con él, ¿verdad?

Alice se mordió la lengua.

—Vaya —se burló él—, el estruendoso silencio de una confidente y amiga.

—Una amiga no demasiado buena —replicó ella, contrita—. Yo me acuesto con su marido.

—Lo sabe.

—Oh, Dios mío —se lamentó ella.

—Relájate, Alice, por amor de Dios. Se lo he contado, pero no le he dicho que eras tú.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora?

—Emory me acorraló. Con todo lo que ha salido a la luz hoy, y ha tenido la cara dura de preguntarme tal cual si tenía una aventura. Estaba furioso y lo admití, pero no le dije con quién.

—Podría ser un alivio que lo supiera —dijo ella en voz baja—. Mantener el secreto ha sido una tortura.

—Nadie dudaría de tu lealtad hacia ella, aunque anoche deberías haberme llamado inmediatamente después de tu conversación con ella. Deberías haberme puesto al tanto de sus sospechas sobre mí.

—Las achaqué al agotamiento, la medicación y un miedo residual después de todo lo que ha pasado. Trastorno emocional y...

—Lo comprendo. Pero deberías haberme llamado, Alice. De haberlo sabido, quizás hoy las cosas se habrían desarrollado de un modo distinto.

—¿Y eso por qué? ¿Qué habrías hecho?

—Para empezar, no me habría mostrado tan impaciente por llevarla a casa. Habría recomendado que se quedara en el hospital y la mantuvieran en observación un par de días más.

—¿Para que la viera un psiquiatra, tal vez?

Bendita Alice. Jeff le perdonó sus anteriores banalidades. Ahora decía todo lo que debía.

—Sí. Me arrepiento de no haber sugerido una evaluación psiquiátrica ayer, cuando parecía incapaz de recordar detalles concretos sobre cómo sufrió la conmoción y el tiempo que pasó en esa cabaña. Por supuesto, teniendo en cuenta lo que sabemos ahora, ¿cómo íbamos a diferenciar los recuerdos imprecisos de la pura invención?

—Tenemos que conseguir ayuda para ella.

—Primero tenemos que encontrarla. Solo espero que sobreviva a ese canalla. Connell dice que no es un depredador sexual, pero... bueno, ya la ha seducido, ¿no? —Jeff dejó que su voz se quebrara con la última palabra, y Alice reaccionó al instante.

—Es difícil estar furioso con ella y preocupado a la vez, ¿verdad?

—Así es exactamente como me siento.

Alice guardó silencio un momento.

—¿Qué implica todo esto para nosotros, Jeff? Para nuestra relación, quiero decir.

—Ya te lo he dicho. No podemos seguir viéndonos. Ahora Emory ha de ser mi única preocupación. Esto no lo digo para herirte.

—Aun así me hiere.

—Lo siento. Ambos iniciamos esta relación sabiendo muy bien a qué atenernos, y ninguno de los dos esperaba un final feliz —se justificó Jeff, y añadió—: Ahora será mejor que cuelgue y vuelva abajo a ver si han hecho algún progreso.

—¿Debo guardar en secreto lo que ha pasado?

—Sí, por favor. Dejemos pasar esta noche, a ver qué nos trae el nuevo día.

—De acuerdo. —Alice se despidió llorosa y con voz apagada.

Jeff colgó y sonrió a su imagen en el espejo del tocador.

—Ha ido bien. —Ni escribiéndole el guion él mismo habría encontrado mejores palabras para poner en boca de Alice.

Si Emory sobrevivía a aquella segunda aventura con su amiguito delincuente, se pondría en tela de juicio su estabilidad mental. Sería objeto de críticas y burlas. Tal vez no podría soportar la presión de ver cómo se acababa su privilegiada vida. Era muy posible que se desmoronara por la tensión de perder todo cuanto le había costado tanto esfuerzo lograr. Y cuando eso ocurriera, solo Dios sabía hasta qué extremos podía llegar. El suicidio sería verosímil.

Cuando abandonaba el dormitorio, echó un vistazo a la cama, donde había arrojado la chaqueta de esquí al llegar arriba. Ya se había dado cuenta el día anterior de que le faltaba el tirador de la cremallera con el logo de la marca. No sabía cuándo ni cómo lo había perdido, y la búsqueda entre sus pertenencias no había dado resultado.

Era poca cosa. Pero ¿acaso no eran las cosas pequeñas las que antes fallaban?

Cuando Jeff se excusó para ir arriba a llamar a Alice, Connell aprovechó para preguntar a los subinspectores:

—¿De qué iba eso?

—La doctora Alice Butler, tocoginecóloga —contestó Knight, que se estaba zampando unos anacardos del minibar. Explicó que Emory formaba sociedad con otros dos médicos en la clínica —. También es la mejor amiga de Emory.

—Y está cometiendo adulterio con su marido. —Grange señaló con la cabeza en dirección a lo alto de la escalera.

—Ah. —Jack miró a uno y otro—. ¿Lo sabe ella?

—Creemos que no —contestó Grange—. Pero puede que sí. Puede que no le importe. ¿Le importaría a usted si fuera ella?

Jack sonrió.

—¿Lo investigaron a fondo cuando desapareció Emory? —preguntó.

—Estuvo metido en la cama con Alice Butler desde el viernes por la noche hasta el domingo por la tarde, cuando empezó a preocuparse por su mujer —contestó Knight.

Grange amplió la información, relatando su entrevista con la otra mujer.

—Confesó, aplastada por el peso de la culpa. Estábamos seguros de que con eso teníamos un doble motivo para sospechar de Jeff.

—¿Doble?

Grange le contó que Emory era la heredera de Charbonneau Oil & Gas.

—Está forrada. Estábamos a punto de arrestarlo, cuando su mujer apareció en la estación de servicio.

—El marido ya no es sospechoso. Ese tal Hayes Bannock le ha robado todo el protagonismo.

—Bannock no le hará daño.

—Eso dice usted.

—Apostaría mi carrera —insistió Jack—. Además, ella no le teme. De lo contrario no se habría ido con él esta noche.

—Eso es lo primero que me ha pasado por la cabeza cuando me llamó Knight para pedirme que viniera —dijo Grange—. Hay una gran diferencia entre no tener miedo a alguien y huir con él. ¿Por qué se ha ido? ¿Qué le habrá dicho él? ¿Cómo ha conseguido que ella se fuera con él sin siquiera ponerse el abrigo?

—No conozco a Emory Charbonneau —dijo Jack—, pero desde mi punto de vista resulta igualmente desconcertante. Hasta ahora, Bannock se largaba siempre de inmediato en cuanto acababa con lo suyo. En cuestión de horas. Después del incidente con los Floyd, no acierto a comprender por qué sigue aquí.

—Quizá no haya terminado con esos malvivientes. Quizá la paliza solo fue el preludio para un gran final.

Jack se mordió el interior de la mejilla.

—Espero que no.

—O quizás estamos pasando por alto lo más obvio. Tal vez cuando Emory decía «me trató con amabilidad» era un eufemismo de... —Knight dejó que sus cejas arqueadas hablaran por él. Luego sacudió la bolsita para sacar los últimos anacardos y se los lanzó a la boca—. Pero sea lo que sea que le hace a Emory, o hace con ella, o hace por ella, sigue estando acusado de agresión con lesiones. Así que, lo que voy a preguntarle, agente Connell, es por el bien de los hombres y mujeres que tenemos ahí fuera buscándolos. ¿Hasta qué punto es peligroso ese tipo?

—Los agentes deberían actuar con precaución.

—¿Eso es todo? ¿Ese es el único consejo que puede darnos? —Knight recibió aquella escueta información con el ceño fruncido—. La noticia sobre los hermanos Floyd se ha extendido por la oficina. A decir verdad, se han abierto muchas cervezas para brindar por la

paliza que han recibido. No son más que escoria, y eso era lo que opinaba todo el mundo antes incluso de saber que habían violado a su hermana pequeña.

—¿Los han procesado?

—Todavía no. Está sobre la mesa del fiscal, pero la chica no está segura de querer que se haga público. Ya sabe cómo es eso.

Jack asintió y Knight siguió hablando.

—Mientras tanto, todo el mundo le tiene un poco de miedo al tipo que le dio un repaso a los Floyd él solito. Encontramos el lugar donde escondía su arsenal, pero las armas ya no estaban, lo que significa que podría ir fuertemente armado. Y ahora aparece un federal que le pisa los talones. Bannock ha adquirido cierto... cierto...

—Halo —dijo Grange.

Knight asintió con la cabeza, pero siguió con la atención fija en Jack.

—Le pido, de poli a poli, que se deje de ambigüedades y tonterías, y que nos diga exactamente a qué nos estamos enfrentando.

—Ha mencionado una masacre en Virginia, pero no nos ha dado detalles. —Grange lanzó una rápida ojeada hacia la puerta cerrada del dormitorio, que impediría oír a Jack desde arriba. Luego, inclinándose hacia Jack y bajando la voz, preguntó—: ¿Estamos hablando de Westboro?

Jack miró a uno y a otro.

—¿Conocen la historia? —Ambos subinspectores asintieron al unísono y Jack añadió—: Fue Bannock.

Grange dejó escapar un leve silbido.

—Joder —musitó Knight.

35

Al oír la mención a las ocho víctimas, Hayes se levantó bruscamente y volvió a encajar la silla bajo la mesa.

—Será mejor que te metas en el sobre, doc.

—¿Que me meta en el sobre?

—Mañana podría ser un día muy largo.

—Exijo una explicación sobre lo que ha contado el agente Connell sobre ti.

—El dormitorio está al final del pasillo. El cuarto de baño está a la derecha. Yo dormiré en el sofá.

—¿Hayes? —Cuando se volvió hacia ella, Emory dijo—: ¿Debo suponer que ese es tu nombre auténtico, Hayes Bannock?

Él vaciló antes de asentir con un gesto brusco.

—Me alegro de saberlo al fin.

—No hables antes de tiempo.

—Si te buscara en Internet, ¿qué encontraría? ¿Tu historial militar? ¿Tu licenciatura en Ingeniería de Edificación? ¿Tu hermana y tu sobrina de Seattle?

—Vaya, vaya. Connell es toda una fuente de información, ¿eh?

—Ha mencionado a un entrenador de fútbol. Y a un sacerdote. Además de a los Floyd.

—Me corrijo: es un torrente.

—Todos relacionados con esa masacre de Virginia.

Los ojos de Hayes se volvieron fríos y hostiles.

—Deberías irte a la cama, doc. Duerme un poco.

—No tengo sueño.

—Vale, pues entonces me voy yo a la cama.

Hayes se dirigió al pasillo, pero ella le cerró rápidamente el paso.

—Dime de qué va todo esto.

—Lo sabrás, a su tiempo.

—Quiero saberlo ahora. Quiero oírlo de tus propios labios, no de los de otra persona.

—¿Por qué?

—Porque, de lo contrario, jamás creeré que estuviste involucrado en algo tan abominable.

—Pues sí lo estuve. —Su tono fue directo, cortante—. Ya está. Eso es todo lo que necesitas saber y todo lo que vas a sacar de mí. No tiene nada que ver con el aquí y ahora.

—Connell cree que sí.

—Connell puede irse al infierno. Lo que ocurrió entonces no te atañe.

—Pero te atañe a ti.

—¡No es mi vida la que intento salvar, sino la tuya!

—No necesito que me salves —protestó ella, acalorándose—. Puedo ir a hablar con Connell

yo misma, con Knight y Grange, y...

—¿Y qué?

—Acusar a Jeff.

—No es un buen plan —dijo él, meneando la cabeza con expresión severa.

—¿Por qué?

—No tienes ninguna prueba que sustente tu acusación.

Ella abrió la mano para enseñarle el tirador de la cremallera y luego la retiró rápidamente.

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—No sirve para nada. ¿Cuándo lo encontraste y dónde? Será tu palabra contra la suya, ¿entiendes?

—Pero esto y la piedra...

—No tienes la piedra.

—Pero la tienes tú.

—Exacto. La tengo yo.

—¿Te vas a negar a dármela?

—¿Para impedir que irrumpas allí y sirvas de blanco para ese cabrón baboso con el que estás casada? Ya lo creo, joder.

—Jeff no podría hacerme nada mientras estuviera rodeada de agentes de la ley.

—Y esa es la única razón por la que no he ido antes por ti. Esperé frente al hospital anoche hasta que vi a Jeff marcharse y me convencí de que estabas a salvo. Durante la mayor parte del día estuviste en compañía de hombres con placa. Pero ¿qué ocurrirá cuando replieguen velas y se vayan por falta de pruebas contra él? Al acusarlo, habrás dejado ver tus cartas. ¿Cómo crees que le sentaría a él, que ya antes había intentado matarte?

Sus palabras no carecían de sentido. Aunque Jeff pudiera aportar una coartada irrefutable, Emory no volvería a confiar en él, ni a sentirse cómoda a solas con él nunca más.

—Vale, mi plan tiene fallos. ¿Tienes uno mejor? ¿Qué piensas hacer?

—¿Con la piedra?

—Con todo en general. Con lo que sabes sobre Jeff. Conmigo.

—Aún no lo sé.

Emory pensó en los Floyd, sufriendo en una cama de hospital.

—Pero manteniéndote en los límites de la ley, ¿verdad?

—Aún no lo sé.

—Cuéntame lo de Virginia —pidió ella, casi al borde de las lágrimas de pura frustración.

—No.

—Por favor.

—¡No!

—¡Quiero saber qué hiciste!

—¡No! —Su grito resonó en las paredes de aquel reducido espacio. Transcurrieron unos segundos y añadió en voz baja—: Confía en mí. Es mejor que no lo sepas.

A Emory la intimidaron su tono tenso y su inflexible expresión, y reculó.

—Quizá tengas razón. Quizá no deba saberlo. —Mirando alrededor agitadamente, agregó—: Ahora que lo pienso bien, ¿por qué he venido aquí contigo?

—Eso sí que puedo responderlo. —Hayes dio unos comedidos pasos hacia ella—. No te he

sacado a rastras de aquel balcón ni te he obligado a seguirme. Pero lo habría hecho si hubiera sido necesario. —Dejó que ella asimilara esas palabras y luego siguió acercándose más y más, hasta que su rostro quedó a unos centímetros del de ella.

—Si hubiera sido necesario, te habría atado y te habría traído conmigo. Porque prefiero ver que me rehúyes, que me miras con miedo y desconfianza como haces ahora, prefiero verte de cualquier manera antes que muerta.

No era un pensamiento poético, pero sí profundo. Emory sintió que su pecho se henchía de emoción. Adelantó una mano para tocarle la mejilla.

Pero antes de que llegara a tocarla, él le agarró la muñeca y mantuvo su mano alejada. Finalmente la soltó y le señaló el final del pasillo.

—Vete a la cama —ordenó secamente—. Echa el pestillo a la puerta si eso te hace sentir más segura.

Esperó.

Emory no se movió.

Se quedó mirándolo con expresión sosegada, confiada, de aceptación. Lo opuesto a lo que debería ser.

—De acuerdo —gruñó él—, tú lo has querido.

La aferró por la cintura y le dio la vuelta para que quedara de cara a la pared. Le subió el jersey, se lo sacó por la cabeza, y luego le quitó la camiseta con modos igualmente bruscos. Con un impaciente tirón desabrochó el sujetador, que cayó hacia delante. Él se lo arrancó del todo y luego le agarró las manos, las colocó contra la pared y las cubrió con las suyas, pegando su cuerpo a la espalda de Emory.

Hayes le mordió el cuello con intención de marcarla como suya, aun sabiendo muy bien que no tenía derecho a ella, que ni siquiera tenía derecho a desearla.

—¿Asustada?

—No.

—Entonces no lo estoy haciendo bien.

Recorrió el cuello de Emory con besos que eran mordiscos; ella gimió, pero de excitación, no de miedo. Él se apretó contra sus nalgas, dejando bien a las claras sus intenciones.

—¿Tienes miedo ahora?

En lugar de apartarse, Emory se apretó contra él, ajustándose a la forma de su cuerpo, aumentando la presión, haciendo que siseara entre dientes.

—Estás jugando con fuego, doc.

Como ella volvió a apretarse contra él en un movimiento rotatorio, él le soltó las manos y le rodeó la cintura para desabrocharle los pantalones. Con decisión, le metió la mano en las bragas y entre los muslos. La encontró caliente, húmeda y palpitando con el mismo deseo que lo recorría a él.

Hayes flexionó los dedos hacia arriba para penetrarla. Acarició el delicado botón y notó que aumentaba su excitación.

—Quiero estar ahí dentro. Ahora —le susurró al oído con voz ronca.

Le dio la vuelta y, levantándola, la llevó en volandas por el corto pasillo hasta el dormitorio.

La dejó junto a la cama y ella empezó a quitarse el resto de la ropa con la misma rapidez con que se desvestía él, que estaba desnudo antes de que ella se hubiera quitado la segunda bota. Él apartó la colcha, se sentó en el borde de la cama y tendió las manos hacia ella, que acababa de quitarse la ropa interior.

Colocándola entre los muslos abiertos, aferró un pecho, abarcó el pezón con la boca y tiró de él con avidez, desesperación casi, antes de rodearla con los brazos, acercarla más, apretar el rostro contra su ombligo, y bajar luego hacia su sexo de suave olor a almizcle.

Acariciándola así con la boca, recorrió los muslos de Emory con las manos y luego los separó con más ímpetu del necesario, porque estaba muy claro que, por desconcertante que resultara, Emory tenía en él una confianza inquebrantable.

Usó los pulgares para abrir los labios, dejar el sexo al descubierto y prepararla para el asalto. Hundió la lengua en ella, una, dos, tres veces, cada vez más adentro, y luego le aplicó a la carne palpitante toques fugaces que provocaron la respiración entrecortada de Emory, hasta que se convirtió en un ronco gemido cuando él le chupó el erecto botón con la boca.

Pero no quería que se corriera antes de haberla penetrado. La desplazó para tumbarla en la cama y se colocó de rodillas entre los muslos alzados.

—¡Espera! —pidió ella cuando estaba a punto de penetrarla.

—No puedo.

Bueno, podía, de hecho esperó mientras ella se incorporaba, le aferraba las nalgas con las manos y se metía el glande en la boca. El placer fue tan intenso que Hayes apretó los dientes y no se dio cuenta siquiera de la presión que ejercía sobre la mandíbula, hasta que intentó hablar cuando la punta de la lengua de ella se hundió en el surco y encontró la parte más sensible, pero solo pudo gemir y jadear.

—Dios... —logró decir con voz estrangulada— pensaba que esto que haces lo había soñado. —Unos segundos después, jadeaba—: Doc, para. Para.

Apartó la cabeza de Emory, pero no antes de que ella le diera un rápido beso en el tatuaje.

Cuando ella volvió a tumbarse, él se echó encima y la penetró, empujando hasta que ya no quedó el mínimo espacio entre ellos. Luego hundió el rostro en su cuello.

—Vas a ser mi ruina. Pero no puedo contenerme, joder...

Se incorporó y, con los ojos fijos en los de ella, empezó a empujar.

Y fue increíble, no solo porque el sexo de ella resultara deliciosamente tenso y sedoso, que también. No solo porque el cuerpo de ella se acoplara en perfecta sincronía al rápido ritmo de su polla deslizándose suavemente una y otra vez en su interior, que también.

No solo porque cada vez que él se retiraba prácticamente del todo, ella le frotaba la punta del pene con seductores movimientos del vientre, hasta que él ya no lo soportaba más y tenía que volver a hundirse en ella.

No solo porque las manos de Emory lo acariciaban con perfecta intuición. Y no solo porque, cuando ella llegó al orgasmo, él notó cada uno de sus convulsivos apretones, sino porque también vio las lágrimas en sus ojos que daban fe de la desbordante emoción que las provocaba.

Todo eso influyó. Pero lo que hizo que su orgasmo fuera más intenso y más largo, y que tuviera un mayor significado que cualquier otro en toda su vida, fue que esos momentos en que se perdió dentro de ella, Emory le rodeó la cabeza con los brazos y la estrechó contra sí y dijo con un suspiro, como si fuera la palabra más querida de su vocabulario:

—Hayes...

Después, ninguno de los dos se movió durante un rato. Al final, la cabeza de él se despejó lo suficiente para que se le ocurriera de repente y pensara: «Maldita sea.» Se había corrido dentro de ella sin protección. También por eso había sido tan fantástico y no lo lamentaba lo bastante como para separarse aún de ella.

Cuando por fin se movió, se levantó, apoyándose en un codo, y miró a Emory a la cara. Ella sonrió con aire soñoliento. Él le tomó la barbilla con la mano libre y la besó, tomándose su tiempo, acoplando su boca a la de ella, lascivamente, sin prisa.

—Por suerte para mí —dijo cuando al final echó la cabeza atrás—, no te asustas fácilmente.

—Por suerte para mí también.

—Pero sigues en peligro, doc. Así que has de estar asustada. Pero no de mí.

—Lo sé.

—De mí nunca.

—No lo estoy. —Emory se pasó los dedos por el pelo—. No lo sé todo, pero una cosa sí sé: tú no fuiste responsable de la muerte de ocho personas inocentes.

Como el suave resplandor de una farola que se apagara de pronto, el alma de Hayes se volvió de nuevo oscura y fría.

Se separó de ella y se tumbó de espaldas.

—Tienes razón —dijo mirando al techo—. Solo siete de ellos eran inocentes.

36

La despertó el aroma a café recién hecho. Aún estaba oscuro. Encendió la lámpara de la mesita de noche. Su ropa, que había acabado tirada de cualquier manera la noche anterior, estaba sobre una silla, perfectamente doblada. La recogió, y también las botas, y se metió en el cuarto de baño.

Diez minutos más tarde, cuando entró en la estancia principal, Hayes levantó la vista de la mesa a la que estaba sentado bebiendo café. Había dormido junto a ella toda la noche, pero no habían intercambiado una sola palabra ni se habían tocado desde su sorprendente afirmación: «Solo siete de ellos eran inocentes.»

Aquella frase había creado una barrera intangible que ninguno de los dos franqueó durante la noche. Parecía más impenetrable por la mañana. Los ojos de Hayes carecían de chispa y su expresión era impasible, como si no hubiera habido intimidad alguna entre ellos.

—Las tazas están en el armario de la derecha del fregadero —dijo.

Emory se sirvió una taza de café y se sentó en la mesa frente a él, fingiendo que no había una pistola al alcance de su mano derecha.

—Lo siento —dijo Hayes al fijarse en su pelo húmedo—, no tengo secador.

—Ya se secará solo.

—¿Te he dejado suficiente agua caliente?

—Sí, gracias. ¿Cómo lo haces para caber en esa ducha?

—Con práctica.

Hasta ahí llegó la conversación trivial. Emory sorbió su café.

—He tomado una decisión —anunció.

Ella lo miró, esperando.

—No voy a darle a Connell la satisfacción de atraparme.

—¿Te vas a entregar?

—No exactamente.

Hayes evitaba mirarla a los ojos, y eso la puso nerviosa.

—Entonces, ¿qué vas a hacer exactamente?

—Entregarte a ti.

No sabiendo muy bien cómo reaccionar, Emory siguió escuchando. Los ojos de él se desviaron hacia las leves marcas rojas que ella tenía en el cuello.

—Ya decidirás tú qué le cuentas o no le cuentas sobre esas marcas, y sobre todo lo demás —dijo, señalando en dirección al dormitorio—. Puedes ser tan gráfica o tan tímida como quieras. Él será discreto. De todas formas, soy yo quien le interesa, no «nosotros». Te preguntará sobre mi estado de ánimo. Mis planes. Cosas así.

—Ya lo hizo.

—Seguirá insistiendo para que le cuentes hasta el último detalle. Lo que he dicho, lo que has

observado. Mientras él lo asimila todo y planea cómo proceder, yo aprovecharé para esfumarme.

—Huirás.

Él respondió encogiéndose de hombros, en un gesto que a nada comprometía.

—Puede que logres escapar —dijo ella, mirando su café—, pero jamás podrás dejar atrás la muerte de aquellas personas.

—Bueno, eso os dará mucho de qué hablar a Connell y a ti.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó ella con voz quebrada.

Él levantó su taza y luego volvió a depositarla sobre la mesa sin haber bebido de ella.

—Cuéntale a Connell lo que sabes sobre Jeff —dijo, haciendo caso omiso de su pregunta—. Él se encargará de que lo investiguen a fondo. Con suerte, eso terminará con su frío culo en prisión.

—¿Cómo sabes que Connell pondrá en marcha una investigación?

—Es un agente del FBI. Es su deber.

—Pero el caso no es suyo. ¿No lo dejará en manos de la oficina del sheriff?

—No.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—El mensaje que le vas a dar.

—¿Y cuál es?

—Si la caga y llega a ocurrirte algo, sea ahora o en un futuro distante, lo mataré. —Hayes dejó que ella asimilara sus palabras y luego añadió—: ¿Dónde se aloja?

—¿Por qué? ¿Para poder dejarme allí?

—¿Dónde se aloja?

—¿Por qué habría de decírtelo?

Él apoyó los brazos en la mesa, que se balanceó ligeramente cuando él inclinó su peso hacia Emory.

—Mira, doc, podemos perder el tiempo dándole vueltas a esto, puedes discutir conmigo todo lo que quieras, pero no te servirá de nada. No voy a dejar que ese federal me convierta en el mayor trofeo de su carrera. Además...

—¿Qué? ¿Además qué?

—Tengo que desaparecer y no puedo llevarte conmigo. Tú tienes una vida propia, en la que no puedes incluirme. Ha sido divertido, pero aquí es donde nos despedimos para siempre, por muy bien que se nos dé en la cama.

—¿Por qué estás actuando así?

—¿Así cómo? Soy sincero.

—Insultante.

—No, insultante habría sido decirte que follas muy bien.

El rostro de Emory enrojeció por la ira.

Él debió de notarlo, porque contuvo la risa.

—Un poco tarde para ruborizarse, ¿no te parece, doc? Sabías a lo que venías anoche, y no era para historias románticas. Igual que la noche de la cabaña. Los dos hemos conseguido lo que queríamos. Yo follar y tú... ¿cómo lo dirías? ¿«Emociones a flor de piel»?

Tras estas palabras, apartó la silla con brusquedad, se levantó y se metió la pistola en la cinturilla.

—Vamos. Quiero llegar allí antes de que se haga de día, y hay diez minutos en coche hasta el motel.

—¿Por qué me has preguntado dónde se aloja Connell si ya lo sabías?

—Para comprobar si me mentías.

—¿Cómo has descubierto dónde está?

—No hay muchas opciones en Drakeland. He hecho unas llamadas hasta que un recepcionista me ha confirmado que se registró anoche.

—¿Has llamado? Creía que no tenías teléfono.

—Y ya no lo tengo. —Emory siguió con la vista la dirección que él señalaba y vio los trozos de un móvil destrozado sobre la mesita auxiliar—. Te prestaré una chaqueta —añadió él mientras se ponía su chaquetón.

—No la quiero.

Fue hasta la puerta, descorrió el pestillo y salió, dejándolo solo. Que la siguiera, o que cayera muerto allí mismo. A ella le daba igual.

Había dejado de nevar, pero la niebla aún era densa y el aire, glacial. El interior del coche tardó en calentarse, incluso después de que él encendiera la calefacción.

—No has cerrado con llave —dijo ella cuando se acercaban a la ciudad.

—Ha cumplido con su función. No voy a volver a esa casa.

—¿Y dejarás allí tus pertenencias?

—Las que importan no están en esa casa. Iré por ellas y...

—¿Te alejarás hacia el horizonte en el amanecer?

—Básicamente.

—¿Eres consciente de que puedo describir este coche a las autoridades?

—Sí.

—¿Tienes un plan alternativo?

—Siempre.

Continuaron el resto del trayecto en silencio. Hayes se detuvo en una calle que discurría por la parte de atrás del motel y aparcó. Emory miró a través del sucio parabrisas. El dispositivo antivaho apenas había empezado a derretir la escarcha y la nieve helada acumuladas durante la noche. Se concentró en los cristales de hielo que se desintegraban para no pensar en el nudo que tenía en la garganta.

—Me siento aliviada. Y un poco sorprendida.

—¿Por qué?

—Pensaba que quizá querrías infligir un castigo a Jeff tú mismo.

Los dedos de Hayes apretaron con fuerza el volante.

—Ese era mi plan original. Y nada me habría proporcionado más placer. Pero lo consulté con la almohada y decidí dejárselo al sistema legal. No para salvarle el pellejo, que quede claro, sino para salvar el mío. Connell estará un tiempo ocupado encargándose de ti y Jeff.

—Lo que te dará ventaja.

—Exacto.

—Voy a contarle a Connell todo lo que sé sobre ti. Tengo que hacerlo. Antes, cuando el único problema era tu agresión a esos horribles hermanos Floyd, te encubrí porque compartía tu indignación por lo de Lisa. Pero ahora no puedo ayudarte a escapar de la justicia.

Él le sostuvo la mirada un momento, luego metió la mano bajo su asiento y sacó una bolsa de papel marrón.

—Tu prueba —dijo, entregándosela—. No la abras. No toques la piedra. Entrégasela a Connell tal como está. ¿Aún tienes el tirador de la cremallera?

—Sí.

—Muy bien. Ya sabes lo que has de hacer.

Consciente de que su tristeza era más que evidente, pero incapaz de disimularla, Emory pronunció el nombre de Hayes como una súplica.

—Ya hemos dicho suficiente, doc. Connell está en la habitación ciento diez. Adelante.

Emory no confiaba en poder dominarse si se demoraba allí un segundo más, de modo que bajó del coche. Apenas había cerrado la puerta cuando el coche ya se alejaba. Con lágrimas en los ojos, observó las luces traseras que desaparecían en la siguiente esquina.

Cuando el coche quedó fuera de la vista, Emory se encaminó fatigosamente hacia el motel. Era el mismo en que la oficina del sheriff había alojado a Jeff, y era tan feo como su marido lo había descrito. Las dos plantas tenían galerías cubiertas. Las puertas de las habitaciones alternaban los colores rojo, blanco y azul. En el centro del edificio, cerca del ascensor, había una máquina de hacer hielo. Encima de la máquina había una flecha de neón parpadeante.

La habitación 110 estaba tres puertas más allá, en un extremo. Emory se detuvo y miró por encima del hombro hacia la esquina por la que había desaparecido Hayes. Se daba cuenta ahora de que su actitud cruel e insultante no había sido más que una manera de afrontar la inevitable despedida.

El mal de amores no era solo un tópico.

Armándose de valor, llamó a la puerta del motel con los nudillos.

—¿Sí? —dijo una voz soñolienta desde el interior.

—Agente Connell, soy la doctora Charbonneau.

Emory oyó el golpe sordo que hicieron los pies del agente al aterrizar en el suelo. Connell apartó las cortinas para asomarse y verla, luego se oyó cómo retiraba la cadena de la puerta y deslizaba el cerrojo metálico. Abrió la puerta de un tirón y apareció con los ojos hinchados y los pelos alborotados. Llevaba bóxers a cuadros escoceses, camiseta blanca y calcetines negros.

—¿Qué coño...? —Connell paseó la mirada por el aparcamiento con expresión escrutadora —. ¿De dónde sale?

—Me ha traído él.

—¿Bannock?

Emory asintió. Connell la apartó de un empujón y salió afuera. Recorrió unos metros el aparcamiento, mirando frenéticamente a un lado y otro. Luego se dirigió a la esquina más próxima del edificio.

—No se ha ido por ahí.

Connell dio media vuelta.

—Entonces, ¿por dónde?

—Conduce un coche verde —contestó Emory, señalando la dirección correcta—. Viejo. He memorizado la matrícula.

Él se palpó los costados en busca del móvil, antes de darse cuenta de que ni siquiera iba vestido.

—¡Mierda! ¿Cuánto hace?

—Ahora mismo.

Él volvió presuroso al tiempo que agitaba las manos para indicarle que entrara en la habitación. Emory se dio la vuelta, cruzó el umbral y se dio de bruces con Hayes, que estaba allí de pie, sólido como una viga de hormigón. Hayes la levantó y la depositó en el suelo a un lado.

—¡Hayes, no!

Pero Jack Connell no recibió el aviso a tiempo. Cuando cruzó el umbral, no había nada entre él y Hayes, que le propinó un fuerte puñetazo en la mandíbula.

—Esto por acosar a mi hermana.

Connell habría caído hacia atrás por la puerta abierta, pero Hayes lo sostuvo por la camiseta, tiró de él hacia dentro y lo lanzó contra la cama. Cuando el agente se revolvió tratando de recuperar el equilibrio, se golpeó la espinilla contra el somier metálico de la cama, le falló la pierna y cayó al suelo.

Con movimientos desesperados, Emory trató de agarrar a Hayes por la manga del chaquetón para frenarlo, pero él se zafó de sus manos. Luego cerró la puerta, corrió el pestillo y se abalanzó sobre el agente. Rápidamente, Connell trató de ponerse en pie antes de que Hayes llegara hasta él y estiró los brazos con las palmas hacia delante para detenerlo.

—¿Quieres añadir agresión a un agente federal a todo lo demás?

Sus palabras detuvieron a Hayes, que se quedó mirando a Connell con el ceño fruncido y la respiración agitada.

Aterrada y furiosa a la vez, Emory golpeó a Hayes en el brazo.

—¿Por qué has vuelto? ¿Por qué no te has ido sin más?

—¿Va armado? —preguntó Connell.

—Sí —respondió Emory.

—Sé un hombre, Connell, y pregúntamelo a mí. —Se levantó el chaquetón y la camisa, dejando al descubierto la pistola entremetida en la cinturilla.

—Llevar un arma oculta —dijo Connell—. Agredir a un agente federal. Robo con escalo. Agresión con lesiones. ¿Me he dejado algo? —Su mirada se desvió hacia Emory—. ¿Secuestro?

—No me ha secuestrado.

—¿Está segura? —preguntó Connell, como dudando de si mentía o simplemente era demasiado ingenua.

—Bueno, anoche no me secuestró —afirmó ella—. Me fui con él por voluntad propia.

—Y ahora lo ha ayudado a tenderme una trampa.

—Vuelves a equivocarte, idiota —dijo Hayes—. Yo la he engañado para tenderte una trampa.

Connell miró a Emory, esperando su corroboración.

—Lo siento —dijo ella—. Me ha convencido de que iba a entregarme a usted y de que luego pensaba esfumarse, según sus propias palabras.

—Porque no tiene agallas para decir lo que está haciendo en realidad. Está huyendo —dijo Connell—. Huyendo de lo que hizo en Westboro.

Al oír el nombre de la localidad que se había ganado una reputación infame en una sola tarde, Emory ahogó una exclamación.

—¿Westboro?

Hayes le lanzó una mirada glacial con el rostro impasible como una máscara.

Ella retrocedió, horrorizada.

—¿Participaste en la masacre de Westboro?

Durante todo ese tiempo, su mente se había negado a aceptar que Hayes estuviera relacionado con una masacre. Desde luego, jamás lo había relacionado con Westboro ni siquiera al mencionarse Virginia. Desvió la mirada hacia Connell y luego hacia varios puntos de la habitación, como si reuniera los hechos dispersos que recordaba sobre aquel acto de violencia gratuita. Se detuvo finalmente en Connell, implorándole en silencio que lo desmintiera.

Pero él tenía los ojos fijos en Hayes, observándolo.

—Un joven furioso y resentido entró en su lugar de trabajo con un rifle automático y mucha munición —dijo Connell—. Se situó en una posición a cubierto, y empezó a disparar metódicamente, con calma.

Las imágenes evocadas por esas palabras causaron escalofríos a Emory. Como casi todo el mundo en el país, también ella había visto en la televisión cómo se desarrollaba aquella horripilante tragedia en directo. Personas corriendo para salvar la vida. Cuerpos tendidos sobre charcos de sangre. Allegados nerviosos, esperando que les informaran de quién había muerto y quién había sobrevivido milagrosamente, lamentándose y celebrándolo en igual medida cuando se daban a conocer los nombres de las víctimas.

—El caos se prolongó durante casi dos horas —prosiguió el agente especial—. Una eternidad para los que permanecían agachados, preguntándose si finalmente alguna bala acabaría por encontrarlos. Algunos usaron el móvil para llamar a sus seres queridos, reconciliarse, despedirse.

Emory reculó hacia una silla que había cerca de la ventana y se sentó. Se frotó la frente como si quisiera borrar las terribles imágenes, hacer que fueran más soportables.

—Espere un momento —dijo de pronto. Bajó la mano y miró con perplejidad, primero a Hayes, cuya expresión seguía siendo inescrutable, y luego a Connell—. Yo creía... ¿No... no mataron al asesino allí mismo?

Connell asintió y luego señaló a Hayes con la cabeza.

—Bannock lo abatió.

37

Jack Connell movió la mandíbula de un lado a otro y se apoyó en el borde de la cama para levantarse y sentarse. Lanzó a Hayes una mirada torva.

—Esto ha dolido.

—Era lo que pretendía. Tu visita puso nerviosa a Rebecca.

—A mí también —gruñó Jack—. ¿Mentía, o podría habérmelo puesto fácil y decirme dónde estabas?

—Nunca ha sabido dónde estoy. Perdiste el tiempo siguiéndola como un sabueso.

—No del todo. Tuve el placer de su compañía durante quince minutos. No me había divertido tanto desde que me paseé en cueros por un nido de víboras.

Hayes sabía que esperaba que sonriera. No sonrió.

—¿Has visto su nuevo peinado? Le sienta de maravilla.

—Para que lo sepas, Jack, esto no es una reunión para reconciliarnos. Cuando termine este lío, todo volverá a ser como antes.

—Te irás.

—Exacto.

—Mmm. Pensaba que a lo mejor habrías recuperado el buen juicio y querrías quedarte. —Connell miró a Emory, dejando claro cuáles eran las implicaciones.

—Me largaré en cuanto vea a su marido entre rejas.

—¿Su marido? ¿Qué ha hecho?

—Dejarla por muerta.

Connell tardó un momento en calibrar esas palabras.

—¿Hablas en serio?

—¿Bromearía yo con una cosa así?

—No, nunca bromeas —dijo Jack, haciendo una mueca—. Empieza por el principio.

—Caminaba por una cresta de la montaña el día que Emory desapareció. La vi con los prismáticos. Me entró curiosidad.

—¿Por qué?

Hayes miró a Emory, pero no dijo nada.

—¿Y bien? —insistió el agente, arqueando las cejas.

—Era una rubia con mallas negras que tenía un cuerpo de escándalo e iba sola.

—De acuerdo —dijo Connell, mirando a Emory de nuevo.

—Lo importante —añadió Hayes con impaciencia— es que, para cuando llegué al sendero, ella estaba tirada en el suelo, casi helada y con una conmoción. La recogí y la llevé a mi cabaña.

—¿Y por qué no a un hospital?

—Por varias razones.

—Además de las mallas negras.

—No sabía qué le había ocurrido. Una cosa era que se hubiera caído, pero si había sufrido una agresión, estaría más segura conmigo.

—Eso es discutible, pero sigue.

—Se recobró lo suficiente, así que, cuando mejoró el tiempo, la llevé...

—Esa parte ya la sé. Knight y Grange me han puesto al corriente. La gasolinera. El revuelo de los medios de comunicación.

—La había llevado ya de vuelta, cuando descubrí que el marido era el supuesto asesino.

—¿Jeff?

—El mismo.

—Entonces... —dijo Connell, alargando la palabra y asintiendo con la cabeza mientras juntaba todas las piezas—, tú sabías que estaba en peligro.

—Sí.

—Pero siendo quien eres, y como quieres permanecer alejado de los focos, no podías llamar la atención anunciando tu descubrimiento. —Hayes supuso que su silencio bastaba como confirmación—. Así que —prosiguió— lo que hiciste fue enviarme una señal de humo para que viniera aquí.

—Mi huella en el grifo.

—Una huella de pulgar perfecta en una cabaña absolutamente impoluta —dijo Connell con ironía—. Sabía que no podías ser tan descuidado.

—¿Cuánto tiempo tardaste en descubrirlo?

—Cinco, seis minutos como mucho.

—Estás oxidado. O te has vuelto viejo.

—No seas tan duro conmigo. Era de madrugada y acababa de bajarme de un vuelo nocturno desde Seattle.

—Empezaba a pensar que debería haber sido menos sutil, que debería haber pintado una flecha roja o un letrero para orientarte. HACIA BANNOCK: POR AQUÍ, INÚTIL.

—Ya sé que habría sido aburrido, convencional e impropio de Bannock, pero ¿no podrías haberte limitado a llamarme por teléfono?

—¿Y privarte de la emoción de la caza?

—Que te den.

—Y a ti.

A regañadientes, ambos hombres se sonrieron.

Durante aquel intercambio de chanzas, Emory había oscilado entre la incredulidad y la ira.

—¿Sois amigos? —preguntó al fin, encarándose con ellos.

—Qué va —dijo Hayes.

—Casi amigos —fue la respuesta de Jack.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis?

—Lo recluté cuando estaba en el ejército —explicó Jack.

—¿Para?

—Para mi equipo SWAT.

Emory miró a Hayes con asombro.

—¿No es del FBI?

—Era.

—¿Tú eres el agente del SWAT anónimo que disparó el tiro imposible y mató al asesino de Westboro? ¿Tú eres la leyenda?

Hayes no respondió.

—¡Contesta!

—Lo haré cuando me hagas una pregunta que considere digna de respuesta —replicó él, alzando también la voz.

Connell rompió el silencio que siguió dándose unas palmadas en las desnudas rodillas.

—Tenemos mucho de qué hablar. Pásame los pantalones.

Hayes miró a su espalda, donde la ropa de Connell estaba amontonada sobre una silla, junto con su arma y la pistolera de hombro.

—Deberías tener siempre el arma al alcance de la mano, agente Connell.

—Lección aprendida. Dios sabe quién podría aparecer y agredirme.

Hayes lanzó los pantalones hacia la cama. Connell los atrapó y les dio una sacudida.

—Discúlpeme, doctora Charbonneau. —Se levantó y se puso los pantalones. Mientras se los abrochaba, añadió—: Ah, antes de que se me olvide. —Sacó un móvil de un bolsillo del pantalón y se lo tendió—. Es suyo. Lo encontramos en el dormitorio anoche después de que se fuera. Pedí que me lo dejaran para revisar las llamadas recibidas. Supongo que ya no es necesario comprobarlo.

—Gracias.

—Para su información, se ha quedado sin batería. Tiene que cargarlo. —Jack terminó de vestirse, colocándose incluso la pistolera, y se calzó unos mocasines—. Emory, lo que ha dicho Bannock sobre su marido, ¿es posible?

—¿Por qué no me lo preguntas a mí?

—Porque se lo pregunto a ella.

—Creo que es cierto —respondió Emory.

—¿Basándose en una corazonada o en pruebas?

—Con la confusión... —Emory se agachó para recoger la bolsa de papel marrón que contenía la piedra, que había dejado caer al suelo durante el forcejeo. Le tendió la bolsa a Connell, que, después de abrirla y mirar su contenido, se volvió hacia Hayes.

—¿Sangre y cabellos de ella?

—La encontré a su lado —dijo Hayes, asintiendo—, además del logotipo de la chaqueta de esquí de su marido.

Jack rumió la información durante unos segundos.

—Antes de que nos pongamos a trabajar, necesito un café cargado y comida caliente, y dado que soy el único aquí a quien no busca la policía local, me ofrezco voluntario para ir por ello.

Les dio tiempo para discutirlo u ofrecer una alternativa, pero viendo que los dos callaban, se enfundó el abrigo y los guantes y recogió las llaves del coche de alquiler, que estaban sobre la cómoda.

—Vuelvo enseguida.

Jack cerró la puerta tras de sí. Ni siquiera la fugaz ráfaga de aire frío que había dejado entrar alivió la tensión que había en el interior. Ni Emory ni Hayes dijeron nada. Él se acercó a la cama,

extendió la colcha sobre las revueltas sábanas y luego se sentó donde antes estaba Connell. Solo entonces miró a Emory.

—¿Cómo has llegado aquí tan deprisa?

Hayes echó la cabeza ligeramente atrás.

—De todas las preguntas acuciantes que sin duda tendrás, ¿no se te ocurre otra?

—Intento tranquilizarme —contestó ella, sin disimular su ira.

—He rodeado el edificio con el coche. He corrido como un poseso hasta la parte de atrás y he entrado por la ventana del cuarto de baño.

—¿Por qué no me has acompañado hasta la puerta y ya está? Le habrías dado igualmente una sorpresa.

—Tenía que estar seguro de que podía confiar en ti.

—¿En mí?

—Tenía que asegurarme de que harías lo correcto y cumplirías con la ley.

Emory soltó una risita.

—¿Te das cuenta de lo ridículo que suena eso viniendo de ti?

—Yo quebranto la ley por elección propia cuando procede. Pero no quería ser responsable de que la quebrantaras tú.

—Me convertiste en ladrona.

—Eso fue una excepción. Tú misma has establecido la diferencia entre el incidente con los Floyd y mentirle a un agente federal para permitir que un fugitivo escape de la justicia.

—Entonces, ¿todo lo que has dicho esta mañana era para asegurarte de mi catadura moral?

—Algo así.

—Bueno, me alegro de haber superado la prueba.

—Sé que lo dices con sarcasmo, doc, pero yo también me alegro de que la hayas superado.

—Me has hecho pasar por un infierno por nada.

—No ha sido por nada exactamente, pero siento que haya resultado tan duro para ti.

—No ha sido duro, ha sido horrible.

—Tenía que cabrearte, de lo contrario el ardid no habría funcionado.

—Ahora mismo me entran ganas de matarte.

—Suelo provocar ese efecto en la gente.

La serenidad con que aceptaba las acusaciones de Emory, solo sirvió para enfurecerla más.

—Entonces, ¿tu plan no era dejarme aquí y salir pitando?

—¿Crees que iba a confiar tu seguridad, tu vida, a Knight, Grange o incluso a Jack? Y un cuerno. No.

—En Connell confías en cierta medida, o no estarías aquí. ¿No temías que te arrestara nada más verte?

—¿Arrestarme? Su persecución es personal, no oficial. Para él, mi único delito fue marcharme.

—¿Cómo?

—Me esfumé. Desaparecí.

—¿No cometiste un terrible crimen?

Él negó con la cabeza.

—Entonces, ¿de qué te estabas ocultando?

—De ser la «leyenda» que liquidó al asesino de la masacre de Westboro.

Emory lo miró boquiabierta, anonadada. Cuando por fin recobró el habla, su voz sonó débil.

—Hiciste tu trabajo.

—Cierto. Pero a mí no me pareció que fuera motivo de celebración. No creí que mereciera reconocimiento. Fue un buen día para nuestro equipo. Salvamos vidas, sin duda. Yo no quería que se le diera más importancia.

—Pero se la dieron.

—Todos los que me conocían. Todo el mundo en realidad. Los medios de comunicación querían mi nombre, pero gracias a Dios ningún miembro del equipo lo filtró, incluyendo a Jack. Siempre les estaré agradecido.

—Permaneciendo en el anonimato te volviste aún más interesante.

—Supongo —musitó él—. La mía era la entrevista más buscada, dijeron en una cadena de televisión. Algunos familiares de las víctimas querían conocerme para darme las gracias personalmente. Era comprensible. Les entendía. Querían cerrar su herida. Su venganza. Ojo por ojo. Todo eso. Pero ni siquiera leí las cartas que enviaban a Jack para que me las pasara.

»El revuelo, a falta de palabra mejor, duró meses. Parecía que estaba en las noticias todos los puñeteros días. Algún nuevo aspecto del suceso. Me harté de todo y pensé: joder, si no desaparece, desapareceré yo. Así que presenté mi renuncia y me fui. Rebecca también. Jack no ha dejado de buscarnos desde entonces.

Su explicación desarmó a Emory. Pero considerando la íntima relación que habían mantenido, tanto física como emocional, le ofendió que no hubiera confiado en ella antes.

—¿Por qué no me lo contaste? ¿También era una prueba?

—¿Prueba?

—¿Para ver si acababa creyendo lo peor de ti y aun así me iba a la cama contigo?

—No —replicó él. Y repitió con mayor énfasis—: No.

—Entonces, ¿por qué no me lo contaste?

Hayes se echó el pelo atrás con ambas manos, y cuando estas se encontraron en la nuca, las mantuvo un momento ahí antes de bajarlas.

—Maté a aquel chico, Emory. Le metí una bala en la cabeza y murió.

—Cumpliste con tu deber —repitió ella con tierna seriedad—. Lo hiciste para salvar vidas.

—Eso no hace que sea más fácil de aceptar. No era un criminal ni un psicópata ni un fanático de una causa. También era una víctima.

Hayes se levantó y fue hasta la ventana, donde hizo girar la varilla de la persiana para abrirla.

—Se llamaba Eric Johnson —dijo, mirando al exterior—. Jack ha dicho que era un joven furioso y resentido, pero acababa de cumplir diecisiete años. Diecisiete. Tenía un trabajo de verano y estaba a punto de empezar el último curso en el instituto. La mayoría de los chavales estarían entusiasmados. Eric no. No soportaba la idea de volver al instituto y soportar más el acoso.

—¿Lo acosaban sus compañeros de clase?

—Lo acosaba todo el mundo.

—¿También sus padres?

—No. —Hayes se dio la vuelta para mirarla, apoyándose en el alféizar—. Sinceramente creo que no. Era hijo único y todo indicaba que lo querían. Tal vez deberían haber percibido su

creciente retraimiento y haberlo llevado a terapia, y quizá no supieron interpretar los indicios de su inminente desmoronamiento. Pero su negligencia no fue intencionada. Además, por definición, jamás podrían haber adivinado que ocurriría lo impensable.

»Estaban destrozados por lo que había hecho su hijo, y les escandalizó que hubiera obtenido el arma asesina sin que ellos se dieran cuenta. Su padre jamás había tenido un arma de fuego. Eric no había crecido en un entorno donde hubiera armas. Compró el arma por Internet y aprendió a usarla en secreto.

»El descubrimiento se produjo demasiado tarde, cuando los agentes de la ley volvieron patas arriba la vida y la casa de los Johnson en busca de respuestas para lo que había hecho. Los expertos dieron a conocer sus teorías. Pero en realidad la razón estaba muy clara.

—Acoso escolar.

—Sí. Eric era el típico empollón con sobrepeso. Sin habilidades sociales. Sin ningún talento especial ni aptitud para el deporte. Pensando en ayudarle a que se relacionara más, un verano su padre lo animó a asistir a un campamento de fútbol, y al otoño siguiente, logró entrar en el segundo equipo del instituto. En su diario, Eric describió el pastel que su madre decoró con los colores del equipo para celebrar su logro.

Emory tragó saliva.

—Pero la cosa no salió bien. Era lento y no tenía talento para el juego.

—Entonces, ¿por qué lo eligieron para el equipo?

—Para ser el chivo expiatorio del entrenador. Si perdían, el entrenador se las hacía pasar canutas a los del equipo, pero con Eric era aún peor.

—El entrenador de fútbol de Utah —musitó ella.

—Ya no es entrenador y jamás lo volverá a ser.

—Te encargaste de él.

—No le puse la mano encima. Lo único que hice fue entregarle un trozo de tubería similar a la que usaba él para golpear a Eric en la rodilla.

—Con una amenaza implícita.

Él no respondió.

—El tormento que sufría Eric solía ser sobre todo psicológico. Asistía a una escuela parroquial. Informaron al director de que lo habían pillado masturbándose en los lavabos. Durante el servicio del día siguiente, el director utilizó el incidente para ilustrar la bajeza moral.

Con el corazón acongojado, Emory sintió lástima por aquel chico al que habían humillado públicamente, y su tristeza debió de traslucirse en su expresión.

—¿El director era un sacerdote?

—Sí. Un hombre de Dios —respondió él con encono—. Cuando di con él, lo habían trasladado a una escuela de Lexington.

—Tengo entendido que renunció a su cargo bajo... coacción.

—La mañana que confesó su adicción al sexo desde el púlpito, yo me encontraba entre sus feligreses.

—¿Era adicto al sexo?

—No lo sé, pero le dejé claro que sería mucho mejor para él que confesara ese pecado.

—Bajeza moral. —Emory respiró hondo y dejó escapar el aire despacio—. Y hubo otros. Connell mencionó a alguien de Tejas. ¿Una peluquera?

—Una tonta superficial. Le cortaba el pelo a Eric y él estaba colado por ella. Se burló de él en Facebook.

—¿Y?

—Unas semanas después de que la encontrara en Wichita Falls, colgó una foto suya en su página de Facebook. Con la cabeza afeitada y sin maquillaje. —Suspiró y añadió—: Ya te imaginas el eco que obtuvo en las redes.

—El castigo de cada uno se corresponde con su delito.

—Más que delito, lo que hicieron fue atacar vilmente a un objetivo fácil. Pero sí, eso era lo que pretendía.

—¿Y los Floyd?

—Eso fue especialmente satisfactorio —dijo él con una sonrisa maliciosa.

—¿Pegaron a Eric?

—Unas semanas antes de la masacre. De hecho, puede que ellos fueran precisamente la gota que colmó el vaso. Empezaron a atormentarlo desde que lo contrataron en la misma empresa en que estaban ellos. Un día, durante la pausa para comer, Eric se hartó de que se metieran con él y trató de dar un puñetazo a Norman. No necesitaron más excusas para lanzarse sobre él. Le pegaron hasta dejarlo inconsciente.

—Igual que hiciste tú con ellos.

—Sí. —Sombríamente, añadió—: Y ojalá pudiera repetirlo por lo que le hicieron a Lisa.

—En eso coincido contigo.

Los ojos de Hayes taladraron los de ella con la precisión y la intensidad de un rayo láser.

—Pero no estás de acuerdo con lo demás.

Ella alzó las manos tratando de transmitirle su impotencia.

—Tengo sentimientos contradictorios.

—Porque ahora el abusón soy yo.

Emory se alegró de que lo hubiera dicho él.

—¿Y no es así?

—Por eso no te lo conté —respondió él secamente, con frialdad—. Por eso no quería que lo supieras.

—¿Habrías dejado que saliera de tu vida sin saber...?

—Sí, porque nunca lo entenderás.

—Ponme a prueba.

—¿Quieres que justifique mis actos ante ti?

—No, justifica tus actos ante ti mismo, Hayes. Porque creo que es de eso de lo que estás huyendo.

Él mecía el cuerpo adelante y atrás con expresión ceñuda. Ella intuyó que no era la primera vez que luchaba con aquellos sentimientos.

—A Eric Johnson lo recordarán por haber matado a siete personas —dijo él—. Pero nadie recordará, o sabrá siquiera, los nombres de las personas que lo condujeron hasta el muro de ladrillo tras el que se parapetó aquel día, pertrechado con un arma y munición, y un irrefrenable odio hacia la humanidad.

»Los abusones que le inculcaron ese odio nunca tuvieron que rendir cuentas. En mi opinión, debían pagar por lo que hicieron. Y lo creo porque él también murió ese día. —Se señaló el

pecho con el dedo índice—. Y yo fui quien tuvo que matarlo.

Hayes la miró con dureza, como retándola a discrepar. Luego se apartó del alféizar de la ventana y empezó a pasearse por la habitación como si se sintiera enjaulado, tal vez por su propia conciencia.

—¿Por qué crees que Connell te ha estado buscando todos estos años?

Él se encogió de hombros.

—Ni puñetera idea. Quizá quiere aplacar sus propias dudas sobre el modo en que se... resolvió aquella misión. Quizá no ha encontrado un sustituto para su equipo. O no tiene nada mejor que hacer, o quizá sencillamente es terco como una maldita mula.

—No es nada de eso.

Él se detuvo y se volvió hacia ella.

—Vale, doc, ilumíname.

—Se preocupa por ti y detesta saber que malgastas tu potencial viviendo una vida solitaria en la sombra.

—¡Caray! —exclamó él, ladeando la cabeza—. Lo has comprendido todo en... ¿cuánto? —Fingió consultar su reloj—. ¿Diez minutos? Seguro que fuiste a clase de psiquiatría avanzada en la Facultad de Medicina.

—Estás volviendo a enfadarme.

—Bueno, tú a mí también —protestó Hayes—. ¿Quién dice que tengo una vida solitaria? Además, precisamente tú no eres quién para hablar de soledad autoimpuesta. Casada con un hombre como un témpano de hielo. ¿Y qué me dices de lo de correr maratones? No soy un loquero, pero me parece un poco obsesivo. ¿Qué necesitas que no puedas encontrar estando quieta? ¿Hacia qué corres? ¿O de qué huyes?

Su intención era enfurecerla, o desviar la conversación hacia ella, pero Emory no se sintió ofendida.

—Yo misma me he estado preguntando lo mismo últimamente.

—Pues sigue así y deja de intentar analizarme.

—¿Cuándo viste a tu hermana por última vez?

—Hablamos hace dos noches, mientras yo vigilaba frente al hospital.

—No te he preguntado eso. Te quiere, Hayes.

—¿Cómo coño lo sabes?

—Por Connell.

—Es un bocazas.

—Rebecca te quiere.

—Es su principal defecto.

—Tu sobrina te quiere.

Hayes movió la mandíbula, pero no respondió. Dio la espalda a Emory y fue hasta la cómoda. Apoyó las manos en el borde y se inclinó hacia el espejo, aunque Emory observó que no se miraba en él.

—Y yo te quiero —añadió ella.

Él levantó la cabeza bruscamente. Sus ojos se cruzaron en el espejo.

—Pues no me quieras.

—Demasiado tarde.

Emory se levantó y se acercó a él. Apoyó la mejilla en su espalda y lo abrazó con fuerza, enlazando las manos sobre su pecho.

—Al final acabarás sufriendo, doc.

—Seguramente, pero eso no cambia lo que siento. —Frotó la frente contra el hueco de su espalda y colocó una mano sobre su pectoral izquierdo—. La razón te dice que hiciste lo que tenías que hacer ese horrible día en Westboro. Pero desearías que Eric Johnson hubiera sido alguien a quien pudieras despreciar y denigrar, y no alguien de quien te compadeces.

Él no la contradijo, de modo que Emory prosiguió.

—Te aprovechas de tu tamaño y tu apariencia severa para mantener a la gente a distancia, para que te teman. Pero yo soy una de las pocas personas que ha podido vislumbrar tu corazón. —Le apretó el pecho con la mano y se emocionó al notar los fuertes latidos del corazón en la palma—. Y te quiero por lo que he visto en él.

Emory no esperaba una declaración de amor ni ninguna manifestación romántica de su parte. Cuando Hayes se volvió dentro del círculo de sus brazos para mirarla, su expresión era tan intimidatoria como siempre.

—Te crees muy lista, ¿eh? Crees que me tienes calado.

—Creo que me he acercado bastante, o no te habrías enfadado.

—¿Quieres saber por qué no puedo mirarme al espejo, doc? ¿Quieres saber de qué huyo, por qué nunca será suficiente por más lejos que esté de Westboro?

Consciente de que habían alcanzado el fondo del infierno personal de Hayes, Emory ya sabía lo que él iba a decir.

—Porque dada la misma situación y las mismas circunstancias, con Eric en el punto de mira, volvería a apretar el gatillo.

Oyeron unos pasos que se acercaban a la puerta, la llave que se insertaba en la cerradura. Connell entró acompañado de una ráfaga de viento. Emory y Hayes se separaron rápidamente, pero Connell captó de inmediato el cambio en el ambiente.

—¿Qué me he perdido?

—Cierra la maldita puerta —farfulló Hayes.

—¿Qué me he perdido? —repitió Connell, echando la mano atrás para cerrar la puerta.

—No es que sea asunto tuyo, pero le he contado mis correrías desde Westboro.

Connell volvía con varias bolsas de comida para llevar que depositó sobre la mesa.

—¿Le ha hablado de las personas de su lista negra y por qué están en ella? —preguntó a Emory.

—Sí.

—Mmm —dijo Connell—. Pensaba que estarían hablando de Jeff.

—En cierto modo hablábamos de él —dijo Hayes—. Es el siguiente de mi lista.

38

Ambos parecían aún más viles de lo que Jeff había imaginado. A su enjuto aspecto natural se añadían moratones, vendas y las varillas que sujetaban la mandíbula rota de uno de ellos.

Estaban recostados en sus respectivas camas del hospital, uno junto al otro, con los ojos hinchados e inyectados en sangre fijos en el televisor colgado de la pared, donde atronaba el necio diálogo de una antigua serie cómica.

Jeff entró en la habitación y les sonrió cordialmente.

—Hola. Mi nombre es Jeff Surrey.

—¿Y? —dijo Norman, mirándolo de arriba abajo.

—Es usted Norman, ¿verdad? —Jeff se acercó al pie de su cama—. He oído decir que fue Will quien sufrió las heridas más graves. —Miró a Will con una mueca de simpatía.

—Ha oído bien —repuso Norman—. Y a mi hermano le gusta sufrir en privado. Usted no es una enfermera. Si es médico, ya hemos tenido suficientes. Si es del departamento contable, no podrá facturarnos nada porque estamos en el paro y vivimos de la prestación social.

—No tengo relación alguna con el hospital.

—Entonces, ¿qué coño quiere?

—A Hayes Bannock.

—¿Eso qué es?

—No es qué, es quién. Soy el marido de Emory Charbonneau.

El nombre les resultó familiar. Al parecer habían estado viendo las noticias, además de las reposiciones. Norman miró a su hermano.

—Apaga eso —le ordenó.

Will agarró el mando a distancia torpemente y puso el televisor en silencio. Jeff había logrado captar toda su atención.

—¿Puedo sentarme?

Norman consintió con un gesto. Bajo la ventana había una silla. Jeff la colocó entre las dos camas, se sentó y cruzó las piernas con desenvoltura.

—Me han puesto al corriente de las inusuales circunstancias que les llevaron a conocer a mi mujer.

—Se hacía llamar doctora Smith.

—Mintió sobre su nombre. Ha estado mintiendo mucho últimamente. Desde que la secuestró ese vecino suyo.

—¿Se refiere a Bannock? No había quien le sacara el nombre. Nunca quiso decírnoslo.

—Y por una buena razón, al parecer. Lo busca el FBI.

—¡No me joda!

—No le jodo.

—Tenías razón —dijo Norman, mirando a Will. Volvió a mirar a Jeff—. Teníamos un mal

presentimiento sobre él. ¿Por qué lo buscan los federales?

—Ya saben cómo son con sus investigaciones. Muy reservados. Pero he conocido al agente que lleva años intentando atraparlo.

—¿Años? Entonces, debió de hacer algo muy gordo.

—No quiero ni imaginarlo —dijo Jeff—. Con ustedes se comportó como un psicópata. Y ahora ha secuestrado a mi mujer. Por segunda vez.

Norman volvió la cabeza e intercambió una mirada con su hermano, como si lo consultara silenciosamente. Cuando volvió a mirar a Jeff, lo examinó mientras cambiaba de posición en la cama para ponerse más cómodo. Luego esbozó una sonrisa que resultó especialmente desagradable por el daño sufrido en la cara.

—¿Está seguro de que no se fugó con él? Porque a nosotros no nos pareció que estuviera con ese Bannock contra su voluntad.

—Le lavó el cerebro.

Norman soltó una risotada.

—¡Venga ya!

—Quizá no lo hiciera en un sentido literal —prosiguió Jeff—, pero tuvo el mismo efecto. Puedo decirles con seguridad que no está en sus cabales. Se comporta de un modo irracional, y... y temo que si regresa algún día, no sea la mujer que era antes. La que yo conocía y amaba.

Se llevó el puño a la boca para cubrir lo que pretendía ser entre tos y sollozo, esperando que su actuación resultara convincente. También esperaba que aquellos tipos comprendieran al menos una parte de sus palabras.

Entendieron lo suficiente. Norman ya no sonreía.

—A nuestra madre y nuestra hermana también les sorbió el seso. Ese cabrón entró tranquilamente en nuestra casa como si fuera suya, metiéndose en nuestros asuntos.

—Por eso yo...

—Pero en realidad —prosiguió Norman, interrumpiéndolo— es un animal, y no queremos más líos con él, sobre todo si lo buscan los federales y eso. No necesitamos meternos en sus mierdas. No, gracias.

En la cama de al lado, Will confirmó sus palabras asintiendo como pudo con la cabeza.

Reforzado por el apoyo de su hermano, Norman siguió explicándose.

—Bueno, siento que su mujer lo prefiera a él. Desde luego es una putada. Pero no es problema nuestro. Así que... —señaló la puerta con la barbilla— ya se está dando el piro.

Jeff se limpió una pelusa imaginaria de la pernera del pantalón.

—Por supuesto, mis problemas maritales son un tema puramente personal, y no se los habría dado a conocer de no ser porque también se han convertido en su problema.

—¿Y eso por qué?

—Estoy dispuesto a dejar que los federales se ocupen del destino de Bannock. A mí solo me preocupa mi mujer. La influencia de ese tipo la ha convertido en una delincuente y la ha vuelto inestable, tanto mental como emocionalmente. Por ejemplo, ayer dijo a los ayudantes del sheriff que el bebé que abortó su hermana era... —Apartó la vista, fingiéndose incapaz de pronunciar la repugnante acusación.

—¿Era qué?

—Era... —Jeff dejó escapar un largo suspiro— hijo de uno de ustedes.

Norman se incorporó como un resorte, a pesar de las costillas rotas.

—¡Mentiroso de mierda!

—No lo digo yo, Norman —replicó Jeff, alzando las manos—. Lo dice mi mujer.

—Pues es una puta mentira —dijo él, agitando el índice en el aire para enfatizar sus palabras.

—Eso espero. Con independencia del incesto, cualquier relación sexual con Lisa constituye estupro debido a su edad. Como seguro que ya saben.

Norman miró a su hermano, cuya reacción era difícil de descifrar, pero Jeff supuso que mostraba miedo y furia en igual medida, y siguió alimentando ambas cosas.

—Una agente interrogó a Lisa. No estoy al tanto del contenido de esa entrevista, pero basándome en el cariño con que hablaba Emory de su hermana, tuve la impresión de que se había forjado un sólido vínculo entre ellas.

—Lisa cree que el sol nace y se pone en la doctora Smith.

—Mmm. —Jeff se tiró del labio inferior como si eso le pareciera sumamente molesto—. Lo imaginaba. Me temo que su hermana respaldará todo lo que Emory les diga a las autoridades. Y por eso me he sentido obligado a informarles de que, mientras están aquí ingresados, se está calumniando el buen nombre de su familia. Les están acusando de la peor depravación y de un delito atroz.

Esta vez utilizó palabras ampulosas a propósito. Seguramente los hermanos no lo entenderían todo, pero la intención de Jeff era hacer que las palabras sugirieran un destino aciago para ellos.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Norman mirando a Will—, para pararlo antes de que las cosas desbarren del todo.

Will levantó el pulgar para mostrarse de acuerdo con su hermano y empezó a mover las piernas como si pedaleara para apartar las sábanas.

—¡Esperen! —exclamó Jeff, poniéndose en pie—. No pueden irse del hospital. Su estado es grave. No les habría dicho nada si hubiera pensado que...

—No se preocupe por nosotros, amigo. —Norman empezó a arrancarse la cinta adhesiva que sujetaba la vía a su mano—. Gracias por contárnoslo. Ya nos ocupamos nosotros.

—Bueno —dijo Jeff—, ya que insisten en emprender acciones de inmediato... se me había ocurrido que podríamos ayudarnos mutuamente.

Norman dejó de tirar de la cinta y Will expresó con sonidos ininteligibles su impaciencia por saber qué tenía Jeff en mente. Incluso hizo un movimiento de giro con la mano, como diciendo: «Oigámoslo.»

Jeff mantuvo una expresión pensativa y seria, pero por dentro se estaba riendo.

La declaración de Hayes hizo que a Emory le diera un vuelco el corazón.

—¿Jeff es el siguiente de tu lista? ¿Qué significa eso?

—Yo sé lo que significa —dijo Jack—. Por amor de Dios, Hayes, no puedes tomarte la justicia por tu mano.

Hayes les dio la espalda y fue hasta la mesa.

—¿Qué has traído para comer? —preguntó. Sacó un sándwich de una bolsa, levantó el papel de aluminio e inspeccionó los ingredientes que había entre las gruesas rebanadas de pan.

—¿Has oído lo que he dicho? —preguntó Jack.

—No puedo tomarme la justicia por mi mano.

—Antes de permitirte que cometas una estupidez, haré que te encierren por lo de los Floyd. Te juro que lo haré.

—Basta de amenazas, Jack. Come.

Se sentó a la mesa y señaló la otra silla a Emory para que se sentara.

—Tú en la cama —dijo a Jack, pasándole un vaso de café y un sándwich.

Emory se sentó, pero no tocó la comida.

—No harás nada ilegal, ¿verdad?

—¿Como arrancarle a Jeff los puñeteros miembros uno a uno? Nada me gustaría más, pero tú lo has dicho: eso es ilegal. Me niego a darle un resquicio al que aferrarse ante un tribunal. Nuestro trabajo —dijo, dirigiéndose a Jack— consiste en asegurarnos de tener pruebas sólidas para el fiscal.

Al oír un vehículo que se acercaba, Emory se volvió para mirar por la ventana. El ya conocido todoterreno entraba en el aparcamiento y se detenía justo delante de la habitación.

—Son Knight y Grange.

—La caballería —gruñó Hayes.

—Saben quién eres —dijo Jack, y en respuesta a la furiosa reacción de Hayes, añadió—: Tenía que contárselo. Anoche, después de que te llevaras a Emory de aquel balcón, todos los policías de la zona se lanzaron en tu busca. Si no les hubiera dicho quién eras, podrían haberte disparado nada más verte.

—¿Abro? —preguntó Emory, cuando llamaron a la puerta.

—El plan era reagruparnos aquí a las ocho —explicó Jack—. Llegan puntuales. Abra.

De no ser por la seriedad de la situación, Emory se habría echado a reír ante la expresión atónita de los subinspectores al verla.

—Buenos días —dijo, y se apartó para que entraran. Ambos se detuvieron en seco al ver a Hayes sentado a la mesa con el desayuno desplegado ante él.

Knight fue el primero en recobrar el habla.

—Debo decir que no dejan de sorprenderme.

—Sam Knight y Buddy Grange, este es Hayes Bannock —los presentó Jack.

Emory se fijó en el asombro y la reverencia con que Grange se acercaba a estrecharle la mano a Hayes.

—Es usted una leyenda. Nunca creí que tendría el honor de conocerle, señor.

Hayes respondió dándole las gracias escuetamente y, tras estrechar también la mano de Knight, siguió comiendo.

—¿Cómo se ha hecho esa magulladura en la barbilla? —preguntó Knight a Connell.

—He resbalado en la ducha.

Emory notó que ni Knight ni Grange se lo creían. Los dos miraron a Hayes, cuya única reacción ante aquellas miradas especulativas fue la de estrujar el envoltorio vacío de su sándwich y arrojarlo a la bolsa.

—Debo reconocer que me muero de ganas por saber cómo se ha producido esta pequeña reunión.

Jack se encargó de explicarlo, primero con un breve resumen del asunto en general, y luego con más detalle.

—Cuando han llegado, estábamos planteándonos si tenemos pruebas contundentes contra Jeff Surrey. Ustedes fueron los primeros en sospechar de él. ¿Qué opinan ahora?

Knight tiró pensativamente de la goma elástica en torno a sus dedos.

—No conocemos el lugar del delito, y aunque usted nos guiara hasta él —dijo, volviéndose hacia Hayes—, lo contaminó al llevarse la piedra.

—Lo sé. No he olvidado mi entrenamiento. Pero el tiempo estaba empeorando, lo que habría contaminado el lugar de todas formas. Posiblemente la piedra se habría pasado por alto. Jeff también podría haber pensado en ella y haber vuelto para llevársela. La mejor opción que tenía era llevármela yo. Iba con guantes, así que el último en tocarla fue la persona que la usó como arma.

—¿Por qué una piedra? —preguntó Grange—. No es un arma muy fiable para cometer un asesinato.

—Jeff quería que pareciera un accidente —contestó Hayes—. Como si Emory se hubiera caído.

—¿Está segura de que no se cayó, doctora Charbonneau? —preguntó Grange.

—No. La primera vez que me interrogaron dije que no recordaba qué había ocurrido, y sigo sin acordarme. En caso de llegar a juicio, no podría declarar bajo juramento que no fue una simple caída.

Su respuesta incomodó a los subinspectores y Hayes se dio cuenta.

—Enséñales el tirador de la chaqueta de Jeff —pidió a Emory, visiblemente irritado.

Ella sacó el tirador plateado del bolsillo. Mientras los policías lo examinaban por turnos, Hayes explicó cómo lo había encontrado.

—¿No podría habérsele caído a usted? —preguntó Knight.

—No, y de eso estoy segura. La última vez que lo vi, hasta anoche, colgaba de la cremallera de la chaqueta de esquí de Jeff.

—¿Qué ocurrió anoche?

—Hayes me lo mostró en el balcón del hotel.

—Mmm —musitó el mayor de los subinspectores—. Entonces fue eso lo que la convenció de irse con él.

—Sí. Comprendí al instante lo que significaba, y que corría peligro si me quedaba con Jeff.

—No consiguió lo que pretendía en la montaña —dijo Hayes—, pero estuvo allí.

—¿Qué hacía usted allí el pasado sábado?

Él se explicó, esta vez sin referirse a las mallas negras de Emory.

—Me llevó un buen rato llegar hasta allí. Cuando la encontré, había pasado media hora por lo menos, posiblemente más. Estaba fría.

—Tiempo más que suficiente para que Jeff la interceptara, la golpeara y se fuera sin que usted lo viera —dijo Grange.

—Obviamente.

Knight hizo chasquear la goma elástica.

—De acuerdo, supongamos, siendo optimistas, porque me temo que un abogado defensor haría trizas esa cronología, supongamos que si conseguimos situar a Jeff en el sendero, también tenemos el clásico móvil del dinero. Porque usted está forrada.

Emory dio un respingo al oír esa palabra, pero no quiso darle importancia.

—Además Jeff estaba teniendo una aventura.

—Entonces, ¿lo sabe? —preguntó Grange—. No estábamos seguros de si lo sabía.

—Lo sospechaba. Y él lo ha admitido. Dice que se ha terminado, pero ahora mismo no me creo nada de lo que diga.

—Puede que la aventura haya terminado, pero sigue necesitándola a ella como coartada. Alice Butler me juró que Jeff y ella estuvieron juntos desde el viernes por la noche hasta el domingo por la tarde.

Más tarde, Emory se preguntó cómo había logrado contenerse para no llorar y chillar. Grange siguió hablando sin darse cuenta de su metedura de pata, pero Emory ya no oyó nada de lo que decía. Era insensible a todo excepto a aquella traición demoledora.

La traición de Alice le dolió aún más que la de Jeff. Alice era la leal colega a la que admiraba y con la que había fundado una clínica. Le había abierto su corazón sobre Hayes. Además, era la amiga a la que había confiado sus dudas sobre la fidelidad de Jeff y el futuro de su matrimonio, y sus sospechas sobre su culpabilidad.

Como si le leyera el pensamiento, Hayes interrumpió a Grange.

—Alice sabe que Emory sospecha de él.

Los otros tres la miraron esperando una explicación, pero al ver que no decía nada, Hayes les habló de la conversación telefónica.

—Alice atribuyó la angustia de Emory a la fatiga, la medicación, algo así. Dijo que sus sospechas eran bobadas, que era imposible que Jeff le hubiera hecho daño.

—El amor te vuelve estúpido —apuntó Connell—. Quizá se lo cree de verdad.

—Puede. Aun así, miente para protegerlo.

—Pero tenemos que probar que miente —dijo Knight.

—Pongan su amor a prueba. Si arrestan a Jeff y lo acusan de tentativa de asesinato, puede que Alice cambie su historia.

A Grange pareció gustarle la sugerencia de Hayes.

—Consigamos una orden de arresto contra él y veamos qué ocurre.

—¿Saben dónde está? —preguntó Jack.

—En la *suite* del hotel —contestó Knight—. Hemos parado allí de camino hacia aquí para preguntarle si había sabido algo de Emory durante la noche. En realidad no esperábamos que se hubiera puesto en contacto —añadió, lanzando una mirada jocosa a Emory y Hayes—, solo queríamos ver su reacción. Nos ha dicho que había pasado la noche muerto de preocupación. A tal punto que, en cuanto salió el sol, se fue al hospital para ver si habían ingresado a alguna mujer en Urgencias que pudiera ser Emory.

—Se está superando en su papel —comentó Jack.

Grange sacó el móvil que llevaba colgado a la cintura.

—Mandaré a un ayudante al hotel para vigilar la *suite* y asegurarnos de que no se va a ninguna parte mientras esperamos la orden de arresto.

Cuando se dio la vuelta para realizar la llamada, Knight se dirigió a Jack.

—Si hubiera un agente del FBI esperando esa orden, podría acelerar un poco las cosas.

Jack miró a Hayes, planteándole una pregunta silenciosa.

—Daño no hará.

—¿Y usted qué va a hacer?

—Me quedaré por aquí. Será más seguro.

—Hemos anulado la orden de búsqueda y captura contra usted —le dijo Knight—. Adujimos que el incidente de anoche fue un malentendido doméstico. No hemos contado a nadie quién es usted. El agente Connell nos ha dicho que se cabrearía de lo lindo si saliera a la luz y se armara un revuelo. En cualquier caso, aquí estará seguro.

—No me refería a que fuera seguro para mí —dijo Hayes, sin apenas mover los labios—. Me refería a Jeff. Si lo veo, podría matarlo.

En ese punto, Grange volvió junto a ellos y les informó de que el ayudante ya se encontraba apostado vigilando.

—Tiene la *suite* y el coche de Jeff a la vista.

—Llamaré cuando lo hayamos detenido —dijo Connell a Hayes mientras se ponía el abrigo —. ¿Cuál es tu número actual?

Hayes vaciló. Connell puso los ojos en blanco.

—Mira, sé que a Rebecca le proporcionas un modo de ponerse en contacto contigo.

Hayes sacó un móvil del bolsillo, y cuando el número apareció en la pantalla, se lo mostró a Connell para que lo memorizara.

—Ya está. —Volviéndose hacia los subinspectores, Connell dijo—: Manos a la obra, caballeros.

Grange abrió la puerta y se hizo a un lado para que Connell saliera primero.

—Puede venir en nuestro coche —dijo.

Los tres se marcharon. Ninguno de ellos parecía haberse dado cuenta de que Emory no había pronunciado palabra desde la mención a Alice.

Pero Hayes sí.

39

Will y Norman se presentaron en casa de sus tíos como si llevaran disfraces terroríficos y pidieran caramelos por Halloween, justo cuando Lisa estaba a punto de irse al instituto.

—La vieja está enferma —anunció Norman—. Tienes que venir a casa con nosotros ahora mismo.

—¿Qué le pasa?

Norman eludió la pregunta pidiéndole a su tío que le prestara la camioneta.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó el hombre al entregarle las llaves con reticencia.

—Nos ha traído un amigo.

—Tenéis un aspecto horrible —dijo Lisa—. ¿No se suponía que teníais que quedaros varios días en el hospital?

—Nos pondremos bien. Pero la vieja a lo mejor no. —Norman agarró a su hermana del brazo y la empujó bruscamente hacia la camioneta aparcada en la entrada de la casa. Will sujetaba abierta la puerta del acompañante.

—Pareces salido de un circo —le dijo Lisa.

Lanzándole una mirada más malévola que de costumbre, Will la metió en la camioneta de un empellón.

—¿Qué le pasa a mamá? —preguntó Lisa cuando ya estaban de camino.

—Eso es asunto nuestro. Tú lo que has de hacer es cerrar la boca —le gruñó Norman mientras conducía—. Has estado hablando demasiado, hermanita.

—Mientes. ¡Dejadme salir de aquí! —Lisa intentó tirar del volante.

Will la sujetó y le dio una fuerte colleja en un lado de la cabeza, la agarró violentamente por las muñecas y le retuvo las dos manos juntas.

—Si no te estás quietecita —le advirtió Norman—, lo lamentarás.

—¿Adónde me lleváis?

—Donde hemos dicho. A casa.

—Pero a mamá no le pasa nada, ¿verdad?

—¿Aparte de ser vieja y fea? No.

A pesar del aparato al estilo Frankenstein, Will logró soltar una risita por la broma de su hermano.

Lisa los odiaba, los aborrecía y los temía. Sabía por experiencia que no podría zafarse de Will hasta que él decidiera soltarla. La había sujetado con éxito demasiadas veces para que ella tuviera alguna esperanza de poder soltarse. Will estaba débil por las heridas, pero el brillo febril de sus ojos era un aviso de que aún tenía fuerzas de sobra. Y aunque Lisa lograra desasirse, ¿cómo iba a salir de la camioneta?

Su única esperanza era el hombre que había prometido acudir en su ayuda si alguna vez lo

necesitaba. Tenía que esperar hasta que llegaran a casa y de algún modo lograra hacerse con un teléfono.

Pero cuando se acercaron a la cabaña del hombre y Lisa vio la cinta policial que rodeaba la propiedad, exhaló un gritito de desaliento.

—¿Qué ha pasado?

—Es un fugitivo, como sospechábamos. Te dio un número de teléfono, ¿a que sí?

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sabía —dijo Norman, mirándola con sonrisa ladina—. Pero me lo imaginaba. ¿Te dijo que lo llamaras si...?

—Si intentabais violarme.

—Ya, ya sabemos que has estado diciendo eso. También sabemos que tu amiga doctora te apoyó. Pero que la follen. Ya se ocupará de ella su pariente.

—¿Está casada?

—Eso parece, pero no es asunto nuestro. Es a tu amiguito moreno, alto y guapito a quien queremos.

—¿Qué vais a hacer?

Norman enfiló el sendero de entrada a su casa y frenó en seco con un chirrido de neumáticos. La cadena seguía en torno al árbol.

—Maldito *joputa*, también nos robó el perro —masculló Norman. Apagó el motor y sacó el móvil del bolsillo de sus sucios tejanos, los mismos tejanos manchados de sangre con que había ingresado en el hospital.

—Esto es lo que va a pasar, hermanita —dijo—. Vas a llamar a tu caballero andante y a decirle que te hemos traído a casa y que tienes miedo porque hemos descubierto las mentiras que has ido diciendo por ahí.

—Él sabe que no son mentiras.

—No, no lo sabe. Se ha creído lo que tú le has dicho. Pero vas a decirle que estamos cabreados y que te hemos amenazado, que haremos eso que dices en tus mentiras, y que te suicidarás para que nosotros no te hagamos eso.

Will gruñó para dar su aprobación al guion.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó Lisa.

—Entonces él acudirá corriendo a salvarte. Cuando llegue, deseará no haber nacido. —Norman sonrió, blandiendo el móvil—. ¿Cuál es el número?

—Lo sabrás cuando las ranas críen pelo —respondió Lisa con desprecio.

Will la agarró por la mandíbula, hundiéndole el pulgar en una mejilla y los dedos en la otra. Aunque le costó una mueca de dolor a causa de las costillas rotas, Norman le sujetó las manos. Ella pataleó y se revolvió, pero cuanto más se debatía, más fuerte la sujetaban ellos. El dolor de la mandíbula era tan intenso que se le saltaron las lágrimas.

—¿A que duele? —dijo Norman, que empezó a sudar, y uno de los remiendos que le habían hecho en la cara empezó a sangrar—. Ahora ya sabes lo que ha sufrido Will por culpa de tu amigo. Pero aún tiene fuerzas para dominar a una mocosa flacucha como tú. Al final nos dirás lo que queremos saber, así que mejor ahórrate el dolor ahora.

Ella apretó los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—Pues vale —dijo Norman—. Probaremos con otra cosa.

El matiz siniestro de su tono tranquilo hizo que Lisa abriera los ojos. Su madre había salido al porche con un trapo de cocina colgado sobre el hombro y una chaqueta de punto raída y mal abotonada. Lisa se desmoronó, porque sabía que haría cualquier cosa que le pidieran.

—Haz esa llamada, hermanita —le susurró Norman—, y más te vale ser convincente. O esta vez atamos a la vieja a una silla para que mire.

—No sabías que era Alice, ¿verdad? —dijo Hayes cuando los otros tres ya se habían ido.

Los ojos de Emory no estaban llorosos sino secos, como si no hubiera parpadeado desde que se había enterado de la traición de su amiga.

—No.

—¿No lo sospechabas?

—No.

—Veo que estás furiosa.

—Joder si estoy furiosa. —Emory se levantó de la silla y empezó a pasearse desde la cómoda hasta el pie de la cama—. No estoy celosa. Ni siquiera dolida. Estoy cabreada.

—No merece que malgastes energía en eso.

—Estoy más enfadada conmigo misma que con ella.

—¿Por qué?

—Por ser tan ingenua.

—Confiada.

—Ciega.

—¿Puedo aportar otro adjetivo?

Emory lo miró.

—¿Cuál?

—Indiferente. Se lo pusiste fácil. Que Jeff se acostara con otra no te importaba lo suficiente como para averiguar quién era.

Emory ponderó unos instantes sus palabras.

—Tienes razón, pero deja que despotrique.

Él le hizo una seña para que continuara.

—Lo que me enfurece de veras es que le hablé de nuestra noche. Era mi secreto más valioso y quería guardármelo para mí, pero quise compartir los aspectos más personales con ella. —Explicó por qué y luego lo miró con inquietud.

—Espero que me hicieras justicia —dijo él solemnemente, mirándola a los ojos.

Era una reacción tan inesperada en él que Emory se echó a reír.

—Connell se equivocaba. Sí que sabes bromear.

—No bromeaba —le aseguró él.

Pero sí que bromeaba, y Emory disfrutó con la visión de su excepcional sonrisa. Él tenía razón, Alice no merecía que malgastara sus energías odiándola. Además, otra emoción llenaba su corazón.

—Creo que tu amigo Jack se huele algo sobre nosotros —dijo en voz baja.

—No es amigo mío, pero es verdad que se huele algo. Cuando volvió con el desayuno, se dio cuenta de que interrumpía algo, o una pelea o unos preliminares.

—¿Era una pelea?

—Preliminares desde luego no eran.

—No hemos acabado esa conversación, Hayes —dijo Emory, consciente de que se adentraba en aguas profundas. El estado de ánimo de Hayes cambió al instante. Se levantó y le dio la espalda.

—Mejor así.

—Yo no lo creo.

—No haríamos más que darle vueltas y vueltas al asunto, doc. No tiene sentido.

Emory se acercó y lo obligó a girarse para mirarla.

—En una de nuestras primeras conversaciones, te dije que siempre hay elección. Y tú me corregiste, me dijiste que no siempre. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Tenías razón. Hiciste lo que tenías que hacer en Westboro porque no tenías elección.

—Lo que estás diciendo es que hay trabajos sucios y que alguien tiene que hacerlos.

—Yo no lo expresaría así —dijo ella.

—Pero básicamente es lo que piensas.

—¿Qué piensas tú?

—Exactamente lo mismo —respondió él con severidad—. Pero ¿entiendes lo que significa? Significa que a una parte de mí no le importa hacer el trabajo sucio. Eso me asusta, y debería asustarte también a ti.

Emory percibió en la implacable expresión de sus ojos que sus argumentos no habían hecho mella en él.

—Vas a desaparecer otra vez, ¿verdad?

—¿Por qué te sorprendes? Ya te había dicho que lo iba a hacer.

—También me dijiste que no había cambiado nada, pero te equivocas, Hayes. Todo ha cambiado. Y no voy a dejar que lo niegues.

Emory le pasó una mano por la nuca y lo obligó a agachar la cabeza para alcanzar sus labios. Él se resistió y trató de volver la cara hasta que Emory recorrió la línea cerrada de su boca con la lengua. Entonces, Hayes no solo abrió la boca, sino que tomó las riendas del beso.

Convertido repentinamente en el timonel, se lanzó sobre la boca de Emory y se deleitó con ella. Agarrándola por las nalgas, la levantó sobre sus muslos, la llevó hasta la pared más cercana y la sujetó contra ella con su cuerpo. Ella lo rodeó con las piernas, estrechándolo contra su ingle.

No habiendo espacio entre ellos para más, Hayes aplicó una presión firme y constante a la que Emory respondió con movimientos impacientes y ondulantes. El deseo que sentían solo era equiparable a la frustración de verse impedidos por la ropa, por el momento y lugar y por las circunstancias.

Hayes apartó la boca para hundir su rostro en el hueco del cuello de Emory, que notó su respiración cálida y agitada en la piel.

—Sí, vale, algo ha cambiado. Cuando esté solo en medio de la noche, te desearé.

Bajó la cabeza y encontró un pezón a través de la ropa. Lo acarició con los labios mientras susurraba con voz ronca y entrecortada.

—Desearé dormir entre tus muslos, encontrar tus pechos en la oscuridad, escuchar tu respiración y oler tu pelo en mi almohada. Desearé todo eso, joder. Joder, doc. No será fácil

dejarte.

—Entonces quédate conmigo.

—No puedo.

—Sí que puedes.

—Yo...

Sonó el móvil de Hayes. Una, dos, tres veces. Luego paró.

Se quedaron inmóviles, esperando, y cuando empezó a sonar otra vez, Emory bajó los pies al suelo. Él la soltó y se echó hacia atrás. Se llevó una mano a la entrepierna y se masajeó, soltando improperios al tiempo que sacaba el móvil del bolsillo de los tejanos.

—Muy oportuno, Jack —dijo al responder.

Escuchó y el tremendo fastidio que delataba su expresión dio paso a la alarma.

—¿Lisa? ¿Puedes hablar más alto? —Articuló una silenciosa palabrota con los labios—. ¿Dónde? ¿Tu madre está ahí? —Segundos después, soltó otra maldición entre dientes y luego añadió—: Haz lo que puedas por mantenerte lejos de ellos. Voy para allá. —Colgó.

—¿Qué pasa?

—Sus hermanos han ido a buscarla y se la han llevado a casa. Se ha encerrado en el dormitorio, pero amenazan con convertir en realidad las «mentiras» que ha contado sobre ellos.

Emory soltó un quejido.

—¿Y Pauline?

—Mejor que no lo sepas.

—Llamaré a la oficina del sheriff.

—No —dijo él—. Irían allí, Lisa les acusaría, los hermanos lo negarían y los polis se marcharían. Y Lisa seguiría allí encerrada con ellos. No, esto es uno de esos trabajos sucios. Tengo que terminarlo.

—Esto es cosa de las autoridades.

Hayes se detuvo a meditarlo unos instantes.

—De acuerdo. Dame una ventaja de diez minutos.

—Hayes...

—Diez minutos. —Se dirigió hacia la puerta.

—Voy contigo.

—Nada de eso. No puedo pelear con ellos y protegerte a ti al mismo tiempo.

—Ya lo has hecho antes.

—Esta vez no. Además, tienes que quedarte esperando la llamada de Connell sobre Jeff. No olvides recargar el móvil. —Señaló con la cabeza la toma de corriente donde estaba enchufado el cargador de Connell—. Si Jack no consigue ponerse en contacto conmigo, te llamará a ti. Tiene tu número, ¿verdad? ¿Knight y Grange también?

—Sí, pero...

—Sin peros, doc. Jeff está controlado, de lo contrario no te dejaría sola. Ahora mismo tengo que ocuparme de Norman y Will.

Cuando abrió la puerta, Emory lo agarró por el brazo.

—Has dicho que no los matarías.

—Eso ellos no lo saben.

En una semana llena de sorpresas, Jeff recibió la más desagradable cuando abrió la puerta de la *suite* y encontró a Alice al otro lado, con el puño en el aire, a punto de llamar.

—Alice. Qué inoportuna. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenemos que hablar.

—Ahora no. Iba a salir.

—Ahora, Jeff. —Lo apartó con un leve empujón y entró. Al ver que él ya llevaba puesta la ropa de abrigo, preguntó—: ¿Adónde ibas?

Jeff frunció el entrecejo y consultó su reloj.

—Te doy cinco minutos. Me esperan.

—¿Quién?

—Esos hermanos palurdos.

—¿Esos con los que se vio mezclada Emory?

—Sí, esos. Emory y Hayes Bannock son los defensores de la hermana. He pensado que si alguien puede hacer que aparezcan es ella.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué has hecho?

—No importa. Será sir Bannock al rescate.

—¿Y qué hay de Emory?

—Con suerte estará con su caballero. Si no, Norman me ha asegurado que le ajustará las tuercas a Bannock hasta que desembuche dónde la ha escondido. Además, creo que ya es hora de que conozca a su hombre misterioso.

—Me dijiste que esos hermanos eran unos pervertidos.

—Lo son.

—¿Y has tramado un plan con ellos? ¿Te has vuelto loco?

—No.

—Pues no le encuentro otra explicación, Jeff. Sea cual sea tu plan, podría acabar en una tragedia.

—Estoy preparado para esa eventualidad.

Y se abrió el abrigo para mostrarle un bolsillo interior. Alice lo miró boquiabierta.

—¿Llevas un arma? ¿Tú?

—Llevo un arma. Yo. —Jeff sacó el revólver del bolsillo y lo sostuvo en la palma de la mano —. Pequeña pero fiable.

Alice fue hasta el sofá, se sentó y se frotó las sienes como si le doliera la cabeza.

—Esto es una locura. Si se produce un altercado, Emory podría morir o salir herida.

—¿Y de quién sería la culpa? Suya y de nadie más. ¿Por qué todo el mundo sigue tan interesado por ella? Todo esto, todo lo que ha ocurrido, se lo ha buscado ella misma.

Alice lo miró con expresión recelosa y acusadora.

—Tengo que irme —dijo él, dándose la vuelta bruscamente.

—¿Dónde está el tirador de la cremallera?

—¿Qué? —preguntó él, volviéndose.

—El viernes por la noche, cuando llegaste a mi casa, llevabas esa chaqueta. Me fijé en ella, en lo bien que te quedaba. Tú presumiste de que era nueva y cara. ¿Te acuerdas?

—No estoy senil, Alice.

—De la cremallera colgaba el logotipo de un conocido diseñador. Ahora ya no está.

—Lo he perdido.

—¿Dónde?

—Si supiera dónde, no estaría perdido. —Exasperado, Jeff desplazó el peso del cuerpo de una pierna a la otra—. ¿Alguna pregunta más?

—Lo nuestro. ¿Se ha terminado?

—Pensaba que anoche te lo había dejado claro.

—Sí, pero quería oírtelo decir en persona.

—Pues date por enterada. —Señaló la puerta—. Y ahora tengo que irme.

Ella se puso en pie con rodillas temblorosas.

—No me encuentro bien. Necesito ir al baño.

Jeff suspiró.

—Arriba, cruzando el dormitorio. Date prisa.

—Vete —dijo ella con lágrimas en los ojos—. Ya cerraré yo cuando me vaya.

40

En realidad no le había prometido a Hayes darle diez minutos de ventaja antes de llamar a la oficina del sheriff. Simplemente él había supuesto que ella le haría caso. En cuanto se fue, Emory conectó el móvil al cargador.

Buscó en la agenda de contactos el número de Sam Knight, pero antes de que pudiera marcarlo, el móvil sonó en su mano y Emory dio un respingo. Aún se sobresaltó más cuando vio el nombre que aparecía en la pantalla: «Alice», lo que reavivó su ira.

—Lo sé, Alice —dijo al contestar.

La otra emitió un sonido semejante al hipo.

—¿Te lo ha contado Jeff?

—No. No importa cómo lo he descubierto. La cuestión es que lo sé.

—Emory...

—Déjalo. Ahora no puedo hablar contigo. De hecho, no quiero saber nada más de ti. Jamás.

—¿Y la clínica?

—¿Pensabas en el futuro de la clínica cuando empezaste a acostarte con mi marido?

—Merezco tus palabras. Merezco tu desprecio. Y más. Pero tienes que escucharme.

—Nada de lo que digas cambiará...

—Le mentí al policía.

Emory estaba a punto de colgar, pero se detuvo.

—¿Qué?

—Le dije a Grange que Jeff estuvo conmigo desde la noche del viernes en que tú te fuiste a Carolina del Norte hasta el domingo por la tarde.

—¿Y no era verdad?

—Sí, pero... pero me desperté el sábado por la mañana temprano para ir al lavabo, y él no estaba. Pensé que había decidido escabullirse, volver a casa y dormir en su propia cama el resto de la noche. No me gustó. Esperaba que pasáramos la noche...

Indiferente a lo que pudiera sentir Alice, Emory la interrumpió.

—¿Adónde fue?

—No lo sé. Volví a acostarme y me dormí, y cuando desperté, Jeff estaba al lado de la cama con una bandeja, sirviéndome un desayuno tardío. No dijo nada de su ausencia. No sabía que yo me había dado cuenta, y yo no le dije nada.

—¿Y no se lo contaste a Grange?

—No. Cuando se presentó en mi casa de repente, me puso nerviosa. Confesé la aventura, pero la idea de que Jeff estuviera implicado en un crimen contra ti era tan ridícula que lo encubrí. Reapareciste esa misma mañana, así que mi mentira quedó justificada. O eso creía. Pero ahora creo que tus sospechas están fundadas.

A Emory se le desbocó el corazón.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Cosas que ha dicho, evasivas, pero ya hablaremos de eso. Hay algo más urgente que debes saber. —A trompicones, hablando tan deprisa que las palabras se atropellaban unas a otras, Alice prosiguió—: Jeff ha tramado un plan con esos hermanos Floyd, utilizando a su hermana para atraeros a Hayes y a ti. Es una locura.

—Oh, Dios mío. Hayes ha recibido una llamada desesperada de Lisa y va de camino a su casa ahora mismo.

—Y Jeff se ha ido de aquí no hace más de...

—¿Dónde es aquí?

—La *suite* del hotel. —Alice explicó que Jeff la había llamado la noche anterior—. Tuve la impresión de que me estaba manipulando para que creyera que has perdido la cabeza. Esta mañana he venido para enfrentarme con él y lo he pillado justo cuando se iba. He fingido encontrarme mal y, en cuanto se ha ido, te he llamado.

Mientras Alice hablaba, Emory se dio cuenta de que Hayes no le había dado el número de su móvil, un descuido tal vez intencionado para protegerla, pero ahora no tenía modo de avisarle de la trampa que le habían tendido.

Entonces se fijó en las llaves que había sobre la cómoda, e interrumpió a Alice en mitad de una frase.

—¿Aún tienes el número de Grange?

—Eh... creo que sí. Me dio su tarjeta. La llevo en el bolso.

—Llámalo. Cuéntale lo que me has contado a mí. Todo. Dile que envíe a sus ayudantes a casa de los Floyd. Ahora. Inmediatamente. Recálcale que Hayes está en peligro. Yo iré allí e intentaré avisarle.

Emory desenchufó el móvil del cargador, cogió las llaves y abandonó la habitación del motel. Fuera, apretó el botón de la llave del coche. Parpadearon los faros de un sedán anodino aparcado en una plaza cercana. Emory corrió hacia él.

Sonó su móvil. Era Alice otra vez.

—¡Llama a Grange! —exclamó al contestar—. Hazlo, Alice. Me lo debes.

—¿Dices en serio lo de ir allí?

—Estoy de camino.

—Entonces hay algo que debes saber: Jeff tiene una pistola.

Eso estuvo a punto de hacer que Emory aflojara el paso. Casi.

Lo que hizo fue abrir la portezuela de un tirón y ponerse al volante del coche de alquiler de Jack, el mismo con el que el agente se había perdido en medio de la niebla, lo que resultaba muy fácil cuando la niebla era tan densa como en ese momento.

Jeff había llegado a la puerta de la *suite*, cuando pensó en la visita que le habían hecho Knight y Grange esa mañana.

«Solo queríamos saber si ha sabido algo de Emory durante la noche.»

Así había explicado Knight su inesperada aparición. En ese momento Jeff la había aceptado tal cual, pero al pensar en ello ahora, se preguntó por qué Knight no se había limitado a telefonearle. ¿Le habrían estado investigando Grange y él? ¿Seguían sospechando que había

cometido algún delito?

A lo mejor eran paranoias, pero...

La puerta de la *suite* tenía estrechas hojas acristaladas a los lados. Manteniéndose fuera de la vista, miró por uno de los cristales. En el extremo más alejado del aparcamiento había un coche parado, sin distintivos, detectable precisamente por su inofensiva apariencia. El cristal de la ventanilla del conductor estaba bajado lo suficiente para dejar pasar un cigarrillo. El humo que desprendía se adentraba en la niebla y acababa formando parte de ella.

Una vigilancia de aficionados, pensó Jeff. Aun así, tenía que burlarla. Reflexionaba sobre el modo de lograrlo, cuando oyó la voz de Alice en el dormitorio. Quizás había llamado a la clínica para preguntar cómo iba todo. O quizá no.

Cruzó la sala hasta la escalera enmoquetada y subió con el mayor sigilo posible. La puerta del dormitorio estaba entornada. Oyó a Alice hablando agitadamente en voz baja.

—Pero ahora creo que tus sospechas están fundadas.

«¡Maldita Alice! ¡Maldita Alice y maldita Emory!»

La ira de Jeff iba aumentando a medida que oía una frase incriminatoria tras otra. Alice describía su plan con los Floyd.

—¿Emory? ¿Emory? —decía luego. Debía de estar marcando otra vez, cuando repitió en un susurro apremiante—: Vamos, vamos, contesta. —Y después—: ¿Dices en serio lo de ir allí? Entonces hay algo que debes saber: Jeff tiene una pistola.

Después de eso, silencio.

Jeff apoyó el dedo índice en la puerta y la empujó, desplazándose con ella hacia el interior, hasta plantarse en el umbral. Alice estaba sentada en la cama. Al ver a Jeff, rápidamente se puso en pie, tratando de ocultar el miedo sin conseguirlo.

—Jeff, creía que te habías ido.

—Ha surgido un imprevisto. —Miró el móvil que aferraba Alice y chasqueó la lengua. Su mirada volvió a cruzarse con la de ella—. Como te he dicho antes, Alice, tu visita esta mañana es de lo más inoportuna.

Muy pronto las manos de Emory empezaron a sudar sobre el volante a causa de los nervios.

Atravesaba la ciudad, atenta por si veía un coche patrulla o un coche oficial de algún tipo al que pudiera parar y pedir ayuda, pero no se cruzó con ninguno. Marcar un número en el móvil mientras conducía era peligroso, sobre todo en medio de la niebla, pero se arriesgó a llamar a Jack Connell.

Después de tres timbrazos, le saltó el buzón de voz. Emory dejó un mensaje hablando a toda prisa.

—Soy Emory. Hayes se ha ido después de recibir una llamada de auxilio de Lisa Floyd. Pero es una trampa que le ha tendido Jeff con los hermanos. Alice está llamando a Grange para darle los detalles. Además, ella mintió sobre la coartada de Jeff. Pero lo más importante es que manden a sus hombres a la cabaña de los Floyd de inmediato. Hayes corre un gran peligro y cada segundo cuenta. Yo voy para allá ahora en su coche de alquiler.

De repente se dio cuenta de que hablaba a un móvil apagado. Lanzó un grito de consternación y miró la pantalla, que le confirmó que, tras la breve recarga, la batería se había

vuelto a agotar. Pero ¿en qué punto de su mensaje?

Arrojó el móvil al asiento del acompañante y se concentró en la conducción. La seguridad de Lisa, la vida de Hayes, dependían de que ella llegara a tiempo, pero las condiciones climáticas impedían pisar el acelerador. Desde que había dejado atrás los límites de la ciudad y se había adentrado en la carretera de montaña, la niebla era aún más densa. Apenas se veía nada más allá del capó. Emory forzaba la vista intentando penetrar la niebla.

El día anterior, de camino a la cabaña de Hayes, se había concentrado en mirar el paisaje por la ventanilla, lo que ahora le servía para orientarse. Puntos de referencia y postes indicadores la guiaron en la dirección correcta. De lo contrario, se habría perdido sin remedio. Al tomar una curva despacio, vio unos buzones rústicos que le resultaron familiares. Más adelante, una pieza metálica de arte de jardín en forma de oso, luego la casa donde ondeaba la bandera nacional, y el ruinoso establo abandonado.

Supo que se encontraba cerca cuando pasó por delante de una cerca bordeada de hortensias tan altas como ella. Imaginó las plantas desbordantes de flores azules en verano, pero ahora las ramas deshojadas de los arbustos tenían una costra de hielo, que era lo que había llamado su atención.

Después de aquella cerca, ¿cuántos kilómetros habían recorrido hasta llegar a la cabaña de Hayes? ¿Tres? ¿Ocho? No lo recordaba.

Prosiguió a la mayor velocidad que se atrevió a imprimir al coche, con la mente siempre puesta en el rencor malévolo que sentían Norman y Will Floyd hacia Hayes. Unos hombres capaces de violar a su hermana menor de edad no tendrían escrúpulos en dejar lisiado a un enemigo ni en matarlo.

Pero Grange habría respondido de inmediato a la llamada de Alice. Habrían enviado agentes que posiblemente habrían llegado ya a casa de los Floyd. Connell también estaría de camino para ayudar a Hayes. Acababan de reencontrarse y seguro que Connell no permitiría que...

La pronunciada curva apareció de repente y Emory la vio demasiado tarde para evitar la colisión.

El coche se estrelló contra la rocosa pared gris. El cinturón de seguridad la sujetó. Saltó el airbag, que sin duda le salvó la vida, por la violencia del impacto. El interior del coche se llenó de un polvo asfixiante.

En cuanto se desinfló el airbag, Emory lo apartó a manotazos y buscó a tientas la manija de la puerta. Más que salir del coche, casi se cayó de él. El capó se había aplastado contra la pared de roca como una lata de refresco.

Sus botas resbalaron y Emory aterrizó de culo con gran dureza. Sentada en el suelo mientras recobraba el aliento, el frío y la humedad traspasaron los tejanos, una incomodidad que sirvió para reanimarla.

Se levantó, se apoyó en el lateral del coche y comprobó si sufría alguna lesión. Estaba muy alterada y le dolía el esternón a causa del cinturón de seguridad, pero no tenía ningún hueso roto.

Se incorporó y echó a correr.

A la salida del juzgado, Jack se quejaba mientras se dirigían al todoterreno aparcado.

—¿Qué mierda de normas son esas?

—El juez es quien decide —le recordó Knight.

Grange se sentó al volante, Knight ocupó el asiento del copiloto y Jack se acomodó en la parte de atrás.

—Póngase el cinturón —le ordenó Knight.

Jack se ajustó el cinturón y miró el móvil. Según las normas, su uso estaba prohibido en el interior del juzgado, donde habían permanecido a la espera de la orden de arresto.

—Emory —dijo a los otros dos, al tiempo que accedía al buzón de voz, y luego exclamó—: ¡Mierda! ¡Mierda!

—¿Qué pasa? —preguntó Grange.

Jack les explicó el mensaje de Emory rápidamente.

—Dice que Hayes se va a meter en una trampa. Luego la voz empieza a entrecortarse y al final se detiene. Compruebe su móvil, Grange. Dice que Alice Butler iba a llamarlo para darle los detalles. Y también que la coartada de Jeff era falsa. —Dirigiéndose a Knight, añadió—: Envíe gente a casa de los Floyd, pero primero intente ponerse en contacto con Emory. Yo llamaré a Hayes, y será mejor que el muy cabrón me conteste.

Conduciendo con una sola mano, Grange comprobó su móvil.

—No tengo ninguna llamada de Alice Butler.

—A Emory le salta directamente el contestador —informó Knight—. Buddy, vamos a la *suite* del hotel, pero que nos oigan llegar.

Grange encendió la sirena y las luces y pisó el acelerador.

—Mierda. Cuando las cosas se ponen feas... —murmuró Knight, y se dispuso a pedir refuerzos por radio.

Mientras tanto, Jack había llamado al móvil desechable de Hayes. Contó un tono, dos, y estaba a punto de colgar cuando respondió Hayes.

—¿Qué pasa?

—Sé que has recibido una llamada de Lisa Floyd y que vas a rescatarla. Pero esa llamada forma parte de una trampa que te ha tendido Jeff Surrey.

—¿Cómo lo sabes?

—Emory me ha dejado un mensaje.

—¿Cómo lo sabía ella?

—Creemos que se lo ha dicho Alice Butler. Estamos intentando averiguarlo.

—¿Intentando?

—He vuelto a llamar a Emory —dijo Knight por encima del hombro—. Sigue saltando el contestador.

—¿Lo has oído? —preguntó Jack.

—Sí. Tenía que poner el móvil a cargar.

—El mensaje se ha cortado —explicó Jack—, pero una cosa se ha oído alta y clara: te diriges a una emboscada.

—Ya me lo imaginaba. Lo que no sabía era lo de Jeff. ¿Dónde estás ahora?

—De camino al hotel de Jeff para arrestarlo.

—Seguid con eso. Encerrad a ese bastardo.

—Eso haremos.

—Dile a Emory que no se mueva del hotel. Llama al teléfono de la habitación si no contesta

al móvil.

—Entendido. Pero no te enfrentes con esos palurdos tú solo. Gente de la oficina del sheriff está en camino.

—De los Floyd me ocupo yo.

—Hayes...

—Yo me ocupo.

—Eso es lo que me da miedo.

—Nos hemos adelantado a Jeff —dijo Grange cuando entraron con el todoterreno en el aparcamiento del hotel residencial—. Su coche aún está aquí.

Jack le pasó la información a Hayes.

—Resérvame un pedazo —dijo, y colgó.

Jack se apeó sin dejar de despotricar por su tozudez.

—Voy a hablar con nuestro hombre. —Grange echó a correr al trote hacia el vehículo sin distintivos aparcado al otro extremo del aparcamiento.

Knight salió del asiento del copiloto, agitado.

—Emory sigue sin responder al móvil. Un par de coches patrulla se dirigen a casa de los Floyd, pero con este puñetero tiempo... —No necesitaba detallar los riesgos adicionales debidos al mal tiempo.

—Bueno, también retrasará a Hayes —dijo Jack—. Eso es bueno.

Mientras hablaban, caminaban con paso decidido hacia la *suite*. Grange se reunió con ellos.

—El ayudante dice que Jeff tenía compañía. Una mujer.

—¿Una mujer? ¿Emory? —aventuró Jack.

—El ayudante no la ha reconocido.

—¿Alice Butler?

—Seguro que es ella —dijo Knight, y aporreó la puerta—. ¿Jeff? Abra.

Esperaron. Nada.

—¡Jeff! —gritó Knight—. Esto no es una visita de cortesía. Tenemos una orden.

—Estoy harto de ese mequetrefe —dijo Knight al cabo de unos segundos sin que nadie respondiera. Desenfundó su pistola y disparó a la cerradura.

No había nadie en la planta de abajo. Grange se dirigió escaleras arriba empuñando la pistola. Al llegar al descansillo, apuntó a la puerta entornada del dormitorio.

—Salga, Jeff.

Cuando llegó a la puerta, se hizo a un lado antes de abrirla de un empujón. No ocurrió nada, de modo que entró en el dormitorio. Jack lo siguió. Knight llegó el último, resoplando.

Más tarde Jack recordaría haberle oído decir:

—Vaya, esto sí que es desagradable.

A Emory le dolía todo. Le dolía hasta respirar.

En la niebla parecía flotar algo invisible pero penetrante, como cristales de hielo o fragmentos de cristal. Llevaba poca ropa. Notaba el intenso frío en la cara. Le hacía llorar los ojos, volviendo borrosa su visión y desdibujando el camino.

Sentía una punzada en el costado. Era incesante y la atormentaba con saña. El dolor de la

fractura por sobrecarga del pie derecho le subía hasta la espinilla.

Pero dominar el dolor, correr con dolor y vencerlo, era cuestión de voluntad y disciplina. A Emory le decían que poseía ambas cosas en abundancia, en exceso incluso. Para eso se entrenaba duramente. Podía hacerlo. Debía hacerlo.

«Sigue, Emory. Pon un pie delante del otro. Cubre la distancia metro a metro.»

¿Cuánto faltaría?

«Dios mío, que no falte mucho.»

Reanimada por la determinación y el miedo al fracaso, apretó el paso.

De repente, de las profundas sombras del bosque que la rodeaban le llegó un crujido, seguido por una ráfaga de aire en la espalda. El presentimiento de un desastre atenazó su corazón, pero no tuvo tiempo de reaccionar antes de sentir un estallido de dolor en el cráneo.

Cayó al suelo, abatida por un fuerte golpe.

Cuando los destellos de dolor remitieron, se colocó a cuatro patas y permaneció unos segundos en esa posición, con la cabeza gacha entre los brazos, tratando de mantener a raya el mareo. Finalmente, levantó la cabeza lo suficiente para ver un par de botas.

Se quedó mirándolas fijamente mientras iban acercándose, haciéndose más grandes hasta que llenaron su campo visual. Cuando se encontraban a escasos centímetros de ella y se detuvieron, Emory recorrió con la vista las rodillas, el torso, los hombros y la barbilla hasta encontrarse con unos ojos que le resultaron familiares.

—¿Alice?

41

—Podrías haberme ahorrado muchos problemas muriéndote la primera vez —dijo Alice—. Hematoma agudo subdural. Estaba segura de haberte golpeado con fuerza suficiente para provocar una hemorragia lenta pero persistente, que aquí —añadió, abriendo los brazos— habría resultado fatal. Pero no para ti. No para la afortunada Emory. ¿No has tenido nunca, aunque fuera una sola vez en tu privilegiada vida, una racha de mala suerte?

A una semana apenas de la primera conmoción, el cerebro de Emory sufría los efectos del accidente de coche y del segundo golpe en la cabeza. Intentó levantarse, pero tenía las piernas como de mantequilla, así que se sentó.

Intentó concentrarse en lo que decía Alice, pero no le encontraba sentido. Su imagen era vacilante, como si estuvieran bajo el agua. Aquella inestabilidad le producía náuseas.

—¿Qué dices? ¿Qué llevas en la mano?

—¿Esto? —Alice levantó el arma—. Se conoce en todas las salas de Urgencias del país como «especial del sábado por la noche». El típico revólver de calibre treinta y ocho.

Emory empezó a comprender.

—¿Qué pretendes?

—Voy a matarte, y esta vez me aseguraré de que estés muerta.

A Emory se le revolvió el estómago. Le subieron las náuseas a la garganta. A duras penas consiguió contenerlas tragando saliva.

—¿Por qué?

—No acabaría nunca si tuviera que enumerar todas las razones, Emory, y aquí hace frío. Resumiendo, Jeff era un capullo, pero era mi capullo. Al menos hasta que cometí el error de presentártelo. Para él fuiste un pasto mucho más verde. Guapa. Rica. Virtudes que él codiciaba. Pero no te amaba, ¿sabes? Nunca te amó.

—Ya me he dado cuenta.

—Sin embargo, disfrutaba con la opulencia y el prestigio social que le proporcionabas. A tal punto que no habría sido capaz de abandonarte jamás, por muy inestable que se volviera vuestro matrimonio. Habría aguantado hasta el final.

—Así que tenías que librarte de mí.

—Me enseñaste el mapa con la ruta por la que pensabas correr el sábado por la mañana, ¿recuerdas? La revisaste conmigo con pelos y señales.

—Pero tú estabas con Jeff...

—Que nunca ha sido capaz de fumar hierba sin quedarse inconsciente. Lo atiborré con whisky, vino tinto y un porro de excelente maría, para asegurarme de que no despertaría hasta bien entrada la mañana siguiente.

»Hice todo el trayecto hasta aquí y aparqué en el lugar donde pensabas dar la vuelta, que también me habías señalado en el mapa. Recorrí el sendero y me situé en un buen escondite.

Esperé a que pasaras corriendo, y entonces te di por detrás con una piedra que encontré en el camino. —Sonrió con amargura—. Sabiéndolo ahora, debería haberme quedado un momento para asegurarme de que estabas muerta o morirías pronto. Temía tocarte por miedo a dejar algún rastro. No toqué las gafas de sol rotas que tanta ansiedad te causaron.

»Pero el caso es que volví rápidamente a mi coche. No me crucé con nadie bajando la montaña. Regresé a Atlanta en tiempo récord y desayuné en la cama con Jeff, que no se había enterado de nada. Fue exactamente como te lo he descrito antes, salvo que fui yo la que se escabulló por la noche, no Jeff.

—¿Querías que muriera para quedarte con Jeff?

Alice se echó a reír.

—Emory, no seas tan simplista. Quería que murieras para que acusaran a Jeff de haberte matado. Si lo condenaban por asesinato, de una manera u otra su vida habría acabado. Dos pájaros de un tiro. ¿Lo entiendes? —Esbozó una sonrisa excesivamente radiante y alegre. Era la mueca de una loca felicitándose por su ingenio.

Emory hizo un esfuerzo por juntar las piezas del rompecabezas hasta que formaran una imagen completa.

—¿Dejaste tú el tirador de la cremallera de su chaqueta?

—¿Lo encontraste? Quería saberlo, pero no podía preguntarlo.

Emory no le dijo quién lo había encontrado.

—Todo iba según lo había planeado —prosiguió Alice—. Enseguida sospecharon de Jeff. Fingía estar desconsolado, pero cada vez se aficionaba más a la perspectiva de ser un viudo rico, lo que, por supuesto, obraba en mi favor.

»Pero no entendía por qué nadie encontraba tu cuerpo. ¿Tan difícil era? Supuse que habías recuperado el conocimiento, que te habías alejado del camino tambaleándote y te habías adentrado en el bosque. Al cabo de tres días empecé a relajarme. Creía que si no habías muerto por el golpe en la cabeza, habrías sucumbido a la hipotermia.

»Entonces apareciste con vida. Salvada por ese nuevo Daniel Boone.[5] Increíble. —Alice meneó la cabeza—. ¿Quién habría imaginado que tu magnificencia se extendiera también a resucitar de entre los muertos? Y esa fue solo la primera de las sorpresas. El habitante de la cabaña era además un fugitivo del FBI. Y los dos tuvisteis un encontronazo con unos palurdos incestuosos.

»Pero —añadió, sonriendo de nuevo— encontré la manera de sacarle partido a todo ese embrollo. Lo que más detestaba Jeff era que lo tomaran por tonto, y tus escapadas le hacían parecer un completo estúpido. Rápidamente estaba perdiendo los papeles. Yo solo tuve que seguir dándole cuerda.

»Anoche intentó convencerme de que te habías vuelto mentalmente inestable. Así que, como amiga de los dos, he venido hasta aquí esta mañana para daros mi apoyo. Él me contó su ridículo plan con esos dos hermanos. Yo fingí consternación, aunque en realidad estaba encantada. Él solito se estaba cavando la tumba sin que yo tuviera que ayudarlo. Me habría contentado con sentarme a ver cómo lo hacía, pero —suspiró—, en el último momento me obligó a actuar.

A Emory se le heló la sangre.

—Hablas de él en pasado.

Perdida en sus propios pensamientos, Alice prosiguió en un murmullo pesaroso.

—Incomprensiblemente, pensaba venir aquí en tu busca. Incluso después de sufrir una humillación tras otra por tu culpa. Seguía prefiriéndote a ti.

—Dios mío, Alice, ¿qué has hecho? No te vas a librar de la cárcel.

—Oh, eso ha dejado de importarme. Mi objetivo era eliminaros a los dos, y ya me he deshecho de uno. —Apuntó a Emory con la pistola—. ¿Unas últimas palabras?

—Alice, por favor...

—¿No? De acuerdo entonces.

Sonó un disparo, y Alice cayó al suelo al perder el apoyo de la pierna derecha.

Hayes surgió de entre los árboles envueltos en niebla como un espectro, con el brazo extendido, empuñando la pistola.

—Suelte el arma si no quiere morir —dijo.

—¡No, no! —gritó Emory, aunque temía por Hayes más que por Alice.

La bala había entrado por la parte posterior de la pierna de Alice y había salido por encima de la rodilla. Le castañeteaban los dientes de dolor, pero seguía sujetando el revólver con que apuntaba a Hayes. Con su corpulencia, era un blanco fácil.

Emory pensó que el corazón le iba a estallar en el pecho.

—Alice, escúchame, por favor, escúchale. Tira el arma. No lo obligues a matarte. Por favor, no...

Concentrada en Hayes, Alice no parecía escucharla.

—El semental de Emory.

—Suelte el arma.

—Si quisiera matarme —se mofó ella—, me habría matado con el primer disparo.

—No quiero matarla, pero lo haré si es necesario.

—No lo obligues, Alice, por favor, por favor —rogó Emory entre sollozos—. Te lo suplico. No le obligues a hacerlo. Baja el arma. Se ha acabado.

—Se ha acabado para ti. —Alice desvió bruscamente el revólver hacia Emory.

El disparo no sonó tanto como habría sonado en un día despejado. La niebla amortiguó en parte el ruido.

Pero igualmente Alice estaba muerta.

Hayes llegó junto a Emory en un instante, se agachó para levantarla y la estrechó entre sus brazos. Luego le rodeó la cabeza con las manos y escudriñó su rostro.

—¿Estás bien?

Ella lloraba.

—No quería que tuvieras que hacerlo. No quería que...

—Shh. Shh. No lo he hecho.

Le indicó que mirara hacia atrás. El subinspector Grange se encontraba de pie con una mano apoyada en un árbol, doblado sobre sí mismo, vomitando violentamente. Knight se hallaba junto a él con una de sus manos sobre el hombro de su compañero.

La cabaña de Hayes se convirtió en el cuartel general para todos los policías y personal de Emergencias que acudieron al lugar.

Hayes había llevado a Emory en brazos hasta la cabaña y la había depositado en una silla

verde oliva. Luego le echó por encima la colcha de la cama.

—Esto servirá hasta que llegue la ambulancia. Ellos te darán una manta isotérmica.

—Solo te necesito a ti. —Emory se aferró a su mano.

Él se arrodilló a su lado y le pasó los dedos por los cabellos.

—¿Qué demonios hacías a pie por la carretera?

—Quería avisarte de la encerrona.

Él le pasó el pulgar por el labio inferior.

—No vuelvas a hacerlo —dijo con voz ronca.

—Y tú no vuelvas a ofrecer un blanco tan grande.

—No puedo hacer gran cosa por evitarlo, doc.

Seguían mirándose a los ojos cuando se acercó Jack Connell.

—¿Cómo van los ánimos?

—Estamos vivos —dijo Emory, trémula y llorosa.

—De milagro —repuso Connell—. Knight, Grange y yo hemos encontrado el coche estrellado. Mi coche.

—Lo siento.

Jack le restó importancia con un gesto.

—¿No ha sufrido heridas en el accidente?

—Nada grave. Pero Alice... —pronunciar aquel nombre hizo que se le quebrara la voz— me golpeó. Quizá con la culata de la pistola. Necesitaré otro TAC.

—La ambulancia llegará en un par de minutos. —Jack movió los pies, sintiéndose incómodo, y los miró con expresión preocupada. Hayes captó el mensaje, musitó que saldría fuera para ver si podía servir de ayuda y se alejó. Emory se mostró reticente a dejarlo marchar, pero no dijo nada, puesto que intuía lo que Jack Connell estaba a punto de comunicarle.

—Emory, su marido ha muerto.

Ella asintió con la cabeza.

—Ya me lo había dicho ella. ¿Cómo?

—De un disparo. Seguramente de la misma arma que iba a usar contra usted.

—¿Era el revólver de Jeff?

—No. El que él tenía registrado a su nombre lo hemos encontrado en un bolsillo de su chaqueta.

—Entonces Alice no mentía sobre eso. Me dijo que Jeff iba armado.

—Jeff no logró llevar a cabo su plan, fuera cual fuese, y supongo que nunca lo sabremos. Ha muerto en la *suite*. Alice Butler ha conseguido salir de algún modo sin que el ayudante la viera. Quizá se escabulló por la *suite* contigua, igual que hizo usted con Hayes la otra noche a través del balcón.

Jack explicó que, tras descubrir el cadáver de Jeff, Knight, Grange y él habían dejado al ayudante en el lugar del crimen.

—Temíamos por su seguridad, Emory, y hemos ido a buscarla al motel. Al ver que mi coche no estaba, supusimos que solo podía haber venido aquí.

—El móvil se me apagó antes de llegar a esa parte del mensaje. Le decía que estaba de camino hacia aquí para alertar a Hayes. —Emory lo vio a través de la puerta abierta. Le daba la espalda. Estaba hablando con Grange y Knight—. Alice lo sabía.

—Ha llegado aquí rápidamente. Quizá vio el coche estrellado y comprendió que usted seguía a pie. Continuó conduciendo hasta encontrarla y luego...

—Me atacó por la espalda, como la primera vez.

—¿La primera vez?

Emory le contó la confesión de Alice.

—Entonces no había sido Jeff —comentó Jack.

—Directamente no. Los dos me engañaron y Alice me dijo que Jeff no estaba tan afligido como quería aparentar cuando pensaba que yo había muerto. Y yo la creí.

—Lamento tener que decirle que yo también.

Hayes volvió a entrar y se reunió con ellos.

—El conductor de la ambulancia está dando la vuelta para entrar marcha atrás.

—Voy a informar a Knight y Grange de que Alice confesó —dijo Connell a Emory, y salió.

Hayes se puso en cuclillas frente a Emory y tomó sus frías manos entre las suyas.

—Knight me ha contado lo de Jeff. ¿Estás bien?

—Me costará un poco.

—Tienes tiempo de sobra.

Ella asintió.

—¿Qué ha pasado en casa de los Floyd? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Norman y Will estaban esperándome en el porche, descuidando la parte de atrás. Tienen maldad, pero poca astucia.

—¿Y Lisa y Pauline?

—A salvo. He llegado antes de que los hermanos cumplieran su despreciable amenaza, que seguramente era una bravuconada. Me querían a mí, no a Lisa.

—¿Los han detenido ya?

—Seguramente. La montaña está llena de polis de todas clases. Les será fácil encontrarlos. Los he dejado encadenados al árbol donde solían atar al perro.

—Justicia poética.

—Eso he pensado yo.

Emory acarició las magulladuras recientes que él tenía en la cara.

—Al principio no les ha gustado la idea —dijo él con una sonrisa irónica.

Emory quería sonreír, pero necesitaba llorar. Se inclinó hacia delante y acurrucó la cabeza en el cuello de Hayes. Él la rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza. Ella notó los labios de él en su pelo, pero no captó las palabras que le susurraba.

Permanecieron así hasta que dos sanitarios entraron empujando una camilla.

Hayes le echó la cabeza atrás y le dio un cálido y dulce beso en la boca.

Luego se apartó para que se ocuparan de ella los sanitarios, que insistieron en inmovilizarla por la herida de la cabeza. Cuando salió por la puerta en la camilla, Emory vio a Grange. Lo llamó y él se volvió. Tenía el rostro ceniciento y sus perspicaces ojos habían perdido parte del brillo.

«Gracias», articuló Emory con los labios. Él aceptó su gratitud con una breve inclinación de la cabeza, y luego bajó la vista al suelo.

Emory trató de mover la cabeza de un lado a otro para buscar a Hayes, pero se lo impidió la cinta que le sujetaba la frente. Al no verlo, intentó levantar la cabeza, también en vano. Con

ansiedad creciente, buscó por todas partes hasta donde le permitió la visión periférica.

Finalmente, divisó a Connell, que la estaba observando. En un instante, Emory adivinó la causa de su sombría expresión.

Cesó entonces en su empeño de mover la cabeza. No encontraría a quien estaba buscando. Las lágrimas que le caían por el rabillo de los ojos también eran inútiles. Que hubiera desaparecido no debería sorprenderle. Hayes ya se lo había advertido, y él siempre cumplía su palabra.

5. Pionero y colonizador estadounidense (1734-1820), cuyas aventuras noveladas lo convirtieron en icono cultural del Oeste americano. *(N. de la T.)*

Línea de meta

Espectadores y aficionados habían animado a los corredores a lo largo de toda la ruta de cuarenta y dos kilómetros a través de Atlanta, pero los que se congregaban cerca de la línea de meta se mostraban especialmente entusiastas.

Cuando Emory cruzó la línea y el locutor anunció su nombre, presentándola como la organizadora de la carrera para recaudar fondos, recibió una salva de aplausos. Inmediatamente se vio rodeada de fotógrafos y periodistas de cadenas de televisión y agencias de noticias que rivalizaban por unas palabras suyas. Todavía sin resuello, Emory redujo al mínimo las entrevistas.

Recibió palmadas en la espalda y abrazos de otros corredores. Uno de sus pacientes, un niño de seis años, se acercó tímidamente con sus padres y le pidió un autógrafo. Un grupo de veteranos de guerra que habían participado en la carrera en silla de ruedas formaron una fila para chocar esos cinco con ella y saludarla.

Emory tenía el cuerpo dolorido. El dolor del pie derecho la obligaba a renquear. Era tal su fatiga que estaba a punto de desplomarse, pero también se sentía eufórica. Eran muchas las razones por las que simplemente terminar la carrera representaba una victoria de mente, cuerpo y espíritu para ella.

En los últimos seis meses, su vida había experimentado grandes cambios.

Al concluir la investigación policial sobre las últimas horas de Alice, un miembro de su familia había reclamado el cuerpo y había dispuesto lo necesario para que lo trasladaran a su lugar natal, en Tennessee, donde fue enterrada. Emory no había tenido contacto alguno con la familia.

A Jeff lo había mandado incinerar, absteniéndose de celebrar cualquier tipo de oficio religioso, una muestra externa de dolor que habría resultado hipócrita. Tan solo recibió un puñado de notas de pésame. Sus educadas respuestas fueron un mero trámite, igual que las notas. Las pertenencias de Jeff se metieron en cajas y se enviaron a un albergue para personas sin hogar. Tan solo sintió pena por el propio Jeff. Había vivido, y muerto, sin amor ni alegría.

Vendió su casa y se mudó a una casa adosada en una bonita urbanización con vigilancia privada en Buckhead.

El doctor Neal James y ella habían invitado a un matrimonio, él tocólogo y ella especialista en fertilidad, a convertirse en socios de la clínica. Su incorporación había sido un éxito: la clínica prosperaba.

A Norman y Will los juzgaron y condenaron por estupro. Recibieron la sentencia máxima, gracias sobre todo a la valiente declaración de Lisa ante el tribunal. Pauline y ella se mudaron a un apartamento en Drakeland que les pagó Emory. Demasiado orgullosa para aceptar caridad sin aportar «lo suyo», según dijo, Pauline trabajaba por las mañanas en una residencia de ancianos, ayudando a preparar y servir la comida del mediodía.

Lisa conservaba su trabajo de fin de semana en el Subway. Sus sesiones de terapia para víctimas de abusos sexuales también las pagaba Emory, que lo consideraba una inversión en la mujer en que se convertiría.

Emory permaneció un rato más en la línea de meta, felicitando a los corredores que iban llegando. Prometió una entrevista al presentador de un magazín de televisión.

—Mi gente llamará a su gente —le dijo el presentador, y ella se echó a reír.

Y entonces...

—Buena carrera, doc.

Emory se volvió, y allí estaba él, justo detrás de ella.

La atmósfera festiva de la línea de meta empezó a diluirse, y en el espectro de sus sentidos Emory no captó nada más que su voz, su rostro y sus extraordinarios ojos, que, como siempre, estaban fijos en ella.

Vestía unos tejanos desgastados y una simple camisa blanca arremangada. Era maravillosamente fuerte y apuesto. Emory sintió tantos deseos de golpearle como de arrojarse en sus brazos.

Se miraron durante tanto rato que Emory se percató de que empezaban a despertar la curiosidad de la gente.

—Gracias por haber venido. —Aunque se le partía el corazón, Emory dio media vuelta y echó a andar.

—¿Dónde tienes aparcado el coche? —preguntó él, alcanzándola.

—A un par de manzanas.

—Mi camioneta está más cerca.

Ella se dejó guiar sin discutir, sin convencerse todavía de que no estuviera soñando.

—Ha estado muy concurrido —comentó él mientras atravesaban una de las zonas destinadas a aparcar.

—Teniendo en cuenta que se trata de la primera carrera para esta obra benéfica en particular, me ha dejado asombrada el apoyo y la cantidad de corredores inscritos. Hemos recaudado setecientos cincuenta mil dólares en donativos.

—Setecientos cincuenta y dos mil. —Ella lo miró—. No he hecho mi donativo hasta esta mañana —explicó él.

—Gracias.

—De nada. Aquí está.

—Veo que has recuperado tu camioneta.

—Ya nadie me persigue.

Le abrió la puerta del pasajero y luego rodeó el capó y se sentó al volante.

—Al salir del aparcamiento, gira a la izquierda —indicó ella.

Pero él no giró la llave del contacto. Se quedó sentado, mirando por el parabrisas. Emory prefería volverse de piedra antes que preguntarle dónde había estado o qué había estado haciendo, así que esperó, y al cabo de un rato él volvió la cabeza hacia ella.

—Rebecca me contó que te había escrito.

—Jack Connell le dio mi dirección. Quería darme las gracias por haberte hecho recobrar «el buen juicio».

Él se sorbió la nariz.

—Típico de ella. —Arqueó las cejas—. Así que llegó hasta ti a través de Connell, ¿eh? ¿Lo mencionó a él en su carta?

—Varias veces.

—Ajá. Conmigo hacen igual. Los dos. Creo que hay algo entre ellos.

—¿De verdad?

Él masculló un juramento.

—Me lo tendría bien merecido, supongo. —Esperó unos segundos antes de continuar—. La orquesta del colegio de Sarah tocó en el parque de la ciudad el día de San Patricio. Asistí al concierto.

—Seguro que se alegró mucho.

—Eso me pareció. Me quedé una semana. Comí mucho pescado.

—A ti no te gusta el pescado.

—Y ahora menos aún. En esa semana ingerí omega-tres para el resto de mi vida.

Emory aún no estaba preparada para reírse.

—¿Así que Connell y tú seguís en contacto? —preguntó, manteniendo el tono cortante.

—Creo que quiere adoptarme.

—Te adoptó hace mucho tiempo.

—Lo único bueno de que me ronde es que me ha mantenido informado de cómo te ha ido todo desde que volviste de Carolina del Norte.

Emory no pudo contenerse más y perdió los estribos.

—Entonces no es más que un cotilla.

—Prácticamente una vieja chismosa.

—Si querías saber cómo me iba, ¿por qué no viniste tú mismo a comprobarlo?

—Mira, sé que estás cabreada. Tienes todo el derecho a darme la patada y mandarme al infierno.

—Si no me doliera el pie...

—No podía acercarme a ti hasta que acabáramos con toda esa mierda, la tuya y la mía. Tienes que entenderlo, doc. Sé que lo entiendes.

Cruzaron sus miradas desafiantes. La de Emory fue la primera en rendirse.

—Me costó un tiempo, pero al final llegué a comprenderte. Habrías sido una complicación adicional, algo que requeriría explicación, en un momento en el que ya tenía muchas cosas que explicar y solventar.

—Exactamente.

—Pero eso también te ha dado una excusa muy conveniente para desaparecer de nuevo y mantenerte alejado.

—Yo también tenía cosas que resolver. Mi regreso no iba a ser fácil, y no quería que te vieras sometida a esa presión.

—Podría haberte ayudado.

—No, no podías. Tenía que arreglar las cosas a mi manera. Primero tenía que dilucidar qué iba a hacer.

—¿Regresar al FBI?

—No. Jack me lo pidió, pero lo rechacé de plano.

—¿Entonces...?

—Estoy, humm, construyendo cosas. Más estantes y cobertizos. Me he asociado con un grupo de contratistas. Acudimos a los lugares donde se ha producido un desastre natural como un tornado o un terremoto. Cosas así. Levantamos refugios. Reparamos casas, escuelas, hospitales, cualquier cosa.

—Construyes cosas.

—Sí.

Él no explicó más. Tampoco varió mucho su entonación, pero no fue necesario para que Emory comprendiera que su trabajo le ilusionaba y satisfacía. Era el trabajo perfecto para él. Sin embargo, conocía demasiado bien a Hayes para hacérselo notar.

—Suena bien —dijo.

—Me sienta bien.

Él volvió a fijar la vista en el parabrisas. Emory le dio tiempo para ordenar sus pensamientos. Cuando por fin estuvo listo para continuar, apoyó el brazo izquierdo en el volante y se giró en el asiento para encararse con ella.

—Sam Knight se puso en contacto conmigo a través de Connell. Me dijo que Grange lo estaba pasando mal por... bueno, ya sabes por qué. Fui a verlo la semana pasada.

—Te admira.

—Bueno, ahora comprende por qué no me gustaba que me trataran como a un héroe. Grange estaba hecho polvo, y al principio se negaba a hablar de lo que pasó aquel día. Le dije que conocía ese sentimiento y empezó a abrirse. Me dijo que le resultaba difícil aceptarse a sí mismo después de haber apretado el gatillo.

Hizo una pausa y clavó sus ojos penetrantes en los de Emory.

—Entonces me oí a mí mismo preguntándole: «¿Podría aceptarse si no lo hubiera apretado?» —Dejó que la pregunta reverberara en el aire unos segundos—. No tenía previsto decirle eso, doc. Las palabras no salieron de mi mente consciente. De hecho, creo que procedían de ti. Pero ahí estaban, y decirlas en voz alta hizo que comprendiera que yo tampoco habría podido aceptarme a mí mismo si no hubiera apretado el gatillo aquel día en Westboro. No podría haberme aceptado si no hubiera detenido a aquel muchacho desquiciado. Y entonces, cuatro años más tarde, me sentí liberado. Y tengo que agradecértelo a ti.

Emory se sentía demasiado conmovida para hablar. Tuvo que aclararse la garganta para poder hacerlo.

—¿Y las personas que lo acosaron?

—Voy a dejar que sigan con su miserable vida. Tal vez un día acaben por pagar sus maldades. O puede que no. Pero no dependerá de mí.

El corazón de Emory rebosaba amor, pero aún le faltaba por saber una cosa.

—Aquel día, aquel horrible día, cuando me abrazabas antes de que llegara la ambulancia, me susurraste algo en el pelo. ¿Qué dijiste?

—Te pedí que no me dieras por perdido.

—Pero luego desapareciste, Hayes.

—Por última vez. No volveré a desaparecer nunca más.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Si depende de mí, no volveré a pasar un solo día y una sola noche sin ti. Pero eres tú quien debe decidir.

Ella lo mantuvo en suspense durante unos segundos.

—No me apetece conducir. ¿Me llevas a casa? —dijo.

—Será un placer —aseguró él, pero no se movió. Siguió quieto, comiéndosela con los ojos.

—¿Vas a poner en marcha la camioneta o no?

—Todavía no, doc. —Alargó el brazo, le rodeó la nuca con una mano y la atrajo hacia sí—. Primero voy a besarte hasta quedarme sin respiración.

Él siempre cumplía sus promesas.